

Wilkie Collins

**La Ley y
la Dama**

Lectulandia

En la trayectoria de Wilkie Collins, *La ley y la dama* constituye un hito destacado, y con frecuencia ha sido considerada la novela más fascinante de su última etapa, en perfecta sintonía con la tradición de la gran literatura.

Pocos días después de su boda, Valeria Woodville descubre un inconfesable secreto que empaña el pasado de su esposo y que ahora amenaza con separarlos. Alentada por su amor, Valeria se dedicará por entero a investigar la verdad para restituir el honor de Eustace, su marido, y salvar su matrimonio. Su empeño la llevará a adentrarse en un laberinto de complicaciones, y a asumir riesgos inusitados para una mujer de la Inglaterra victoriana. De la mano de Valeria, el lector se sumerge rápidamente en la trama de la narración y descubre las grandezas y miserias de un mundo que, sin ser el nuestro, ha dejado una profunda impronta en la sociedad actual.

Lectulandia

Wilkie Collins

La ley y la dama

ePUB v1.2

oxobuco 09.07.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *The law and the lady*
Wilkie Collins, 1875
Traducción: M^a Cristina Grael
Diseño/retoque de portada: Oxobuco

Editor original: Oxobuco (v1.0-v1.2)
Corrección de erratas: Oxobuco
ePub v1.0

AL LECTOR

No creo necesario escribir un prefacio a este libro que ofrezco al lector. Sólo pido que se tengan presentes ciertas verdades establecidas que, de vez en cuando, se olvidan al leer una obra de ficción. Agradecería que se recordase:

a) que las acciones de los seres humanos no siempre se rigen por las leyes de la razón pura;

b) que el ser humano (en especial si es mujer) no suele ofrecer su amor a los seres que más se lo merecen en opinión de los amigos;

c) que, por todo lo dicho, los personajes y los hechos más inverosímiles pueden, dentro de los límites de nuestra experiencia personal, ser personajes perfectamente naturales y hechos perfectamente probables.

Habiendo escrito estas breves líneas, ya he dicho todo lo necesario por ahora. Me despido cordialmente.

W. C.

Londres, 1 de febrero de 1875.

CAPÍTULO I

El error de la novia

«Porque, desde el principio de los tiempos, las mujeres santas que confiaban en Dios se honraban sometiéndose a sus esposos; Sara obedecía a Abraham, llamándole señor, y también sus hijas y las hijas de sus hijas».

Con estas conocidas palabras mi tío, el reverendo Starkweather, puso fin a la ceremonia del matrimonio según el rito de la Iglesia anglicana. Luego, cerró su libro y me miró desde el altar, con una cariñosa expresión de interés en su ancha y colorada cara. Al mismo tiempo, mi tía, la señora Starkweather, de pie junto a mí, me dio unos suaves golpecitos en el hombro y me dijo:

—¡Ya estás casada, Valeria!

¿Por dónde vagaban mis pensamientos? ¿En qué se entretenía mi mente? Estaba tan confusa que me era difícil determinarlo. Me estremecí y miré al que ya era mi marido. El pobre parecía tan aturdido como yo. Creo que a los dos se nos había pasado por la cabeza la misma idea: ¿Era posible que, a pesar de la oposición de su madre a nuestra boda, fuéramos ya marido y mujer? Mi tía zanjó la cuestión con un nuevo golpecito en mi hombro.

—¡Cógete de su brazo! —susurró con el tono de una mujer que ha perdido la paciencia. Obedecí—. ¡Sigue a tu tío! —remachó.

Bien agarrada del brazo de mi marido, seguí al reverendo Starkweather y al vicario que le había ayudado en la ceremonia. Los dos clérigos nos condujeron a la sacristía.

La iglesia estaba en uno de esos tristes y sombríos barrios de Londres que se extienden entre la City y el West End. El día era gris; la atmósfera, húmeda y pesada, y nosotros componíamos un pequeño y melancólico cortejo digno del barrio triste y del día gris. A la ceremonia no habían asistido ni parientes ni amigos de mi marido. Su familia, por lo poco que yo sabía, no aprobaba nuestro enlace. En mi caso, sólo mis tíos habían acudido a la boda, algo casi lógico teniendo en cuenta que mis padres habían muerto y que yo contaba con pocos amigos. Mi apreciado Benjamin, el anciano y fiel empleado de mi padre, había venido para «llevarme al altar», como se suele decir. Me conocía desde que era una niña, y cuando quedé huérfana, se había portado conmigo casi tan bien como un padre. Como es habitual, quedaba un último requisito: la firma en el registro matrimonial. En medio de la confusión del momento (y sin nadie que me avisara), cometí un error —ominoso, en opinión de mi tía—: firmé con mi apellido de casada, en lugar de escribir el de soltera.

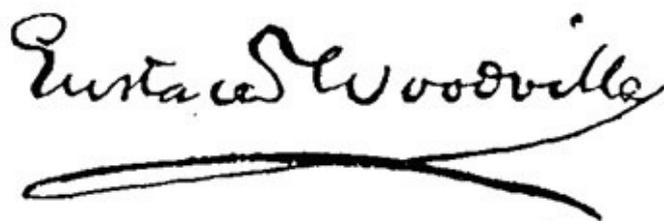
—¡Cómo! —exclamó mi tío en tono bromista—. ¿Ya has olvidado tu apellido?

¡Bien! ¡Bien! Esperemos que nunca tengas que arrepentirte de haberte librado tan pronto de él. Inténtalo otra vez, Valeria, y ahora hazlo bien.

Con dedos temblorosos, taché la primera firma y escribí mi apellido de soltera: Valeria Brinton. Me quedó mal, como puede observarse.



Cuando le llegó el turno a mi marido, observé con sorpresa que también su mano temblaba, llevándole a trazar una muy pobre muestra de su firma habitual:



Luego se le pidió a mi tía que firmara como testigo; cumplió entre protestas.

—¡Un mal comienzo! —comentó, señalando con su pluma mi primera y desafortunada firma—. Coincidió con mi marido. Espero que no vivas para lamentarlo.

Incluso entonces, en aquellos días de inocencia y de ignorancia, la curiosa ocurrencia fruto del carácter supersticioso de mi tía me produjo cierto desasosiego. Por eso, fue un consuelo sentir la presión reconfortante de la mano de mi marido, y resultó un alivio todavía mayor oír la voz afectuosa de mi tío deseándome felicidad al separarnos. El buen hombre había dejado su vicaría al norte del país (mi hogar desde la muerte de mis padres) con el solo propósito de celebrar mi boda. Mi tía y él habían dispuesto regresar en el tren de mediodía. Me rodeó con sus fuertes y grandes brazos y me dio un beso que debieron de oírlo todos los curiosos que esperaban a la salida de la iglesia.

—Te deseo mucha salud y felicidad, mi querida sobrina, de todo corazón. Ya tienes edad para elegir por ti misma, y —no se ofenda, señor Woodville, usted y yo somos amigos recientes— le ruego a Dios, Valeria, que sea para bien. Nuestro hogar

estará triste sin ti; pero no me quejo, querida. Al contrario, si este cambio en tu vida te hace más feliz, me alegraré mucho. ¡Vamos! ¡Vamos! No llores ahora, o tu tía se enfurecerá, y a su edad eso no es bueno. Además, el llanto marchita la belleza. Sécate los ojos y mírate a ese espejo de ahí; ya verás como tengo razón. ¡Adiós, hijita, y que Dios te bendiga!

Tomó a mi tía del brazo y ambos salieron apresurados. A pesar de lo mucho que amaba a mi marido, no pude evitar que el corazón me diera un vuelco cuando vi alejarse a mis tíos, los queridos protectores de mis días de adolescente.

Le llegó luego el turno a Benjamin.

—Te deseo todo lo mejor, querida niña. No me olvides.

No dijo más; pero con estas palabras volvieron a mi mente los viejos tiempos en casa, cuando mi padre aún vivía. Entonces Benjamin cenaba con nosotros todos los domingos, y siempre aparecía con algún regalo para mí. Emocionada por esta evocación, estuve a punto de «marchitar mi belleza» (como había dicho mi tío) cuando acerqué la mejilla para que Benjamin me besara. Le oí suspirar, como si él tampoco esperase demasiado de mi vida futura.

La voz de mi marido me devolvió a la realidad y me llevó a pensar en cosas más agradables.

—¿Nos vamos, Valeria? —me preguntó.

Cuando salíamos, le detuve para seguir el consejo de mi tío. En otras palabras, para mirarme en el espejo que colgaba sobre la chimenea de la sacristía.

¿Qué imagen refleja?

El espejo muestra a una joven de veintitrés años, alta y esbelta. Pero no es en absoluto la clase de mujer que llama la atención por la calle, pues no tiene el típico pelo rubio ni las mejillas sonrosadas. Su pelo negro esta peinado en grandes rizos que parten de la frente (como si lo llevase así desde hace años para agradar a su padre), y recogido en un sencillo moño, similar al de la *Venus de Médicis*, que deja el cuello al descubierto. Su cutis es pálido, salvo en momentos de agitación violenta. Sus ojos, de un azul tan oscuro que parecen negros, están enmarcados por unas cejas de una bella forma, aunque demasiado oscuras y marcadas. La nariz es un poco aguileña y resulta excesivamente larga para aquellas personas difíciles de contentar en materia de narices. La boca, su mejor rasgo, posee una forma delicada y muy expresiva. En cuanto al rostro en conjunto, es demasiado alargado en su parte inferior, y demasiado ancho y corto en la zona de los ojos y la frente.

La imagen, tal como se refleja en el espejo, representa a una mujer de cierta elegancia, demasiado pálida y demasiado seria en los momentos de silencio; en resumen, una persona que no llama la atención de un observador ocasional a primera vista, pero que gana mucho en una segunda, e incluso, una tercera contemplación.

Por lo que respecta a su forma de vestir, la joven disimula a conciencia, en vez de

proclamarlo, que se ha casado esa misma mañana. Lleva una falda y una túnica de lana de cachemir gris, rematadas con seda del mismo color; como complemento, luce un sombrero a juego, adornado con una pluma de muselina blanca y una rosa roja, cuyo color más alegre pone la nota de efecto contrastante al conjunto.

¿He logrado o no trazar una adecuada descripción de mi persona? No soy quién para decirlo; pero en todo caso he hecho lo posible por evitar dos vanidades: el desprecio y el elogio de mi aspecto físico. Por lo demás, bien o mal escrito, gracias a Dios ya está hecho.

¿Y a quién veo junto a mí en el espejo?

Es un hombre algo más bajo que yo y con la desgracia de aparentar más edad de la que tiene. Su frente presenta una calvicie prematura, y tanto la densa barba castaña como el largo bigote ya están tiñéndose de gris. No obstante, su rostro tiene el color que quisiera para el mío, y el vigor de su figura la querría para mí. Me contempla con los ojos (de color castaño claro) más tiernos y cálidos que he visto jamás en el rostro de un hombre, y posee una sonrisa dulce y amable. Sus modales, pausados, modestos y persuasivos, poseen un irresistible atractivo para las mujeres.

Cojea ligeramente al andar, a consecuencia de una herida sufrida hace años, cuando era soldado en la India, y lleva un bastón de bambú, con un curioso puño (su favorito) que le ayuda a ponerse de pie. Aparte de este pequeño defecto (si es que puede considerarse como tal), todo en él es armonioso y elegante. Precisamente, esa leve cojera al andar tiene —tal vez sólo para mi parcial mirada— un cierto encanto, y resulta más agradable que los movimientos bruscos de otros hombres. Por último, y lo más importante de todo, ¡le amo!, ¡le amo!

Y éste es el retrato de mi marido en el día de nuestra boda. El espejo me ha dicho todo lo que quiero saber; ahora por fin salimos de la sacristía.

El cielo, nublado ya desde la mañana, se ha oscurecido mientras estábamos en la iglesia, y ahora comienza a llover con fuerza. Fuera, los curiosos nos contemplan bajo sus paraguas mientras pasamos entre ellos y apresurados nos metemos en el coche. Sin saludos, sin sol, sin flores a nuestro paso, sin un gran banquete, sin discursos grandilocuentes, sin damas de honor, sin bendiciones del padre y de la madre: una triste boda, para qué negarlo, y (si mi tía no se equivoca) ¡un mal comienzo!

Habíamos reservado un compartimento en un tren. El mozo, diligente y pendiente de la propina, baja las persianas de las ventanas laterales del vagón para ocultarnos de las miradas indiscretas.

Después de lo que me parece una espera interminable, el tren se pone en marcha. Mi marido me rodea con su brazo, me atrae suavemente hacia él y me susurra, con un amor en su mirada que las palabras no aciertan a describir:

—¡Al fin!

Acaricio su cuello y mis ojos responden a los suyos. Nuestros labios se encuentran en un beso, largo y lento, el primero de nuestra vida de casados.

¡Cuántos recuerdos de ese viaje reviven a medida que escribo! Déjame, lector, que me seque los ojos y guarde el cuaderno por hoy.

CAPÍTULO II

Los pensamientos de la novia

Llevábamos poco más de una hora de viaje, cuando se produjo en nosotros un cambio perceptible.

Sentados muy juntos, con mi mano entre las suyas y mi cabeza apoyada en su hombro, poco a poco nos fuimos quedando en silencio. ¿Es que ya habíamos agotado el limitado pero elocuente vocabulario del amor? ¿O habíamos decidido, por consentimiento tácito, tras disfrutar de la pasión que habla, pasar a la profundidad y el éxtasis de la pasión que piensa? Apenas puedo explicarlo; sólo sé que llegó un momento en que, bajo alguna extraña influencia, nuestros labios se cerraron a la vez. Seguimos viajando, cada uno absorto en sus propias reflexiones. ¿Pensaba él tan sólo en mí, como yo pensaba tan sólo en él? Antes de que el viaje terminara, ya tenía mis dudas. Algo más tarde, me enteré de que sus pensamientos, bien alejados de su joven esposa, se centraban en su propia desgracia.

Para mí, en cambio, resultaba todo un lujo el placer secreto de saber que sólo él llenaba mi mente mientras le sentía a mi lado.

Me vino entonces a la memoria el recuerdo de nuestro primer encuentro.

Cerca de la casa de mi tío, un famoso río truchero discurría, espumoso y brillante, por un barranco del páramo rocoso. Aquella tarde oscura y de fuerte viento, con el fondo de un cielo nublado, la puesta de sol teñía de rojo todo el oeste.

En un rincón del río, un remanso tranquilo y hondo junto a la orilla inclinada, un pescador solitario lanzaba su caña, en cuyo anzuelo había ensartado una mosca. Mientras tanto, en la parte más alta de la orilla, no visible para el pescador, una chica —yo misma— esperaba llena de ansiedad a que saliera la trucha.

Llegó el momento; el pez mordió el anzuelo.

Andando por el banco de arena de la orilla o (cuando la corriente cambiaba) por las aguas poco profundas que corrían sobre el lecho de rocas, el pescador seguía a la trucha capturada, al tiempo que dejaba ir el sedal y lo enrollaba nuevamente, en el difícil y delicado proceso de «agotar» al pez. Yo le seguía por la orilla, deseosa de ver en qué paraba aquella lucha de habilidad e ingenio entre el hombre y la trucha. Hacía tiempo que vivía con mi tío, el reverendo Starkweather, y él me había contagiado su entusiasmo por los deportes al aire libre, y sobre todo, por el arte de la pesca.

Caminando al mismo ritmo que el desconocido, con los ojos fijos en cada movimiento de su caña y del sedal, no prestaba atención al terreno desigual por el que

caminaba, así que tropecé con un montículo de tierra de la orilla y me caí al agua.

La distancia era insignificante; el agua, poco profunda; el lecho del río, por suerte, era de arena. Aparte del susto y del remojón, por tanto, no tenía de qué quejarme. Al cabo de un momento ya estaba otra vez de pie y fuera del agua; avergonzada pero en suelo firme.

Pasó muy poco tiempo, pero el justo para que el pez se escapara. El pescador había oído mi grito instintivo de alarma y, dejando a un lado su caña, se había vuelto para ayudarme. Fue la primera vez que estuvimos frente a frente, yo en la orilla y él en el agua. Nuestras miradas se encontraron y creo, de verdad, que nuestros corazones se encontraron en ese mismo instante. Lo sé con certeza, porque nos olvidamos de la educación recibida y nos miramos en apasionado silencio.

Yo fui la primera en reaccionar. ¿Qué le dije? Apenas musité que no me había hecho daño y alguna otra tontería más; luego le insté para que volviera corriendo y tratara de recuperar el pez.

Él dio unos cuantos pasos, sin mucho interés, y enseguida regresó junto a mí, y sin el pez, naturalmente. Sabiendo lo decepcionado que se habría sentido mi tío en su lugar, me disculpé como pude. En mi deseo de hacerme perdonar me ofrecí incluso para enseñarle un recodo del río en donde podría intentarlo de nuevo; pero él no quiso ni oír hablar del asunto. Me sugirió que fuera a casa a cambiarme de ropa, y aunque no me importaba estar mojada, le obedecí sin saber por qué.

Se ofreció amablemente a acompañarme, aduciendo que el camino hacia la vicaría le quedaba de paso hacia su posada. En el trayecto me dijo que no había venido a esta región a pescar, sino principalmente, con el deseo de pasar unos días en un lugar pequeño y tranquilo donde hallar paz y sosiego. Me había visto varias veces desde la ventana de su habitación en la posada, y quiso saber si yo era la hija del vicario.

Le contesté que el vicario se había casado con la hermana de mi madre y que ambos habían ejercido de padres desde que quedé huérfana. Me preguntó si podría visitar al reverendo Starkweather al día siguiente, mencionando a un amigo suyo que, según creía, también tenía amistad con mi tío. Le invité a visitarnos como si la casa fuese mía. Estaba realmente hechizada por su voz y su mirada. A veces me había creído sinceramente enamorada; pero nunca, en compañía de un hombre, había experimentado las sensaciones que ahora despertaba en mí la presencia de este hombre.

Cuando él me dejó en casa tuve la impresión de que la noche caía súbitamente sobre el paisaje. Me apoyé en la verja de la vicaría. No podía respirar; no podía pensar; el corazón me latía con tal fuerza que parecía querer escaparse del pecho. ¡Y todo por un desconocido! Enrojecí de vergüenza; pero aun así, ¡me sentía tan feliz!

Y ahora, apenas unas semanas después de aquel primer encuentro, le tenía a mi

lado. ¡Y era mío, mío para siempre! Alcé mi cabeza, apoyada en su pecho, para mirarle; al igual que un niño con un juguete nuevo, necesitaba asegurarme de que era realmente mío.

Mi esposo no se movió de su rincón. ¿Seguía absorto en sus pensamientos? ¿Estaba pensando en mí?

Volví a apoyar mi cabeza en su hombro suavemente, para no distraerle, y mi mente evocó una nueva escena de la galería dorada del pasado.

El escenario era el jardín de la vicaría. El momento: la noche. Nos habíamos citado en secreto.

Paseábamos despacio, a salvo de las miradas que pudieran dirigirnos desde la casa, por el bosquecillo de arbustos y bajo la luz de la luna que iluminaba la hierba.

Ya nos habíamos declarado nuestro amor y queríamos unir nuestras vidas para siempre. Nuestros proyectos e intenciones coincidían, y compartíamos las alegrías y las penas.

Aquella noche yo había salido al encuentro de Eustace bastante abatida, con el deseo de hallar consuelo en su presencia y ánimo en su voz. Él notó que suspiré cuando me abrazó y, dulcemente, alzó mi cabeza hacia la luz de la luna para leer en mi rostro lo que me preocupaba. ¡Cuántas veces había leído en él mi felicidad en los primeros días de nuestro amor!

—Traes malas noticias, ángel mío —dijo, apartándome el pelo de la frente mientras hablaba—. Veo aquí unas arrugas que revelan ansiedad y dolor. Ojalá te amara menos, Valeria.

—¿Por qué?

—Porque podría devolverte la libertad. Sólo con dejar el lugar, tu tío se quedaría tranquilo y tú te verías libre de todas tus penas.

—¡No hables así, Eustace! Si quieres que olvide mis tristezas, dime que me quieres como nunca.

Él contestó con un beso, y vivimos un instante de exquisito olvido, un momento de deliciosa absorción mutua. Después, volví a la realidad, fortalecida y serena, recompensada por lo que había sufrido y dispuesta a sufrir de nuevo por otro beso. Dadle amor a una mujer y no habrá nada que ella no haga, sufra o arriesgue.

—¿Han puesto nuevos impedimentos a nuestra boda? —preguntó mientras reanudábamos el paseo.

—No, no es eso; por fin han reconocido que ya tengo edad para elegir por mí misma. Pero me han suplicado, Eustace, que te deje. Mi tía, a quien creía fuerte, ha llorado por primera vez desde que la conozco; y mi tío, siempre amable y bondadoso conmigo, se ha mostrado hoy más amable y bueno que nunca. Me ha dicho que, si insisto en ser tu esposa, no me dejará sola el día de la boda, que dondequiera que nos casemos, allí estará él para officiar la ceremonia, y mi tía también asistirá a la boda.

Pero él me ruega que considere seriamente lo que hago, y que consienta una breve separación entre nosotros mientras consulta a otras personas, ya que no tengo en cuenta su opinión. ¡Oh, amor mío, desean separarnos, como si fueras el peor y no el mejor de los hombres!

—¿Ha ocurrido algo, desde ayer, que haya hecho crecer su desconfianza? —preguntó.

—Así es.

—¿De qué se trata?

—¿Recuerdas que le hablaste a mi tío de un amigo común?

—Sí; el mayor Fitz-David.

—Mi tío le ha escrito.

—¿Por qué?

Pronunció esa pregunta con un tono tan diferente del habitual que su voz me pareció desconocida.

—¿No te enfadarás si te lo digo, Eustace? —le dije—. Mi tío, por lo que le conozco, decidió escribir al mayor por varios motivos, entre ellos, para preguntarle si conocía y le podía proporcionar la dirección de tu madre.

Eustace se detuvo en seco.

Yo hice una pausa, sintiendo que no podía aventurarme a ir más allá sin riesgo de ofenderle.

En honor a la verdad, la primera vez que Eustace le habló a mi tío de nuestro compromiso, su conducta había sido (si las apariencias no engañan) tan extraña como poco seria. El vicario, lógicamente, le había preguntado sobre su familia; y Eustace se había limitado a decir que su padre había muerto y, tras ciertas reticencias, había consentido, aunque no de muy buena gana, en anunciar el compromiso matrimonial a su madre. Nos contó que también ella vivía en el campo y nos dijo que iría a verla para hablarle de nuestra boda; pero en ningún momento mencionó su dirección.

Dos días más tarde Eustace había regresado a la vicaría con un mensaje sorprendente. Su madre no deseaba ofendernos, ni a mí ni a mis tíos, pero tanto ella como el resto de su familia desaprobaban el matrimonio de su hijo, por lo que rehusaban asistir a la ceremonia si Eustace insistía en mantener su compromiso con la sobrina del reverendo Starkweather.

Cuando se le pidió que explicara la razón de tan sorprendente e inexplicable reacción, Eustace se limitó a decir que su madre y sus hermanas esperaban que se casara con otra mujer; de modo que se habían sentido muy dolidas y decepcionadas al saber que él había elegido a una extraña. Por lo que a mí respecta, esta explicación resultó satisfactoria, y casi me pareció todo un cumplido; pues ponía de manifiesto la mayor influencia que yo ejercía sobre Eustace, algo que una mujer siempre recibe con placer.

Pero esa misma explicación no consiguió en absoluto satisfacer a mis tíos. El vicario expresó al señor Woodville el deseo de escribir a su madre, o mejor aún, de verla, para obtener directamente de ella una aclaración de su extraña conducta.

Eustace se negó obstinadamente a dar la dirección de su madre, afirmando que cualquier intento del vicario sería inútil. De esta actitud mi tío extrajo sus propias conclusiones, deduciendo que aquella misteriosa actitud de mi prometido respecto a su madre indicaba que algo iba mal. Rechazó de nuevo conceder mi mano a Eustace Woodville, y aquel mismo día escribió una carta a su amigo, el mayor Fitz-David, para averiguar algo más sobre mi prometido.

En estas circunstancias, hablar de los motivos de mi tío era aventurarme en terreno resbaladizo. Eustace me libró del apuro preguntándome algo que sí estaba en mi mano contestar.

—¿Ha recibido tu tío alguna respuesta del mayor Fitz-David?

—Sí.

—¿Te ha dejado leerla? —su voz se apagó al pronunciar esas palabras, y su rostro reveló una súbita inquietud que me dolió.

—Traigo la respuesta para enseñártela.

Casi me la arrancó de las manos, y sin la más mínima consideración, me dio la espalda para leerla a la luz de la luna. La carta era tan breve que se leía en apenas unos segundos. Yo podría haberla recitado de memoria; y soy capaz de repetirla ahora:

Querido Vicario:

El señor Eustace Woodville está en lo cierto al afirmar que es un caballero por nacimiento y por posición, y que hereda (según el testamento de su difunto padre) una renta de dos mil libras al año.

Queda a su disposición,

Lawrence Fitz-David

—¿Puede alguien desear una respuesta más clara que ésta? —preguntó Eustace, tendiéndome la carta.

—Si yo hubiera solicitado informes sobre ti —contesté— sería lo bastante clara.

—¿Y para tu tío no lo es?

—No.

—¿Qué te ha dicho?

—¿Por qué te preocupa tanto saberlo, amor mío?

—Necesito saberlo, Valeria. No debe haber secretos entre nosotros en este asunto.

¿Dijo algo tu tío cuando te mostró la carta del mayor?

—Sí.

—¿Qué fue?

—Mi tío me hizo observar que su carta constaba de tres páginas, y que la respuesta del mayor se limitaba a una frase. Dijo: «Debo ir a ver al mayor Fitz-David para hablar del asunto. Está claro que no le presta la debida atención. Le pedí la dirección de la madre del señor Woodville y él ha pasado por alto mi petición, al igual que ha evitado todo el asunto del matrimonio. Se limita deliberadamente al enunciado escueto de los bienes de tu prometido.

Usa tu sentido común, Valeria. ¿No es esto una grosería más que notable por parte de un hombre que no sólo es un caballero, por nacimiento y por educación, sino que es, además, amigo mío?».

Eustace me detuvo en este punto.

—¿Le respondiste a tu tío? —preguntó.

—No. Únicamente le dije que no entendía la conducta del mayor.

—Y él ¿qué respondió? Si me quieres, Valeria, dime la verdad.

—Empleó un lenguaje muy fuerte, Eustace. Pero no debes ofenderte; mi tío es un anciano.

—No me ofendo. ¿Qué te dijo?

—Dijo literalmente: «Fíjate en mis palabras, Valeria. Hay algo bajo la superficie, en relación con el señor Woodville o con su familia, que el mayor no tiene la libertad de contar. Interpretándola con propiedad, esta carta es una advertencia. Muéstrasela al señor Woodville y explícale, si quieres, lo que te acabo de decir».

Eustace me interrumpió otra vez.

—¿Estás segura de que esas fueron sus palabras? —preguntó, examinando atentamente mi rostro a la luz de la luna.

—Completamente. Pero yo no opino igual que él. ¡Te ruego que no lo pienses!

De repente, me estrechó en sus brazos y fijó sus ojos en los míos. Su expresión me asustó.

—Adiós, Valeria, mi amor —me dijo—. Intenta pensar bien de mí cuando estés casada con otro hombre más feliz.

¡Tenía la intención de dejarme! Me aferré a él, en una agonía de terror que me hizo temblar de la cabeza a los pies.

—¿Qué quieres decir? —pregunté tan pronto como pude hablar—. Soy tuya y solamente tuya. ¿Qué he dicho, qué he hecho para merecer esas terribles palabras?

—Debemos separarnos, ángel mío —contestó con tristeza—. Pero tú no tienes la culpa; es a mí a quien persigue la desgracia. ¡Mi Valeria! ¿Cómo puedes casarte con un hombre que es sospechoso para tus familiares y amigos más cercanos? Mi vida ha sido espantosa; nunca he hallado en ninguna otra mujer la comprensión, el dulce amor y la compañía que tú me has ofrecido. Por eso ¡no sabes cómo me duele perderte! ¡Qué duro me resulta volver a mi vida solitaria! Y sin embargo, debo hacer

este sacrificio por ti, mi amor.

No sé mejor que tú por qué esa carta es cómo es. Pero ¿me creería tu tío? ¿Me creerían tus amigos? ¡Un último beso, Valeria! Perdóname por haberte amado apasionadamente, devotamente. ¡Perdóname y deja que me vaya!

Le retuve, presa de una desesperación temeraria. Su mirada me puso fuera de mí; sus palabras me llenaron de una congoja delirante.

—Ve adonde quieras —dije—. ¡Pero yo iré contigo! Amigos, reputación, nada me importa; ni lo que pierdo ni a quién pierdo. ¡Oh, Eustace, sólo soy una mujer! ¡No me vuelvas loca! No puedo vivir sin ti y voy a ser tu esposa. ¡Tengo que serlo!

Esas palabras irreprimibles fueron todo lo que me fue posible decir antes de que una tristeza infinita me hiciera estallar en sollozos y lágrimas.

Él se rindió. Me calmó con su cautivadora voz y borró mi angustia con suaves caricias. Luego puso al cielo por testigo de que iba a dedicarme su vida, y juró, con palabras tan solemnes como elocuentes, que su único pensamiento, noche y día, sería mostrarse digno de mi amor.

¿Acaso no había cumplido con nobleza su juramento? ¿No había seguido a la promesa comprometida en esa memorable noche la promesa hecha en el altar, ante Dios? ¡Ah, qué vida tan dichosa tenía ante mí! ¡Qué feliz me sentía!

Alcé de nuevo la cabeza para saborear el deleite de verle junto a mí. Mi vida, mi amor, mi marido. ¡Mío!

Apenas me recobré de los absorbentes recuerdos del pasado, volví a la amable realidad del presente, y rocé la mejilla de Eustace con la mía, susurrándole con dulzura:

—¡Cuánto te amo! ¡Cuánto te amo!

Al cabo de un instante, retrocedí, y mi corazón se detuvo. Posé una mano en mi cara. ¿Qué sentí en mi mejilla? (Yo no había estado llorando; era demasiado feliz). ¿Qué sentí en mi mejilla? ¡Una lágrima!

El rostro de Eustace miraba hacia otro lado. Con mis manos, le obligué a volverse hacia mi.

Le miré. Y vi a mi marido, en el día de nuestra boda, con los ojos llenos de lágrimas.

CAPÍTULO III

Las arenas de Ramsgate

Eustace consiguió calmar mi inquietud; pero no puedo afirmar que lograra convencerme por completo.

Me dijo que había estado pensando en el contraste entre su vida pasada y la presente. A su memoria habían acudido amargos recuerdos de los años ya lejanos, y eso le había hecho dudar de su capacidad para hacerme feliz. Se preguntaba si no me habría conocido demasiado tarde; si no era ya un hombre amargado y destrozado por las decepciones y los desencantos de la vida. Dudas como éstas, que cada vez le pesaban más, habían hecho brotar de sus ojos las lágrimas que yo había descubierto, lágrimas que ahora, por mis súplicas y mi amor hacia él, trataba de hacerme olvidar para siempre.

Le perdoné, le conforté, le di ánimos, pero el recuerdo de lo que había presenciado me preocupaba en secreto; había momentos en los que me preguntaba si de verdad mi marido tenía plena confianza en mí, como yo la tenía en él.

Nos bajamos del tren en Ramsgate, ciudad de veraneo que ahora estaba casi desierta, pues la temporada ya había terminado. Nuestro viaje de novios incluía un crucero por el Mediterráneo en el yate que un amigo le había prestado a Eustace. A los dos nos gustaba mucho el mar, y además, teniendo en cuenta las circunstancias en que nos habíamos casado, deseábamos pasar inadvertidos. Con este propósito, y tras la boda íntima en Londres, habíamos decidido encontrarnos en Ramsgate con el patrón del yate. En el puerto, terminada la temporada turística, podíamos embarcar a solas, a diferencia de lo que ocurriría si hubiésemos ido a la Isla de Wight. Transcurrieron tres días, días de deliciosa soledad, de exquisita felicidad, que nunca olvidaremos, y que jamás se volverán a repetir en toda nuestra vida.

En la mañana del cuarto día, poco antes del amanecer, tuvo lugar un incidente insignificante que, no obstante, creo digno de mención por lo extraño que me resultó y por lo que me afectó.

De forma súbita e inexplicable, desperté de un sueño profundo con una sensación de nerviosismo que afectaba a todo mi ser, algo que nunca antes había experimentado. En mis años en la vicaría, mi fama de dormilona había dado pie a numerosas bromas inofensivas, pues desde que recostaba la cabeza en la almohada hasta que la doncella llamaba a la puerta, no sabía lo que era despertarme. En cualquier época del año disfrutaba de un reposo largo e ininterrumpido, como el de un niño. Y ahora estaba despierta, sin una causa objetiva y varias horas antes de lo habitual.

Traté de conciliar el sueño de nuevo; pero fue inútil. Me sentía tan desasosegada que no era capaz de permanecer en la cama. A mi lado, mi marido dormía profundamente. Temiendo molestarle, me levanté. Me puse la bata y las zapatillas, y me acerqué a la ventana.

El sol comenzaba a elevarse sobre un mar gris y en calma. Durante unos instantes, el majestuoso espectáculo que tenía a la vista ejerció un efecto sedante en mi estado de agitación. Pero enseguida volví a notar el mismo desasosiego. Recorrí despacio la habitación, hasta que me cansé de la monotonía del ejercicio. Cogí un libro y lo dejé. No podía concentrarme; el autor no consiguió retener mi atención.

Me acerqué a Eustace, y le admiré en su reposo tranquilo. Regresé a la ventana, pero la hermosa mañana ya no me atraía. Me senté delante del espejo y me contemplé. ¡Qué ojerosa y cansada estaba por haberme despertado antes de tiempo! Me levanté otra vez, sin saber qué hacer. El encierro entre las cuatro paredes de la habitación se me hacía insoportable, así que abrí la puerta que conducía al vestidor de mi marido y entré en él, con la esperanza de que el cambio de ambiente me aliviara.

Lo primero que vi fue su maletín de aseo, abierto sobre el tocador.

Saqué los frascos, los cepillos, los peines, la navaja y las tijeras de uno de los compartimentos, y los objetos de escribir del otro. Olí los perfumes y las cremas. Limpié cuidadosamente los frascos con mi pañuelo a medida que los iba sacando. Poco a poco, fui vaciando del todo el maletín. Estaba forrado de terciopelo azul, y en una esquina vi una cinta de seda del mismo color. Tirando de ella y levantándola, descubrí un doble fondo que ocultaba un compartimento secreto para cartas y documentos. Dada mi rara manera de ser —curiosa e inquisitiva— me atraía sacar los papeles, como había hecho con todo lo demás.

Hallé unas facturas, que no tenían el menor interés; unas cartas, que no es necesario que diga que aparté (aunque después de mirar las direcciones), y debajo de todo, una fotografía, colocada boca abajo y con unas palabras escritas al dorso: *A mi querido hijo, Eustace.*

¡Su madre! ¡La mujer que tan obstinada y despiadadamente se había opuesto a nuestro matrimonio!

Llena de ansiedad, di la vuelta a la foto, esperando ver a una mujer de mal carácter y con un semblante duro y severo. Para mi sorpresa, su rostro mostraba el rastro de una gran belleza, y su expresión, aunque denotaba firmeza, todavía conservaba atractivo, ternura y amabilidad. La dama lucía un elegante sombrero con un sencillo lazo, y el pelo gris le caía a ambos lados de la cabeza, formando unos curiosos rizos pasados de moda. En un extremo de la boca se veía una marca, tal vez un lunar, que añadía una nota característica a su rostro.

Contemplé atentamente el retrato, tratando de retenerlo en mi mente. Esta mujer, que casi nos había insultado a mis tíos y a mí, era, más allá de toda duda o discusión

y si las apariencias no engañan, una persona que poseía un atractivo poco corriente, alguien a quien sería un placer y un privilegio conocer.

Medité sobre mi hallazgo. Aquella fotografía me había tranquilizado como nada hasta entonces lo había hecho.

Las campanadas del reloj del hall me advirtieron del paso del tiempo. Con sumo cuidado, fui guardando todos los objetos (comenzando por la foto) en el maletín, exactamente tal y como los había encontrado; luego regresé al dormitorio. Mientras contemplaba a mi marido, dormido plácidamente, me vino a la mente una pregunta: ¿Cuál sería la causa de que su madre, una mujer de aspecto tan agradable, quisiera separarnos cruelmente? ¿Por qué desaprobaba nuestro matrimonio de forma tan fría y despiadada?

¿Podía preguntárselo a Eustace cuando se despertara? No; no me atrevía a ir más lejos. Habíamos acordado que no hablaríamos de su madre, y además, podía enfadarse si se enteraba de que había abierto el compartimento privado de su maletín.

Esa mañana, después del desayuno, tuvimos al fin noticias del yate. Ya había llegado a puerto y el patrón esperaba recibir las órdenes de mi marido.

Eustace vaciló al pedirme que le acompañara al barco. Tenía que examinar el inventario y decidir diversas cuestiones, carentes de interés para una mujer, relacionadas con los planes de ruta, barómetros, provisiones y agua. Me preguntó si no prefería quedarme y esperar hasta que él volviera. El día era muy hermoso y la marea estaba bajando, así que mostré mi deseo de dar un paseo por la arena, y la dueña del hotel, que estaba en ese momento en la sala, se ofreció para acompañarme. Acordamos pasear por la playa en dirección a Broadstairs, donde Eustace se reuniría con nosotras tras haberlo dispuesto todo en el yate.

Media hora más tarde, la dueña y yo salimos hacia la playa.

El panorama de aquella agradable mañana de otoño era encantador: la fuerte brisa, el cielo brillante, el mar de un azul intenso, los acantilados soleados y la arena tostada a su pie, la procesión de barcos deslizándose en la gran carretera marina del Canal de la Mancha, todo era tan estimulante, tan delicioso, que creo de verdad que, de haber estado sola, hubiera bailado de gozo como una niña. El único obstáculo para la felicidad completa era la lengua incansable de la dueña del hotel, una mujer descarada, bonachona y cabeza hueca que no paraba de hablar, tanto si la escuchaba como si no, y que tenía la mala costumbre de llamarme «señora Woodville», en vez de «señora», lo que me parecía excesivamente familiar; parecía querer demostrar la igualdad entre su posición y la mía. Llevábamos, según creo, más de media hora paseando, cuando alcanzamos a una señora que nos precedía. En el momento en que nos disponíamos a adelantarla, sacó un pañuelo de su bolso y, sin darse cuenta, dejó caer una carta en la arena. Yo estaba muy cerca, la recogí y se la devolví.

Cuando se volvió para agradecerme, me quedé paralizada. ¡Era el original del

retrato del maletín! ¡Era la madre de Eustace, cara a cara! Reconocí los originales rizos grises, la expresión suave y afable, el lunar en un extremo de la boca. Imposible equivocarse: ¡era su madre en persona!

La anciana, como es natural, atribuyó erróneamente mi confusión a la timidez, y con gran tacto y amabilidad, entabló conversación conmigo. Al cabo de un minuto, yo caminaba junto a la mujer que me había repudiado como miembro de su familia. Me sentía, lo confieso, terriblemente desconcertada, y no sabía si debía o no asumir la responsabilidad, en ausencia de mi marido, de decirle quién era yo.

Al cabo de otro minuto, la campechana dueña del hotel, situada al otro lado de mi suegra, decidió por mí la cuestión. Se me ocurrió decir que ya debíamos de estar cerca de Broadstairs.

—¡Oh no, señora Woodville! —gritó la irresponsable mujer, llamándome por mi apellido, como solía hacer—. ¡Nada de eso!

Con el corazón palpitando con fuerza, miré a la anciana.

Para mi completa sorpresa, su rostro no reveló ni la más mínima muestra de reconocimiento. ¡La anciana señora Woodville siguió hablando con la joven señora Woodville con tanta tranquilidad como si en su vida hubiera oído su propio apellido!

Mi cara y mis gestos debieron delatar mi agitación, pues mirándome mientras hablaba, la señora se detuvo y me dijo con amabilidad:

—Me temo que ha hecho usted demasiado ejercicio. Está muy pálida y parece exhausta. Venga, siéntese aquí y deje que le ofrezca mi frasco de sales.

La seguí, impotente, hasta la escollera, donde unos bloques de pizarra que se habían desprendido cumplieron su papel de asientos. Apenas oía la voz preocupada de la dueña del hotel. Con un gesto mecánico, acepté el frasco de sales que me tendía la madre de mi marido, después de haber escuchado su nombre, como detalle amable para con una desconocida.

Si hubiera pensado sólo en mí, creo que habría pedido una explicación en el acto. Pero debía pensar en Eustace. Ignoraba por completo la clase de relación, amistosa u hostil, que existía entre su madre y el. ¿Qué podía hacer?

Mientras tanto, la anciana señora seguía hablándome con comprensión y delicadeza. Ella también estaba fatigada, dijo. Había pasado una noche agotadora junto al lecho de una pariente cercana que llevaba una temporada en Ramsgate.

Justo el día anterior había recibido un telegrama que le anunciaba que una de sus hermanas estaba gravemente enferma. Y como ella todavía era, gracias a Dios, una mujer activa y fuerte, había creído su deber partir cuanto antes para Ramsgate. Por la mañana, el estado de la enferma había mejorado.

—El médico me ha asegurado, señora, —dijo mi suegra— que no hay peligro inmediato, y he pensado que me sentaría bien un largo paseo por la playa, después de la noche en vela.

Yo oía las palabras, comprendía su significado, pero aún estaba demasiado aturdida e intimidada por la extraña situación creada como para seguir la conversación. La dueña del hotel fue la siguiente en hablar, y esta vez hizo una sugerencia sensata.

—Ahí viene un caballero —me dijo, señalando en dirección a Ramsgate—. Usted no puede volver así. ¿Quiere que le pidamos a ese caballero que nos envíe un coche desde Broadstairs?

El caballero se iba aproximando, y la dueña del hotel y yo le reconocimos enseguida; era Eustace, que venía a reunirse con nosotras, tal y como habíamos quedado. La irresponsable dueña dio rienda suelta a la expresión de sus sentimientos:

—¡Oh, señora Woodville, qué suerte la nuestra! ¡Es el señor Woodville en persona!

De nuevo miré a mi suegra. Y de nuevo vi que aquel apellido, su propio apellido, no le producía el más mínimo efecto. Su vista no era tan aguda como la nuestra, por lo que aún no había reconocido a su hijo. Pero él sí la había visto. Se detuvo estupefacto. Después, avanzó con el semblante pálido, la emoción contenida y la mirada fija en su madre.

—¿Tú aquí? —le dijo.

—¿Cómo estás, Eustace? —preguntó ella tranquilamente—. ¿También tú has sabido de la enfermedad de tu tía? ¿Sabías que estaba en Ramsgate?

Él no contestó. La dueña del hotel, sacando las inevitables conclusiones de las palabras que acababa de oír, nos miró a mi suegra y a mí con tal estupor que hasta su lengua se quedó paralizada. Yo observé fijamente a mi marido, esperando su reacción. Si hubiera tardado más en presentarme a su madre, habría cambiado el curso de mi vida. Le habría despreciado.

Pero no vaciló. Vino junto a mí y me cogió la mano.

—¿Sabes quién es? —le preguntó a su madre.

Ella me miró y asintió con una suave inclinación de cabeza.

—Una dama que he conocido en la playa, Eustace, y que, muy amablemente, me devolvió una carta que se me había caído. Creo recordar que su nombre era... —se volvió a la dueña del hotel—. ¿Señora Woodville?

Los dedos de mi marido, inconscientemente, presionaron mi mano con tal fuerza que me hizo daño. Después, Eustace informó a su madre, sin vacilación ni cobardía, justo es decirlo.

—Madre —le dijo con mucha tranquilidad—. Esta señora es mi esposa.

Si hasta ese momento había permanecido sentada, mi suegra se levantó ahora lentamente y se enfrentó a su hijo en silencio. A su rostro asomó una primera expresión de sorpresa, seguida por la mirada más indignada y llena de desprecio que haya visto jamás en ninguna mujer.

—Pues compadezco a tu esposa —dijo.

Con estas palabras, y ni una más, movió la mano en señal de despedida y continuó su paseo como la habíamos encontrado, sola.

CAPÍTULO IV

De vuelta a casa

Nos quedamos solos. Tras un momento de silencio, Eustace habló.

—¿Te sientes con fuerzas para regresar caminando? —me dijo—; ¿o prefieres que vayamos hasta Broadstairs y volvamos en tren a Ramsgate?

Hizo esta pregunta con tanta serenidad y compostura que parecía que nada extraordinario hubiese pasado. Pero los ojos y el temblor de sus labios dejaban translucir un intenso sufrimiento.

Aquel hecho tan fuera de lo común que acababa de vivir, lejos de restarme ánimos, me había devuelto el autodomínio. La extraña conducta de la madre de mi marido, después de que Eustace me presentara, había herido mi amor propio y había hecho crecer mi curiosidad hasta extremos insospechados. ¿Cuál era el secreto que le había llevado a despreciar a su hijo y a compadecerme? ¿Cuál era la razón de su incomprensible indiferencia tras oír pronunciar dos veces mi nombre? ¿Por qué se había ido, como si la idea de permanecer con nosotros le resultara horrenda? El máximo interés de mi vida era aclarar este misterio. ¿Caminar? Estaba tan impaciente y expectante que me sentía capaz de andar hasta el fin del mundo con tal de seguir al lado de mi marido y preguntarle todo lo que me intrigaba.

—Estoy mejor —dije—. Volvamos como hemos venido, a pie.

Eustace miró de reojo a la dueña del hotel. Ella le entendió.

—No quiero molestarles, señor —dijo bruscamente—. Tengo que hacer unos recados en Broadstairs, y como estoy tan cerca, aprovecharé para ir ahora. Buenos días, señora Woodville.

Pronunció mi nombre con énfasis y, antes de marcharse, me dirigió una significativa mirada que con la preocupación de entonces no logré entender; pero no era el momento de preguntarle qué quería decir. Con una pequeña reverencia dirigida a Eustace, se fue como mi suegra se había ido, camino de Broadstairs y andando deprisa.

Al fin estábamos solos.

No dudé un instante, y comencé mi interrogatorio sin derrochar tiempo en palabras inútiles ni circunloquios. Le pregunté a Eustace en los términos más precisos:

—¿Qué significa la conducta de tu madre?

En vez de contestar, mi esposo estalló en un ataque de carcajadas, tan altas, tan groseras, tan distintas de las que normalmente brotaban de sus labios que me dejó paralizada en la arena, muy disgustada.

—¡Eustace! ¿Qué te pasa? ¡Me estás asustando!

No me hizo el menor caso. Parecía pensar en algo muy divertido.

—¡Digno de mi madre! —exclamó, como si se sintiera encantado por una feliz y divertida ocurrencia—. ¡Cuéntame todo lo que sepas, Valeria!

—¿Contarte yo a ti? —repetí—. Después de lo ocurrido, seguramente eres tú quien debe iluminarme.

—¿No ves que es una broma?

—No sólo no acierto a entender la broma, Eustace, sino que te pido una explicación seria que justifique el lenguaje y la conducta de tu madre.

—¡Querida Valeria! Si conocieras a mi madre tan bien como yo, la última cosa que esperarías de mí sería una explicación seria de su conducta. ¡Tomar en serio a mi madre! —y volvió a estallar en carcajadas—. ¡Querida! ¡No sabes cómo me diviertes!

Todo aquello resultaba falso, poco natural. ¡Él, el más delicado, el más refinado de los hombres —un caballero en el más noble sentido de la palabra— se comportaba ahora como un tipo grosero, ruidoso y vulgar! Mi corazón se llenó de una aprensión repentina, que, a pesar de lo que le amaba, me era imposible evitar. Con inquietud y alarma, me pregunté: «¿Está empezando a decepcionarme mi marido? ¿Está interpretando una mala comedia cuando no llevamos ni una semana de casados?»

Opté por ganarme su confianza con otros recursos. Era evidente que él estaba dispuesto a imponerme su punto de vista. Yo, por mi parte, decidí aceptarlo.

—Dices que no entiendo a tu madre —añadí con tacto—. ¿Podrías ayudarme a conocerla?

—No es fácil ayudarte a entender a una mujer cuando ni ella misma se entiende —contestó—. Pero lo intentaré. La clave está en su carácter; mi pobre y querida madre es, en una palabra, una excéntrica.

Si hubiera querido elegir la palabra menos apropiada de todo el diccionario para definir a la mujer que acababa de conocer en la playa, esa palabra hubiera sido «excéntrica». Hasta un niño podía ver que Eustace trataba de ocultar la verdad con una explicación trivial.

—Fíjate en lo que te digo —continuó— y, si quieres entender a mi madre, haz lo que te he pedido hace un instante y cuéntame todo lo que ha ocurrido. ¿Cómo empezasteis a hablar?

—Ya te lo contó tu madre, Eustace. Yo iba andando detrás de ella, cuando accidentalmente se le cayó una carta...

—Nada de accidentalmente —me interrumpió—. Ella tiró la carta deliberadamente.

—¡Imposible! —exclamé—. ¿Por qué iba a hacer tal cosa?

—Usa la clave de su carácter, querida. ¡Excentricidad! Éste ha sido el ardid que ha ingeniado mi madre para conocerte.

—¿Conocerme? Te acabo, de decir que yo iba detrás de ella. No tenía ni idea de mi existencia hasta que yo me acerqué a devolverle la carta.

—Eso es lo que tú supones, Valeria.

—Estoy en lo cierto.

—Discúlpame, amor mío, pero tú no conoces a mi madre tan bien como yo.

Empecé a impacientarme con él.

—¿Quieres darme a entender que tu madre ha ido hoy a la playa con el expreso propósito de conocerme?

—No tengo ni la más mínima duda —respondió Eustace con calma.

—¡Pero si ni siquiera reconoció mi nombre! —estallé—. Por dos veces la dueña del hotel me llamó señora Woodville en presencia de tu madre, y te declaro, bajo mi palabra de honor, que no causó la menor impresión en ella. Me miró y actuó como si en su vida hubiese oído su propio apellido.

—«Actuó», esa es la palabra adecuada —dijo mi marido, tan tranquilamente como antes—. Las actrices no son las únicas mujeres que actúan. Mi madre pretendía conocerte y ganarse tu confianza sin que tú supieras su identidad. ¡Es tan propio de ella dar rodeos con tal de satisfacer su curiosidad sobre la nuera que desaprueba! Si yo no hubiera aparecido, te habría sometido a examen, interrogándote sobre ti y sobre mí; y tú, inocentemente, le habrías respondido sin sospechar nada, como quien le habla a un conocido agradable. ¡Así es mi madre! ¡Reconozco su estilo en cada detalle!

Recuerda que ella es tu enemiga, no tu amiga: no busca tus virtudes, sino tus defectos. ¡Y no entiendes por qué ni se inmutó al oír tu nombre! ¡Pobre inocente! Recuerda: hasta que yo os presenté y aclaré la confusión, sólo veías el lado bueno de mi madre. Pero después viste cómo se enfadó, y ahora ya sabes por qué.

Se calló y yo no añadí nada más. Sus palabras me habían sumido en el dolor, y en una abrumadora mezcla de desilusión y rabia. El ídolo de mi adoración, el compañero, el guía y protector de mi vida, ¿había caído tan bajo?, ¿se rebajaba a esos infundios desvergonzados? ¿Había una sola palabra verdadera en todo lo que había dicho? ¡Sí! Si yo no hubiera descubierto el retrato de su madre, no habría sabido ni sospechado quién era esa señora. El resto era todo mentira, una sarta de torpes mentiras, que, al menos, decía algo en favor de Eustace: que no estaba acostumbrado ni a la falsedad ni al engaño. ¡Dios mío! Si tenía que creer a mi marido, su madre nos había seguido a Londres, a la iglesia, a la estación y a Ramsgate. Afirmar que me conocía de vista como la mujer de su hijo, que me había esperado en la playa y que había tirado la carta con el propósito expreso de conocerme era afirmar que todas y cada una de esas monstruosas improbabilidades eran hechos ciertos.

No pude decir nada más. Caminaba a su lado en silencio, tristemente convencida de que el secreto de su familia había abierto un abismo entre mi esposo y yo. Si no en

cuerpo, al menos en espíritu ahora estábamos separados. ¡Y sólo hacía tres días escasos que nos habíamos casado!

—Valeria. ¿No tienes nada que decirme?

—Nada.

—¿No te ha satisfecho mi explicación? —preguntó con un ligero temblor en la voz.

Por primera vez desde que estábamos hablando, su tono era el que yo asociaba con los estados de ánimo que ya le conocía. Entre los cientos de miles de influencias misteriosas que un hombre ejerce sobre la mujer que le ama, no creo que haya una más irresistible que la de su voz. Yo no soy una mujer que lllore ante la mínima provocación; supongo que no es propio de mi carácter. Pero cuando noté ese ligero cambio en su tono, mi mente regresó (no sé por qué) a los días felices en que por vez primera le confesé mi amor. Entonces no pude contenerme y me eché a llorar. Eustace se detuvo, me cogió de la mano y trató de mirarme.

Yo seguí cabizbaja y con la mirada fija en el suelo. Me sentía avergonzada de mi propia debilidad y mi falta de valor, pero estaba decidida a no mirarle.

El silencio se prolongó hasta que, súbitamente, mi esposo cayó de rodillas ante mí, dando un grito de desesperación que me cortó como un cuchillo.

—¡Valeria! ¡Soy un hombre despreciable, falso e indigno de ti! No creas ni una sola palabra de lo que te he dicho. ¡Todo son mentiras, cobardes y viles mentiras! No sabes por lo que he tenido que pasar ni los sufrimientos a los que me he visto sometido. ¡Amor mío, no me desprecies! No sabía lo que hacía cuando te hablé como lo hice. Parecías tan herida, tan ofendida que yo no sabía qué hacer; he querido ahorrarte el dolor, he querido evitarlo restándole importancia a lo ocurrido. ¡Por Dios, no me pidas que te diga nada más! ¡Amor mío, ángel mío! Es algo entre mi madre y yo. Pero no te inquietes; no es nada que te afecte.

Te quiero, te adoro; mi corazón y mi alma son tuyos. Conténtate con esto y olvida lo ocurrido, por favor. Jamás volverás a ver a mi madre. Saldremos de aquí mañana; partiremos en el yate. ¿Qué importa donde vivamos, si vivimos el uno para el otro? ¡Oh, Valeria, Valeria, perdona y olvida!

Su rostro y su voz revelaban una tristeza indescriptible. Recuerda esto, lector. Y recuerda que le amaba.

—Es fácil perdonar —le respondí con tristeza—. Por ti y por tu amor, Eustace, también intentaré olvidar.

Diciendo esto, le alcé con suavidad. Él me besó las manos, como un hombre humillado que no se atreve a expresar su gratitud con familiaridad. Mientras comenzábamos a andar despacio, nos sumimos en un silencio tan violento que tuve que buscar un tema de conversación para romper aquella tensión, como si estuviera en compañía de un desconocido. Compadeciéndole, le pedí a Eustace que me hablara

del yate.

Él se aferró a aquel tema como un náufrago se agarra al brazo que le rescata. Durante todo el camino de regreso, habló, habló y habló del barco, como si su vida dependiera de ello. Me apenaba oírle, y podía percibir su pesar al tener que forzar de aquel modo su naturaleza y sus costumbres —era un hombre silencioso y pensativo—. Haciendo un gran esfuerzo, me mantuve serena hasta que llegamos a la puerta de la casa en que nos alojábamos. Allí, con el pretexto de que me sentía muy cansada, le pedí que me dejara descansar un rato en la soledad de mi habitación.

—¿Partimos mañana? —me preguntó de repente, mientras yo subía la escalera.

¿Partir hacia el Mediterráneo al día siguiente con él? ¿Pasar semanas y semanas completamente a solas con él, en los estrechos límites del barco, con el horrible secreto que se interponía entre nosotros separándonos más cada día? Me estremecí sólo de pensarlo.

—Mañana es demasiado pronto —le dije—. ¿Puedes darme algo más de tiempo para prepararlo todo?

—Sí, tómate todo el tiempo que gustes —contestó de mala gana—. Mientras tú descansas, creo que iré otra vez al yate. Quedan un par de cosas pendientes. ¿Hay algo que pueda hacer por ti antes de irme, Valeria?

—Nada, Eustace. Gracias.

Salió apresurado hacia el puerto. ¿Le asustaba quedarse solo en casa? ¿Era mejor que ninguna la compañía del patrón del yate? Era inútil hacerse preguntas. ¿Qué sabía yo de él o de sus pensamientos? Subí y me encerré en mi habitación.

CAPÍTULO V

El descubrimiento de la dueña

Me senté en la cama tratando de recobrar los ánimos. Ahora o nunca debía decidir qué hacer con respecto a mi marido y a mí misma.

El esfuerzo me superaba; agotada tanto mental como físicamente, era incapaz de pensar. Pero, por otro lado, sentía que si dejaba las cosas tal cual estaban ahora, jamás podría borrar la sombra que se cernía sobre nuestra reciente vida de casados que tan bien había comenzado. Podríamos limitarnos a vivir juntos para mantener las apariencias; mas olvidar lo que había sucedido o conformarme con mi situación significaba ir más allá del poder de mi voluntad.

Mi tranquilidad como mujer, y quizá mi máximo interés como esposa, dependían de que pudiera aclarar la misteriosa conducta de mi suegra y descubrir el verdadero sentido de las palabras llenas de dolor y reproche que mi esposo me había dirigido cuando volvíamos a casa. Tenía que clarificar mi situación, sin ir más allá; pero cada vez que me preguntaba qué camino tomar, mi mente se llenaba de confusión y de duda, y yo me transformaba en la más indefensa e indecisa de las mujeres.

Al fin abandoné la lucha. Presa de una torpe y obstinada desesperación, me eché en la cama y, vencida por el cansancio, caí en un sueño intranquilo y varias veces interrumpido.

Me despertó un golpe en la puerta del dormitorio.

¿Sería mi marido? Me incorporé sobresaltada por esa idea. ¿Pondría de nuevo a prueba mi paciencia y mi fortaleza? Nerviosa e irritada, pregunté quién era.

Me contestó la voz de la dueña del hotel.

—¿Puedo hablar con usted un momento, por favor?

Abrí la puerta. A pesar de amarle tanto y de haber dejado casa y amigos por él, no puedo ocultar que fue un alivio saber que Eustace aún no había regresado a casa.

La dueña entró y tomó asiento junto a mí sin esperar a que se lo indicara. Ya no le bastaba tratarme como a su igual; subiendo otro peldaño de la escala social, se había colocado a la altura de la clase alta y me dirigió una mirada caritativa y protectora, como si yo fuera digna de lástima.

—Acabo de regresar de Broadstairs —empezó a decir—. Espero que usted me haga la justicia de creer que lamento sinceramente lo sucedido.

Me limité a asentir, sin decir nada.

—Aunque rebajada por las desgracias familiares a regentar un hotel —prosiguió la dueña—, yo también pertenezco a una buena familia; soy una dama, y como tal, siento simpatía por usted. Es más, me atrevo a decir que no la culpo. No, no. Me di

cuenta de que la conducta de su suegra la sorprendió y la afectó tanto como a mí. Y ya es decir.

Sin embargo, he de cumplir un deber, y por más que resulte desagradable, no deja de ser un deber. Soy soltera, no porque me faltaran oportunidades de cambiar de estado, ¿comprende?, sino por propia elección. En mi situación, sólo recibo en mi casa a personas respetables, por lo que no puede haber misterios en la vida de mis huéspedes. La situación misteriosa de un huésped supone... ¿cómo le diría?, una cierta mancha. Muy bien; ahora apelo a su sentido común. ¿Puede una persona en mi situación exponerse a una mancha? No es mi intención ofenderla. Le hago estas observaciones con espíritu cristiano y fraterno; y usted, siendo una dama (incluso me atrevo a decir que una dama cruelmente tratada), seguro que entenderá...

No pude soportarlo más. La interrumpí justo ahí.

—Comprendo —le dije en tono cortante—. Usted desea que dejemos su hotel. ¿Cuándo quiere que nos vayamos?

La dueña levantó la mano, larga, flaca y roja, en señal de protesta fraterna y pesarosa.

—No, por favor. No se lo tome usted de ese modo. Es natural que se enfade; pero, por favor, trate de calmarse y juzgue por sí misma, se lo ruego. Digamos que pueden irse en el plazo de una semana a partir del aviso. ¿Por qué no me trata como a una amiga? No sabe qué sacrificio, qué cruel sacrificio, he hecho sólo por usted.

—¿Usted? —exclamé—. ¿Un sacrificio?

—Un gran sacrificio —repitió la dueña—. Me he rebajado como mujer; he renunciado al respeto a mi misma para ayudarla —hizo una pausa y, de repente, me cogió la mano, presa de un delirio de amistad—. ¡Pobrecita mía! —sollozó aquella mujer intolerable—. ¡Lo he descubierto todo! Ese malvado la ha engañado. ¡Usted está tan casada como yo!

Arranqué mi mano de las suyas y me levanté furiosa.

—¿Está usted loca?

La dueña elevó sus ojos al techo, como quien ha merecido el martirio y se entrega a él con alegría.

—Sí —contestó—. Empiezo a creer que estoy loca, loca por haberme volcado en favor de una mujer ingrata, de una persona que no acepta mi sacrificio cristiano y fraterno. ¡Bien! No lo haré más. Que el cielo me perdone. ¡No lo haré más!

—¿Hacer qué? —pregunté intrigada.

—Seguir a su suegra —sollozó la dueña, abandonando el aire de mártir para adoptar el de una arpía—. Sólo de pensarlo enrojezco. Seguí cada paso de esa respetable señora hasta que llegó a la puerta de su hotel.

Hasta entonces el orgullo me había sostenido. Pero ya no pude soportarlo más. Me dejé caer en la silla, sin disimulo, temiendo lo que iba a escuchar.

—Le hice a usted una seña cuando la dejé en la playa —continuó la dueña creciéndose, y más roja a medida que hablaba—. Una mujer agradecida habría entendido esa mirada. ¡No importa! No lo haré más.

Alcancé a su suegra al pie del acantilado, y la seguí. ¡Ahora me siento tan desgraciada por haberlo hecho! La seguí hasta la estación de Broadstairs. Regresó en tren a Ramsgate. Yo volví en tren a Ramsgate. Se dirigió a su casa. Yo la seguí hasta su hotel, como un sabueso. ¡Qué vergüenza! Por suerte, como entonces pensé —no sé qué pensar ahora—, el dueño del hotel resultó ser amigo mío, y resultó que estaba en casa. Tratándose de los clientes, no tenemos secretos entre nosotros; así que estoy en situación de poder decirle, señora, cuál es el verdadero nombre de su suegra. Ella no sabe nada de una tal señora Woodville por una muy buena razón: su apellido no es Woodville. Su apellido (y por tanto, también el de su hijo) es Macallan. Ella es la señora Macallan, viuda del General Macallan. ¡Sí, señora mía! Su marido no es su marido; y usted no está soltera ni casada ni viuda. Usted es peor que nada, señora, y tiene que irse de mi hotel.

Tras esta explicación se dirigió a la puerta para salir. Pero la detuve. De repente yo había recuperado todo mi valor. La duda que aquella mujer había arrojado sobre mi matrimonio era más de lo que yo podía tolerar.

—Deme la dirección de la señora Macallan —le dije.

El enojo de la dueña dejó paso al asombro.

—¿No querrá decirme que va a ir a ver a la señora?

—Nadie excepto esa dama puede decirme lo que necesito saber —contesté—. Su descubrimiento (como usted lo llama) puede bastarle a usted, pero no a mí. ¿Quién le dice que la señora Macallan no se ha casado dos veces y que el apellido de su primer marido no era Woodville?

El asombro de la dueña cedió el paso a la curiosidad. Como ya he dicho antes, en el fondo era una mujer bonachona, y sus arranques de genio eran de corta duración y fruto de un arrebato; surgían y se aplacaban con facilidad.

—¡Un momentito! —exclamó—. Si le doy la dirección, ¿promete contarme a la vuelta todo lo que averigüe?

Se lo prometí y, a cambio, obtuve la dirección.

—Sin malicia —sentenció la dueña, volviendo de repente a su antiguo compañerismo.

—Sin malicia —contesté con la mayor cordialidad.

Diez minutos después estaba yo en el hotel donde se hospedaba mi suegra.

CAPÍTULO VI

Mi propio descubrimiento

Afortunadamente, cuando llamé no me abrió el dueño, sino una estúpida doncella, que me dejó pasar sin tan siquiera pedirme el nombre.

La señora Macallan se encontraba en casa y no tenía visitas, según me informó la sirvienta mientras me conducía al piso superior; sin anunciarme, me introdujo en el salón.

Mi suegra estaba sentada junto a una mesa de costura, haciendo punto. En cuanto aparecí en la puerta, dejó la labor y, poniéndose en pie, se anticipó a mis palabras con un leve y autoritario gesto de su mano.

—Sé para qué ha venido. Quiere hacerme preguntas. Pues bien, puede ahorrárselas, porque le advierto que no responderé a ninguna cuestión relativa a mi hijo.

Su tono era firme, pero exento de dureza. Le contesté de la misma forma:

—No estoy aquí, señora, para preguntarle por su hijo. He venido, si me disculpa, para confirmar algo referido a usted.

Se sobresaltó y me miró con interés por encima de sus gafas. Evidentemente, la había cogido desprevenida.

—¿De qué se trata? —quiso saber.

—Acabo de enterarme, señora, de que su apellido es Macallan. Su hijo se ha casado conmigo con el apellido Woodville. La única explicación honorable para esta circunstancia, por lo que sé, es que mi marido sea fruto de su primer matrimonio. Está en juego mi felicidad. ¿Podría tener en consideración mi posición? ¿Me permite preguntarle si ha estado casada dos veces y si el apellido de su primer marido era Woodville?

Reflexionó durante unos segundos antes de responder.

—La pregunta es perfectamente natural en su situación —dijo mi suegra—. Sin embargo, prefiero no responderla.

—¿Puedo saber por qué?

—Desde luego. Si le respondiera, surgirían más preguntas y me vería obligada a declinar contestarlas. Siento decepcionarla, pero le repito lo que dije en la playa. Me inspira usted una sincera simpatía, y si me hubiera consultado antes de contraer matrimonio, con mucho gusto le habría hablado con confianza. Ahora es demasiado tarde. Ya está casada. Le recomiendo que saque el máximo partido de su situación y que se conforme con las cosas tal como están.

—Discúlpeme, señora —le objeté—. Tal como están las cosas, ni siquiera sé si

estoy casada. Todo lo que sé, a menos que usted me ilumine, es que su hijo se ha casado conmigo usando un apellido que no es el suyo. ¿Cómo puedo saber si soy o no su esposa legal?

—Yo creo que no hay la menor duda de que es usted la esposa legal de mi hijo —aseguró la señora Macallan—. De todos modos, es fácil consultar con un abogado sobre el tema. Si el abogado afirma que no está usted legalmente casada, mi hijo le hará justicia. A pesar de sus errores y defectos, es un caballero, incapaz de engañar deliberadamente a la mujer que le ama y que confía en él. Por mi parte, también le haré justicia. Si la opinión legal es adversa a lo que usted, con todo derecho, reclama, le prometo responder a todas las preguntas que decida hacerme. Pero en mi opinión, usted, querida, es la esposa legal de mi hijo. Y le repito: saque el máximo partido a su situación, y si aprecia la paz interior y la felicidad venidera, contétese con la devoción afectuosa que siente su marido por usted, y absténgase de intentar saber más de lo que sabe.

Se sentó de nuevo, para indicar que había dicho su última palabra. Habría sido inútil protestar; lo vi en su cara, lo percibí en su voz. Me di la vuelta para abrir la puerta del salón.

—Es usted dura conmigo, señora —le dije, mientras me disponía a salir—. Pero estoy a su merced y debo resignarme.

Me miró y me contestó con un ligero rubor en su rostro bello y amable.

—Dios es testigo, niña, de que la compadezco desde el fondo de mi corazón.

Tras esta inesperada efusión sentimental, cogió con una mano su labor, y con la otra me indicó que la dejara.

Me despedí inclinándome en silencio y salí.

Había entrado en la casa sin saber qué camino debía seguir en el futuro. Salí de allí totalmente decidida —pasara lo que pasara— a descubrir el secreto que madre e hijo me ocultaban. En cuanto al tema del apellido, ahora lo contemplaba bajo la luz con que debería haberlo visto desde el principio. Si la señora Macallan hubiera estado casada dos veces (como me había precipitado en suponer) habría dado alguna muestra de reconocimiento ante el apellido de su primer marido. Si en todo lo demás había misterio, ahí no había ninguno. Cualesquiera que fueran las razones, era indudable que Eustace se había casado conmigo bajo un apellido supuesto.

Cuando me aproximaba a nuestra pensión, vi a mi marido pasear ante la puerta; evidentemente me estaba esperando. Por si me hacía alguna pregunta, decidí contarle con franqueza dónde había estado y qué había ocurrido entre su madre y yo.

Se apresuró a ir a mi encuentro con señales de inquietud en su rostro y en sus gestos.

—Tengo que pedirte un favor, Valeria —me dijo—. ¿Te importaría regresar conmigo a Londres en el próximo tren? —le miré perpleja. Como suele decirse, no

daba crédito a lo que oía—. Es un asunto de negocios —continuó— que me interesa mucho y que requiere mi presencia en Londres. Según entendí, no te agradaba la idea de embarcarnos de inmediato; pero tampoco quiero dejarte aquí sola. ¿Tienes inconveniente en que pasemos un día o dos en Londres?

No puse ninguna objeción, porque yo también estaba ansiosa por volver. En Londres podría consultar a un abogado sobre la validez de mi matrimonio con Eustace, y contaría con el apoyo incondicional de Benjamin, el fiel empleado de mi padre. Podía confiar en él más que en nadie. Respecto a mi tío, el reverendo Starkweather, a pesar de lo mucho que le quería, no me atrevía a explicarle la delicada situación en la que ahora me encontraba. Su esposa había hablado de un mal comienzo cuando me equivoqué en la firma del registro matrimonial, y, lo confieso, el orgullo me impedía reconocer que ella había tenido razón, y que sus negros presagios se habían cumplido antes de que terminara la luna de miel.

Dos horas más tarde estábamos otra vez en la estación. ¡Qué contraste ofrecía este segundo viaje con el primero! Yendo hacia Ramsgate, saltaba a la vista que éramos una pareja de recién casados. De vuelta a Londres, nadie lo habría notado; todo el mundo habría dado por supuesto que llevábamos años de matrimonio.

Nos alojamos en un hotel del barrio de Portland Place.

A la mañana siguiente, después del desayuno, Eustace me anunció que iba a atender sus asuntos. Yo ya le había comentado que quería hacer unas compras, y él me permitió ir sola con la condición de que usara el coche que el hotel ponía a nuestra disposición.

Aquella mañana me sentía triste, porque percibía el creciente distanciamiento que nos estaba separando. Mi marido abrió la puerta para salir y luego regresó junto a mí para darme un beso antes de dejarme sola. Ese detalle de ternura me conmovió, y actuando bajo el impulso del momento, le atraje con suavidad y le abracé.

—Querido —musité—, ten plena confianza en mí. Sé que me amas. Demuéstrame que también confías en mí.

Eustace suspiró amargamente y se apartó con tristeza, pero sin enfadarse.

—Creí que habíamos acordado, Valeria, que no volveríamos a tratar ese asunto —dijo—. Sólo consigues inquietarte e inquietarme.

Salió de la habitación bruscamente, como si temiera hablar más de lo debido. Es preferible que no me detenga a explicar lo que sentí al verme rechazada. Pedí enseguida el carruaje, pues ansiaba evadirme de mis pensamientos y decidí salir cuanto antes.

Primero me dirigí a unas tiendas y compré lo que le había dicho a Eustace como pretexto para salir. Luego me dediqué a lo que embargaba mi corazón: fui a casa del anciano Benjamin, en los alrededores de St. John's Wood.

En cuanto superó la sorpresa de verme, Benjamin notó que estaba pálida y

preocupada. No vacilé y le confesé en el acto que tenía problemas. Nos sentamos junto a la chimenea de su pequeña biblioteca (en la medida en que sus medios se lo permitían, coleccionaba libros) y le conté con franqueza todo lo que aquí he narrado.

Cuando concluí, mi viejo amigo estaba demasiado afectado para hablar. Apretó mi mano y dio gracias a Dios porque mi padre no hubiera vivido para oír lo que él acababa de escuchar. Luego, después de una pausa, repitió el nombre de mi suegra con un tono interrogante, de duda.

—¿Macallan? Macallan... ¿Dónde he oído ese nombre? ¿Por qué me suena tanto?, ¿por qué no me es desconocido?

Dejó de bucear en sus recuerdos y me preguntó, con la mayor seriedad, qué podía hacer por mí. Le contesté que necesitaba su ayuda, en primer lugar, para poner fin a la insoportable duda de saber si estaba legalmente casada o no. Al oírme, Benjamin recobró su energía de los viejos tiempos, cuando llevaba los negocios de mi padre.

—El carruaje está en la puerta, querida —propuso—. Vamos a ver a mi abogado sin perder más tiempo.

Nos dirigimos a Lincoln's Inn Fields.

Atendiendo a mis ruegos, Benjamin le expuso mi caso al letrado como si fuera algo que le había sucedido a una amiga. El abogado respondió sin vacilar. Yo me había casado creyendo de buena fe que el apellido de mi marido era aquél con el que le había conocido. Los testigos del matrimonio —mi tío, mi tía y Benjamin— habían actuado, como yo, de total buena fe. Por lo tanto no había ninguna duda. Yo estaba legalmente casada. Macallan o Woodville, yo era la esposa de Eustace.

Esta respuesta decisiva me liberó de una acuciante ansiedad. Acepté la invitación de mi viejo amigo para regresar con él a St. John's Wood y hacer de su cena temprana mi comida. En el camino de regreso volví a tratar el otro asunto que ocupaba mi mente, y le reiteré a Benjamin mi resolución de descubrir por qué Eustace había mentado respecto a su apellido.

Mi amigo movió la cabeza en señal de desaprobación y me sugirió que pensara bien lo que me proponía hacer. Su consejo era el mismo que el de mi suegra —¡de qué modo tan extraño se unen los extremos!—, repetido casi palabra por palabra:

—Deja las cosas como están, mi querida pequeña. En interés de tu tranquilidad y de la paz conyugal, conténtate con el afecto de tu marido. Sabes que eres su esposa y que te ama. ¿No te basta?

Sólo tenía una respuesta para eso. Vivir así, en las condiciones descritas por mi buen amigo, sería insufrible para mí. Nada podía cambiar mi decisión, por la sencilla razón de que no me veía capaz de convivir con mi marido en los términos en que estábamos viviendo por aquel entonces. Sólo me quedaba preguntar a Benjamin si estaba dispuesto a ayudarme o no.

La respuesta del anciano fue muy propia de él.

—Dime qué es lo que quieres de mí, querida —y eso fue todo.

En ese momento circulábamos por una calle cercana a Portman Square. Estaba a punto de responderle cuando las palabras quedaron suspendidas en mis labios. Acababa de ver a mi marido bajando la escalera de una casa, como si saliera de hacer una visita. Tenía los ojos fijos en el suelo y no levantó la mirada ante el paso de nuestro carruaje. Cuando el criado cerró la puerta tras él, vi que el número de la casa era el dieciséis. En la siguiente esquina me fijé en el nombre de la calle. Era Vivian Place.

—¿No sabrás por casualidad quién vive en el número dieciséis de Vivian Place —le pregunté a Benjamin.

Él se sobresaltó. Mi pregunta era realmente extraña, después de lo que me acababa de sugerir.

—No —contestó—. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque acabo de ver a Eustace saliendo de esa casa.

—Bien, hija mía. ¿Y qué tiene eso de raro?

—Mi mente está alterada, Benjamin. Todo lo que hace o dice mi marido sin que yo lo entienda me parece sospechoso —Benjamin alzó sus manos envejecidas y las dejó caer sobre las rodillas, en señal de muda lamentación—. Te lo repito, Benjamin —continuó—. Mi vida es insoportable. No respondo de lo que haga si tengo que vivir dudando del hombre que más amo. Tú tienes experiencia; supón que te ves excluido de la confianza de Eustace, como es mi caso. Supón que le amas tanto como yo y que sientes tu situación con tanta amargura como yo. ¿Qué harías?

La pregunta era directa. Benjamin se enfrentó a ella con una respuesta en la misma línea.

—Creo que acudiría a un íntimo amigo de tu marido, querida, y le haría unas cuantas preguntas discretas con el fin de aclarar las cosas.

—¿Algún amigo íntimo de mi marido?

Reflexioné un instante. Sólo conocía la existencia de un amigo, el hombre que escribió a mi tío: el mayor Fitz-David. Mi corazón se aceleró cuando el nombre surgió en mi memoria. Supongamos que siguiera el consejo de Benjamin. Supongamos que me dirigiera al mayor Fitz-David. Aunque él también rehusara contestar a mis preguntas, mi situación no sería peor que la actual. Resolví arriesgarme.

El único escollo de momento era averiguar la dirección del mayor. Yo había devuelto su carta a mi tío, a petición suya, y aunque recordaba que la carta procedía de Londres, no tenía más datos respecto al remitente.

—Gracias, amigo. Acabas de darme una idea —le dije a Benjamin—. ¿Tienes una guía de direcciones en tu casa?

—No, querida —respondió con aspecto perplejo—; pero podemos pedir una

prestada.

Regresamos a casa, y en el acto Benjamin mandó a una criada a la librería más cercana para pedir la guía. Volvió con el libro justo cuando nos sentábamos a cenar. Al buscar el nombre del mayor en la letra F, un nuevo descubrimiento me dejó estupefacta.

—¡Benjamin! —grité—. ¡Qué extraña coincidencia! ¡Mira aquí!

Él leyó lo que yo le señalaba. La dirección del mayor Fitz-David era Vivian Place, número dieciséis. ¡La misma casa de la que había visto salir a mi marido!

CAPÍTULO VII

El mayor Fitz-David

—Sí —reconoció Benjamin—. Realmente es una coincidencia. Pero aun así... Se detuvo y me miró. Parecía temer mi reacción ante lo que iba a decirme.

—Continúa —le rogué.

—Aun así, querida, sigo sin ver nada sospechoso en lo ocurrido. A mi modo de ver, es muy natural que tu marido, estando en Londres, visite a uno de sus amigos; y es igualmente lógico y normal que hayamos pasado por Vivian Place para regresar a casa. Todo esto me parece de lo más razonable. ¿Qué opinas tú?

—Ya te he dicho que mi mente está muy confusa en todo lo que atañe a Eustace, pero creo que hay un motivo de fondo en su visita al mayor Fitz-David. No es una visita corriente, ¡estoy convencida de que no es una visita corriente!

—Supongamos que continuamos cenando —dijo Benjamin, con resignación—. Aquí tenemos un lomo de cordero, querida, un vulgar y corriente lomo de cordero. ¿Hay algo sospechoso en eso? Muy bien, pues demuéstreme que confías en el cordero. Por favor, come. Y aquí está el vino. No hay misterios en este tinto, Valeria. Juro que no es sino un inofensivo zumo de uva. Si no podemos creer en nada más, creamos en el zumo de uva. A tu salud, querida.

Me adapté como pude al curioso sentido del humor del viejo Benjamin. Comimos, bebimos y hablamos del pasado; así durante un rato fui casi feliz en la compañía de mi amigo paternal. ¿Por qué no sería yo también una anciana? ¿Por qué no habría renunciado al amor, con sus tristezas, sus deleites pasajeros, sus crueles pérdidas y sus dudosas alegrías? Las últimas flores del otoño recibían en la ventana los débiles rayos del sol. El perro de Benjamin digería su cena al calor del hogar. El loro de la casa vecina emitía alegres sonidos. No dudo que sea un privilegio ser un humano. Pero, ¿no poseen un destino más feliz los animales y las plantas?

Pronto se disipó ese breve descanso y volvieron a asaltarme mis inquietudes. Una vez más, al levantarme para despedirme, me sentí apesadumbrada, sumida en las dudas y el desasosiego.

—Hagas lo que hagas, querida, prométeme que serás prudente y no te precipitarás —dijo Benjamin mientras abría la puerta.

—¿Es una imprudencia ir a ver al mayor? —pregunté.

—Sí, si vas sola. No sabes qué clase de hombre es ni cómo te recibirá. Deja que vaya yo primero y te allane el terreno, como se suele decir. Confía en mi experiencia, querida. En este tipo de asuntos, es mejor preparar el terreno.

Reflexioné un momento; era un deber hacia mi buen amigo antes de decir que no.

Y la reflexión me llevó a asumir la responsabilidad de aquella entrevista, cualquiera que fuese el resultado. Bueno o malo, compasivo o cruel, el mayor era un hombre, de modo que el hecho de ser mujer me serviría para apelar a su caballerosidad y ganarme su confianza, algo fundamental para lograr el objetivo que tenía en mente. Pero no era fácil decirle esto a Benjamin sin hacerle sufrir; así que acordé con el anciano que me visitaría a la mañana siguiente para volver a hablar del asunto. Me resulta desagradable añadir que, por mi parte, ya había decidido (si lo conseguía) ver antes al mayor Fitz-David.

—No te precipites, querida. Te lo ruego por tu propio bien. No te precipites.

Éstas fueron las últimas palabras de Benjamin antes de separarnos.

De regreso al hotel, vi que Eustace me esperaba en el salón. Parecía más animado que la última vez que le había visto; vino alegre a mi encuentro con un papel en la mano.

—He solucionado el asunto antes de lo que esperaba, Valeria. ¿Ha hecho ya sus compras mi bella esposa? ¿También estás libre?

Ya había aprendido (¡que Dios me perdone!) a desconfiar de sus arranques de alegría. Con gran cautela le pregunté:

—¿Quieres decir que si estoy libre hoy?

—Libre hoy, mañana, la semana que viene, el mes que viene y también el año que viene y los que le sigan —contestó Eustace, de excelente humor y rodeándome la cintura con el brazo—. ¡Mira esto! —prosiguió, mostrándome un telegrama para el patrón del yate, en el que le anunciaba que regresábamos esa noche a Ramsgate y que estaríamos listos para navegar por el Mediterráneo con la próxima marea—. Te estaba esperando para enviarlo.

Mientras hablaba, cruzó la habitación para llamar al timbre. Pero yo le detuve.

—Lo siento, cariño, pero no puedo partir hoy para Ramsgate.

—¿Por qué no? —preguntó, adoptando súbitamente un tono brusco.

Aunque a alguien le pueda parecer ridículo, la verdad es que, cuando me pasó el brazo por la cintura, me eché atrás en la decisión de ir a ver al mayor Fitz-David. Incluso una caricia pasajera, viniendo de él, me cautivaba y me hacía ceder. Sin embargo, su nuevo cambio de tono hizo de mí otra mujer. Sentí, otra vez y más que nunca, que en mi situación era inútil quedarse quieta, y peor que inútil dar marcha atrás.

—Siento contrariarte —contesté—. Pero como ya te dije en Ramsgate no puedo prepararlo todo para salir con tan poca antelación. Dame tiempo.

—¿Para qué?

No sólo su tono, sino también su mirada al hacer esta segunda pregunta, me crispó los nervios. No sé decir cómo o por qué, pero en mi mente resurgió el sentimiento de indignación y de reproche por haberse casado conmigo usando un

apellido falso. Me dio miedo precipitarme en la respuesta, decir algo que más tarde pudiera lamentar, así que preferí no responder. Sólo las mujeres podrán apreciar lo mucho que me costó guardar silencio. Y sólo los hombres comprenderán lo irritante que mi silencio debió resultarle a mi marido.

—¿Quieres tiempo? —repitió—. Te lo pregunto por segunda vez. ¿Para qué?

El autocontrol, llevado al límite, terminó por fallarme, y de mis labios brotó la respuesta precipitada, como un pájaro que sale libre de su jaula.

—Necesito tiempo para acostumbrarme a mi verdadero nombre.

En el acto, Eustace dio un paso hacia mí, con mirada sombría.

—¿Qué significa eso de tu «verdadero nombre»?

—Como bien sabrás, yo pensaba que era la señora Woodville. He descubierto que soy la señora Macallan.

Retrocedió ante el sonido inesperado de su propio apellido, como si le hubiera golpeado. Retrocedió y se puso tan pálido que temí que se fuera a desmayar a mis pies. ¡Mi lengua! ¡Mi lengua! ¿Por qué no había sabido dominar esa lengua miserable y mala de mujer?

—No he querido alarmarte, Eustace —le dije—. He hablado sin pensar. Por favor, perdóname.

Él agitó la mano con impaciencia, como si mis palabras hirientes fueran objetos tangibles que quisiera alejar de él (tan molestas, como las moscas en el verano). Con un tono grave y severo, preguntó:

—¿Qué más has descubierto?

—Nada más, Eustace.

—¿Nada más? —repitió, pasándose la mano por la frente—. Nada, claro, o no estaría aquí —dijo, hablando consigo mismo; luego guardó silencio por un momento y me observó con curiosidad—. No repitas nunca más lo que acabas de decir —continuó—. Por tu propio bien, Valeria... y por el mío —se dejó caer en la silla más cercana y no añadió nada más.

Yo escuché la advertencia, pero las únicas palabras que realmente me impresionaron fueron las anteriores, las que Eustace se había dirigido a sí mismo: «Nada, claro, *o no estaría aquí*». ¿Qué había querido decir? Si yo hubiera averiguado otra verdad, aparte de la de su apellido, ¿me habría impedido volver a su lado? El descubrimiento al que se refería ¿era algo tan espantoso que nos habría separado en el acto y para siempre? Guardé silencio e intenté buscar en su rostro la respuesta a esas terribles preguntas. ¡Eustace era tan elocuente cuando me hablaba de amor! Pero ahora parecía incapaz de decir nada más.

Continuó sentado sin mirarme, perdido en sus propios pensamientos. Luego, se levantó y cogió su sombrero.

—El amigo que me prestó el yate está en la ciudad —dijo—. Supongo que lo

mejor será ir a verle y explicarle que hemos cambiado de planes —diciendo esto, rompió el telegrama con resignación—. Es evidente que estás decidida a no embarcarte conmigo, así que lo mejor será que renunciemos al viaje. No veo qué otra cosa se puede hacer, ¿no crees?

Su tono era casi de desprecio; pero yo estaba demasiado triste por mí misma y demasiado alarmada por él como para sentirme dolida.

—Decide lo que creas mejor, Eustace —dije con tristeza—, en cualquier caso, la perspectiva es desesperada. Si no merezco tu confianza, poco importa si vivimos en tierra firme o en el mar: nunca seremos felices.

—Si lograras dominar tu curiosidad —me recriminó con severidad—, podríamos ser felices. Pensé que me había casado con una mujer que estaba por encima de las flaquezas vulgares de su sexo, pero ya veo que no es así. Una buena esposa debe permanecer al margen de aquellos asuntos de su marido que a ella no le conciernen.

Era duro soportar aquello; pero lo soporté.

—¿No me concierne —pregunté casi con delicadeza— que mi marido me haya ocultado su identidad?, ¿que se haya casado conmigo usando un apellido falso? ¿No debe importarme que tu madre diga que se compadece de tu esposa? Eres muy injusto, Eustace, al acusarme de curiosidad por no querer aceptar la situación en la que me has puesto. Tu cruel silencio es la nube de mi felicidad y una amenaza para mi futuro. ¿Y me culpas por sentirme decepcionada?

Dices que me entrometo en asuntos que sólo a ti te incumben; pero no son sólo tuyos: también a mí me afectan. ¡Amor mío! ¿Por qué juegas con nuestro amor y con nuestra mutua confianza? ¿Por qué me tienes a oscuras?

Su respuesta fue tan breve como cruel.

—Por tu propio bien.

Me alejé de él en silencio; me estaba tratando como a una niña. Pero Eustace vino tras de mí, me cogió con fuerza por un hombro y me obligó a mirarle cara a cara.

—Escúchame bien, y te lo digo por primera y última vez, Valeria. Si alguna vez descubres lo que ahora te oculto, desde ese momento tu vida será una tortura y tu tranquilidad se habrá terminado. Tus días se llenarán de terror y tus noches de pesadillas, sin que yo tenga la culpa. ¡Fíjate bien! ¡Sin que yo tenga la culpa! No verás más que motivos de desconfianza y miedo, y estarás cometiendo la mayor injusticia conmigo.

Te lo suplico por mi fe cristiana y por mi honor de caballero, no des un paso más en este asunto, Valeria. Si lo haces, pondrás el punto final a tu felicidad. Medita bien lo que te he pedido; tienes tiempo para reflexionar. Voy a decirle a mi amigo que hemos abandonado la idea del crucero por el Mediterráneo, y no regresaré hasta el anochecer —suspiró y me miró con una tristeza indescriptible—. Te amo, Valeria. A pesar de todo lo ocurrido, pongo a Dios por testigo de que te amo más que nunca —

así habló y así me dejó.

Sin pretender analizar mis motivos, ni adivinar cómo habrían actuado otras mujeres en mi lugar, he de decir que aquella terrible advertencia de mi marido (más terrible aún por su misterio y su vaguedad) no me produjo en absoluto un efecto disuasorio. Muy al contrario, sólo sirvió para afianzar mi decisión de descubrir lo que me ocultaba. No habían transcurrido ni dos minutos desde la marcha de Eustace, cuando llamé al timbre para pedir el carruaje que me llevaría a la casa del mayor Fitz-David, en Vivian Place.

Estaba tan inquieta que me era imposible permanecer sentada mientras esperaba, y tuve que ceder al impulso de levantarme y ponerme a dar vueltas por la habitación. Casualmente, me vi reflejada en un espejo, y me asusté ante la imagen de mi rostro: estaba ojerosa y exaltada. Todo mi futuro dependía de la primera impresión que le produjera al mayor Fitz-David; ¿podía presentarme ante él y obtener su opinión favorable con aquel aspecto? Llamé otra vez al timbre y pedí que una de las camareras acudiera a mi habitación.

Yo no tenía doncella personal, pues se supone que la camarera del yate habría sido mi asistente si hubiésemos cumplido lo planeado. Pero no me importaba, siempre que hubiera alguien que me ayudara. No puedo ofrecer mejor prueba de mi estado de ánimo en aquel momento que la confesión de que consulté con una perfecta desconocida la cuestión de mi aspecto personal.

La camarera apareció por fin. Era una mujer de mediana edad, con gran experiencia del mundo y con la maldad escrita por igual en sus modales y en su expresión. Puse dinero en su mano, lo bastante como para sorprenderla, y me lo agradeció con una sonrisa cínica, dando una interpretación diabólica al hecho de que yo la sobornara.

—¿Qué puedo hacer por usted, señora? —preguntó en un susurro confidencial—. ¡No hable alto! Hay gente en la habitación de al lado.

—Quiero arreglarme —le dije— y la he mandado llamar para que me ayude.

—Comprendo, señora —afirmó en el mismo tono de complicidad.

—¿Qué es lo que comprende?

Movió significativamente la cabeza y exclamó:

—¡Que Dios la bendiga! ¡Estoy acostumbrada! Hay un caballero por medio, ¿verdad? No se preocupe por mí, señora, soy muy discreta y no voy a delatarla —se detuvo y me lanzó una mirada crítica—. Yo, en su lugar, no me cambiaría de vestido —prosiguió—. El color le sienta de maravilla.

Era demasiado tarde para protestar por la impertinencia de aquella mujer. La necesitaba y era la única que podía ayudarme. Además, tenía razón en lo del vestido: era del color del maíz, un tono delicado, y estaba rematado con un bello lazo. Ciertamente, no podía llevar nada que me sentara mejor. Sin embargo, mi cabello

requería un poco de atención, y la camarera se ocupó de él con mano ágil y diestra, demostrando que no era principiante en el arte del peinado. Luego dejó los peines y los cepillos, me miró y miró al tocador, buscando algo que, al parecer, no encontraba.

—¿Dónde lo guarda? —preguntó.

—¿Qué quiere decir?

—Mire su cutis, señora. Si *él* la ve así, se asustará. Debe aplicarse usted un toque de color. ¿Dónde lo guarda? ¡Cómo!, ¿que no tiene? ¿Nunca lo usa? ¡Dios mío!

Por un momento, la sorpresa la privó de su autodomínio. Ya recobrada, me pidió permiso para retirarse un minuto. La dejé salir, sabiendo lo que había ido a buscar, y regresó enseguida con una caja de polvos y pinturas. Yo contemplaba en el espejo cómo mi piel adquiriría una belleza falsa; las mejillas, un color falso; los ojos, un brillo falso, pero no me acobardé, ¡no! Dejé que el odioso engaño continuara. Incluso admiré la extraordinaria delicadeza y habilidad con que la camarera trabajaba. «Cualquier cosa, pensé en la locura del momento, con tal de ganarme la confianza del mayor. Cualquier cosa con tal de descubrir el significado de las últimas palabras de mi marido».

La transformación de mi rostro ya estaba completa. La doncella señaló en dirección al espejo.

—Recuerde, señora, el aspecto que tenía usted cuando me mandó llamar —dijo—. Y ahora vea por sí misma... Es la mujer más guapa —en su estilo, claro— de todo Londres. ¡Ah, las maravillas que hace el polvo de perla cuando una sabe usarlo!

CAPÍTULO VIII

El amigo de las mujeres

Es imposible describir lo que sentía mientras el coche me llevaba a casa del mayor Fitz-David. Dudo incluso de si realmente sentía o pensaba algo, de acuerdo con el significado estricto de esas palabras.

Desde el momento en que me puse en manos de la doncella, me parecía haber perdido mi identidad, haber abdicado de mi manera de ser. Habitualmente, yo era una persona nerviosa, inquieta y con tendencia a exagerar los obstáculos que se levantaban a mi paso; pero en otras circunstancias, ante la perspectiva de una entrevista con un desconocido, habría sopesado lo que sería más sabio mencionar y lo que sería más prudente omitir. En aquel momento, sin embargo, no le dediqué ni un solo pensamiento a la inmediata entrevista con el mayor. Tenía una seguridad irracional en mí misma y una fe ciega en él. No me preocupaba ni el pasado ni el futuro; ahora me limitaba a vivir el presente de forma irreflexiva. Miraba las tiendas que íbamos dejando atrás y los coches que nos adelantaban, y percibía —¡sí, y disfrutaba!— las miradas de admiración que me dirigían los transeúntes. Me dije: «¡Buena señal para mi perspectiva de trabar amistad con el mayor!».

Cuando llegamos a la puerta de Vivian Place, no exagero si digo que albergaba una sola inquietud: encontrarle en su casa.

Abrió la puerta un criado sin librea, un anciano que parecía haber sido soldado en sus años mozos. De entrada me dirigió una mirada escrutadora, que poco a poco se trocó en disimulada aprobación. Le pregunté por el mayor Fitz-David, y la respuesta no fue muy estimulante: el hombre no estaba seguro de si su señor se hallaba en casa.

Mi siguiente paso fue entregarle mi tarjeta, una de las que había mandado imprimir para la boda, y en las que figuraba el nombre falso: *Señora de Eustace Woodville*. El sirviente me condujo a un salón y desapareció con mi tarjeta en la mano.

Mientras aguardaba, eché una ojeada a mi alrededor, y vi frente a la ventana una puerta que comunicaba con otra habitación. No era una puerta corriente, sino de corredera. Me acerqué y pude ver que no la habían cerrado por completo; quedaba un pequeño resquicio, suficiente como para que llegara a mis oídos todo lo que sucedía al otro lado.

—¿Qué le has respondido cuando te ha preguntado por mí, Oliver? —quiso saber un hombre, en voz baja y cautelosa.

—Que no estaba seguro de que se hallara usted en casa, señor —contestó la voz del sirviente que me había dejado entrar.

Se hizo una pausa. El primer interlocutor era, evidentemente, el mayor Fitz-David en persona. Esperé para oír más.

—Creo que lo mejor será no recibirla, Oliver —prosiguió el mayor.

—Muy bien, señor.

—Dígale que he salido y que no sabe cuándo regresaré. Ruegue a la dama que me escriba si tiene algún asunto que tratar conmigo.

—Sí, señor...

—¡Espere, Oliver!

Oliver esperó. Nueva pausa; esta vez más larga. Después, el amo se interesó por la opinión del criado.

—¿Es joven, Oliver?

—Sí, señor.

—Y... ¿guapa?

—Más que guapa, señor, a mi modo de ver.

—¿Sí? Lo que tú llamas una mujer exquisita, ¿eh, Oliver?

—Ciertamente, señor.

—¿Alta?

—Casi tanto como yo, mayor.

—¿Sí? ¿Sí? ¿Buena figura?

—Tan esbelta como un junco y tan tiesa como un dardo.

—Pensándolo mejor, Oliver, estoy en casa. ¡Hágala pasar! ¡Hágala pasar!

Hasta ahí, por lo menos algo estaba claro: había hecho bien en dejarme maquillar por la doncella. ¿Cuál habría sido el informe de Oliver si me hubiera presentado con las mejillas pálidas y el cabello despeinado?

Regresó el criado y me condujo, cruzando el vestíbulo, a la habitación contigua. El mayor Fitz-David avanzó hacia mí para darme la bienvenida.

¿Cómo era el mayor?

Bien. Puedo describirle como un caballero muy bien conservado de, digamos, sesenta años de edad; más bien bajo y algo encorvado, en cuyo rostro destacaba la extraordinaria longitud de su nariz. Tras este llamativo rasgo, destacaría también una hermosa peluca de color castaño; unos ojos vivos, brillantes y grises; una tez sonrosada; la barba corta, al estilo militar, y teñida a juego con el bigote; una blanca dentadura y una sonrisa seductora. Vestía una levita azul muy elegante, con una camelia en el ojal, y lucía un anillo espléndido, adornado con un rubí que resplandeció en su dedo meñique cuando, con una cordial cortesía, el caballero me indicó que me sentara.

—¡Querida señora Woodville, qué amabilidad de su parte! Estaba deseoso de que llegara el feliz momento de conocerla. Eustace es un viejo amigo mío, y le felicité cuando me enteré de su boda. Pero ¿me permite hacerle una confesión?, ahora que he

visto a su esposa, le envidio.

El futuro de mi vida pendía, tal vez, de las manos de este hombre. Le estudié con atención, tratando de leer su carácter en el rostro.

La expresividad de sus ojuelos brillantes se suavizó al mirarme, y su voz fuerte y vigorosa sonó más aterciopelada cuando me habló. Su actitud mostraba, desde que entré en la habitación, una feliz mezcla de admiración y respeto. El mayor arrimó su silla a la mía, como si considerara un privilegio estar muy cerca de mí; luego, tomo mi mano enguantada y se la llevó a sus labios, como si fuera el lujo más delicioso del mundo.

—Querida señora Woodville —dijo, colocándome con suavidad la mano en el regazo—, sea indulgente con este viejo amigo que adora a su encantador sexo. Usted ilumina y da brillo a esta casa apagada. ¡Es tal placer verla!

No era preciso que me hiciera esa pequeña confesión. Las mujeres, los niños y los perros saben por instinto proverbial a quiénes gustan. Y sin duda alguna, las mujeres tenían en el mayor Fitz-David a un buen amigo y a un entregado admirador, tal vez un peligroso admirador. Eso era todo lo que sabía de él antes de que me acomodara en la silla y abriera los labios para responderle.

—Gracias, mayor, por su amable recibimiento y por sus cumplidos —le dije, aproximando mi tono al de mi anfitrión, aunque con más comedimiento—. Usted ya ha hecho su confesión. ¿Puedo hacer yo la mía?

El mayor Fitz-David me cogió una mano nuevamente y acercó cuanto pudo su silla a la mía. Le miré con gravedad indicándole que soltara mi mano; pero el mayor se resistió y pasó a explicarme el porqué.

—Acabo de oírla hablar por primera vez —dijo— y aún estoy bajo el hechizo de su voz. ¡Querida señora Woodville, sea tolerante y no me escatime un placer tan pequeño e inocente! Présteme —desearía poder decir deme— su bonita mano. Soy un gran admirador de las manos bonitas, y puedo escuchar muchísimo mejor con unos hermosos dedos entre los míos. Las damas siempre son indulgentes con mis debilidades. Por favor, sea usted también indulgente. ¿Sí? ¿Qué iba usted a decir?

—Iba a decirle, mayor, que le agradezco enormemente su amable bienvenida, porque lo cierto es que vengo a pedirle un favor.

Mientras hablaba, era consciente de que me iba aproximando con demasiada brusquedad al objeto de mi visita. Sin embargo, la admiración del mayor Fitz-David pasaba de un clímax a otro con una rapidez tan alarmante que creí conveniente frenarle. Confié en que esas palabras, «pedirle un favor», actuaran de freno. Y no confié en vano; el maduro admirador soltó con gentileza mi mano, y, con la mayor educación posible, cambió de tema.

—Dé por hecho el favor, naturalmente —afirmó—. Y dígame, ¿cómo está nuestro querido Eustace?

—Inquieto y desalentado —respondí.

—¡Inquieto y desalentado! —repitió el mayor—. El hombre envidiable que se ha casado con usted, ¿inquieto y desanimado? ¡Monstruoso! Eustace me disgusta completamente. Le borraré de la lista de mis amistades.

—En ese caso, bórreme a mí también, mayor, pues me siento tan abatida como él. Usted es un viejo amigo de mi marido, por eso me atrevo a confiarle que nuestra vida de casados no es, en este momento, feliz.

El mayor Fitz-David alzó las cejas (teñidas a juego con la barba) en señal de sorpresa cortés.

—¡Vaya! —exclamó—. ¿De qué está hecho Eustace? ¿Es que no aprecia ni la belleza ni la gracia? ¿Es que es acaso el más insensible de los seres humanos?

—Es el mejor y el más cariñoso de los hombres —respondí—. Pero hay un terrible misterio en su vida pasada...

No pude seguir: el mayor Fitz-David me detuvo de forma deliberada, aunque con la máxima educación, y vi en sus ojillos una expresión que decía con claridad: «Si quiere arriesgarse en terreno movedizo, señora, no me pida que la acompañe».

—¡Mi encantadora amiga! —exclamó—. ¿Me permite llamarla mi encantadora amiga? Usted tiene, entre otras miles de cualidades deliciosas, una viva imaginación. ¡No se deje dominar por ella! Siga el consejo de su viejo amigo, y no se deje dominar por ella. ¿Qué le puedo ofrecer, querida señora Woodville? ¿Una taza de té?

—Por favor, llámeme por mi verdadero nombre, señor —repliqué, lanzándome al vacío—. He hecho un descubrimiento muy interesante, y ahora sé tan bien como usted que mi apellido no es Woodville, sino Macallan.

El mayor se sobresaltó y me miró atónito. Sus ademanes se tornaron graves y su tono cambió completamente cuando habló a continuación.

—¿Puedo preguntar si ha informado a su esposo del descubrimiento que me acaba de mencionar?

—¡Por supuesto! —respondí—. Considero que mi marido me debe una explicación. Le he rogado que me aclare qué significa su extraña e incomprensible conducta, y él se ha negado en un tono que me asusta. Me he dirigido a su madre, y ella también ha rehusado darme una explicación con un lenguaje humillante. Querido mayor Fitz-David, no tengo amigos a quien recurrir; no tengo a nadie excepto a usted. Hágame un gran favor. ¡Dígame por qué su amigo Eustace se ha casado conmigo bajo un nombre falso!

—Hágame usted a mí el más grande de todos los favores —respondió el mayor—. No me pida que le diga ni una sola palabra al respecto.

A pesar de su insatisfactoria respuesta, parecía sentirlo realmente por mi. Decidí poner en juego mis máximos poderes de persuasión; no quería ser derrotada al primer golpe.

—Debo insistir en pedírselo. Piense en mi situación. ¿Cómo vivir sabiendo lo que sé y sin saber nada más? Prefiero oírle contar la más horrible de las verdades que ser condenada, como lo estoy ahora, a la duda y a la intriga perpetuas. Amo con todo mi corazón a mi marido, pero no puedo vivir con él en estas condiciones; la tristeza me haría enloquecer. Sólo soy una mujer, mayor. Sólo cuento con su amabilidad. ¡Por favor, se lo ruego, no me deje en la oscuridad!

No pude decir nada más. Llevada por la emoción del momento, me aferré a su mano y la acerqué a mis labios. El anciano galán se sobresaltó, como si le hubiera dado una descarga.

—¡Mi querida amiga! —exclamó—. ¡No sabe cuánto lo siento! Usted me hechiza, me desconcierta, me llega al corazón. ¿Qué puedo decir? ¿Qué puedo hacer? Sólo puedo imitar su admirable franqueza, su candor puro. Me ha explicado usted su situación; ahora permítame explicarle, a mi vez, cuál es la mía. ¡Seréne, se lo ruego, seréne! Aquí tengo un frasco de sales a disposición de las damas. Permítame que se lo ofrezca.

Me traje el frasco de sales; puso un pequeño taburete bajo mis pies y me sugirió que me tomara el tiempo suficiente para tranquilizarme antes de seguir hablando.

—¡Loco infernal! —oí que se decía a sí mismo, mientras se apartaba un poco de mí por consideración—. ¡Si yo hubiera sido él, pasara lo que pasara, le habría dicho la verdad a mi esposa!

¿Se estaba refiriendo a Eustace? ¿Iba a hacer lo que él hubiera hecho en el lugar de mi marido? ¿Iba a decirme realmente la verdad?

Estaba contemplando esas posibilidades cuando me sorprendió una llamada, fuerte y perentoria, en la puerta de la calle. El mayor se detuvo y escuchó con atención. Al cabo de un momento, pude oír el sonido de un vestido de mujer en el hall. El mayor corrió hacia la puerta de la habitación en que nos hallábamos con la agilidad de un hombre joven; pero era demasiado tarde. La puerta se abrió violentamente justo cuando él la había alcanzado. Y una mujer irrumpió en la habitación.

CAPÍTULO IX

La derrota del mayor

Quien llegaba de visita a casa del mayor era una joven vestida con excesiva aparatosidad, de ojos grisáceos, cutis rojizo y cabello de color paja. Tras mirarme atónita, dirigió, únicamente al mayor, unas palabras de disculpa por habernos interrumpido. Era evidente que la criatura me había tomado por el nuevo objeto de idolatría del anciano caballero, y no tuvo especial cuidado en disimular sus celos al descubrirnos juntos.

El mayor Fitz-David, con su irresistible tacto, puso las cosas en su sitio: besó la mano de la emperifollada joven con tanta devoción como había besado la mía, y elogió su aspecto encantador. Luego la condujo, con su feliz mezcla de admiración y respeto, hacia la puerta por donde la chica había entrado, la segunda puerta de la sala, que comunicaba directamente con el recibidor.

—No es necesario disculparse, querida mía —dijo—. Esta dama está aquí por cuestión de negocios. Encontrarás al profesor de canto esperándote arriba. Empieza la clase y me reuniré contigo dentro de unos minutos. *Au revoir*, mi encantadora alumna, *au revoir*.

La joven respondió a la cortés charla con un susurro, fijando en mí una mirada de desconfianza mientras hablaba. Luego la puerta se cerró tras ella. El mayor Fitz-David ya era libre para aclarar el incidente conmigo.

—A esa joven la defino como uno de mis más felices descubrimientos —dijo complacido el caballero—. Posee, no vacilo en decirlo, la mejor voz de soprano de toda Europa. ¿Puede usted creer que la conocí en una estación de tren? Estaba detrás del mostrador, pobre inocente, enjuagando vasos y sirviendo refrescos. La oí cantar mientras trabajaba, ¡y cómo cantaba, Dios mío! Sus agudos me electrizaron. Me dije: «He aquí a una *prima donna* nata; la sacaré de aquí y la lanzaré».

Es la tercera protegida que tengo. La llevaré a Italia cuando haya adelantado lo suficiente en su educación, y perfeccionará su técnica en Milán. En esa joven ingenua, mi querida señora, está usted viendo a una de las futuras divas del canto. ¡Escuche! Está iniciando las escalas. ¡Qué voz! ¡Brava! ¡Brava! ¡Bravísima!

Las notas agudas de la futura reina de la canción empezaron a invadir la casa mientras el mayor hablaba. No había ningún género de duda con respecto a la fuerza de su voz. Ahora bien, su dulzura y pureza eran perfectamente discutibles.

Tras pronunciar las palabras corteses que requería la ocasión, atraje de nuevo la atención del mayor Fitz-David hacia el tema que estábamos tratando antes de que la visitante irrumpiera en la habitación. Pero él se mostraba más que reacio a discutir el

peligroso asunto que acabábamos de iniciar justo antes de la interrupción. Marcaba el ritmo del canto con el dedo índice, se interesó por mi voz y por si yo cantaba. Me dijo, con énfasis, que la vida le sería intolerable sin amor y sin arte.

En mi lugar, un hombre habría perdido toda la paciencia y habría abandonado la lucha. Siendo mujer y con un objetivo tan claro a la vista, mi resolución era invencible. Agoté la resistencia del mayor y, con discreción, le obligué a rendirse. Debo añadir, en justicia, que cuando se decidió a hablar otra vez de Eustace, lo hizo con franqueza y fue directo al asunto.

—Conozco a su marido —empezó a decir— desde que era un niño. En cierto periodo de su vida, una desgracia terrible cayó sobre él; pero sólo sus amigos más íntimos conocen el secreto, y lo guardan con un silencio religioso. Es el secreto que él le está ocultando a usted y que nunca le desvelará mientras viva. Y él me ha obligado a guardar silencio bajo mi palabra de honor. Usted deseaba, querida señora Woodville, conocer mi situación con respecto a Eustace. ¡Ya la conoce!

—Insiste en llamarme señora Woodville —le dije.

—Eustace así lo quiere —contestó el mayor—. Tomó ese apellido, temiendo dar el suyo, cuando visitó por primera vez la casa de su tío, el vicario. Ahora no reconocerá otro. Protestar es inútil; tiene usted que hacer lo que los demás hacemos, mi querida señora: ceder ante un hombre irracional. Si en otros aspectos es la mejor persona del mundo, en esta cuestión es de lo más terco y obstinado.

Ahora bien, si quiere usted conocer mi opinión, le diré sinceramente que creo que Eustace cometió un error al cortejarla y casarse con usted bajo una identidad falsa. Al hacerla su esposa, le confió a usted su honor y su felicidad. ¿Por qué no le confió también la historia de sus penas?

Su madre comparte plenamente mi parecer en esta cuestión. No debe culparla por haberse negado a confiar en usted después de su boda: ya era tarde. Pero sepa que antes del enlace, hizo cuanto pudo —sin traicionar el secreto que, como buena madre, estaba obligada a mantener— para persuadir a su hijo de que actuase con lealtad y justicia ante usted. No cometo ninguna indiscreción si le digo que ella rehusó aprobar su matrimonio más que nada por haberse negado Eustace a seguir su consejo.

Por lo que a mí respecta, hice también cuanto estuvo en mi mano para apoyar a la señora Macallan en el curso de los acontecimientos. Cuando Eustace me comunicó por escrito que se había prometido en matrimonio con una sobrina de mi buen amigo el reverendo Starkweather, y me rogó que aceptara ofrecer referencias sobre él al vicario, le contesté advirtiéndole que yo no quería implicarme en el asunto a menos que revelara toda la verdad sobre sí mismo a su futura esposa. Se negó a escucharme, como había rehusado escuchar a su madre, y me recordó, al mismo tiempo, mi promesa de guardar el secreto.

Cuando el reverendo Starkweather me escribió, yo sólo tenía dos opciones: o

verme involucrado en un engaño que desaprobaba, o contestar en un tono reservado y breve para así dar por terminada la correspondencia en el acto. Escogí esta última, y temo haber ofendido a mi buen amigo el vicario. Ahora puede usted ver la penosa situación en que me encuentro. A esto hay que añadir la visita que me ha hecho Eustace hoy mismo, para avisarme de que estuviera alerta en el caso de que usted se dirigiese a mí ;con la pretensión que acaba de exponerme! Me explicó que por una desafortunada casualidad, usted había conocido a su madre, y que había descubierto el verdadero apellido de la familia.

Eustace me dijo también que él había venido a Londres con el expreso propósito de hablar de este asunto conmigo y en persona, y me advirtió: «Conozco tu debilidad con las mujeres. Valeria sabe que tú eres un gran amigo mío, y seguramente te escribirá; puede que incluso se atreva a visitarte. Renueva tu promesa de guardar el secreto de la gran calamidad de mi vida, bajo tu palabra de honor y bajo juramento». Éstas fueron sus palabras exactas, si no las recuerdo mal. Intenté quitar hierro al asunto, y ridiculicé su absurdo concepto teatral de «renovar mi promesa» y todo eso. ¡Inútil! Se negó a concederme autorización para hablar. Como justificación a su terquedad, me recordó sus inmerecidos sufrimientos del pasado, ¡pobre amigo!, y terminó rompiendo a llorar.

Usted le quiere y yo también. Se preguntará por qué cedo. Me siento doblemente obligado a no decirle nada por la promesa más sagrada que un hombre pueda hacer. Mi querida señora, cuenta usted con toda mi simpatía en este asunto, y desearía de corazón aliviar su ansiedad. Pero, ¿qué puedo hacer?

Terminó de hablar y, con expresión sombría, esperó a oír mi réplica.

Yo le había escuchado de principio a fin, sin interrumpirle. El extraordinario cambio acaecido en sus ademanes y en la manera de expresarse mientras hablaba de Eustace, me alarmó como nada hasta entonces lo había hecho. «¡Qué terrible, pensé, debe de ser ese secreto nunca contado, si el simple hecho de referirse a él hace que el frívolo mayor Fitz-David hable con tanta seriedad y tristeza, sin sonreír, sin dedicarme sus cumplidos y sin percibir siquiera la música que llega de arriba!».

Ante esta conclusión el corazón me dio un vuelco. Por primera vez desde que llegué a la casa estaba a punto de quedarme sin recursos: no sabía qué decir ni qué hacer. Pero permanecía sentada, y mi resolución de descubrir lo que mi marido me ocultaba estaba más arraigada y firme que nunca. No puedo ofrecer en esta confesión una explicación acerca de la extraordinaria incongruencia de mi conducta; sólo puedo describir los hechos tal y como ocurrieron.

Las notas del canto continuaban llegando desde arriba. El mayor Fitz-David aún esperaba oír lo que yo tenía que decir y saber cuál iba a ser mi resolución.

Antes de que yo hubiera decidido nada, tuvo lugar otro incidente doméstico. En otras palabras, otra llamada en la puerta principal anunciaba una nueva visita; pero en

esta ocasión, únicamente entró el mayordomo, portando en la mano un magnífico ramo de flores con un mensaje: *Con el recuerdo afectuoso de lady Clarinda. Para recordarle su cita al mayor Fitz-David.*

¡Otra mujer!; esta vez, una mujer con título. Una gran señora que enviaba flores y mensajes sin ocultarlo, abiertamente. El mayor, después de pedirme que le disculpara, le escribió unas líneas de reconocimiento y se las envió con el mensajero. Cuando la puerta quedó de nuevo cerrada, eligió cuidadosamente una de las flores más bonitas del ramo.

—¿Me permite preguntarle —dijo, ofreciéndome la flor con ademán galante— si entiende ahora lo delicado de mi posición?

La corta interrupción causada por la llegada del ramo había dado un nuevo impulso a mis reflexiones y, en cierto modo, me había ayudado a recuperarme. Al fin podía decirle al mayor que su explicación, considerada y cortés, no había sido inútil.

—Le estoy sinceramente agradecida, mayor. Me ha convencido de que no puedo hacerle renunciar a la promesa que usted le ha hecho a mi marido, una promesa sagrada que no puede romper y que yo también estoy obligada a respetar. Lo comprendo perfectamente.

Con un largo suspiro de alivio, el mayor sonrió y me dio una palmada en el hombro, en señal de aprobación.

—¡Admirablemente expresado! —dijo, recobrando su mirada alegre y sus modos caballerosos—. Mi querida señora, usted tiene el don de la comprensión; ve con exactitud cuál es mi situación. ¿Sabe que me recuerda mucho a la encantadora lady Clarinda? Ella también tiene el don de la comprensión y me entiende. Sería para mí un placer presentarlas —concluyó el mayor, hundiendo con éxtasis su larga nariz en las flores de lady Clarinda.

Pero yo todavía tenía que lograr mi objetivo; y, siendo (como el lector ya habrá percibido a estas alturas) la más obstinada de las mujeres, aún tenía un propósito.

—Será delicioso conocer a lady Clarinda —respondí—. Mientras tanto...

—Organizaré una cena íntima —prosiguió el mayor en un brote de entusiasmo—. Usted, lady Clarinda y yo. Nuestra pequeña *prima donna* vendrá al anochecer y nos deleitará con su canto. Pensemos en el menú. Mi dulce amiga, ¿cuál es su sopa de otoño preferida?

—Volviendo a lo que estábamos hablando hace un instante... —insistí.

La sonrisa del mayor se desvaneció, y su mano soltó la pluma destinada a inmortalizar el nombre de mi sopa de otoño favorita.

—¿Tenemos que volver a hablar de eso? —preguntó lastimosamente.

—Sólo un momento —respondí.

—Usted me recuerda también —prosiguió el mayor Fitz-David, moviendo tristemente la cabeza— a otra amiga mía encantadora, una dama francesa, madame

Mirliflore. Usted tiene una tenacidad prodigiosa; madame Mirliflore tiene una tenacidad prodigiosa. Y resulta que está en Londres. ¿La invitamos a nuestra cena íntima?

El mayor se entusiasmó con la idea y, cogiendo la pluma de nuevo, retomó el tema de la cena.

—Dígame, por favor, ¿cuál es su sopa de otoño preferida?

—Discúlpeme —porfié—, estábamos hablando...

—¡Dios mío! —exclamó el mayor Fitz-David—. ¿Otra vez ese triste asunto?

—Sí, otra vez ese asunto.

El mayor dejó por segunda vez la pluma y se despidió de madame Mirliflore y de la sopa de otoño.

—¿Sí? —dijo con tono paciente y sonrisa sumisa—. ¿Iba a decir...?

—Iba a decir —proseguí— que su promesa sólo le obliga a no desvelar el secreto que Eustace me oculta. Mas usted no se ha comprometido a no responderme si yo le hago unas cuantas preguntas.

El mayor Fitz-David levantó la mano en señal de advertencia y me miró con sus ojuelos grises.

—¡Deténgase! —dijo—. Mi dulce amiga, ¡deténgase! Sé a dónde me llevarán sus preguntas y qué ocurrirá si empiezo a contestarlas. Cuando su esposo estuvo aquí hoy, aprovechó la ocasión para recordarme que en las manos de una dama hermosa soy tan débil como un pajarillo. Tenía toda la razón: no puedo negarle nada a una mujer bella.

Mi querida y admirada señora, ¡no abuse de su influencia, por favor! ¡No obligue a un soldado a faltar a su palabra de honor! —traté de decir algo en mi defensa, pero el mayor se frotó las manos y me miró de un modo suplicante—. ¿Para qué forzarme? —preguntó—. No ofrezco resistencia; soy un cordero. ¿Por qué sacrificarme? Reconozco su poder y me arrojo a merced de su piedad. Todas las desgracias de mi juventud y de mi madurez me han venido del brazo de las mujeres; y no me reformo con la edad. Con un pie en la tumba, sigo amando a las damas y sigo dispuesto a que me engañen como han hecho siempre. Chocante, ¿verdad? ¡Pero cierto! Mire esta marca —se levantó un rizo de la peluca castaña y me mostró una cicatriz terrible en la cabeza—. Esta herida, considerada mortal en su época, me la causó una bala de pistola. Y no la recibí por el servicio prestado a la patria, ¡no, querida!; la recibí (sirviendo a una dama maltratada) de manos de un marido canalla, en un duelo en el extranjero. Pero no me importó. ¡Ella lo merecía! —se besó la mano en memoria de aquella dama y señaló una acuarela que colgaba en la pared de enfrente, una bonita casa de campo—. Esa hermosa finca que ve usted ahí —continuó diciendo— una vez me perteneció. Pero la vendí hace unos cuantos años. ¿Quién se quedó con el dinero? Las mujeres. ¡Que Dios las bendiga! ¡Siempre las mujeres! Y no lo lamento. Si

tuviera otra finca, no dudo de que acabaría igual.

Como ve, le he dedicado a su adorable sexo mi vida, mi tiempo y mi dinero. ¡Y bienvenido sea!

Lo único que me queda ya es mi honor. ¡Y ahora está en peligro! Sí, porque sé que si usted me formula sus inteligentes preguntas con esos preciosos ojos y esa voz tan suave, sé muy bien lo que ocurrirá. Me privará del último y mejor de mis bienes. ¿Merezco que me trate así precisamente usted, mi encantadora amiga? ¿Usted, entre todas las personas del mundo?

Hizo una pausa y me dedicó una expresión de súplica ingenua, ladeando levemente la cabeza. Traté de abordar de nuevo la causa de aquella disputa entre nosotros desde mi punto de vista; pero el mayor Fitz-David imploró al instante mi piedad con tono lastimero.

—Pídame cualquier otra cosa en el mundo —dijo—, pero no me exija que sea falso con mi amigo. Ahórreme eso y no habrá nada que no haga por satisfacerla. ¡Fíjese en lo que digo! —continuó, inclinándose más hacia mí y hablando con un tono más formal—. Creo que a usted la han tratado muy mal. Es monstruoso esperar que una mujer en su situación consienta en quedarse a oscuras para siempre. ¡No! ¡No es justo! Por eso, si la viera en este momento a punto de averiguar por sí misma lo que Eustace insiste en ocultarle, recordaría que mi promesa, como todas las promesas, tiene sus límites y reservas. Mi honor me obligaría a no ayudarla, pero no levantaría un dedo para evitar que usted descubriese la verdad por sí misma.

Al fin estaba hablando con la mayor seriedad. Puso un gran énfasis en sus últimas palabras. Y yo, espoleada por un repentino impulso, me levanté súbitamente de la silla, dando un salto. El mayor Fitz-David acababa de sugerirme una nueva idea.

—¡Ahora nos entendemos! —exclamé—. Acepto sus condiciones, mayor. No le pediré a usted nada, excepto lo que acaba de ofrecerme voluntariamente.

—¿Qué acabo de ofrecerle? —preguntó alarmado.

—Nada de lo que tenga que arrepentirse —respondí—. Nada que no le sea fácil conceder. ¿Puedo hacerle una pregunta atrevida? ¿Puede suponer que esta casa sea mía en vez de suya?

—Considérela suya —dijo el galante anciano—. Desde el desván hasta la cocina, ¡considérela por entero suya!

—Mil gracias, mayor. La consideraré mía por ahora. Usted sabe, como todo el mundo, que una de las muchas debilidades de la mujer es la curiosidad. ¿Puede suponer que mi curiosidad me lleva a examinar todo lo que hay en mi nueva casa?

—¿Sí?

—Suponga que voy de habitación en habitación, que lo observo todo y que me asomo por todos lados. ¿Cree que habría alguna posibilidad de... —el mayor, perspicaz, se anticipó a mi pregunta. Siguiendo mi ejemplo, él también se puso de pie

con una nueva idea en su mente—. ¿Hay alguna posibilidad —continué— de encontrar en esta casa el camino hacia el secreto de mi marido? Diga una palabra, mayor Fitz-David. ¡Una sola palabra! ¿Sí o no?

—¡No se excite! —me rogó el mayor.

—¿Sí o no? —grité, con más vehemencia que nunca.

Después de considerarlo un momento, el mayor Fitz-David contestó por fin:

—Sí.

¡La respuesta que yo esperaba! Pero ahora que la había conseguido, no la consideraba lo bastante explícita como para satisfacerme. Sentí la necesidad de entrar, si era posible, en detalles.

—¿Significa «sí» que hay aquí algún tipo de pista que me conduciría a desvelar el misterio? —pregunté—. ¿Algo, por ejemplo, que mis ojos pueden ver y mis manos tocar sólo con encontrarlo?

Lo volvió a considerar. Vi que había logrado interesarle de un modo desconocido para mí, y esperé pacientemente a que el mayor estuviera preparado para responderme.

—Lo que usted menciona —dijo—, la pista, como usted la llama, puede ser vista y tocada, suponiendo que la encuentre.

—¿En la casa? —pregunté.

El mayor dio un paso más y añadió:

—En esta habitación.

La cabeza empezó a darme vueltas. El corazón me latía con violencia. Intenté hablar, pero fue en vano; el esfuerzo casi me ahogaba. En el silencio podía oír la lección de música que continuaba en el piso de arriba. La futura *prima donna* había terminado de vocalizar y ahora estaba probando su voz con selecciones de óperas italianas. En aquel momento interpretaba una hermosa aria de *La sonnambula* de Bellini, «Come per me sereno» [\[1\]](#). Desde ese día, siempre que escucho esa deliciosa melodía me siento instantáneamente transportada a aquella sala fatal de Vivian Place.

El mayor, muy afectado, fue el primero en romper el silencio.

—Siéntese otra vez —dijo— y hágalo, por favor, en esa silla más cómoda. Está muy alterada y necesita descansar.

Tenía razón. No me sostenían las fuerzas, y me dejé caer en la silla. Entretanto, el mayor Fitz-David llamó al timbre e intercambió unas cuantas palabras con el sirviente en la puerta.

—He estado aquí mucho tiempo —musité débilmente—. Dígame si voy acercándome.

—¿Acercándose? —repitió el mayor, con su irresistible sonrisa—. ¡Se olvida de que está usted en su propia casa!

El sirviente regresó trayendo una botella de champán y un plato repleto de unas

galletas deliciosas.

—Tengo este champán expresamente para las damas —dijo el mayor—, y las galletas me las traen directamente de París. Como favor hacia mí acepte este refrigerio. Y luego —se detuvo y me miró con atención—. Y luego, ¿qué le parece si me voy arriba con mi *prima donna* y la dejo a usted aquí sola?

Era imposible insinuar con mayor delicadeza la única petición que me quedaba por hacer. Le estreché la mano con gratitud.

—La tranquilidad y la felicidad de mi vida futura están en juego. Cuando me quede aquí sola, ¿me permitirá su generosa comprensión examinar todo cuanto hay en esta habitación?

Antes de darme una respuesta, me rogó que bebiera un poco de champán y que tomara una galleta.

—Esto es muy serio —dijo—. Por eso quiero que esté usted en perfecta posesión de sus facultades. Recobre primero las fuerzas y luego le hablaré.

Hice lo que me pidió, y un minuto después de haber bebido el delicioso vino espumoso ya me sentía reconfortada.

—¿Es su deseo expreso —prosiguió— que yo la deje aquí sola, para que pueda examinar la habitación?

—Es mi deseo expreso —contesté.

—Asumo la responsabilidad de acceder a su petición; pero lo hago porque creo sinceramente, como usted, que su felicidad y la paz de su vida venidera dependen del descubrimiento de la verdad —diciendo esto, sacó dos llaves de su bolsillo—. Naturalmente, sospechará usted de todas las puertas cerradas que encuentre. Los únicos lugares cerrados con llave en esta habitación son las puertas de los armarios inferiores de la librería y la puerta del bargueño italiano que hay en ese rincón. La llave pequeña abre los armarios de la librería; la grande abre el bargueño —con esta explicación, dejó las llaves ante mí, sobre la mesa—. Hasta ahora —dijo— he respetado estrictamente la promesa que le hice a su marido, y seguiré fiel a mi promesa sea cual fuere el resultado de su examen de la habitación. Mi honor me impide ayudarla, ni de palabra ni de hecho. Ni siquiera tengo la libertad para ofrecerle la más mínima insinuación. ¿Comprendido?

—Sí.

—Muy bien. Me queda por hacerle la última advertencia, y ya habré cumplido. Si por casualidad usted consigue dar con la clave, recuerde esto: el descubrimiento que hará a continuación será terrible. Si duda de su capacidad para soportar una conmoción que le afectaría hasta lo más hondo del alma, le suplico por Dios que abandone, en el acto y para siempre, la idea de averiguar el secreto de su marido.

—Le agradezco su advertencia, mayor. Pero he de enfrentarme a las consecuencias del descubrimiento, sea lo que sea.

—¿Está completamente decidida?

—Completamente.

—Muy bien. Disponga del tiempo que guste. La casa y todos los que en ella vivimos estamos a su disposición. Con una llamada de timbre, aparecerá el mayordomo; si llama usted dos veces, entrará la doncella. De vez en cuando, yo mismo vendré por aquí para saber cómo va la búsqueda. Me siento responsable de su comodidad y de su seguridad mientras me haga el honor de permanecer bajo mi techo, mi querida señora —acercó mi mano a sus labios y fijó en mí una última mirada atenta—. Espero no estar arriesgando demasiado —dijo, más para sí que para mí—. Siempre me he arriesgado por las mujeres. Me pregunto si usted no me ha llevado a cometer el acto más imprudente y temerario de mi vida.

Con estas siniestras palabras, se inclinó ante mí con gesto solemne y me dejó sola en la habitación.

CAPÍTULO X

La búsqueda

El fuego de la chimenea no era muy vivo, y en el exterior, por lo que yo había notado mientras me dirigía a la casa del mayor, la temperatura era casi invernal.

Sin embargo, cuando el mayor salió de la estancia, me sentí febril, sofocada y presa de una fuerte agitación nerviosa. Como resultado natural, respiraba con dificultad. Me quité el sombrero, la capa y los guantes, y abrí la ventana. Fuera no se veía nada, salvo un patio empedrado, cerrado en su extremo por el muro del establo y con un tragaluz en el centro. Aquellos instantes junto a la ventana me aportaron frescor y serenidad. La cerré de nuevo y di el primer paso en dirección al descubrimiento. En otras palabras, comencé a examinar las cuatro paredes que me rodeaban y todo lo que encerraban.

Me sorprendía mi propia determinación. Tal vez mi entrevista con el mayor había agotado mi capacidad de experimentar cualquier otra emoción, al menos por ahora. Pero en cualquier caso, era todo un alivio encontrarme sola y poder iniciar la búsqueda.

La habitación tenía forma rectangular. De las dos paredes más cortas, una de ellas estaba prácticamente ocupada por la amplia ventana que daba al patio; en la otra se hallaba la puerta corredera ya mencionada.

Centrándome en esta última pared, pude ver a cada lado de la puerta una mesa cubierta con un tapete, y sobre cada una de las mesas, sendos jarrones de porcelana fijados con un soporte a la pared. Abrí los cajones de estas mesas, pero no contenían nada, excepto varias barajas con sus marcadores. Todas, salvo una de ellas, estaban aún envueltas, tal como debieron llegar de la tienda. Examiné el juego abierto, carta tras carta: ninguna marca o señal visible.

Subida en la escalera de la librería, me asomé al interior de los jarrones de porcelana. Ambos estaban vacíos. ¿Tendría que examinar algo más en ese lado de la habitación? En las esquinas había dos sillas de madera, con sus respectivos almohadones de seda roja. Di la vuelta a las sillas y las revisé a conciencia; pero no hice el menor descubrimiento, así que volví a colocarlas en su sitio. Mi búsqueda en aquel lado de la habitación había concluido, y por ahora nada había llamado mi atención.

Crucé la habitación hasta llegar a la pared opuesta.

La ventana, que ocupaba, como he dicho, casi toda esta pared, era de tras hojas y estaba enmarcada por unas bonitas cortinas de terciopelo granate. Los amplios pliegues del terciopelo sólo dejaban sitio en las esquinas para dos antiguos bargueños

italianos decorados con nácar y piezas de marquetería, que tenían sendas filas de cajones y sostenían dos reproducciones, en bronce y a tamaño reducido, de la *Venus de Milo* y de la *Venus Calípiga*. Contaba con la autorización del mayor para hacer lo que gustara, así que, sin más vacilación, me dispuse a abrir los seis cajones de cada bargueño para examinar su contenido.

Comencé por el del rincón derecho y pronto terminé la búsqueda. Los seis cajones contenían una colección de fósiles, que (a juzgar por las etiquetas fijadas en algunos) se remontaba a una época pasada de la vida del mayor en la cual se había dedicado, sin éxito, a las excavaciones. Tras cerciorarme de que aquellos cajones sólo albergaban fósiles y etiquetas, me aproximé hasta el otro bargueño, en el cual, por el contrario, saltaba a la vista una gran variedad de objetos; en consecuencia, el estudio me llevó más tiempo.

En el cajón superior había una colección completa de herramientas de carpintería en miniatura; reliquias de la lejana niñez del mayor, regaladas, muy posiblemente, por sus padres o sus amigos. El segundo cajón estaba repleto de juguetes de otro estilo, obsequios hechos al mayor por sus bellas amigas: tirantes bordados, elegantes cofias de estar en casa, originales acericos, preciosas zapatillas, relucientes monederos, todo daba testimonio de la popularidad del amigo de las mujeres.

El contenido del tercer cajón era menos interesante: viejos libros de cuentas, que abarcaban un periodo de muchos años. Después de mirar dentro de cada libro, de abrirlo y sacudirlo en busca de algún papel suelto que pudiera ser una pista escondida entre las hojas, abrí el cuarto cajón y encontré más reliquias de transacciones pecuniarias en forma de facturas atadas en fajos y con una inscripción en el reverso. Entre las facturas, había casi una docena de papeles sueltos, todos sin importancia.

El quinto cajón estaba muy desordenado, y su contenido también era de lo más variopinto. Primero extraje un paquete de tarjetas decoradas, con los menús de los innumerables banquetes a los que el mayor había asistido en el pasado, tanto en Londres como en París. Luego saqué una caja repleta de delicadas plumas de ave (evidentemente, regalo de una dama), viejas tarjetas de invitación, libretos manoseados de diversas obras de ópera y teatro francés, un sacacorchos de bolsillo, un mazo de cigarrillos y un manojo de llaves oxidadas. Por último, aquel quinto cajón contenía un pasaporte, un juego de etiquetas de viaje, una tabaquera de plata rota, dos cigarreras y un viejo mapa de Roma. «Nada que me pueda interesar», pensé mientras lo cerraba para abrir el sexto y último cajón, que me resultó tan sorprendente como decepcionante. Literalmente, no tenía nada salvo los fragmentos de un jarrón roto.

Estaba sentada frente al bargueño, en una silla baja. Irritada por haber hallado el último cajón vacío, levanté el pie para cerrarlo; en ese instante se abrió la puerta que comunicaba con el recibidor, y el mayor apareció ante mí.

Su mirada se encontró con la mía y me recorrió hasta llegar a mi pie. Al ver el

sexto cajón abierto, se operó un cambio en su rostro. Fue sólo un momento, pero me observó con una mezcla de sorpresa y recelo, como si me hubiera cogido con las manos en la clave.

—Disculpe, por favor; no deseo interrumpirla —dijo, azorado—. Sólo me he asomado para hacerle una pregunta.

—¿Qué desea saber, mayor?

—¿Ha encontrado alguna de mis cartas en el curso de sus pesquisas?

—Aún no he hallado nada similar —contesté—. Pero no se preocupe; si descubro alguna carta, dé por supuesto que no me tomaré la libertad de leerla.

—Sólo quería pedirle ese favor —prosiguió—. Se me ocurrió hace un momento, ahí arriba, que mis cartas podrían turbarla. Naturalmente, yo en su lugar desconfiaría de aquello que no pudiera examinar con libertad. Sin embargo, creo que podemos llegar a un acuerdo para resolver este asunto evitándonos cualquier molestia. No falto a mi promesa si le digo simplemente que mi correspondencia no le será de utilidad en su descubrimiento; por lo tanto, puede, con toda seguridad, apartarla como algo que no vale la pena para usted. Espero que me comprenda.

—Me siento obligada hacia usted, mayor. Lo entiendo perfectamente.

—¿Está cansada?

—En absoluto, gracias.

—¿Todavía tiene la esperanza de lograrlo? ¿No se estará empezando a desanimar?

—De ninguna manera, mayor. Tengo la firme intención de perseverar.

Hablábamos sin que yo hubiera cerrado todavía el cajón del bargueño, y, casi de forma instintiva, eché un vistazo a los trozos del jarrón roto. Para entonces, el mayor ya era dueño de sus emociones. También él los miró, ahora con aparente despego; pero yo no olvidaba la sospechosa expresión que había adoptado al entrar en la habitación, y eso me llevó a deducir que su indiferencia era fingida.

—Esto no parece muy prometedor —dijo con una sonrisa y señalando los añicos del cajón.

—No hay que fiarse de las apariencias —repliqué—. En mi situación actual, lo más sabio será sospechar de todo, incluso de un jarrón roto.

Me fijé en él al hablar. Cambió de tema.

—¿Le molesta la música de arriba? —preguntó.

—Ni lo más mínimo, mayor.

—Pronto terminará. El maestro de canto se va y el maestro de italiano acaba de llegar. Como ve, no escatimo esfuerzos para hacer de mi joven *prima donna* la más experta cantante. Aprender a cantar exige conocer también el lenguaje de la música. Haré que perfeccione su acento cuando la lleve a Italia. Mi máxima ambición es que, cuando cante en público, la tomen por italiana. ¿Hay algo que pueda hacer antes de

dejarla a solas otra vez? ¿Mando que le traigan más champagne? ¡Le ruego que diga que sí!

—Mil gracias, mayor. Pero, por ahora, no más champagne.

A llegar a la puerta, se volvió para enviarme un beso; y en ese instante vi cómo su mirada se desviaba hacia la librería. Fue sólo un segundo; apenas lo noté, el mayor ya estaba fuera de la habitación.

A solas de nuevo, observé la librería con atención por primera vez. Era un precioso y elegante mueble antiguo de roble tallado, que abarcaba toda la longitud de otra de las paredes, salvo el espacio ocupado por la segunda puerta de la habitación, la que daba al vestíbulo. La balda superior de la librería estaba decorada con jarrones, candelabros y parejas de estatuas colocados en hileras. Observando esas hileras descubrí un espacio vacío en el extremo cercano a la ventana. En el borde opuesto, junto a la puerta, había un hermoso jarrón pintado con un diseño peculiar. ¿Dónde estaba el otro jarrón que hacía juego?

Volví al sexto cajón del armario, aún abierto, y miré de nuevo su contenido. No había error posible en cuanto al diseño. El jarrón que ocupara en su día el espacio ahora vacío de la librería era el mismo que yacía hecho pedazos en el cajón.

Tras este descubrimiento, saqué todos los fragmentos, hasta el último añico, y los examiné con detenimiento, uno a uno.

Era demasiado ignorante en el tema como para calcular el valor del jarrón o su antigüedad, e incluso, para saber si se trataba de un modelo inglés o extranjero. La base estaba esmaltada en un delicado color crema, y una sucesión de guirnaldas y cupidos rodeaba todo el jarrón formando medallones. Dentro de cada medallón se podía ver, pintado con exquisita delicadeza, el rostro de una mujer: una ninfa, una diosa o, quizá, el retrato de una dama célebre; yo no sabía lo suficiente como para determinarlo con exactitud. Otro medallón encerraba el rostro de un hombre, también de estilo clásico. Pastores y pastoras tumbados, luciendo trajes de Watteau voluptuosos e idealizados, aparecían dispersos aquí y allá, rodeados de ovejas y perros; todo ese conjunto constituía la decoración de la base. Así habría sido también el otro jarrón en sus días prósperos, cuando estaba expuesto en la librería. ¿Cómo se habría roto? ¿Por qué se había alterado el semblante del mayor al ver que yo había descubierto los restos de esta obra de arte en el cajón del bargueño italiano?

No tenía respuesta: aquellos fragmentos no me decían absolutamente nada. Y sin embargo, si se podía confiar en lo que había observado en el mayor, la clave que buscaba debía estar relacionada, directa o indirectamente, con aquel jarrón roto.

Era inútil aspirar a ir más lejos sin saber lo suficiente. Volví a la librería. Hasta entonces, había dado por supuesto (sin una razón de peso) que la clave debería revelarse necesariamente en forma de un papel escrito; pero después de lo que había detectado en el mayor, se me ocurrió pensar que podía tener forma de libro.

Repasé el estante inferior, acercándome para poder leer los títulos de los lomos. Allí estaban Voltaire en piel roja, Shakespeare en azul, Walter Scott en verde, la Historia de Inglaterra en marrón y el *Annual Register* ^[2] en amarillo. Hice una pausa, cansada y desalentada ante los muchos volúmenes que me quedaban por revisar. «¿Cómo voy a examinar todos estos libros?, pensé. Y aunque llegue a verlos todos, ¿qué es lo que tengo que buscar?».

El mayor Fitz-David se había referido a una terrible desgracia que había oscurecido el pasado de mi marido. ¿Cómo podía hallar el rastro de esa desgracia, o quizás una pista relacionada con ella, en los archivos del Registro Anual o en las páginas de Voltaire? La sola idea me parecía absurda; cualquier intento en esa dirección era, seguramente, una pérdida de tiempo sin sentido. Ahora bien, el mayor había mirado fugazmente a la librería. Y en la librería había ocupado un lugar aquel jarrón roto. ¿Justificaban estas circunstancias que relacionase el jarrón con la librería como elementos gemelos que me condujeran al descubrimiento? De improviso, la cuestión no era tan fácil de responder.

Examiné los estantes superiores. Allí los libros eran más pequeños y variados, y no se veían tan bien dispuestos como en las baldas inferiores. Unos estaban encuadernados en tela; otros, sólo protegidos con forros de papel. Algunos se habían caído y estaban tumbados en el estante. Por todos lados había huecos dejados por los ejemplares que se habían sacado y que no habían vuelto a su lugar.

En resumen, no me desilusioné del todo. El desorden sugería que, aunque fuera de manera fortuita, podía llegar a descubrir algo. Decidí, pues, registrar a fondo la librería comenzando por las baldas superiores.

¿Dónde estaba la escalera?

La había dejado apoyada en el tabique que separaba la habitación del recibidor. Mirando hacia allí necesariamente veía también la puerta de corredera que daba acceso al salón principal, la que me había permitido escuchar las preguntas que el mayor Fitz-David le hacía a su sirviente acerca de mi aspecto personal cuando llegué a la casa. Durante toda mi visita, nadie había movido esa puerta. Todos los que habían entrado y salido habían usado la otra.

En el preciso instante en que yo la miraba, algo se movió en el salón. El movimiento dejó espacio libre para que la luz entrase por el quicio de la puerta. ¿Me habían estado observando? Me acerqué suavemente y deslicé la puerta. ¡Ahí estaba el mayor, en el salón principal! Su expresión le delató: ¡Me había estado espiando mientras yo examinaba la librería!

Tenía el sombrero en la mano. Era evidente que iba a salir y, muy hábilmente, aprovechó esta circunstancia para ofrecirme una buena razón que explicara por qué se hallaba tan cerca de la puerta.

—¡Espero no haberla asustado! —dijo.

—Bueno; me ha sobresaltado un poco, mayor.

—¡No sabe cuánto lo siento, de verdad! Precisamente iba a entrar a decirle que me veo obligado a salir. He recibido un mensaje urgente de una dama, una persona encantadora. ¡Me gustaría tanto que la conociera! La pobrecilla tiene un triste problema: unas facturas de poca importancia, ya sabe, y acreedores desagradables que reclaman su dinero. Y un marido, ¡Dios mío!, un marido completamente indigno de ella.

Sí, es la más interesante de las criaturas. Usted me recuerda un poco a ella; las dos tienen el mismo porte. Bien, sólo estaré fuera media hora. ¿Puedo hacer algo más por usted? Parece fatigada. Le ruego que me permita obsequiarle con más champagne. ¿No? Bueno, pues prométame que llamará al timbre siempre que lo precise. ¡Eso es! ¡*Au revoir*, mi encantadora amiga, *au revoir*!

Cuando me dio la espalda, cerré la puerta y me senté un rato para recobrar-me.

¡Me había estado observando! El hombre que contaba con la confianza de mi marido, el hombre que sabía dónde se encontraba la clave, me había estado observando. Ahora yo ya no tenía dudas: muy a su pesar, el mayor Fitz-David me había mostrado el escondite del secreto.

Miré con indiferencia los otros muebles, situados en la cuarta pared y que aún no había examinado. Repasé, sin la menor curiosidad, todos los elegantes detallitos repartidos por la mesa y la repisa de la chimenea, que me habrían resultado sospechosos en otras circunstancias. Incluso las acuarelas dejaron de interesarme en el estado actual de mi mente. Observé que la mayoría eran retratos de mujeres — ídolos, sin duda, de la fácil adoración del mayor— y no presté más atención. Mi asunto en esa habitación —¡ahora estaba segura!— empezaba y terminaba en la librería.

Me dirigí a buscar la escalera, decidida a empezar la investigación en los estantes superiores. De camino, pasé por delante de una de las mesas y vi las llaves que el mayor Fitz-David había puesto a mi disposición. La menor de las dos me recordó en el acto los armarios inferiores de la librería. Por extraño que parezca, los había pasado por alto. Me invadió una cierta desconfianza ante las puertas cerradas, una duda vaga acerca de lo que podrían ocultarme; dejé la escalera en su sitio y me dispuse a examinar de inmediato el contenido de los armarios, que eran tres.

Cuando iba a abrir el primero, la música cesó en el piso de arriba. Durante un momento tuve una sensación opresiva causada por el repentino paso del sonido al silencio; supongo que estaba nerviosa. El siguiente ruido que se produjo en la casa — el crujido de unas botas de hombre al bajar la escalera— me sobresaltó. Indudablemente, se trataba del maestro de canto, que se marchaba tras haber impartido su lección. Oí cerrarse la puerta de la casa y me estremecí, como si fuera algo terrible que nunca antes hubiese escuchado. Después reinó otra vez el silencio.

Me reanimé cuanto pude y empecé a revisar el primer armario, que estaba dividido en dos compartimentos. El superior no contenía más que cajas de puros, ordenadas en hileras. El inferior estaba ocupado por una colección de conchas, todas amontonadas de cualquier manera. Era evidente que el mayor valoraba más los puros que las conchas. Examiné con atención este compartimento, por si ocultaba algo interesante; pero, aparte de las conchas, no hallé nada más.

Al abrir la segunda puerta, me di cuenta de que la luz empezaba a debilitarse. Miré hacia la ventana; pero aún no era de noche, la oscuridad se debía a las nubes. Finas gotas de lluvia comenzaban a caer en el cristal, y el viento otoñal silbaba lúgubre por las esquinas del patio. Avivé el fuego antes de proseguir mi búsqueda. Supongo que los nervios me fallaron de nuevo mientras volvía hacia la librería, porque sentí un escalofrío y las manos me temblaban. No sabía qué me estaba ocurriendo.

La balda superior del segundo armario estaba ocupada por unos camafeos realmente bonitos, sin montar, colocados sobre algodones y guardados en primorosas cajas de cartón. En un rincón, medio escondidas bajo una de las cajas, asomaban las hojas de un manuscrito. Pero resultó ser el catálogo que describía los camafeos. ¡Nada más!

En la balda inferior encontré curiosidades más valiosas, como tallas de marfil del Japón y muestras de raras telas de seda de la China. Empecé a sentirme bastante harta de desenterrar los tesoros del mayor. Cuanto más buscaba más me parecía alejarme del objeto que deseaba hallar. Después de cerrar la puerta del segundo armario, me cuestioné si valía la pena abrir la tercera y última puerta. Una breve reflexión me convenció de que era preciso perseverar hasta el final.

Abrí el último armario. En el compartimento de arriba había un único objeto, de solitaria grandeza: un libro mayor de lo habitual, en comparación con los volúmenes modernos, y bellamente encuadernado en terciopelo azul enriquecido con adornos de plata repujada en forma de preciosos arabescos; un cierre del mismo metal protegía el libro de los fisgones. Al sacarlo me di cuenta de que no estaba cerrado.

¿Tenía derecho a aprovecharme de este accidente para abrir el libro? He formulado esta pregunta desde entonces a algunos de mis amigos de ambos sexos. Todas las mujeres están de acuerdo en considerar plenamente justificado —teniendo en cuenta los intereses en juego— aprovechar la ocasión y la ventaja que me ofrecía el libro del mayor. Los hombres difieren de esta opinión y declaran que no sólo tendría que haber guardado el volumen sin abrirlo, sino que debería haber evitado la tentación devolver a verlo cerrando con llave el armario.

Me atrevo a decir que los hombres están en lo cierto. Sin embargo, siendo mujer, abrí el libro sin vacilar. Las hojas eran del más fino papel, con ilustraciones de muy buen gusto en los bordes. ¿Qué contenían estas páginas tan ornamentadas? Para mi

indecible sorpresa y disgusto, se trataba de mechones de cabello, esmeradamente fijados en el centro de cada página, con sus dedicatorias al pie que demostraban ser prendas de amor de varias damas que habían tocado el susceptible corazón del mayor en diferentes periodos de su vida.

Las dedicatorias estaban escritas en diversas lenguas, aparte del inglés, y todas tenían el mismo curioso propósito, a saber, recordar al mayor las fechas en las que sus relaciones habían llegado al desdichado fin. La primera página exhibía un mechón de pelo muy rubio, con estas líneas debajo: «*Mi adorada Madeline. Constancia eterna. Desafortunadamente: 22 de julio de 1839*». La siguiente mostraba un cabello más oscuro, con una dedicatoria en francés: «*Clémence. Idole de mon âme. Toujours fidèle. Hélas: 2me Avril, 1840*». Le seguía un mechón pelirrojo, con una lamentación en latín. La nota adjunta a la fecha de ruptura, en este caso, afirmaba que la dama en cuestión era descendiente de los antiguos romanos, y por esa razón había sido inmortalizada en latín por su devoto Fitz-David. Nuevos mechones de otros muchos tonos con sus respectivas dedicatorias ocupaban las páginas siguientes, hasta que me cansé de mirar.

Muy enfadada, dejé sobre una mesa aquel bochornoso libro y a las criaturas que habían ayudado a llenarlo. Pero tras unos instantes de reflexión, lo volví a coger. Hasta ese momento había buscado pistas en todo aquello que estuviera ante mi vista. Resultara o no agradable, era de vital importancia para mis propios intereses que continuara en la línea iniciada y examinara el libro entero.

Fui pasando las hojas hasta que llegué a la primera página en blanco. Viendo que, a partir de ahí, todas las demás estaban vacías, levanté el libro por las tapas y, como última medida de precaución, lo sacudí con suavidad para ver si caía algún papel que pudiera haber pasado inadvertido entre las hojas.

Esta vez, mi paciencia se vio recompensada por un descubrimiento que me irritó tanto como me inquietó.

Un pequeño retrato, montado sobre cartón, cayó del interior del libro; a primera vista eran dos personas.

En una de las dos reconocí enseguida a mi marido.

La otra era una mujer.

Su cara me resultó totalmente desconocida. No era joven, y la foto la mostraba sentada en una silla, con mi esposo situado justo detrás, levemente inclinado hacia ella y sosteniendo una mano de la dama entre las suyas. El rostro de la mujer tenía unos rasgos duros y feos, y en las arrugas de su frente se podía leer un fuerte carácter y una férrea voluntad. Pero, a pesar de su escaso atractivo, sentí una punzada de celos al notar el afecto familiar con que el artista (con el permiso de los retratados, claro) había relacionado a las dos figuras. Durante nuestro noviazgo, Eustace se había referido brevemente a las veces en que se había creído enamorado antes de

conocerme. ¿Podría haber sido esta mujer tan poco seductora uno de sus objetos de admiración? ¿Había sido una persona tan querida y cercana como para ser inmortalizada con su mano entre las de mi marido? Miré el retrato una y otra vez hasta que ya no pude soportarlo más —las mujeres somos criaturas extrañas, misteriosas, incluso para nosotras mismas— y arrojé la foto a un rincón del armario. Estaba furiosa con mi marido. Odiaba, ¡sí, odiaba con toda mi alma y con todo mi corazón! a la mujer que tenía su mano entre las de mi esposo, a la desconocida de expresión severa y voluntariosa.

Durante todo ese rato, el compartimento inferior del armario seguía esperando a que lo revisara.

Me arrodillé para examinarlo, ansiosa por alejar de mi mente, si podía, los celos degradantes que habían tomado posesión de mí.

Por desgracia, aquel compartimento sólo tenía reliquias de la vida militar del mayor, como su espada, las pistolas, sus charreteras, su fajín y otras cosas por el estilo; ninguno de estos objetos despertó mi interés. Mis ojos se dirigieron de nuevo al compartimento de arriba y, loca como estaba (no hay mejor palabra para describirme en ese momento), saqué otra vez el retrato y sentí una rabia inútil al volver a contemplarlo. Esta vez descubrí algo que no había captado antes. Al dorso de la foto había unas líneas escritas por una mano de mujer. Era una dedicatoria: *Para el mayor Fitz-David, con dos jarrones. De sus amigos S. y E. M.*

¿Era uno de ellos el que se había roto? ¿Se debía el cambio que había notado en el mayor a alguna asociación con el pasado que, en cierto modo, me afectaba? Podía o no tratarse de eso; pero lo cierto es que no estaba dispuesta a caer en especulaciones sobre este asunto mientras surgieran en mi mente preguntas más importantes referidas a las iniciales del dorso del retrato.

¿«S. y E. M.»? Las dos últimas letras eran seguramente las iniciales del nombre de mi marido —su verdadero nombre—, Eustace Macallan. En ese caso, la primera letra, «S.», sería con toda probabilidad la inicial de la mujer. ¿Qué derecho tenía a relacionarse de esta manera con él? Medité durante unos momentos, tratando de hacer memoria. De repente recordé que Eustace tenía hermanas. Me había hablado de ellas en más de una ocasión antes de casarnos. ¿Había sido tan loca como para torturarme sintiendo celos de una hermana de mi marido? Podría tratarse de eso perfectamente. La «S» sería la inicial del nombre de su hermana. Me avergoncé de mí misma cuando caí en la cuenta del nuevo enfoque del asunto. ¡Qué gran injusticia había cometido contra ellos en mi pensamiento! Arrepentida y pesarosa, di la vuelta a la foto para apreciar el retrato con más objetividad y amabilidad.

Naturalmente, ahora buscaba algún parecido familiar en los dos rostros. Pero, con franqueza, no encontré ninguno; al contrario, sus rostros diferían notablemente en forma y en expresión. ¿Era aquella mujer su hermana después de todo? Observé sus

manos, tal como se veían en el retrato. La derecha estaba entre las de Eustace. La izquierda descansaba sobre el regazo, y en el tercer dedo, a todas luces visible, lucía una alianza. ¿Estaba casada alguna de las hermanas de mi esposo? Yo misma se lo había preguntado cuando él las mencionaba, y recuerdo perfectamente que me había dado una respuesta negativa.

¿Era posible que el primer impulso de celos me hubiera llevado a la conclusión correcta? Si así fuera, ¿qué significaba la asociación de las tres letras? ¿Qué significaba la alianza? ¡Santo cielo! ¿Estaba viendo en aquel retrato a mi rival, a una mujer que gozaba del afecto de mi marido? ¿Era esa rival su esposa?

Tiré la fotografía con un grito de horror, y viví un momento terrible, sintiendo que perdía la razón. No sé qué habría hecho si mi amor hacia Eustace no se hubiera impuesto sobre las emociones contradictorias que en ese momento me torturaban. La certeza de su fidelidad logró tranquilizarme y hacer revivir mis sentimientos más nobles. ¿Era capaz el hombre que llenaba todo mi corazón de cometer la felonía de haberse casado con otra mujer? ¡No! La bajeza era mía, y mía era la maldad por haber pensado tal cosa de él.

Recogí del suelo aquel retrato detestable y volví a guardarlo en el libro. Apresurada y nerviosa, cerré la puerta del armario, fui a buscar la escalera y la apoyé en la librería. Mi única obsesión era ahuyentar los malos pensamientos por medio de la actividad; pero, a pesar del esfuerzo, la odiosa sospecha que me degradaba volvía una y otra vez a mi cabeza. ¡Los libros! ¡Los libros! Mi única esperanza era concentrarme, en cuerpo y alma, en los libros.

Había subido un escalón cuando oí abrirse la puerta que comunicaba con el vestíbulo. Me volví, esperando ver al mayor. Pero no era él, sino la futura *prima donna*, que, apoyada en el quicio de la puerta, me miraba fijamente.

—Puedo aguantar mucho —empezó a decir con tono insolente—, pero esto no lo aguanto más.

—¿Qué es lo que no aguanta? —pregunté.

—Que usted no lleva aquí unos minutos; lleva dos horas completamente a solas en el estudio del mayor. Soy muy propensa a los celos —prosiguió—. Sí, lo soy. Y quiero saber qué significa «esto» —se aproximó, muy acalorada, y me dedicó una mirada amenazante—. ¿Acaso él también la va a lanzar al mundo de la escena? —preguntó bruscamente.

—Claro que no.

—No estará enamorado de usted, ¿verdad?

En otras circunstancias le habría pedido a aquella intrusa descarada que saliera inmediatamente de la habitación. En mi crítica situación, la sola presencia de una criatura humana resultaba todo un alivio. Incluso esta joven, con sus preguntas imprudentes y sus groseros modales, era una compañía bienvenida para mi soledad:

gracias a ella podía olvidar los problemas, al menos por un rato.

—Su pregunta es muy indiscreta —le dije—. De todos modos, la disculpo. Quizás no sepa que soy una mujer casada.

—¿Y eso qué tiene que ver? —replicó—. Casada o soltera, al mayor le da igual. La cínica y desvergonzada que se hace llamar lady Clarinda está casada, y le envía ramos de flores tres veces a la semana. No es que eso me importe, fíjese, ¡el viejo loco! Pero he perdido mi empleo en la estación y tengo que velar por mis intereses. Y no se lo que pasará si dejo que otra mujer se interponga entre él y yo. Ahí es donde me duele, ¿no lo ve?; no me quedo tranquila viendo que la deja a usted aquí, dueña de hacer lo que se le antoje. ¡No se ofenda; me gusta hablar claro! Quiero saber qué es lo que se propone hacer, sola, en esta habitación. ¿Cómo conoció al mayor? El nunca me ha hablado de usted hasta hoy...

Bajo el egoísmo y la grosería de aquella extraña joven, latía una franqueza y una libertad que decían mucho en su favor. Por mi parte, le respondí también con la mayor franqueza y libertad.

—El mayor Fitz-David es un viejo amigo de mi esposo —le repliqué—, y es amable conmigo únicamente por la relación que le une con mi marido. Me ha permitido revisar esta habitación para...

Me detuve a pensar cómo le podía describir mi actividad, sin decir nada que le llevara a desconfiar de mí.

—Revisar esta habitación, ¿para qué? —preguntó, dirigiendo su mirada a la escalera de la librería, que estaba a mi lado—. ¿Para buscar un libro?

—Exacto —respondí aprovechando la idea—, para buscar un libro.

—¿Y aún no lo ha encontrado?

—No.

Me miró fijamente, considerando, sin el menor disimulo, si le estaba diciendo la verdad o no.

—Usted parece buena persona —dijo, tras decidir la cuestión—. No es presumida. La ayudaré si quiere; he revuelto estos libros muchas veces y los conozco mejor que usted. ¿Qué libro busca?

Mientras me formulaba esta incómoda pregunta, divisó el ramo de lady Clarinda en la mesa donde lo había dejado el mayor. Olvidándose de mí y de mi libro, la curiosa chica se precipitó furiosa sobre las flores, ¡y las pisoteó!

—¡Esto es! —gritó—. ¡Si estuviera aquí lady Clarinda, la trataría así!

—¿Qué va a decir el mayor? —pregunté.

—¿Y a mí qué me importa? ¡No creerá que me asusta! Precisamente la semana pasada rompí uno de sus finos cacharros y ¡todo por la lady Clarinda esa y sus flores!

Señaló hacia la parte superior de la librería, hacia el hueco próximo a la ventana. Cuando mis ojos siguieron la dirección que su dedo indicaba, el corazón me dio un

vuelco. ¡Ella había roto el jarrón! ¿Se me iba a revelar el camino hacia el descubrimiento a través de esta joven? Mis labios eran incapaces de articular ni un sonido. Sólo la miraba.

—Sí —dijo—. Él sabe lo mucho que odio las flores de esa descarada, y por eso las pone en algún jarrón que esté fuera de mi alcance. En ese de ahí estaba pintada la cara de una mujer, y el mayor me dijo que era la viva imagen de lady Clarinda. Pero lo cierto es que no se parecía más a ella que a mí. Me puso tan furiosa que lancé el libro que tenía, en la mano contra esa cara pintada; y el jarrón se estrelló en el suelo. ¡Espere un poco! Me pregunto si no será ese el libro que está buscando. ¿Es usted como yo? ¿Le gusta leer libros de juicios?

¿Juicios? ¿La había oído bien? Sí, había dicho libros de juicios. Afirmé con un leve movimiento de cabeza. Estaba todavía sin habla. La joven se acercó pausadamente a la chimenea, cogió las tenazas y volvió junto a la librería.

—Ahí es donde cayó el libro —dijo—, en el espacio que queda entre la librería y la pared. Voy a sacarlo.

Esperé sin mover un solo músculo y sin articular palabra.

La futura diva se me acercó con las tenazas en una mano y un volumen, sencillamente forrado, en la otra.

—¿Es éste el libro que buscaba? —preguntó, entregándomelo—. Ábralo y mírelo —cogí el libro—. Es muy interesante —continuó diciendo—. Yo lo he leído más de dos veces, y le advierto que... soy de las que creen que él es culpable.

¿Culpable de qué? ¿A quién se refería? ¿De qué estaba hablando? Intenté preguntárselo. Luché en vano para ser capaz de preguntarle tan sólo eso:

—¿De qué está usted hablando?

Ella pareció perder la paciencia conmigo. Me arrancó el libro de las manos y lo dejó abierto ante mí, sobre la mesa que había a nuestro lado.

—¡Es usted tan inútil como un recién nacido! —dijo con severidad—. ¡Mírelo! ¿Es éste el libro?

Leí las primeras líneas del título:

INFORME COMPLETO DEL JUICIO CONTRA EUSTACE MACALLAN

Me detuve y miré a la joven. Ella retrocedió con un grito de horror. Atónita, volvió a mirar el título y leí las líneas siguientes:

POR EL PRESUNTO ASESINATO DE SU ESPOSA

En ese instante, Dios se apiadó de mí. En ese instante, me sumergí en el negro abismo de un desmayo.

CAPÍTULO XI

El regreso a la vida

Tras recobrar el conocimiento, mi primera percepción fue una oleada de sufrimiento, de agonía; me sentía como si me hubieran retorcido y arrancado cada nervio del cuerpo. Todo mi ser temblaba y se agitaba por la lucha muda y terrible que mantenía mi naturaleza contra los esfuerzos que hacían quienes me rodeaban para traerme de nuevo a la vida. Habría dado cualquier cosa por poder gritar y suplicarles que me devolvieran a la muerte. No sé cuánto duró esa agonía sin habla, y sólo después de un tiempo sentí un cierto alivio. Me oía respirar trabajosamente, y mis manos se movían de forma débil y mecánica, como las de un niño. Me sentía como si hubiera muerto y me hubiera despertado en un mundo nuevo, con nuevas sensaciones. Logré al fin abrir los ojos y mirar a mi alrededor.

La primera persona que vi junto a mí era un hombre, un desconocido que se alejó de mi vista en silencio, haciéndole señas a alguien mientras desaparecía.

Ese «alguien», lento y reacio, se acercó al sofá en el que estaba tumbada. Al reconocerle se me escapó un débil grito de gozo y traté de tenderle las manos: ¡era mi marido! Le miré llena de ansiedad; pero no me devolvió la mirada. Con los ojos fijos en el suelo, con la confusión y la inquietud dibujados en el rostro, también él se alejó de mí. El mismo desconocido de antes le acompañó fuera de la habitación.

Le llamé casi sin fuerzas: «¡Eustace!». Pero no respondió ni volvió a mi lado. Haciendo un gran esfuerzo, giré la cabeza para mirar al otro lado del sofá. Entonces, como en un sueño, apareció ante mí otro rostro familiar. Sentado a mi lado y observándome con lágrimas en los ojos, allí estaba mi buen Benjamin. Se levantó y me cogió la mano en silencio, a su manera sencilla y cariñosa.

—¿Dónde está Eustace? —le pregunté, angustiada—. ¿Por qué se ha ido y me ha dejado? ¡Llévame a su lado!

Todavía me encontraba muy débil, y mis ojos recorrieron mecánicamente toda la habitación mientras hacía esta pregunta. Allí estaba el mayor Fitz-David, junto a la mesa donde la joven cantante había abierto el libro para enseñármelo. Vi también a la muchacha, sentada sola en un rincón y enjugando su llanto con un pañuelo. De forma misteriosa, recobré entonces la memoria, y el recuerdo del título fatal del libro regresó a mi mente con horror. Mi único deseo era volver a ver a Eustace, para arrojarme a sus brazos y decirle que creía firmemente en su inocencia y que le amaba con toda mi alma. Rocé a Benjamin con manos temblorosas y débiles.

—¡Tráele junto a mí! —le supliqué con todas mis fuerzas—. ¿Dónde está? Ayúdame a levantarme.

Una voz desconocida contestó, amable pero firme:

—Tranquílese, señora. El señor Woodville espera en la habitación contigua a que usted se recupere.

Le miré y reconocí al extraño que había seguido a mi marido momentos antes. ¿Por qué había vuelto solo? ¿Por qué Eustace no estaba conmigo como todos los demás? Intenté incorporarme y ponerme de pie; pero, con suavidad, el desconocido me obligó a reclinar de nuevo la cabeza en la almohada. Quise resistirme; pero fue inútil, claro. Su mano firme me mantuvo en el sofá.

—Ahora tiene usted que descansar —dijo—. Beba un poco de vino y tumbese. Si hace el más mínimo esfuerzo se volverá a desmayar.

El viejo Benjamin se inclinó hacia mí y me susurró unas palabras de explicación.

—Es el médico, querida. Debes hacer lo que te ordena.

¿El médico? ¡Habían llamado al médico! Empecé a entender que mi desmayo debía de haber presentado síntomas más serios que los desmayos femeninos en general. Con tono indefenso y quejumbroso, le rogué al doctor que me diera razón de la inexplicable ausencia de mi esposo.

—¿Por qué le ha dejado salir de la habitación? —pregunté—. Si yo no puedo ir, ¿por qué no le trae aquí conmigo?

El médico parecía no saber qué contestar. Tras algún titubeo, se dirigió a Benjamin:

—¿Quiere usted hablar con la señora Woodville?

Benjamin, a su vez, miró al mayor Fitz-David y le preguntó:

—¿Sería tan amable de hacerlo usted?

El mayor les indicó que salieran, y los dos se dirigieron al salón contiguo, cerrando la puerta de corredera tras ellos. Cuando ya se habían ido, la joven que me había revelado el secreto de mi marido de un modo tan extraño, dejó su rincón y se acercó al sofá.

—Supongo que yo también debo irme —le dijo al mayor.

—Por favor —contestó él, con mucha frialdad según me pareció.

Ella movió bruscamente la cabeza y le dio la espalda con gran indignación.

—¡Tengo que decir algo en mi favor! —gritó aquella extraña criatura en un histérico raptó de energía—. ¡Tengo que decirlo o estallaré! —tras ese extraordinario preámbulo, se volvió súbitamente hacia mí y un torrente de palabras brotó a raudales de su boca—. ¿Ha oído cómo me ha contestado el mayor? —empezó a decir—. Me culpa, ¡pobre de mí!, de todo lo sucedido. Pero soy tan inocente como un niño, porque lo hice con la mejor intención. Yo creía que usted quería ese libro; y aún no se por qué se desmayó casi hasta morir cuando lo abrí. ¡Y el mayor me acusa! ¡Como si yo tuviera la culpa!

Yo no soy de las que se desmayan. Pero le puedo decir que lo siento. ¡Sí!, lo

siento aunque no me desvanezca. Me llamo Hoighty, señorita Hoighty, y vengo de una familia respetable, se lo aseguro. Soy tan respetable como usted, si hemos de llegar hasta ahí. Mis padres se dedican al comercio, y mi madre ha visto mejores días, en los que frecuentaba las más selectas compañías. Yo también tengo mi amor propio, y ahora está herido porque me veo acusada sin merecerlo. Si alguien se lo merece es usted, señora. ¿Acaso no me dijo que estaba buscando un libro? ¿No se lo ofrecí yo con la mejor de las intenciones? Creo que debería usted decirlo, ahora que el médico la ha reanimado. Creo que debería hablar claro en favor de esta pobre chica que trabaja hasta morir por el canto y los idiomas; una pobre chica que no tiene a nadie que hable por ella.

La señorita Hoighty acercó el pañuelo hacia su cara con modestia y rompió a llorar.

Ciertamente era injusto hacerla responsable de lo ocurrido. Respondí con tanta amabilidad como pude, y traté de hablar en su defensa con el mayor Fitz-David. Pero él, consciente de la ansiedad que me oprimía en aquel momento, se negó de forma educada a oír una palabra más, y asumió la labor de consolar a su joven *prima donna*. Lo que le dijo ni lo oí ni me importaba. Sólo sé que le habló en un susurro hasta que selló la paz con ella besándole la mano. Después la acompañó —como si de una gran duquesa se tratara— fuera de la habitación.

—Espero que esa alocada joven no le haya molestado en un momento como éste —dijo inquieto, al regresar junto a mí—. No puedo expresarle lo mucho que lamento lo sucedido. Se lo advertí seriamente, ¿lo recuerda? De todos modos, si yo hubiera podido prever...

No le dejé seguir. Lo ocurrido era imprevisible. Además, por espantoso que fuera el descubrimiento, prefería sufrir por su causa que permanecer a oscuras, ignorante. Así se lo indiqué al mayor; y luego volví al tema que más me interesaba: mi desgraciado marido.

—¿Quién le ha traído aquí? —pregunté.

—Llegó con Benjamin, poco después de que yo regresara —respondió el mayor.

—¿Mucho después de que yo me desmayara?

—No. Acababa yo de avisar al médico, sintiéndome seriamente alarmado por usted, cuando Eustace se presentó.

—¿Me echó en falta al volver al hotel?

—Sí. Por lo visto, regresó antes de lo esperado y le extrañó no verla allí.

—¿Sospechaba Eustace que yo estaba aquí? ¿Vino directamente desde el hotel?

—No; se dirigió primero a casa de Benjamin. Ignoro lo que Benjamin le dijo a su esposo, pero lo cierto es que llegaron juntos.

La explicación era breve pero suficiente para mí. Comprendí lo que había ocurrido. Eustace habría asustado con facilidad al pobre Benjamin hablándole de mi

ausencia del hotel; y una vez alarmado, Benjamin le habría repetido las palabras que habíamos intercambiado sobre el mayor Fitz-David. La presencia de mi marido en la casa del mayor estaba, pues, plenamente justificada; pero su conducta me resultaba incomprensible. El mayor Fitz-David se mostró confuso y azorado cuando le pedí una aclaración.

—Apenas sé cómo explicárselo —dijo—. Eustace me ha sorprendido y me ha decepcionado, se lo aseguro.

Habló con un tono muy apagado, y su mirada no me dijo más que sus palabras. Me alarmé.

—¿No se habrá enfadado mi esposo con usted? —le pregunté.

—¡Oh, no!

—¿Él sabe que usted ha mantenido su promesa?

—Sí. Mi joven soprano, la señorita Hoighty le dijo al médico exactamente lo que había ocurrido, y el médico, en su presencia, se lo repitió a Eustace.

—¿Llegó el médico a ver el libro?

—Ni el médico ni el señor Benjamin han visto el libro sobre el juicio. Lo he guardado bajo llave, y mantengo el secreto de su relación con el acusado. Benjamin tiene sus sospechas; pero ni el médico ni la señorita Hoighty tienen la menor idea de la causa de su desmayo. Los dos la creen víctima de una depresión nerviosa, y ambos piensan que el apellido de su marido es Woodville.

Mi estimada amiga, todo lo que el más sincero amigo podría hacer para ahorrarle sufrimientos a Eustace, yo lo he hecho. Pero no obstante —se quejó el mayor—, él insiste en culparme por haberla dejado entrar en mi casa. Y lo que es peor, mucho peor, insiste en declarar que el suceso de hoy le ha distanciado fatalmente de usted. «Ahora que ella está enterada de que yo soy el hombre juzgado en Edimburgo por el envenenamiento de su esposa, me ha dicho, es el fin de nuestro matrimonio».

Me incorporé en el sofá, atónita.

—¡Dios mío! —exclamé—. ¿Es que Eustace cree que dudo de su inocencia?

—Él está convencido de que nadie pueda creer en su inocencia —replicó el mayor.

—¡Ayúdeme a ir hasta la puerta! —grité—. ¿Dónde está Eustace? ¡Tengo que verle!

Caí exhausta en el sofá mientras pronunciaba estas palabras.

El mayor Fitz-David me sirvió un vaso de vino de la botella que estaba sobre la mesa e insistió en que lo bebiera mientras me decía:

—Ya le verá más tarde; se lo prometo. El médico le ha prohibido salir de esta casa hasta que usted le haya visto. ¡Pero debe esperar un poco, mi querida señora!; sólo serán unos minutos, hasta que usted se reponga y recobre las fuerzas.

No tenía más elección que obedecerle. ¡Oh, esos minutos inútiles en el sofá! No

puedo escribir sobre ellos sin temblar al recordarlo, incluso ahora que ha pasado tanto tiempo.

—¡Tráigale aquí! —insistí—. ¡Se lo ruego, por favor! ¡Tráigale!

—¿Quién puede convencerle de que venga? —preguntó el mayor con tristeza—. ¿Cómo puedo yo..., cómo se puede persuadir a un hombre, casi diría a un loco, que deja a su esposa justo en el momento en que ella abre sus ojos? He hablado a solas con Eustace en la habitación de al lado, mientras el médico la atendía; he tratado de hacerle razonar; he intentado vencer su obstinada desconfianza hacia usted y hacia mí —que le creemos inocente— con las mejores razones que un amigo pueda encontrar. He hecho cuanto he podido; pero él se ha limitado a dar una sola respuesta. Insiste en referirse al veredicto escocés.

—¿El veredicto escocés? —repetí, sorprendida—. ¿Qué es eso?

El mayor se asombró mucho ante mi pregunta.

—¿Nunca ha oído hablar del juicio?

—Nunca, mayor.

—Ya me pareció muy raro —continuó— que cuando usted me confió que había averiguado el verdadero nombre de su marido, no se le ocurriera asociarlo con aquellos hechos dolorosos. No hace más de tres años, toda Inglaterra hablaba de su marido, señora Woodville. ¡Es fácil entender por qué se escondió bajo un nombre falso! ¿Dónde estaba usted en esa época?

—¿Ha dicho que fue hace tres años? —pregunté.

—Sí.

Entendí entonces por qué yo ignoraba lo que todo el mundo sabía. Tres años antes, mi padre aún no había fallecido, y ambos vivíamos en Italia, en una casita de campo en plena montaña, cerca de Siena. Nunca vimos un periódico inglés ni coincidimos con ningún compatriota viajero; así durante semanas y semanas. Tal vez hubo alguna alusión al juicio escocés en las cartas que recibía mi padre de Inglaterra; pero si así fue, él nunca me comentó nada. Y si lo hizo, yo lo había olvidado con el paso del tiempo.

—Pero dígame —le pregunté al mayor—, ¿qué tiene que ver el veredicto con el hecho de que mi marido dude de nosotros? Eustace es un hombre libre, puesto que el veredicto fue «Inocente», ¿no?

El mayor, pesaroso, negó con la cabeza.

—No exactamente —dijo—. Eustace fue juzgado en Escocia, y la ley escocesa permite un veredicto que, por lo que tengo entendido, no reconocen las leyes de ningún otro país civilizado en el mundo entero. Cuando el jurado duda entre condenar o absolver al acusado que ha sido llevado ante la Corte, en Escocia esa duda puede expresarse con una fórmula específica. Si no se dispone de pruebas suficientes para culpar al acusado, pero no hay tampoco evidencias claras para probar su inocencia, el

jurado puede recurrir al veredicto «Sin pruebas».

—¿Fue ése el veredicto pronunciado en el juicio contra Eustace? —pregunté.

—Así es.

—El jurado no estaba plenamente convencido de la culpabilidad de mi esposo ni plenamente seguro de su inocencia. ¿Es esto lo que significa el veredicto escocés?

—Exacto. Desde hace tres años, la duda del jurado le persigue.

¡Pobre amor mío! ¡Mi mártir inocente! Al fin yo lo había comprendido todo: el apellido falso bajo el que nos casamos, las suplicantes y atormentadas palabras con las que me rogó para que respetara su secreto, la duda horrible que yo le inspiraba en ese momento, todo era lógico. Ahora todo estaba claro para mí.

Me levanté del sofá, espoleada por las renovadas fuerzas que me había infundido el veredicto escocés; decidida a actuar. Había tomado una resolución; pero era demasiado sagrada y desesperada como para confiársela a otro hombre que no fuera mi marido.

—Lléveme junto a Eustace, mayor —dije—. Me siento lo bastante fuerte para soportarlo todo.

Después de mirarme con incredulidad, el mayor me ofreció en silencio su brazo y salimos juntos de la habitación.

CAPÍTULO XII

El veredicto escocés

Tras cruzar el vestíbulo, el mayor Fitz-David abrió la puerta de la sala de fumar, una habitación larga y estrecha situada en la parte posterior de la casa y que se extendía a lo largo del patio hasta el muro del establo.

Mi marido se hallaba solo en aquella estancia, sentado al fondo, junto a la chimenea. Cuando me vio entrar, se puso de pie y me miró en silencio. Con la mayor discreción, el mayor se retiró cerrando suavemente la puerta. Eustace no vino a mi encuentro, tal como yo esperaba; yo corrí hacia él, le abracé y le besé. No me devolvió el abrazo. No me devolvió el beso. Los recibió pasivo; nada más.

—¡Eustace —exclamé—, nunca te he amado como ahora! ¡Nunca he sentido por ti lo que ahora siento!

—Gracias, Valeria —contestó, con un tono calculadamente frío—. No podías decir ni más ni menos después de lo que ha ocurrido.

Se liberó de mis brazos, y me indicó, con la cortesía mecánica de un desconocido, que me sentara. Luego se apartó y, con la mirada baja, empezó a caminar despacio con la clara intención de salir de allí. Le seguí, me adelanté y me coloqué entre la puerta y él.

—¿Por qué me dejas? —le dije—. ¿Por qué me hablas con esa crueldad? ¿Estás enfadado, amor mío? Eustace, si en algo te he ofendido, te ruego que me perdones.

—Soy yo quien debe pedirte perdón —replicó—. Te suplico que me perdones, Valeria, por haberte hecho mi esposa.

Pronunció estas palabras con una humildad desesperada, conmovedora, espantosa de contemplar. Puse una mano en su pecho y le grité:

—¡Eustace, mírame!

Lentamente alzó los ojos hacia mi rostro, ojos fríos, claros, sin lágrimas, que me miraban con una serena resignación, con desesperación incommovible. En la tensión de aquel momento, yo empezaba a reaccionar de forma tan estoica como mi marido. Me había contagiado su frialdad, su hielo.

—¿Es posible —le dije— que no me creas convencida de tu inocencia? ¿Cómo puedes dudar de que confío en ti?

Dejó la pregunta sin respuesta. Suspiró con amargura y, como si se compadeciera de una desconocida, se limitó a musitar:

—¡Pobre Valeria! ¡Pobrecilla!

El corazón me creció como si me fuera a estallar. Quité la mano de su pecho y la posé en su hombro con la esperanza de hacerle recapacitar.

—No te pido que me compadezcas, Eustace; te pido que me hagas justicia. Y no estás siendo justo conmigo. Si me hubieras confiado la verdad cuando supimos que nos amábamos, si me lo hubieras contado todo, todo lo que ahora sé, ¡pongo a Dios por testigo de que, incluso así, me habría casado contigo! ¿Todavía dudas de que yo te crea un hombre inocente?

—No lo dudo —dijo—. Te has comportado con gran generosidad, y tanto tus sentimientos como tus palabras me parecen sinceros. Pero no me culpes, mi pobre niña, si veo más allá que tú, si vislumbro lo que nos espera, casi con total seguridad, en el cruel futuro.

—¡El cruel futuro! —repetí—. ¿Qué quieres decir?

—Afirmas que crees en mi inocencia, Valeria. Pero el jurado dudó de ella y de esa duda ha quedado constancia en los documentos. ¿Qué razones tienes para discrepar del veredicto?

—¡No necesito razones! Creo en ti, Eustace, a pesar del veredicto, y eso me basta.

—¿Y tus amigos, y tu familia? ¿Opinarán como tú? Cuando tus tíos sepan lo ocurrido —y tarde o temprano lo sabrán—, ¿qué van a decir? Dirán: «Empezó mal. Ocultó a nuestra sobrina que había sido juzgado, y se casó con ella bajo un nombre falso. El puede proclamar su inocencia, pero nosotros sólo tenemos su palabra. Aunque el veredicto fue “Sin pruebas”, eso no nos basta. Si el tribunal ha sido injusto con él, si es inocente, que lo demuestre». Esto es lo que todo el mundo piensa y dice de mí. Y llegará un día, Valeria, en que tú, incluso tú, pensarás que estabas equivocada y que los demás tienen razón.

—¡Ese día nunca llegará! —contesté con vehemencia—. ¡Me confundes, me insultas al creer que eso es posible!

Apartó mi mano y retrocedió un paso, con una sonrisa amarga.

—Sólo hemos estado casados unos días, Valeria. Ahora tu amor es nuevo, joven e intenso. Pero el tiempo, que todo lo consume, también acabará con el fervor de tus sentimientos.

—¡Nunca, Eustace! ¡Eso, jamás!

Retrocedió un poco más.

—Mira a tu alrededor, amor mío —dijo—. Hasta los más felices esposos tienen sus malentendidos y sus desacuerdos. La vida matrimonial más brillante presenta sus nubes pasajeras. Y cuando esos días nos lleguen, las dudas y los temores que ahora todavía no te asaltan, surgirán.

Cuando se nuble nuestra vida matrimonial, cuando tengamos nuestra primera discusión, cuando yo diga mi primera palabra dura y tú me respondas de forma alterada, entonces, en la soledad de tu habitación, en el silencio de una noche en vela, pensarás en la miserable muerte de mi primera esposa, y recordarás que me hicieron responsable de ella y que nunca se probó mi inocencia. Entonces te preguntarás:

«¿Empezaría todo con una palabra violenta de él y una respuesta alterada de ella? ¿Acabará Eustace conmigo como el tribunal sospechó que acabó con ella?».

¡Terribles preguntas para una esposa! Las sofocarás; como buena mujer, retrocederás ante ellas con horror. Sin embargo, cuando a la mañana siguiente nos encontremos, estarás en guardia; y yo sabré, en el fondo de mi corazón, lo que eso significa. Y cuanto más amargado me sienta al percibir tu actitud temerosa y desconfiada, más duras pueden ser mis palabras. Y tú te recordarás más vívida e imprudentemente, que tu marido fue una vez juzgado por envenenador y que la muerte de su esposa nunca fue aclarada. ¿Ves cómo se irá construyendo nuestro infierno doméstico? ¿Crees ahora que fue exagerado y gratuito rogarte que abandonarás la búsqueda de la verdad?

A partir de ahora, ¿podré velar a la cabecera de tu cama?, ¿podré cuidarte cuando estés enferma, sin recordarte con mis acciones más inocentes lo que ocurrió en otro lecho cuando estuve casado con otra mujer? Si te doy un medicamento, cometeré un acto sospechoso; dijeron que la había envenenado añadiendo el arsénico a su medicina. Si te ofrezco una taza de té, te llevaré la sombra de la duda, porque dijeron que vertí el veneno en su té. Si te beso cuando salga de la habitación, te recordaré que me acusaron de besarla para guardar las apariencias y causar una buena impresión a la enfermera. ¿Podremos vivir juntos en estas condiciones? Ninguna criatura mortal podría soportarlo, Valeria. Hoy mismo te he dicho: «Si das un paso más en este asunto, pondrás el punto final a tu felicidad». Ya has dado ese paso, y éste es el fin de tu felicidad y de la mía. ¡La duda ha matado nuestro amor y ha arruinado el resto de nuestras vidas!

Hasta ahí me había esforzado en escucharle; pero con estas últimas palabras estaba trazando el negro cuadro de un futuro insostenible. Me negué a oír más.

—Estás dibujando un futuro de horrores —dije—. ¿Crees acaso que a nuestra edad podemos renunciar al amor y a la esperanza? ¡Lo que dices es una blasfemia contra el amor y contra la esperanza!

—Espera hasta haber leído el juicio —contestó—. Porque supongo que tendrás la intención de leerlo.

—De principio a fin; y sólo por una razón, Eustace, que aún no conoces.

—Ninguna de tus razones, Valeria, ni tu amor ni tu esperanza podrán alterar los hechos inexorables. Mi primera esposa murió envenenada, y el veredicto del tribunal no me ha absuelto totalmente de la acusación de su asesinato. Mientras hubieras ignorado el asunto, las posibilidades de ser felices estaban a nuestro alcance. Ahora que lo conoces, te lo repito: nuestro matrimonio ha terminado.

—No, muy al contrario —dije—. Ahora sé que nuestra vida en común tiene futuro; que nuestro amor tiene una nueva razón de ser.

—¿Qué quieres decir?

Me acerqué a él y le cogí una mano.

—¿Qué es lo que el mundo, según me has dicho, opina del caso? —pregunté—. ¿Qué es lo que, según tú, comentarán mis amigos de ti?: «El veredicto fue “Sin pruebas”. Pero eso no nos basta. Si el jurado ha sido injusto con él, si Eustace es inocente, que lo demuestre». Estas han sido las palabras que has puesto en boca de mis allegados. ¡Pues bien, yo también las hago mías! Digo que el veredicto «Sin pruebas» no me basta. Demuestra que tienes derecho, Eustace, al veredicto «Inocente». ¿Por qué has dejado pasar tres años sin hacer nada? ¿Lo adivino?; has querido esperar a que tu esposa te ayude. Pues bien, aquí está ella, querido, dispuesta en cuerpo y alma a demostrar al tribunal escocés que su marido es un hombre inocente.

Conforme hablaba sentí que me había ido exaltando; mi pulso se había acelerado y mi voz retumbaba en la habitación. ¿Había logrado animarle a él? Aguardé expectante su respuesta.

—Lee el juicio —esa fue su respuesta.

Espoleada por la desesperación y la indignación, le cogí del brazo y se lo sacudí con toda mi fuerza. ¡Que Dios me perdone!, le habría golpeado allí mismo por el tono en que habló y el modo en que me miró.

—Ya te he dicho que tengo la intención de leerlo —repliqué—. Y lo haré contigo, línea a línea. Cometieron algún error imperdonable, algo se les escapó, lo sé. No hallaron una prueba decisiva a tu favor. No investigaron todas las acciones sospechosas. No interrogaron lo suficiente a otros implicados. ¡Eustace, cariño, estoy convencida de que pasaron algo por alto! Corregir ese veredicto vil fue lo primero que me propuse cuando oí hablar de él por primera vez en la habitación de al lado. ¡Lo corregiremos! Lo haremos por ti, por mí y por nuestros hijos, si Dios nos bendice con ellos. ¡Amor mío, no me mires con frialdad! ¡No me contestes con dureza! ¡No me trates como a una loca o una ignorante, como si lo que te propongo fuera imposible!

A pesar de mi apasionada arenga, no conseguí alentarle. Pronunció las siguientes palabras con más compasión que frialdad:

—Mi defensa estaba en manos de los mejores abogados del país —dijo—. Después de que esos hombres hicieran cuanto estaba en sus manos y fallaran, mi pobre Valeria, ¿qué puedes hacer tú? ¿Qué puedo hacer yo? Sólo nos queda resignarnos.

—¡Nunca! —grité—. Incluso los mejores abogados son humanos y cometen errores; eso no puedes negarlo.

—Lee el juicio.

Por tercera vez, esas crueles palabras. Nada más.

Desesperada al verme incapaz de conmoverle, sintiendo amargamente (debo

confesarlo) su despiadada superioridad sobre todo lo que yo le había dicho con tanto amor, pensé que el mayor Fitz-David era mi último recurso. Confusa como estaba, en ese momento no se me ocurrió pensar que el mayor ya había intentado razonar con él y que de nada había servido. A la vista de los hechos, tenía fe ciega en la influencia que pudiera ejercer su viejo amigo, siempre y cuando estuviera de mi parte.

—¿No hay modo de convencerte? —dije. Eustace miró hacia otro lado, sin contestar—. Espera al menos un momento. Quiero que oigas otra opinión aparte de la mía.

Salí y regresé al estudio, pero el mayor Fitz-David ya no estaba allí. Llamé a la puerta que comunicaba con el salón, y el propio mayor acudió a abrirla. El médico se había ido, pero Benjamin seguía aún allí.

—¿Puede venir a hablar con Eustace? —empecé a decir—. Si usted le dice sólo lo que yo quiero que diga...

Antes de poder añadir una palabra más, escuché abrirse y cerrarse la puerta de la casa. El mayor Fitz-David y Benjamin también lo habían oído. Se miraron en silencio.

Corrí hacia la habitación en la que había dejado a Eustace antes de que el mayor pudiera detenerme. Estaba vacía. Mi marido había abandonado la casa.

CAPÍTULO XIII

La decisión del hombre

Mi primer impulso fue cometer la imprudencia de correr tras Eustace por la calle, abiertamente; pero el mayor y Benjamin me lo impidieron. Primero apelaron a mi propia dignidad, sin éxito por lo que recuerdo. Pero luego acertaron al sugerirme que tuviera paciencia con mi marido, y me rogaron que, por consideración hacia él, le concediera media hora. Si no regresaba en ese tiempo, ellos mismos me acompañarían a buscarle al hotel.

Consentí en esperar sólo por Eustace. Mas no hay palabras que expresen lo que sufrí ante la necesidad forzosa de permanecer pasiva en esa crisis de mi vida. Lo mejor será que continúe la narración.

Benjamin fue el primero en preguntarme lo que había ocurrido entre mi esposo y yo.

—Puedes hablar con libertad, querida —dijo—. Sé lo que ha pasado desde que llegaste a la casa del mayor Fitz-David. Y que conste que nadie me lo ha dicho; lo he averiguado por mí mismo. Si recuerdas, me sorprendió mucho el apellido «Macallan» la primera vez que lo mencionaste en mi casa. En ese momento no lograba saber por qué. Ahora ya lo sé.

Después de escucharle, les conté sin reservas lo que le había dicho a Eustace y el modo en que él había reaccionado. Para mi decepción, ambos se pusieron del lado de mi marido y coincidieron en calificar lo que yo pretendía como un sueño. Dijeron exactamente lo mismo que él: «No has leído el juicio».

Sentí verdadera rabia.

—Los hechos no me bastan —dije—. Sabemos que Eustace no es culpable, pero ¿por qué no se ha probado su inocencia? ¡Tenemos que demostrarlo y lo haremos! Si el juicio me dice que es imposible, me niego a creerlo. ¿Dónde está el libro, mayor? Déjenme comprobar por mí misma si sus abogados no han dejado algún cabo suelto para que lo ate su esposa. ¿Le querían como yo le quiero? ¡Entrégueme el libro, mayor!

El mayor Fitz-David miró a Benjamin.

—Si se lo doy, sólo conseguiré preocuparla más —dijo—. ¿No opina usted lo mismo, Benjamin?

Intervine de nuevo antes de que Benjamin pudiera contestar.

—Si usted no me lo da, mayor, me obliga a ir a la tienda más cercana a comprarlo. Estoy decidida a leerlo.

Esta vez Benjamin se puso de mi parte.

—Nada podrá empeorar más las cosas, señor —dijo—. Si me permite un consejo, deje que esta vez se salga con la suya.

El mayor se levantó y sacó el libro del bargueño italiano, donde lo había guardado para mantenerlo a salvo.

—Mi joven soprano me ha contado que la informo a usted del lamentable ataque de nervios que tuvo hace algunos días —me dijo el mayor, mientras me tendía el volumen—. Yo no supe qué libro tenía en su poder cuando perdió el control y rompió el jarrón. Hoy, cuando la he dejado a usted en el estudio, creía que el informe del juicio estaba en su lugar acostumbrado, es decir, en el estante superior de la librería, y confieso que sentí curiosidad por saber si usted iba a examinar ese estante. El jarrón roto, resulta inútil ocultárselo ya, es, junto con el otro de la pareja, un regalo que Eustace y su primera esposa me hicieron justo una semana antes de que ella muriera de tan horrible forma. Presentí que estaba usted al borde del descubrimiento cuando la encontré mirando los trozos. Creo que la inquietud me traicionó, y me parece que usted se dio cuenta.

—Lo percibí, mayor; y también tuve la vaga idea de que yo estaba en el buen camino. ¿Sería tan amable de mirar su reloj y decirme si ya ha pasado la media hora?

Mi impaciencia era cada vez mayor. Aún no había transcurrido el plazo acordado.

Poco a poco, lentamente, transcurrían los minutos, y mi marido seguía sin volver. Tratamos de continuar la conversación, pero no lo conseguimos. No se oía nada; sólo el ruido que llegaba de la calle rompía el silencio mortal. En mi mente iba tomando cuerpo una amarga idea: me estremecía la posibilidad de que nuestra vida de casados terminara de ese modo. ¿Y si Eustace me había abandonado de verdad?

El mayor intuyó lo que la percepción más lenta de Benjamin aún no había descubierto: que mi fortaleza empezaba a tambalearse bajo el peso de la intriga y de aquella espera.

—¡Vamos! —dijo—. ¡Vayamos al hotel!

Quedaban cinco minutos para la media hora, pero el mayor había decidido ahorrármelos. Le miré agradecida, pues en esos momentos me sentía incapaz de hablar ni con él ni con Benjamin. En silencio, subimos los tres al coche y nos dirigimos al hotel.

La dueña nos recibió en la puerta, y nos dijo que no sabía nada de Eustace, pero que arriba, sobre la mesa de la sala de estar, me esperaba una carta. Un mensajero la había dejado en el hotel hacía sólo unos instantes.

Temblorosa y sin respiración, subí corriendo la escalera. Mis dos amigos me siguieron. No había duda: la letra del sobre era de mi marido; el corazón me dio un vuelco al reconocerla. Sólo una razón justificaba que me escribiera: aquel sobre encerraba sus palabras de despedida. Me senté con la carta en el regazo, angustiada, paralizada, incapaz de abrirla.

El amable Benjamin intentó reconfortarme. Pero el mayor, más experto conocedor de los sentimientos femeninos, le rogó que guardara silencio.

—¡Espere! —oí que le decía en voz baja—. Hablarle ahora no le hará ningún bien. Dele tiempo.

En un impulso repentino le tendí la carta al mayor. Si Eustace me había abandonado, cada momento era de una importancia vital, y esperar era una forma de perderle, era perder la oportunidad de recuperarle.

—Usted es su amigo, mayor —dije—. Abra la carta, se lo ruego, y léala por mí.

El mayor Fitz-David sacó la carta y la leyó para sí. Al terminar, la arrojó a la mesa con un gesto casi de desprecio.

—Sólo una cosa le excusa —murmuró, con enojo—. Se ha vuelto loco.

Estas palabras me lo dijeron todo. Ahora ya sabía lo peor y estaba preparada para leerla. Aquella carta decía lo siguiente:

Mi querida Valeria:

Estas líneas contienen mi despedida. Vuelvo a mi soledad, a la vida amarga y carente de amigos que llevaba antes de conocerte.

Querida mía, qué cruel destino el tuyo. Te has visto atrapada al casarte con un hombre acusado públicamente de haber envenenado a su primera esposa y que no se ha visto libre de los cargos de forma honorable. ¡Y lo sabes!

¿Podrías vivir conmigo, amarme y confiar en mí sabiendo que se me acusa de ese crimen y que vivo junta a ti en esa situación? Habríamos podido ser felices si hubieras ignorado la verdad. Ahora que lo sabes todo, ya no es posible.

Sé que sólo dejándote puedo expiar mi culpa; y que tu única oportunidad para ser feliz es romper, de una vez por todas, con todo aquello que te relacione con mi deshonor. Te amo, Valeria, con sinceridad, con devoción, con pasión. Pero el espectro de la mujer envenenada se alza entre nosotros. No importa que yo sea inocente incluso de pensamiento; mi inocencia no fue probada, y en este mundo nunca podrá demostrarse. Eres joven y cariñosa, generosa y optimista. Bendice a otro, Valeria, con tus deliciosos dones y atractivos, porque a mí de nada me sirven ya. La mujer envenenada se interpone y nos separa. Si vives conmigo, la verás tal como yo la veo. Pero no, eso no va a ocurrir; no voy a someterte a semejante tortura. Te amo. Y por eso te dejo.

¿Crees que soy duro y cruel? Espera a que el tiempo cambie tu modo de pensar. Conforme pasen los años, te dirás: «Me engañó vilmente, pero fue generoso, y lo bastante hombre como para liberarme del lazo que nos unía».

Sí, Valeria. Yo, plena y libremente, te libero de todo compromiso. Si es posible anular nuestro matrimonio, haz que así sea. Recupera tu libertad a través de los medios que te aconsejen; puedes estar segura, de antemano, de mi entera e implícita

aceptación. He dejado las disposiciones necesarias en manos de mis abogados; basta con que tu tío se ponga en contacto con ellos. Creo que quedará satisfecho de mi decisión de hacerte justicia, porque ahora no tengo más objetivo en la vida que tu bienestar y tu felicidad, que no habrías hallado junto a mí.

No puedo escribir más. Esta carta te esperará en el hotel. Pero por favor, no trates de encontrarme, porque conozco mi debilidad, Valeria; mi corazón te pertenece, y sé que podría ceder si te veo de nuevo.

Muéstrale estas líneas a tu tío y a cualquier amigo cuya opinión valores. Sólo tengo que firmar con mi nombre deshonrado y todos comprenderán y alabarán los motivos por los que te escribo en estos términos. Mi nombre justifica esta carta. Perdóname y olvídame. ¡Adiós!

Eustace Macallan

Con estas palabras se marchó de mi lado. Habíamos estado casados seis días.

CAPÍTULO XIV

La respuesta de la mujer

Hasta ahora he escrito sobre mí con toda franqueza y, creo que puedo añadir, sin perder el ánimo. Pero la franqueza y los ánimos me abandonan cada vez que recuerdo la carta de despedida de mi marido y la tormenta de pasiones en conflicto que desató en mi alma. ¡No! No soy capaz de describir mi reacción en aquellos terribles momentos. ¡Hombres! Tened en cuenta lo que habéis observado en las mujeres y podréis imaginar lo que yo sentía. ¡Mujeres! Mirad dentro de vuestros corazones y sabréis por vosotras mismas lo que yo sufría.

Más fácil me resulta contar lo que hice una vez que logré recuperar la calma: contesté a la carta de mi marido.

Mi respuesta aparecerá en estas páginas, y mostrará, en cierto modo, el duradero efecto que produjo en mi mente su abandono; pero también desvelará cuál fue la razón que me sostuvo, la esperanza que me animó en mi nueva y extraña vida que describirán los próximos capítulos.

Me llevaron del hotel a casa de Benjamin, donde mi viejo y paternal amigo me había preparado una habitación. Allí me instalé y allí pasé la primera noche tras mi separación. Mi mente estaba tan alterada que no logré conciliar el sueño hasta el amanecer.

A la hora del desayuno, nos visitó el mayor Fitz-David para interesarse por mí. El día anterior se había ofrecido amablemente para ir a hablar en mi nombre con los abogados de mi marido. Ellos admitieron saber dónde se encontraba Eustace, pero declararon, al mismo tiempo, que se les había prohibido terminantemente comunicar su dirección a nadie. Respecto a las «Disposiciones» en relación con la esposa de su cliente eran —como tenían el placer de expresar— «cumplidamente generosas». Yo sólo tenía que escribirles ellos me facilitarían una copia a vuelta de correo.

Estas eran las noticias que me trajo el mayor. Evitó, con el tacto que le distinguía, hacerme preguntas que fueran más allá de mi estado de salud, y obtenida la respuesta, se despidió hasta el día siguiente. Luego él y Benjamin mantuvieron una larga charla en el jardín.

Mientras tanto, yo me retiré a mi habitación y escribí a mi tío, contándole exactamente lo ocurrido y adjuntándole una copia de la carta de mi marido. Hecho esto, salí un rato para respirar aire fresco y pensar; pero pronto me cansé y regresé a mi habitación con el propósito de descansar. El amable Benjamin me dejaba total

libertad para estar sola siempre que gustase, algo muy de agradecer. Hacia la tarde empecé a encontrarme como en los viejos tiempos; quiero decir con esto que podía pensar en Eustace sin romper a llorar y podía hablar con Benjamin sin inquietarle ni asustarle.

Esa noche dormí un poco mejor, y a la mañana siguiente disponía ya de las fuerzas necesarias para enfrentarme al primer y más importante deber, el de contestar a la carta de mi esposo.

He aquí mi respuesta:

Todavía estoy demasiado débil y cansada, Eustace, para escribirte una larga carta. Pero tengo clara la mente; me he formado una opinión de ti y de tus palabras y sé muy bien lo que voy a hacer ahora que me has dejado. Otra mujer, en mi situación, podría pensar que has perdido todo el derecho a mi confianza. Yo no lo creo así; por eso te escribo para hacerte saber con la mayor brevedad y claridad cuáles serán mis pasos de ahora en adelante.

Dices que me amas, y me abandonas. Yo no puedo entender que amando a una mujer, se la abandone. Pero aun así, a pesar de las palabras tan duras que me has dirigido, a pesar de tu cruel abandono, te amo, Eustace, y nunca te dejaré. ¡No! Jamás renunciaré a ti, porque tengo la intención de seguir siendo tu esposa mientras viva.

¿Te sorprende mi decisión? A mí también. Si otra mujer le respondiera así al hombre que se ha portado con ella como tú te has portado conmigo, no sabría cómo explicar su gesto; tampoco me siento capaz de justificar el mío. Sé que debería odiarte, pero no puedo evitar seguir queriéndote. Me avergüenzo de mí misma, pero así es.

No temas; no trataré de averiguar tu paradero ni deseo convencerte para que regreses a mi lado; no me creas tan loca. Sé que por ahora no te encuentras en situación de volver junto a mí. Estás equivocado en todo, amor mío, de principio a fin; pero cuando recapacites, mi vanidad me hace creer que volverás a mí por tu propia voluntad. ¿Seré débil y te perdonaré? ¡Sí! Claro que seré tan débil como para perdonarte.

Pero ahora me pregunto, ¿cómo llegarás a darte cuenta de tu error? Lo he meditado día y noche, y mi opinión es que nunca reconocerás tu error a menos que yo te ayude a recobrar la calma y el sentido común. ¿Y cómo puedo ayudarte?

A eso se responde fácilmente. Lo que la Ley no ha conseguido hacer por ti, tu esposa lo hará. ¿Recuerdas lo que te dije cuando estábamos en casa del mayor Fitz-David? Te comenté que lo primero que pensé tras conocer el dictamen del tribunal escocés, fue que lucharía para corregir ese ofensivo veredicto. ¡Bien! Tu carta ha logrado que ese propósito arraigue en mi mente con más firmeza que nunca. La

única opción que me queda para traerte de nuevo junto a mí, como un marido penitente y cariñoso, es cambiar ese turbio veredicto escocés de «Sin pruebas» por el honorable veredicto inglés de «Inocente».

¿Te asombra tal conocimiento de la ley en una mujer ignorante? Estoy aprendiendo mucho, querido: la Ley y la Mujer están empezando a entenderse mutuamente. Dicho más llanamente, he consultado el Diccionario Imperial de Ogilvie, y Ogilvie me ha dicho: «El veredicto “Sin pruebas” sólo indica que, en opinión del jurado, hay una deficiencia en las pruebas presentadas, que no son tan sólidas como para condenar al acusado. El veredicto de “Inocente” implica en el jurado la total certeza de que el acusado no cometió el delito». ¡Amado Eustace! Ésta será la creencia del mundo en general y del tribunal en particular con respecto a tu caso. ¡Ese será mi único objetivo a partir de ahora! ¡A eso voy a dedicar el resto de mi vida, si Dios me la concede!

¿Quién me ayudará cuando lo necesite? Aún no lo sé. Hubo un tiempo en que albergué la esperanza de que tú y yo trabajáramos juntos, mano a mano, dedicados plenamente a esa tarea; pero tal esperanza se ha truncado. Ya no espero nada de ti, ni te pido que me ayudes, porque un hombre que piensa como tú no puede ayudar a nadie. Su triste situación le impide tener esperanzas. ¡Muy bien! Yo tendré esperanza por los dos y trabajaré por ambos.

No puedo anticiparte nada más acerca de mis planes, porque aún no he leído el proceso. Me basta con saber que eres inocente, y cuando alguien es inocente, tiene que haber una forma de probarlo; tan sólo hace falta hallarla. Tarde o temprano, con o sin ayuda, yo la encontraré. ¡Sí! Aun antes de conocer los detalles del caso, afirmo con rotundidad que la encontraré.

Quizá te haga reír mi confianza ciega, o tal vez te haga llorar. No pretendo saber si soy objeto de burla o de piedad. De una sola cosa estoy segura: tengo la firme intención de que vuelvas conmigo, rehabilitado ante el mundo y sin una sola mancha en tu apellido gracias a tu esposa.

Escríbeme alguna vez, Eustace, y créeme —a pesar de la amargura— tu fiel y amante

Valeria

¡Ésa fue mi respuesta! Una redacción pobre, lo reconozco (ahora podría escribir una carta mucho mejor). Pero tenía, si se me permite decirlo, un mérito: era la expresión sincera y espontánea de mis sentimientos y mis propósitos.

Se la leí a Benjamin, y levantó las manos, gesto habitual en él cuando estaba completamente desconcertado y consternado.

—Es la carta más imprudente que se ha escrito jamás —dijo mi querido anciano—, y no sé de ninguna mujer que haya hecho lo que tú te propones. ¡Que el Señor nos

ayude!, no logro entender a esta nueva generación. Ojalá tu tío, el reverendo Starkweather, estuviese aquí; me pregunto qué diría ante semejante pretensión. ¡Dios mío! ¡Vaya una carta de una mujer a su esposo! ¿De verdad tienes la intención de enviársela?

Para mayor sorpresa de mi amigo, le expliqué que no iba a servirme de la oficina de correos. Como deseaba ver las «Disposiciones» de mi marido, había decidido acudir con la carta al bufete de los abogados de Eustace.

La compañía estaba compuesta por dos socios, y ambos me recibieron. Uno era un hombre flaco, de sonrisa amarga y de modales suaves; el otro era gordo, con unas cejas anchas, expresión de mal genio y modales bruscos. De entrada, los dos me disgustaron mucho. Ellos, por su parte, parecían desconfiar de mí. Me enseñaron las disposiciones de mi marido, y estipularon, entre otras cosas, una pensión anual equivalente a la mitad de los ingresos de Eustace mientras el viviese. Rechacé por completo tocar ni un penique de su dinero.

Los abogados se quedaron atónitos ante mi decisión. En el curso de sus muchos años de ejercicio, jamás les había ocurrido algo semejante. Discutieron conmigo y protestaron fervientemente. De nada les valió. El socio ceñudo quiso conocer las razones de mi decisión; pero el de la sonrisa amarga recordó satíricamente a su colega que yo era una dama y que, por lo tanto, no tenía por qué dar razones. Yo me limité a decirles: «Tengan la bondad de hacerle llegar mi carta a mi esposo, caballeros», y les dejé.

En estas páginas no deseo atribuirme honores que sinceramente no merezca, y lo cierto es que sólo el orgullo me impedía aceptar la ayuda de Eustace, ahora que él me había abandonado. Yo contaba con una pequeña renta personal de ochocientas libras al año que me había sido asignada al casarme, y como eso era más de lo que hubiera querido de soltera, decidí que bastaría en mi nueva situación. Además, Benjamin había insistido en que considerase su casa como mi hogar, de modo que en esas circunstancias, mis únicos gastos serían los procedentes de mi resolución: aclarar los hechos relacionados con el pasado de mi marido. Me podía permitir el lujo de ser independiente, y decidí serlo.

Mientras me dedico a confesar mis debilidades y errores, debo añadir que, a pesar de lo mucho que amaba a mi desgraciado y equivocado marido, había algo que no me resultaba fácil de aceptar. Le perdonaba todo excepto que me hubiera ocultado la existencia de una esposa anterior. No soy capaz de explicar por qué, pero esa verdad me causaba una gran amargura. Supongo que, en el fondo, se trataba de vulgares celos; mas yo no era consciente de estar celosa, sobre todo cuando pensaba en la miserable muerte de la pobre mujer. Incluso en los momentos malos, cuando me sentía desanimada y de mal humor, me solía decir: «Eustace no debería haber guardado ese secreto... debería haber confiado en mí. ¿Qué habría dicho él, si yo le

hubiese ocultado que era viuda?».

Estaba anocheciendo cuando volví a casa de Benjamin. Él parecía estar aguardándome, pues antes de que yo llamara al timbre ya me había abierto la verja del jardín.

—Prepárate para una sorpresa, querida —dijo—. Tu tío, el reverendo Starkweather, ha llegado del norte y quiere verte. Recibió tu carta esta mañana y tan pronto la leyó cogió el primer tren a Londres.

Momentos después, los fuertes brazos de mi bondadoso tío me confortaban. En mi situación de abandono, agradecí mucho la amabilidad del vicario al haber viajado hasta Londres para consolarme y saber cómo me encontraba. Lloré sin amargura en su hombro, lo que me sirvió de gran desahogo.

—He venido, mi querida niña, para llevarte de regreso a tu antiguo hogar —dijo mi tío—. No hay palabras para expresar lo mucho que tu tía y yo lamentamos que nos dejases. ¡Pero en fin! No hablemos más de ello; el daño ya está hecho, y lo que hace falta ahora es arreglarlo lo mejor que se pueda. ¡Si pillo a tu marido, Valeria...! ¡Que Dios me perdone, me estoy olvidando de que soy sacerdote! No sé qué olvidaré a continuación.

Por cierto, tu tía te manda recuerdos. Está más supersticiosa que nunca, y este asunto tan triste no la ha sorprendido ni un ápice. Dice que todo empezó cuando te equivocaste al firmar en el registro de la iglesia. ¿Te acuerdas? ¡Qué necia es esta mujer mía! No se lo tengas en cuenta, pues su intención es la de un alma buena. Habría viajado conmigo hasta aquí si la hubiera dejado. Pero le dije: «No, tú quédate aquí y cuida la casa y la parroquia; y yo te traeré a la muchacha».

Tendrás otra vez tu viejo y querido dormitorio, Valeria, el de las cortinas blancas; ya sabes, las del lazo azul. Volveremos a la vicaría (si te levantas a tiempo) mañana por la mañana, en el tren de las nueve cuarenta.

¡Volver a la vicaría! ¿Cómo iba a hacer tal cosa? ¿Cómo iba yo a dedicarme al único objeto de mi existencia si me enterraba en un pueblo remoto al norte del país? Me era sencillamente imposible acompañar a mi tío en su regreso a casa.

—Te lo agradezco de todo corazón, tío —me apresuré a contestar—. Pero no creo que pueda irme de Londres por ahora.

—¿Que no puedes irte de Londres por ahora? —repitió—. ¿Qué intenta decir esta joven, Benjamin?

Benjamin eludió una respuesta directa.

—Si decide quedarse aquí, conmigo, yo la recibo con los brazos abiertos, reverendo.

—Ésa no es una respuesta —prosiguió mi tío, a su manera torpe pero eficaz. Luego se volvió hacia mí—. ¿Qué es lo que te retiene aquí? —preguntó—. Antes odiabas Londres; supongo que tendrás una buena razón para quedarte.

Consideraba que era un deber inevitable para con mi buen tutor y amigo confiarle mis propósitos tarde o temprano. Y ahora que le tenía delante opté por reunir todas mis fuerzas y contarle con toda franqueza lo que tenía en mente. El vicario me escuchó consternado. Cuando terminé, miró a Benjamin con el asombro y la inquietud reflejados en el rostro.

—¡Que Dios la ayude! —clamó—. ¡Los problemas le han trastornado el cerebro!

—Ya sabía yo que usted lo desaprobaba, señor —dijo Benjamin en un tono mucho más moderado—. Le confieso que también yo lo desapruero.

—«Desaprobarlo» no es la palabra —replicó el vicario—. No lo diga con tan poca convicción, por favor. Un acto de locura, eso es, si quiere definirlo bien, lo que Valeria acaba de decirnos.

Se volvió hacia mí y me miró como solía hacerlo en el oficio de la tarde, cuando catequizaba a un niño obstinado.

—No es ésa tu intención, ¿verdad?

—Siento decepcionar tu buena opinión, tío —repliqué—. Pero he de reconocer que realmente ésa sí es mi intención.

—Dicho en otras palabras —prosiguió el vicario—, tu vanidad te hace creer que puedes tener éxito allí donde los mejores abogados de Escocia han fracasado. Ellos no pudieron probar, trabajando en equipo, la inocencia de ese hombre. ¿Y tú, sin ayuda de nadie, la vas a demostrar? ¡Caramba! Debes de ser una mujer maravillosa —gritó mi tío, pasando de la indignación a la ironía—. ¿Le permites a este humilde hombre de campo, que no está acostumbrado a las togas de los abogados, preguntar cómo piensas lograrlo?

—Empezaré por leer el juicio, tío.

—¡Bonita lectura para una joven dama! Supongo que luego querrás leer una colección de esas desagradables novelas románticas francesas, tan poco recomendables. Bien. ¿Y qué harás después de haber leído el proceso? ¿Ya lo has pensado?

—Sí, tío, ya lo he pensado. Primero, trataré de sacar alguna conclusión acerca de la persona que realmente pudo cometer el crimen. Después, confeccionaré una lista de los testigos que declararon en defensa de mi marido, iré a visitarlos, me identificaré y les expondré qué es lo que quiero. Les formularé aquellas preguntas que los abogados consideraron poco oportunas o indignas de hacer, y las respuestas que obtenga me orientarán respecto a los pasos a seguir. Y no me desanimaré, a pesar de todas las dificultades que pueda encontrar. Éste es mi plan, querido tío, por ahora.

El vicario y Benjamin se miraron pasmados, sin terminar de creerse lo que acaban de oír. Al fin mi tío tomó la palabra.

—¿Quieres darme a entender —dijo— que vas a vagabundear por el país, a merced de la compasión de unos desconocidos y arriesgándote a afrontar los peligros

que puedan surgir en el curso de tus viajes? ¡Tú, una mujer joven! ¡Abandonada por el marido! ¡Sin nadie que te proteja! ¿La ha oído bien, Benjamin? ¿Da crédito a sus oídos? ¡Clamo al cielo que nos proteja, no sé si estoy despierto o soñando! Mírela. ¡Mírela! Ahí la tiene, sentada tan tranquila, como si no acabara de decir nada extraordinario, como si no pretendiera hacer nada fuera de lo corriente. ¿Qué puedo hacer con ella? Ésta es la seria cuestión. ¿Qué demonios voy a hacer con ella?

—Déjame al menos intentarlo, tío, por precipitado que parezca —dije—. Ninguna otra cosa podrá aliviarme o proporcionarme reposo. Y Dios sabe lo mucho que necesito alivio y reposo. No creas que es terquedad; estoy dispuesta a admitir que hay dificultades serias en el camino hacia la verdad.

El vicario volvió a su tono irónico.

—¡Ah! —dijo—. ¿Así que eso lo admites? ¡Vaya, algo es algo!

—Muchas mujeres antes que yo —proseguí— se han enfrentado a problemas difíciles y los han superado, por el hombre al que amaban.

El reverendo Starkweather se puso lentamente de pie, como quien ha llegado al límite de su paciencia.

—¿He de entender que todavía estás enamorada del señor Eustace Macallan? —preguntó.

—Sí —contesté con la mayor firmeza.

—¿El héroe del famoso juicio del veneno? —prosiguió mi tío—. ¿El hombre que te ha decepcionado y abandonado? ¿Y aún le amas?

—Le amo más que nunca.

—Benjamin —dijo el vicario—. Si mi sobrina recupera el juicio de aquí a las nueve de la mañana, envíela con su equipaje al hotel Loxley, donde me alojo. Buenas noches, Valeria. Consultaré con tu tía qué es lo que conviene hacer. Yo ya no tengo nada más que decir.

—Por favor, tío, dame un beso antes de irte.

—Muy bien, Valeria, te daré un beso si eso es lo que quieres. ¡Que Dios me asista! Pronto cumpliré sesenta y cinco años, y creía saber algo de las mujeres a estas alturas de mi vida; pero ahora resulta que no sé nada de nada. Recuérdelo, Benjamin, estoy en el hotel Loxley. Buenas noches.

Benjamin tenía un gesto serio cuando regresó a mi lado, después de haber acompañado al vicario hasta la verja del jardín.

—Acepta el consejo, querida —dijo—. No te pido que consideres mi visión de este asunto; pero sí la opinión de tu tío.

No respondí. Era inútil añadir nada, pues ya me había hecho a la idea de soportar la incomprensión y el desánimo.

—Buenas noches, mi querido amigo —fue todo lo que dije. Luego me di media vuelta, confieso que con lágrimas en los ojos, y me refugié en mi dormitorio.

La persiana estaba subida y la luna de otoño inundaba de brillante luz la pequeña habitación.

Apoyada en la ventana, evoqué otra noche luminosa en la que Eustace y yo paseábamos por el jardín de la vicaría antes de casarnos; fue aquella noche, de la que ya he hablado, en la que surgieron serios obstáculos a nuestra boda y Eustace me ofreció liberarme del compromiso. De nuevo vi su rostro querido, mirándome a la luz de la luna. Una vez más oí sus palabras y las mías. «Perdóname, me había dicho él, por haberte amado apasionadamente, devotamente. ¡Perdóname y deja que me vaya!». Y yo le había contestado: «¡Oh, Eustace, sólo soy una mujer! ¡No me vuelvas loca! No puedo vivir sin ti, y voy a ser tu esposa. ¡Tengo que serlo!». Y ahora, después de que el matrimonio nos hubiera unido para siempre, ¡estábamos separados! Separados aunque nos amábamos más apasionadamente que nunca. ¿Y todo por qué? Porque él había sido acusado de un crimen que no había cometido y porque aquel condenado tribunal escocés había fracasado en el cometido de probar su inocencia.

Miré la luz de la luna, rodeada de recuerdos. Me quemaba un nuevo ardor. «¡No!, me dije. Ningún pariente, ningún amigo hará que le falle a mi marido. A partir de ahora, la única razón de mi vida será la proclamación de su inocencia. ¡Y comenzaré esta misma noche!»

Bajé las persianas y encendí las velas. En aquella noche tranquila, estando sola y sin ayuda, di el primer paso en el arduo y penoso camino que tenía ante mí. Desde el título hasta la última página, sin un momento de descanso y sin saltar una sola línea, leí el informe oficial del proceso contra mi marido por el asesinato de su primera esposa.

CAPÍTULO XV

Historia del juicio. Los preliminares

Antes de comenzar con el relato del juicio, permíteme, lector, que confiese otra de mis debilidades. No soporto reproducir por segunda vez el horrible título del libro, que expone a la ignominia pública el amado nombre de mi esposo. Lo he escrito una vez en el capítulo décimo; de modo que ya es suficiente.

Al pasar a la segunda página del informe, hallé una nota que daba fe al lector de la absoluta veracidad y exactitud de la transcripción del proceso. El compilador había gozado de ciertos privilegios, pues el propio presidente del Tribunal había revisado el expediente destinado al jurado, y tanto el fiscal como el abogado defensor, siguiendo el ejemplo del juez, también habían revisado sus discursos a favor y en contra del acusado. Por último, se había cuidado especialmente la transcripción fiel de las declaraciones de los distintos testigos. Sentí cierto alivio al leer esta nota y me satisfizo que el relato del juicio fuera tan detallado y meticuloso.

La página siguiente me interesó aún más, pues presentaba a los actores del drama judicial, los hombres en cuyas manos estuvo el honor y la vida de mi marido.

He aquí la relación:

Magistrados del Tribunal

El presidente del Tribunal Lord Drumfennick
Lord Noblekirk

Ministerio Fiscal

David Mintlaw, fiscal de la Corona
Donald Drew, ayudante del fiscal

Representante de la Corona

James Arliss

Abogados Defensores

El señor Farmichel, decano del Colegio de abogados
Alexander Crocket, abogado

Representantes del acusado

El señor Thorniebank

El señor Playmore

A continuación se exponían los cargos formulados contra el acusado, que habían sido presentados en la vista preliminar del juicio. No pienso reproducir esas páginas —llenas de términos groseros e insultantes, redactadas, si algo sé, con una pésima gramática, y plagadas de repeticiones innecesarias— que acusaban falsa y solemnemente a mi inocente marido de haber envenenado a su primera esposa. Cuanto menos aparezcan en este relato esos odiosos cargos que se le imputaban, mejor.

Para ser breve, pues, a Eustace Macallan se le acusó «a instancia del señor David Mintlaw, fiscal de la Corona, de un delito de asesinato por el envenenamiento con arsénico de su primera esposa, en su residencia de nombre Gleninch, en el condado de Mid-Lothian». Se alegaba que el arsénico había sido perversa y criminalmente administrado por el acusado a su esposa, Sara, bien vertido en el te, mezclado con un medicamento «o con alimentos o bebidas desconocidos por el fiscal, o de otra manera desconocida por el fiscal». Más adelante se declaraba que la esposa del acusado había muerto a causa de la ingestión del veneno administrado por su marido en una o en dos ocasiones, y que, por lo tanto, había sido asesinada por su marido.

El siguiente párrafo declaraba que el mencionado Eustace Macallan había firmado en Edimburgo una declaración (fecha el 29 de octubre) en la que proclamaba su inocencia en el crimen alegado, en presencia del señor John Daviot, abogado y ayudante del juez del condado de Mid-Lothian. Esta declaración se reservaba, junto con ciertos documentos, papeles y artículos enumerados en un inventario, para usarse como prueba contra el acusado. El texto de la acusación concluía declarando que, en el caso de que el delito imputado fuese demostrado, él, el susodicho Eustace Macallan, «debería ser castigado a la pena indicada por la ley para evitar que alguien cometa crímenes semejantes en el futuro».

¡Hasta ahí la acusación! Ya he terminado y me alegro.

El inventario de papeles, documentos y objetos que se habían aportado como pruebas ocupaba las tres siguientes páginas; a continuación figuraban la lista de los testigos y los nombres de los miembros del jurado (quince en total) designados para juzgar el caso. A partir de ahí comenzaba el informe del proceso. En mi mente ese juicio se reducía a tres grandes preguntas. Permíteme, lector, que lo ofrezca aquí tal y como yo lo veía.

CAPÍTULO XVI

Primera pregunta: ¿La mujer murió envenenada?

El proceso comenzó a la diez en punto. El acusado fue conducido ante el Alto Tribunal de justicia de Edimburgo; hizo una respetuosa reverencia a los magistrados, a modo de saludo, y solicitó en voz baja el veredicto de «Inocente».

Todos los presentes pudieron observar que su rostro revelaba un intenso sufrimiento. Estaba mortalmente pálido, y no dirigió la mirada ni un solo momento a la multitud que llenaba la sala. Cuando llegaban los testigos de la acusación, les prestaba una atención momentánea. Luego, su mirada se quedaba fija en el suelo. Cuando los testigos se referían a la enfermedad y muerte de su esposa, el convicto se mostraba muy conmovido, cubriéndose el rostro con las manos. Causó sorpresa general que, siendo un hombre, poseyera menos entereza que la acusada anterior, una mujer juzgada por asesinato y condenada por evidencias aplastantes.

Algunos de los presentes —lamentablemente, sólo una minoría— consideraban que esa falta de serenidad por parte del acusado era un elemento a su favor. El dominio de sí mismo en una situación tan espantosa como la suya, se hubiera asociado, según ellos, con la completa insensibilidad y la sangre fría del criminal, y habría supuesto por consiguiente, no inocencia, sino culpabilidad.

Se llamó al primer testigo, el señor Daviot, ayudante del juez del condado de Mid-Lothian. Interrogado por el fiscal, dijo:

—El acusado compareció ante mí el día 29 de octubre por los cargos que se le imputan. En mi presencia hizo y firmó una declaración libre y voluntaria, tras haber sido informado de dichos cargos.

Después de identificar la declaración, el ayudante del juez fue interrogado por el decano del Colegio de abogados, principal letrado de la defensa, y continuó con estas palabras:

—La acusación de asesinato presentada contra el inculpado le fue comunicada antes de que hiciera su declaración. El interrogatorio fue realizado en parte por mí y en parte por el fiscal; y el acusado contestó con claridad y, por lo que pude juzgar, sin reserva. Las respuestas contenidas en la declaración son todas las que el acusado dio a las preguntas que le formulamos el fiscal o yo.

Un funcionario, que había actuado como testigo en la declaración, corroboró lo dicho por el ayudante del juez.

La aparición del siguiente testigo causó sensación en la sala. Se trataba nada menos que de la enfermera que había atendido a la señora Macallan en su última enfermedad. Su nombre era Christina Ormsay.

Después de responder a unas cuantas preguntas protocolarias, la enfermera, interrogada por el fiscal de la Corona, inició su declaración:

—Me llamaron el día siete de octubre para que atendiera a la difunta señora. Entonces ella padecía un fuerte resfriado, acompañado de una afección reumática en la articulación de la rodilla izquierda. Me informaron de que su salud, por lo demás, era buena.

No resultaba una paciente difícil, salvo por su carácter. El mayor problema residía en su genio. La señora Macallan no era mala, pero sí terca y violenta. En sus arranques de cólera, perdía el control de sí misma y decía o hacía cosas exaltadas e imprudentes; pero en esos momentos, yo creo que ella no era consciente de nada. Mi opinión es que su irritabilidad provenía de una vida conyugal desgraciada.

No puede decirse que fuera una mujer reservada. Al contrario, tenía tendencia a ser quizá demasiado comunicativa, y le gustaba hablar sobre sí misma y sus problemas con personas como yo, que estábamos por debajo de ella en la escala social. Cuando ya llevábamos algún tiempo juntas, no tuvo escrúpulos en decirme, por ejemplo, que no era feliz en su matrimonio, y que se sentía preocupada por la relación con su marido. Una noche en que estaba despierta, me dijo...

El abogado defensor la interrumpió ahí para hablar en nombre del acusado, y apeló a los jueces para preguntar si esa opinión tan poco fidedigna podía ser aceptada por el jurado.

El fiscal, hablando en nombre de la Corona, reclamó el derecho a revelar esa opinión. Era de máxima importancia en este caso, mostrar —a través del testimonio de una testigo sin prejuicios— en qué condiciones vivían los esposos. La testigo era una mujer respetable, y se había ganado la confianza de la infeliz mujer a la que atendió en su lecho de muerte.

Tras una breve consulta conjunta, los jueces decidieron unánimemente que esa opinión no era admisible, y que lo único que se podía aceptar como prueba era lo que la testigo había visto y observado en las relaciones entre los esposos.

El fiscal reanudó el interrogatorio de la testigo. Christina Ormsay siguió de esta manera:

—Mi condición de enfermera me llevó necesariamente a tratar a la señora Macallan más que cualquier otra persona de la casa. Por lo tanto, puedo hablar, con conocimiento de causa, de muchas cuestiones desconocidas para quienes sólo visitaban la habitación a ratos.

Por ejemplo, en más de una ocasión observé que el señor y la señora Macallan no eran felices juntos. Puedo ofrecer múltiples ejemplos de lo que digo, detalles no sacados de lo que otros me hayan dicho, sino observados directamente por mí.

En los últimos días de mi estancia en la casa, llegó a Gleninch para pasar unos días la señora Beaully, una joven viuda prima del señor Macallan. La señora Macallan

tenía celos de esa dama y los mostró, en mi presencia, el día anterior a su muerte, cuando el señor Macallan entró en su habitación para preguntarle cómo había pasado la noche. Ella le respondió: «¿Qué te importa a ti cómo haya dormido? ¡Te tiene sin cuidado si duermo bien o mal! ¿Cómo ha pasado la noche la señora Beauly? ¿Está más bella que nunca esta mañana? Vete con ella. ¡Te ruego que te vayas con ella! No malgastes tu tiempo conmigo». Comenzó de esta forma y terminó cayendo en uno de sus ataques de furia. Yo estaba cepillándole el pelo en ese momento y, creyéndome inoportuna, traté de salir de la habitación. Ella me lo prohibió. El señor Macallan consideraba que era mi deber retirarme, y así me lo dijo con toda claridad. Pero la señora Macallan insistió en que me quedara usando un lenguaje tan insolente hacia su marido que el terminó por decirle: «Si no puedes dominarte, o sale la enfermera o salgo yo». Incluso entonces, ella rehusó ceder. «Buena excusa, dijo, para irte con la señora Beauly. ¡Pues vete!». El señor Macallan tomó sus palabras al pie de la letra y salió de la habitación. Apenas había cerrado la puerta, su esposa empezó a injuriarle de la manera más espantosa. Entre otras muchas cosas, afirmó que la noticia que más le alegraría a su marido sería la de su muerte. Me aventuré, muy respetuosamente, a llevarle la contraria. Entonces ella agarró el cepillo y me lo tiró; luego, allí mismo y en ese instante, me despidió.

Opté por dejarla y esperé abajo a que su ataque de cólera se hubiera calmado. Después regresé a mi sitio, junto a su cama, y al cabo de un rato todo volvió a la normalidad.

Creo que no está fuera de lugar añadir algo que ayudará a entender los celos que la señora Macallan sentía por la prima de su marido. La señora Macallan era una mujer sin atractivo. Tenía estrabismo en un ojo y —si se me permite usar la expresión— uno de los cutis más terrosos y lleno de manchas que he tenido la desgracia de ver en el rostro de una persona. La señora Beauly, por el contrario, era una dama muy bella. Sus ojos eran la admiración de todo el mundo y su tez tenía un color claro y delicado. La pobre señora Macallan decía de ella que se aplicaba colorete, lo cual no era cierto.

No. Los defectos del cutis de la difunta señora no eran en absoluto atribuibles a su enfermedad. Yo los llamaría defectos innatos.

Su enfermedad, si se me pide que la describa, diría que era simplemente molesta, nada más; y hasta el último día no padeció síntomas alarmantes. Por supuesto, el reumatismo de la rodilla le resultaba bastante doloroso, sobre todo cuando la movía; y la reclusión en cama era pesada y molesta, sin duda alguna. Sin embargo, no había nada inquietante en la situación de la señora antes de que sucediera el ataque fatal.

Tenía sus libros y su recado de escribir sobre una mesita graduable que podía colocarse en la posición que le fuera más cómoda. En ocasiones, la señora leía y escribía mucho; pero otras veces, se quedaba casi inmóvil, absorta en sus

pensamientos, o bien charlaba conmigo o con amigas y vecinas de los alrededores que iban a visitarla con frecuencia.

Por lo que yo sé, se dedicaba sobre todo a escribir poesía, y tenía sensibilidad para componer. Sólo en una ocasión me dejó leer algunos de sus poemas; y yo no sé juzgar esas cosas, pero creo que eran muy lúgubres; se desesperaba de sí misma y se preguntaba por qué había nacido y tonterías así. Su marido aparecía más de una vez, y ella le atacaba con dureza por su cruel corazón y por ignorar las virtudes de su esposa. En resumen, se desahogaba con la pluma y con la lengua. Había veces, demasiado a menudo, en que ni un ángel del cielo habría conseguido satisfacer a la señora Macallan.

A lo largo de su enfermedad, la difunta señora estuvo siempre en la misma habitación, un gran dormitorio situado (como todos los mejores dormitorios de la casa) en el primer piso.

Sí, el plano de la habitación que ahora me muestran está trazado con exactitud, según yo lo recuerdo. La primera puerta conducía al pasillo grande, al que daban todas las demás puertas. La segunda puerta, (marcada con una B en el plano) comunicaba con el dormitorio del señor Macallan, y la tercera, en el lado opuesto (marcada con una C en el plano), conducía a un pequeño gabinete donde, según me contaron, dormía la madre del señor Macallan cuando pasaba temporadas en Gleninch. Pero, salvo ella, casi nadie más entraba allí. Y ella no visitó Gleninch en aquellos días; de modo que la puerta que comunicaba el dormitorio de la señora Macallan y el gabinete se mantuvo cerrada con llave, y la llave nunca estuvo en la cerradura. Ignoro quién la tenía y si había más de una, pero que yo sepa, mientras yo permanecí en la casa, esa puerta nunca se abrió. Yo sólo entré en una ocasión en el gabinete, acompañada por el ama de llaves, pero fue a través de una segunda puerta que daba al pasillo.

Solicito ahora hablar, porque puedo hacerlo por experiencia, de la enfermedad de la señora Macallan y del cambio repentino que culminó con su muerte. Por indicación del médico, anoté fechas, horas y otros datos por el estilo; y he repasado esas notas antes de venir aquí.

Desde el día siete de octubre, cuando me llamaron para asistirle, hasta el veinte del mismo mes, la salud de la señora mejoró lenta pero constantemente. Su rodilla todavía le dolía, sin duda alguna, pero la inflamación iba desapareciendo. En cuanto a los otros síntomas, excepto la debilidad, derivada de su postración en la cama, y su irritabilidad habitual, no había nada importante. Tal vez debería añadir que la señora dormía mal. Pero esto lo remediamos mediante sedantes recetados por el médico.

En la mañana del día veintiuno, a las seis y pocos minutos, me alarmé por primera vez al notar que algo no iba bien. Me despertó, en la fecha que he mencionado, la llamada del timbre que la señora tenía en su mesita de noche. Permítanme decir que

me había quedado dormida en el sofá del dormitorio pasadas las dos de la madrugada, de pura fatiga. La señora Macallan había padecido insomnio esa noche, además de otro de sus ataques de mal humor. Yo había intentado convencerla de que me dejara quitar su neceser de la mesita, tras haberlo usado para el aseo de la noche; ocupaba mucho espacio, y ella no lo necesitaría hasta la mañana siguiente. Pues no, insistió en que lo dejara porque tenía dentro un espejo, y, aunque era tan poco agraciada, nunca se cansaba de mirarse en él. Como vi que estaba de mal humor, opté por no llevarle la contraria y no toqué el maletín. No le apetecía hablarme y se negó a tomarse el sedante que le di. Así que me tumbé en el sofá, al pie de su cama, y me dormí, como ya he dicho.

Pero en cuanto llamó al timbre, me levanté y me acerqué a su cama, dispuesta a serle útil. Le pregunté cómo se encontraba; ella se quejó de debilidad y de depresión, y me dijo que se sentía muy mal. Quise saber si había tomado algún medicamento o algo de comida mientras yo estaba dormida, y me contestó que su marido había entrado hacía una hora y que, al encontrarla desvelada, le había administrado él mismo la dosis de sedante.

Mientras hablábamos, se reunió con nosotras el propio señor Macallan, que dormía en la habitación contigua y que por tanto, también había oído el timbre. Escuchó lo que la señora Macallan dijo sobre la dosis del medicamento, pero no hizo el menor comentario; me pareció que también estaba preocupado por la debilidad de su esposa.

Sugerí a la señora que tomase un poco de vino o coñac con agua. Pero contestó que no podría tragar algo tan fuerte, porque sentía un agudo dolor de estómago. Con mucha suavidad, le presioné el abdomen; ella se quejó y gritó cuando se lo toqué. Este síntoma nos alarmó, por lo que enviamos a buscar al médico del pueblo que la atendía durante su enfermedad; un tal doctor Gale.

El médico no se podía explicar el cambio para mal que había experimentado la paciente. Al oír que se quejaba de sed, le dio a beber un poco de leche. Pero después de tomarla, la señora Macallan se encontró peor. Luego comenzó a sentir sueño y por fin se quedó dormida. El doctor Gale nos dejó, con la instrucción precisa de que le avisáramos si la señora no mejoraba o se sentía peor.

Nada de eso ocurrió. No hubo ningún cambio en las siguientes tres horas. La señora se despertó hacia las nueve y media y preguntó por su marido. Le informé que se había retirado a su habitación y me ofrecí para avisarle. Pero ella dijo: «No». Luego le pregunté si deseaba comer o beber algo. De nuevo me contestó «No» con aire distraído, y me indicó que bajara a desayunar.

Al bajar me encontré con el ama de llaves, que amablemente me invitó a desayunar con ella en su habitación, en vez de en la sala de los criados, como era habitual. Estuve con ella poco tiempo: no más de media hora.

Subiendo las escaleras, me crucé con una criada que barría uno de los rellanos; ella fue quien me informó de que la señora Macallan había tomado una taza de té durante mi ausencia. El ayuda de cámara del señor Macallan había pedido el té para su señora cumpliendo el mandato de su amo, y la criada lo había preparado y lo había subido a la habitación de la señora Macallan. El señor, según me dijo ella, le abrió la puerta cuando llamó y le cogió la taza de té. La chica pudo ver lo suficiente como para estar segura de que no había nadie con la señora Macallan, salvo su marido.

Tras esta breve charla con la criada, volví a la habitación. La señora estaba sola y tranquila, con la cara vuelta hacia el lado contrario al que yo me encontraba. Me acerqué a la cama y tropecé con algo que había en el suelo: era una taza hecha pedazos. Sorprendida, pregunté: «¿Qué ha pasado con la taza, señora?». Sin volverse siquiera y con voz apagada, la señora Macallan me contestó: «Se me ha caído». «¿Antes de que se tomara usted el té?», quise saber. «No, después, dijo, al devolverle la taza al señor Macallan». Le formulé tal pregunta para saber si se había derramado el té al caérsele la taza y si habría que preparar otro. Estoy segura de que recuerdo bien tanto mi pregunta como su respuesta. Luego le pregunté si había estado mucho tiempo sola. Replicó escuetamente: «Sí, he intentado dormir». «¿Se encuentra cómoda?», le dije. Contestó: «Sí». Durante todo este tiempo seguía con la cara vuelta hacia la pared, y hablaba de mala gana.

Me incliné para arreglarle las sábanas y miré hacia la mesa. El recado de escribir estaba en total desorden y había tinta en una de las plumas. Pregunté: «¿No habrá estado escribiendo, señora?». «¿Por qué no? No podía dormir», contestó. «¿Otro poema?», quise saber. Ella dejó escapar una risa amarga y corta, y dijo: «Sí, otro poema». «Eso está bien, sentencié. Parece que vuelve a ser usted la misma de antes; creo que por hoy ya no necesitaremos al médico». No respondió a mis palabras de ánimo, y se limitó a hacer un gesto de impaciencia que yo no entendí. Después, ya con tono de enfado, me dijo: «Quiero estar sola. Déjeme».

No tenía otra elección sino hacer lo que me ordenaba. Por lo que yo había observado, no le ocurría nada de gravedad y la enfermera no tenía nada que hacer allí. Puse el cordón del timbre al alcance de su mano y me fui abajo otra vez.

Transcurrió una media hora, durante la cual me mantuve muy atenta, a la espera de que la señora me llamara. Pero no lo hizo. Sin saber por qué, yo no estaba tranquila; ese tono apagado con el que me había hablado continuaba en mi mente. No me agradaba dejarla sola durante mucho tiempo, pero tampoco me atrevía a subir a verla antes de que me avisara, pues me arriesgaba a provocar uno de sus ataques de mal genio. Me aventuré a ir a la habitación de la planta baja, llamada Salón de la Mañana, para consultar con el señor Macallan. Normalmente él solía estar allí hasta el mediodía.

En esa ocasión, no obstante, cuando llegué al salón lo encontré vacío. Instantes

después oí la voz del señor fuera, en la terraza. Salí y le encontré hablando con un tal señor Dexter, viejo amigo suyo, y —al igual que la señora Beaully— invitado de la casa. El señor Dexter estaba sentado junto a la ventana de su habitación, arriba (se trataba de un caballero inválido, sólo podía moverse en su silla de ruedas), y el señor Macallan le hablaba desde abajo.

«¡Dexter!, le oí decir. ¿Dónde está la señora Beaully? ¿La has visto?».

El señor Dexter contestó a su manera rápida y brusca: «¡No! No sé nada de ella».

Me adelanté y, disculpándome por interrumpir, le mencioné al señor Macallan mi duda: no sabía si acudir o no a la habitación de su esposa sin esperar a que me llamara. Antes de que pudiera orientarme, apareció el lacayo para decirme que la señora Macallan estaba llamando violentamente.

Eran cerca de las once. Subí la escalera a toda prisa y corrí al dormitorio. Antes de abrir la puerta, ya oí gemir a la señora: me dijo que sentía un dolor espantoso y un intenso fuego que le quemaba el estómago y la garganta. La encontré muy mal y, aunque no soy médico, pude ver en su rostro que, efectivamente, este segundo ataque era mucho más grave que el padecido por la mañana. Después de llamar al timbre para que avisaran al señor Macallan, corrí a la puerta para ver si alguno de los sirvientes estaba al alcance de mi voz. Pero en el pasillo sólo vi a la señora Beaully. Salía de su cuarto, según me dijo, para interesarse por la salud de la señora Macallan. Yo le contesté: «La señora Macallan vuelve a estar grave, señora. ¿Puede decírselo, por favor, al señor Macallan para que haga llamar al médico?». Ella corrió hacia las escaleras, para cumplir lo que le había pedido.

No llevaba mucho tiempo a la cabecera de la cama, cuando entraron, juntos, el señor Macallan y la señora Beaully. La señora Macallan les lanzó una mirada extraña (una mirada que no puedo describir) y les hizo una seña para que se fueran. La señora Beaully, muy asustada, se retiró de inmediato. El señor Macallan, por el contrario, dio uno o dos pasos hacia la cama. Pero su esposa le dirigió otra mirada indescriptible y gritó, en un tono entre la súplica y la amenaza: «¡Déjame con la enfermera! ¡Vete, por favor!». Él sólo esperó para susurrarme: «El médico ya está avisado»; y luego salió del dormitorio.

Antes de que llegara el doctor Gale, la señora Macallan había empeorado súbitamente; de su boca salía ahora una mezcla turbia, espumosa y ligeramente teñida de sangre. Cuando el doctor Gale la vio, adoptó una expresión muy seria, y le oí musitar: «¿Qué significa esto?». Hizo todo lo que pudo por aliviar a la señora Macallan, pero sin ningún resultado visible. Al cabo de un rato, la señora parecía sufrir menos. Luego reapareció el dolor, seguido de otro intervalo de calma. Observé que sus manos y sus pies estaban más fríos cada vez que los tocaba. También el informe del médico sobre el pulso era alarmante: «bajo y débil». Asustada, le pregunté al doctor Gale: «¿Qué podemos hacer, señor?». Y él se limitó a responder:

«Yo solo no puedo asumir la responsabilidad. Necesito consultar con un médico de Edimburgo».

Se ató el carruaje al caballo más rápido del establo de Gleninch, y el cochero partió veloz hacia Edimburgo en busca del famoso doctor Jerome. Mientras esperábamos su llegada, el señor Macallan entró de nuevo en la habitación de su esposa, esta vez acompañado por el doctor Gale. Aunque estaba exhausta, la señora levantó en el acto la mano y le indicó que saliera. Con palabras afectuosas, él trató de persuadirla para que le dejara quedarse, ¡pero no!, ella insistió en enviarle fuera. El señor pareció sentirlo, dada la emoción del momento y la presencia del médico. Antes de que su esposa se apercibiera, consiguió acercarse a la cama y besarla en la frente. Ella retiró la cabeza dando un grito. Entonces, el doctor Gale intervino y condujo al señor Macallan fuera de la habitación.

El doctor Jerome no llegó hasta por la tarde. Entró en la habitación justo cuando la paciente sufría otro ataque grave, y la observó con atención, sin decir una sola palabra. Dejó que el dolor se calmara y continuó su examen, en completo silencio. Pensé que nunca acabaría de examinarla. Cuando por fin terminó, me pidió que le dejara a solas con el doctor Gale. «La avisaremos a usted, dijo, cuando la necesitemos».

Transcurrió mucho tiempo antes de que me llamaran. Entretanto, el cochero había salido de nuevo hacia Edimburgo con un mensaje del doctor Jerome para su mayordomo en el que le informaba que no regresaría a la ciudad ni a su consulta hasta varias horas después. Alguno de nosotros pensamos que eso no era una buena señal para la pobre señora. Otros decían que eso podía significar que el doctor tenía esperanzas de salvarla, pero que le llevaría tiempo.

Al fin fue requerida mi presencia. Cuando entré en el dormitorio, el doctor Jerome salió para hablar con el señor Macallan, dejando al doctor Gale conmigo. A partir de ese momento y hasta que la pobre señora murió, nunca me dejaron a solas con ella; siempre me acompañaba uno de los médicos. Se les preparó comida, pero la tomaron por turno, relevándose al pie de la cama. Si le estuvieran realizando curas a la paciente, no me habría extrañado su proceder. Sin embargo, el estado de la señora parecía irremediable, y la tarea de los doctores en el cuarto se limitaba a la mera observación. Me quedé perpleja ante la conducta de los médicos. Me pareció muy extraña.

Cuando encendimos la luz de la habitación, me percaté de que el fin estaba cerca. La señora Macallan parecía sufrir menos, exceptuando unos calambres ocasionales en las piernas. Sus ojos estaban hundidos en el rostro; su piel estaba fría y húmeda, y los labios tenían una palidez azulada. Se hallaba sumida en un letargo del que ya nada la sacó, salvo la última tentativa del marido por verla. El señor Macallan entró con el doctor Jerome, y tenía todo el aspecto de un hombre asustado. Su esposa ya apenas

podía hablar, pero en cuanto le vio, emitió gritos y sonidos ininteligibles que mostraban su resolución de no dejarle acercarse. Él se desconcertó tanto que el doctor Gale tuvo que acompañarle mientras salía de la habitación. A nadie más se le permitió visitar a la paciente. El señor Dexter y la señora Beaully preguntaban desde el otro lado de la puerta. Al anochecer, los médicos se sentaron a ambos lados de la cama de la paciente, observándola, esperando su muerte en silencio.

Hacia las ocho, la señora Macallan perdió el movimiento de manos y brazos, que estaban yertos encima de las sábanas. Algo más tarde, cayó en una especie de sueño profundo. Poco a poco, el sonido de su respiración trabajosa se iba debilitando. A las nueve y veinte, el doctor Jerome me pidió que acercara la lámpara a la cama. Observó a la señora y le puso la mano en el corazón. Luego me dijo: «Puede bajar la lámpara, enfermera: todo ha terminado». Se dirigió entonces al doctor Gale: «¿Podría preguntar al señor Macallan si nos dedica un minuto?». Abrí la puerta al doctor Gale y le seguí fuera; pero el doctor Jerome me llamó y me pidió que le entregara la llave de la puerta. Se la di, claro, aunque pensé que aquello era muy raro. Cuando bajé a la sala de los criados, hallé un sentimiento general de temor. Sin saber por qué, todos teníamos la intuición de que algo iba mal.

Poco después se fueron los dos médicos. El señor Macallan se había sentido incapaz de recibirles y de oír lo que le tenían que decir. Ante esta dificultad, los doctores habían hablado en privado con el señor Dexter, como viejo amigo del señor Macallan y único caballero que se encontraba en Gleninch.

Antes de la hora de dormir, subí a preparar la mortaja de la difunta señora. Pero resultó que todas las puertas de la habitación estaban cerradas, y que el doctor Gale se había llevado las llaves. Además, tanto la puerta que comunicaba con el dormitorio del señor Macallan como la que daba al pasillo estaban custodiadas por dos criados, que hacían guardia fuera de la habitación. Todo lo que me dijeron es que a las cuatro de la mañana dejarían de vigilar.

A falta de una orden o explicación, me tomé la libertad de llamar a la puerta del cuarto del señor Dexter. Y de sus labios oí por primera vez las estremecedoras noticias: ¡Los médicos se habían negado a extender el habitual certificado de defunción! A la mañana siguiente se iba a realizar la autopsia del cuerpo.

Ahí acabó el interrogatorio de la enfermera, Christina Ormsay. A pesar de no ser una experta en leyes, pude intuir la impresión que este testimonio debió de causar en los miembros del jurado. Después de demostrar que mi marido había tenido dos oportunidades para administrar el veneno, una vez en el sedante y otra en el té, el fiscal concluyó afirmando que el acusado había aprovechado esas ocasiones para librarse de una esposa fea y celosa, cuyo temperamento detestable ya no podía soportar. Tras dirigir el interrogatorio hacia el logro de este objetivo, el fiscal había terminado con la testigo.

El abogado defensor, actuando en favor de los intereses del acusado, se levantó entonces para presentar el lado positivo del carácter de la esposa interrogando a la misma testigo. Si lo conseguía, el jurado podría volver a considerar la hipótesis según la cual el insoportable carácter de la esposa había exasperado al marido hasta el punto de llevarle al asesinato. Presentando una nueva visión de la esposa, el jurado se preguntaría: ¿Qué motivo tuvo para envenenarla? ¿En qué se basa la culpabilidad del acusado?

Presionada por este hábil abogado, la enfermera se vio obligada a describir a la señora Macallan bajo un prisma completamente nuevo. He aquí, en esencia, lo que el abogado defensor extrajo de Christina Ormsay:

—Insisto en declarar que la señora Macallan poseía un carácter muy violento. Sin embargo, también es cierto que tenía la costumbre de pedir perdón por sus ofensas. Cuando estaba tranquila, siempre se disculpaba, y lo hacía con elegancia. En esos momentos, sus modales eran incluso encantadores, porque hablaba y se comportaba como una dama muy bien educada.

En cuanto a su aspecto personal, a pesar de que su rostro no era agraciado, la señora Macallan poseía una bonita figura, y sus manos y sus pies parecían modelados por un escultor. Tenía una voz agradable y, según me informaron, cuando gozaba de salud cantaba muy bien. Era también (si se puede confiar en su doncella) modélica en lo relativo al vestir; tanto que otras damas de la zona la imitaban.

Por lo que respecta a la señora Beaully, aunque la señora Macallan sentía unos celos mortales de la joven y bella viuda, era capaz de controlarse y disimularlos. Fue ella misma la que había hecho posible que la señora Beaully se encontrara en la casa. En otras palabras: la señora Beaully había sugerido posponer su visita debido al estado de salud de la señora Macallan. Pero fue la propia señora Macallan, y no su marido, quien había decidido no decepcionar a la viuda e invitarla a Gleninch. Además, la señora Macallan —a pesar de su temperamento— era querida por sus amistades y por los sirvientes. Hubo muchas lágrimas en la casa cuando se supo que estaba muriéndose. Por último, en los pequeños desacuerdos domésticos que había presenciado la enfermera, el señor Macallan nunca había perdido los nervios y jamás había empleado un lenguaje violento. Él parecía más dolido que enfadado cuando se peleaban.

Moraleja para el jurado: ¿Era ésta la mujer que había hecho la vida imposible al marido hasta el punto de que él no viera más salida que envenenarla? Y ¿era éste el tipo de hombre capaz de envenenar a su esposa?

Tras haber suscitado esta impresión contraria, el abogado defensor se sentó. A continuación se llamó a los médicos.

Ahí la evidencia fue simplemente irrefutable.

Los doctores Jerome y Gale juraron que los síntomas de la paciente eran los

propios del envenenamiento por arsénico. El cirujano que había practicado la autopsia declaró a continuación que el aspecto que presentaban los órganos internos demostraba que los doctores Gale y Jerome estaban en lo cierto al afirmar que su paciente había muerto envenenada. Por último y para completar este testimonio desconcertante, dos químicos analistas presentaron ante el tribunal el arsénico que habían encontrado en el cuerpo, cuya cantidad habría sido suficiente para matar a dos personas en vez de una sola. Con estas pruebas no tenía sentido un nuevo interrogatorio.

La primera pregunta —¿murió la mujer envenenada?— quedaba contestada afirmativamente y sin posibilidades de duda.

Los próximos testigos tenían relación con la segunda pregunta, una oscura y terrible pregunta: ¿Quién la envenenó?

CAPÍTULO XVII

Segunda pregunta: ¿Quién la envenenó?

El testimonio aportado por los doctores y los químicos cerró el primer día del juicio.

El segundo día, la curiosidad y el interés general precedieron a los testigos que iba a presentar la acusación. La sala se disponía a oír lo que habían visto y hecho las personas oficialmente encargadas de investigar el caso de Gleninch. El fiscal del condado, designado para instruir las diligencias preliminares, fue el primer testigo en este segundo día del proceso.

Interrogado por el fiscal de la Corona, su colega ofreció los siguientes datos:

—El día veintiséis de octubre recibí un comunicado del doctor Jerome, de Edimburgo, y del doctor Alexander Gale, médico general que reside en el pueblo o aldea de Dingdovie, cerca de Edimburgo. El comunicado se refería a la muerte, en circunstancias sospechosas, de la señora de Eustace Macallan en la casa de su marido, un lugar muy cercano a Dingdovie llamado Gleninch. Adjuntaban, además, dos informes; uno describía el resultado de la autopsia practicada a la difunta señora, y el otro enunciaba los hallazgos hechos tras el análisis químico de las vísceras. El resultado en ambos casos reveló que la señora Macallan había muerto por envenenamiento con arsénico.

A partir de ahí puse en marcha la investigación en Gleninch, con el propósito de arrojar luz sobre las circunstancias que habían rodeado la muerte de la citada señora.

He de decir que, en relación con esta muerte, no se presentó en mi oficina ninguna denuncia, ni por parte de los médicos ni promovida por ninguna otra persona.

La investigación en Gleninch comenzó el veintiséis de octubre y se completó el veintiocho. Después de esta última fecha y basándome en ciertos hallazgos y en el examen de cartas y otros documentos, presenté una acusación formal contra el implicado y obtuve autorización para su detención. El veintinueve de octubre, el señor Macallan fue interrogado por el ayudante del juez, y remitido a este tribunal para ser sometido a juicio.

Tras esta declaración, se le formularon al fiscal varias preguntas sobre cuestiones de carácter técnico.

Se llamó a continuación a aquellos funcionarios de su oficina que podían aportar datos de interés. Suyos habían sido los hallazgos fatales que justificaron los cargos contra mi marido. El primero de los testigos era un oficial del ayudante del juez, llamado Isaiah Schoolcraft.

Interrogado por el señor Drew (representante de la acusación junto con el fiscal de la Corona), Isaiah Schoolcraft declaró:

—El veintiséis de octubre obtuve la autorización para realizar un registro en la casa de campo cercana a Edimburgo, llamada Gleninch. Me acompañó Robert Lorrie, ayudante del fiscal. Comenzamos la investigación en el dormitorio donde había fallecido la señora Macallan. Encima de la cama y sobre una mesa graduable aneja, había libros, material de escritorio y un papel manuscrito con unos versos inacabados. Su letra se identificó como de la difunta. Introdujimos estos objetos en un sobre y lo precintamos.

Acto seguido abrimos un armario indio que había en la habitación, y allí encontramos muchos más poemas con la misma letra y varias cartas. En un rincón localizamos un trozo de papel arrugado y descolorido que, examinado más de cerca, resultó ser una etiqueta de un producto químico. En sus pliegues hallamos unos granos de polvo blanco. Tanto el papel como las cartas fueron precintados y requisados.

El registro de la habitación no reveló nada más que pudiera arrojar luz. Examinamos la ropa, las joyas y los libros de la difunta, guardándolo todo posteriormente bajo llave. También nos hicimos cargo de su maletín de aseo; lo protegimos con un precinto y nos lo llevamos a la oficina del fiscal, junto con los otros objetos que habíamos hallado.

Al día siguiente continuamos nuestras pesquisas en la casa, después de recibir nuevas instrucciones del fiscal. Empezamos el trabajo en el estudio contiguo al dormitorio de la difunta señora Macallan, que había estado cerrado con llave desde su muerte. Al no encontrar ahí nada de importancia, nos dirigimos a otra habitación del mismo piso, donde, según se nos informó, estaba el acusado, enfermo y en cama.

Se nos describió su enfermedad como una dolencia nerviosa causada por la muerte de su esposa y por las medidas que se habían tomado a continuación, y se nos indicó que el acusado era completamente incapaz de hacer el menor esfuerzo y de ver a extraños. No obstante, insistimos (cumpliendo las órdenes que teníamos) en ser admitidos en su habitación. No nos respondió cuando le preguntamos si se había llevado algo de su dormitorio habitual (contiguo al de su esposa) al que ahora ocupaba. Todo lo que hizo fue cerrar los ojos, como si la debilidad le impidiera vernos o hablarnos. Ante la imposibilidad de contar con su colaboración, optamos por no molestarle más, y comenzamos a inspeccionar la habitación y los objetos que allí había.

Mientras nos ocupábamos en esta labor nos interrumpió un extraño ruido procedente del pasillo; parecía un sonido de ruedas. Se abrió la puerta y entró de pronto un caballero inválido que conducía su propia silla de ruedas. Fue directamente hacia la mesilla de noche y le susurró al acusado algo que no pudimos oír. El acusado

abrió los ojos y le contestó con un gesto rápido. Comunicamos al caballero impedido que, con todos los respetos, no podíamos permitirle que estuviera en la habitación en esos momentos. Pero no pareció importarle lo más mínimo; se limitó a responder: «Me llamo Dexter, y soy uno de los mejores amigos del señor Macallan. Ustedes son los intrusos, no yo».

Le reiteramos que tenía el deber de abandonar la habitación y le indicamos, además, que había colocado la silla de ruedas de tal modo que nos impedía registrar la mesilla. «¿Es que no se dan cuenta, dijo, de que esto es una mesilla y nada más?». Como respuesta, le advertimos que estábamos actuando con autorización legal y que podía tener problemas si obstaculizaba el cumplimiento de nuestro deber. Como no hubo manera de convencerle, decidí empujar la silla de ruedas para desplazarla, mientras Robert Lorrie trasladaba la mesilla al otro extremo del cuarto. El caballero impedido se enfureció conmigo por haberme atrevido a tocar su silla. «¡La silla soy yo!, gritó. ¿Cómo se atreve a ponerme las manos encima?». Ante esta reacción, abrí la puerta y luego, para complacerle, le di un buen empujón a la silla con mi bastón, y no con la mano. Y así *la* envié y *le* envié rápidamente fuera de la habitación.

Tras cerrar con llave la puerta, con el fin de evitar más intromisiones, me reuní con Robert Lorrie para proceder a registrar la mesilla de noche, que tenía un solo cajón y estaba cerrado.

Le pedimos la llave al acusado, pero él, lisa y llanamente, rehusó dárnosla y replicó que no teníamos ningún derecho a abrir los cajones. Estaba tan enfadado que llegó a decirnos que teníamos suerte de que su debilidad le impidiera levantarse de la cama. Con tono educado, le contesté que nuestro deber nos obligaba a examinar el cajón y que, si se negaba a darnos la llave, nos veríamos forzados a llevarnos la mesilla para que la abriese un cerrajero. Estábamos discutiendo cuando llamaron a la puerta.

Abrí con suma cautela, esperando encontrarme de nuevo al señor Dexter, pero en lugar del inválido, apareció un desconocido. El acusado le saludó como amigo y vecino, y, ansiosamente, le pidió que le protegiera de nosotros. Este hombre, de trato agradable y buenas maneras, nos dijo que era abogado y que había sido avisado por el señor Dexter. Nos pidió que le enseñásemos la orden de registro, y después de leerla, comunicó en el acto al acusado (y para su sorpresa) que debía permitir que registraran el cajón, aunque tenía derecho a formular una protesta. Sin más, él mismo cogió la llave y abrió el cajón. Dentro había varias cartas y un libro grande, sin cierre, que tenía impresa en letras doradas la palabra «Diario». Por rutina, sacamos las cartas y el diario y lo precintamos todo para entregárselo al fiscal. Al propio tiempo, el abogado redactó la protesta en nombre del acusado y nos entregó su tarjeta. En ella pudimos ver su nombre: señor Playmore, ahora uno de los abogados del acusado. La tarjeta y la protesta fueron depositadas, junto con los otros documentos, bajo la custodia del

fiscal. No hicimos más descubrimientos de importancia en Gleninch.

La investigación nos llevó a continuación a Edimburgo, en concreto hasta el farmacéutico al que correspondía el trozo de papel arrugado. También hablamos con otros farmacéuticos, a quienes teníamos que interrogar siguiendo las órdenes recibidas del fiscal. El veintiocho de octubre, el fiscal tomó posesión de toda la información recogida y, para entonces, nuestro deber estaba cumplido.

Así concluyó el testimonio de Schoolcraft y Lorrie. No hubo posteriores interrogatorios. El balance fue sencillamente desfavorable para el acusado.

Las cosas empeoraron todavía más cuando se llamó al siguiente testigo. Subió al estrado, para hacer que la situación de mi desgraciado marido fuera más crítica que nunca, el farmacéutico cuyo nombre figuraba en la etiqueta.

Andrew Kinlay, farmacéutico de Edimburgo, declaró lo siguiente:

—Tengo un registro especial para las ventas de venenos, en el cual las anoto todas, como pueden ver. En la fecha ahí consignada, el acusado, el señor Eustace Macallan, entró en mi farmacia y dijo que deseaba adquirir cierta cantidad de arsénico. Le pregunté qué uso iba a darle, y me contestó que su jardinero lo queda para eliminar los insectos del invernadero. Se identificó como el señor Macallan, de Gleninch. En el acto le ordené a mi ayudante que preparara el arsénico (dos onzas) y anoté el pedido en mi libro de registro. El señor Macallan firmó en él y yo firmé debajo, como testigo. Pagó el arsénico y se lo llevó envuelto en dos papeles, uno de los cuales tenía una etiqueta con mi nombre, mi dirección y la palabra «veneno» en letras grandes, tal como se ve en el trocito de papel encontrado en Gleninch.

El siguiente testigo, Peter Stockdale, otro farmacéutico de Edimburgo, dijo:

—El acusado vino a mi farmacia en la fecha indicada en mi registro, pocos días después de que acudiera al establecimiento del señor Kinlay. Quería comprar arsénico por valor de seis peniques, y mi ayudante, a quien el señor Macallan se había dirigido, me pidió que saliera, pues en mi tienda es una regla estricta que nadie excepto yo venda veneno. Quise saber para qué lo usaría, y me respondió que lo necesitaba para matar las ratas que había en su casa, llamada Gleninch. Le pregunté: «¿Tengo el honor de hablar con el señor Macallan, de Gleninch?». Me respondió que así se llamaba. Le vendí el arsénico, alrededor de una onza y media, y puse en el frasco la etiqueta con la palabra «veneno», escrita con mi letra. Firmó en el registro y, tras pagar, se marchó.

Nuevos interrogatorios a los dos hombres por parte de la defensa consiguieron poner algunas objeciones técnicas a sus declaraciones. Sin embargo, era innegable el hecho terrible de que fue mi propio marido quien había comprado el arsénico en ambos casos.

Los siguientes testigos, el jardinero y el cocinero de Gleninch, fueron otros eslabones en la cadena de evidencias hostiles al acusado.

Al ser interrogado, el jardinero declaró bajo juramento:

—Nunca he recibido arsénico ni del acusado ni de nadie, ni en la fecha a la que se refiere ni en ninguna otra. Nunca lo he usado ni he permitido a los hombres que trabajan para mí que lo usen ni en el jardín ni en el invernadero de Gleninch. No me gusta el arsénico como medio para exterminar a los insectos nocivos que infestan flores y plantas.

El cocinero, cuando subió al estrado, habló con tanta seguridad como el jardinero:

—No le pedí ni al señor ni a ninguna otra persona que me proporcionara arsénico para acabar con las ratas, porque nunca he tenido necesidad de hacer semejante cosa. Declaro, bajo juramento, que jamás he visto ratas ni en la casa ni en los alrededores, ni he oído decir que las haya.

Se interrogó luego a otros sirvientes de la casa, pero todos ofrecieron testimonios parecidos. Nada se obtuvo de sus declaraciones, por tanto, salvo que cabía la posibilidad de que hubiesen ratas en Gleninch sin que ellos lo supieran. La posesión del veneno señalaba directamente a mi marido y a nadie más. Que él lo había comprado estaba a todas luces demostrado, y que él se lo había quedado era una de las conclusiones a las que se llegaba después de lo declarado por los últimos testigos.

Los citados a continuación hicieron todo lo posible para que los cargos recayesen en el señor Macallan, y no en los habitantes de la casa.

Una vez que tuvo el arsénico en su poder, ¿qué hizo con él? Los siguientes testimonios dieron las pistas al jurado.

El ayuda de cámara del acusado declaró que hacia las diez menos veinte de la mañana del día en que murió la señora, el señor le había pedido una taza de té para ella. El sirviente había recibido el encargo ante la puerta abierta del dormitorio de la señora Macallan, y podía jurar que no había nadie con ella excepto su marido.

A continuación prestó declaración la criada, quien afirmó que ella misma había preparado el té y lo había subido a la habitación de la señora Macallan antes de que dieran las diez. Cuando el señor abrió la puerta para hacerse cargo de la taza, la sirvienta había podido ver que los esposos estaban solos en la habitación.

La enfermera, Christina Ormsay, fue llamada de nuevo al estrado y repitió lo que la señora Macallan le había dicho a las seis de la mañana del último día de su vida: «El señor Macallan vino hace una hora, y, como me encontró desvelada, me dio el sedante». Eso había ocurrido una hora antes, mientras Christina Ormsay dormía en el sofá. La enfermera llegó a afirmar que al revisar las marcas dibujadas en el frasco para medir las dosis, pudo comprobar que había una menos desde la última que ella le había administrado a la señora.

En esta fase del juicio, los siguientes interrogatorios despertaron especial interés, pues las preguntas dirigidas a la criada y a la enfermera revelaron por primera vez cuál iba a ser la estrategia de la defensa.

El decano del Colegio de abogados le preguntó a la criada:

—Cuando limpiaba el cuarto de la señora Macallan, ¿vio alguna vez si el agua que quedaba en la palangana después del aseo tenía un color negruzco o azulado?

La testigo respondió:

—Nunca vi nada por el estilo.

El abogado prosiguió:

—Halló alguna vez, bajo la almohada de la cama o en otro lugar del dormitorio de su señora, algún libro o folleto en el que se hablara de los tratamientos para el cuidado del cutis.

—No —contestó la sirvienta.

—¿Oyó en alguna ocasión a la señora Macallan hablar del uso del arsénico, en forma de medicina o de loción, como buen método para embellecer su rostro?

La testigo dijo:

—Jamás.

Preguntas semejantes le fueron formuladas a la enfermera, quien también contestó de forma negativa.

He ahí, a pesar de dichas respuestas negativas, la estrategia de la defensa, evidente por primera vez para el jurado y para el público. Con el fin de evitar cualquier error en un asunto tan serio, el presidente del Tribunal dirigió una pregunta muy concreta a los abogados defensores, una vez se hubieron retirado los testigos:

—El tribunal y el jurado —dijo su señoría— desean entender con claridad el objeto de su interrogatorio a la criada y a la enfermera. ¿Sugiere la defensa que la señora Macallan pudo usar el arsénico que le compró su marido con el propósito de mejorar los defectos de su cutis?

El abogado defensor contestó:

—Eso es exactamente lo que sostenemos, señoría, y lo que nos proponemos demostrar como base para la defensa. No podemos discutir la evidencia médica que declara que la señora Macallan murió envenenada. Pero afirmamos que pudo morir por una sobredosis de arsénico ingerido en la intimidad de su propia habitación como remedio para los defectos, demostrados y admitidos, de su cutis. La declaración de mi defendido ante el ayudante del juez del condado expresó con claridad que él compró el arsénico a petición de su esposa.

El presidente del Tribunal preguntó si había alguna objeción, por alguna de las partes, para que se leyera en la sala dicha declaración antes de que el juicio prosiguiera. A lo cual, el abogado defensor replicó que agradecía que fuera leída lo antes posible, porque, si se le permitía usar la expresión, eso allanaría el camino para la defensa.

El fiscal también se mostró dispuesto a hacer esa concesión, pues sabía que si las afirmaciones de la declaración no estaban apoyadas por pruebas, el documento podría

volverse contra la defensa y convertirse en una prueba favorable para la acusación. Así pues, él también estaba deseoso de que se leyera.

Por tanto, se procedió a leer en público la declaración del acusado en favor de su inocencia al haberse presentado una acusación contra él por el asesinato de su esposa; y éste es su contenido:

Compré dos paquetes de arsénico, en ambos casos a petición de mi esposa. La primera vez me dijo que se lo había pedido el jardinero con el fin de usarlo en el invernadero. La segunda, me comentó que iba a usarlo el cocinero para exterminar las ratas del sótano de la casa.

Entregué los paquetes de arsénico a mi esposa nada más volver a casa, y ya no tuve nada que ver con el veneno, pues era mi esposa, y no yo, quien daba las órdenes al jardinero y al cocinero. Yo nunca mantuve comunicación directa con ellos.

No volví a preguntarle a mi mujer acerca del uso del arsénico, porque no me interesaba lo más mínimo el asunto. No entré en el invernadero durante meses; me importan poco las flores. En cuanto a las ratas, dejé el problema en manos del cocinero y los otros criados, del mismo modo que delegaba cualquier otro asunto doméstico en ellos.

Mi esposa nunca me dijo que quisiera el arsénico para mejorar su cutis; seguramente, yo sería la última persona a quien le haría partícipe de ese secreto. Yo creí lo que ella me dijo, a saber, que el veneno era para los fines ya señalados.

Afirmo rotundamente que vivía en buena relación con mi esposa, admitiendo, por supuesto, ocasionales malentendidas y desacuerdos propios de la vida matrimonial. Cualquier decepción en relación con mi matrimonio que pueda haber sentido en privado, se la he ocultado a mi esposa, considerándolo mi deber como marido y como caballero. No sólo me siento dolido y espantado por su muerte, sino que me domina el temor de no haberle demostrado de forma adecuada mi afecto y mi consideración mientras vivió.

Declaro solemnemente que no sé cómo ingirió el arsénico encontrado en su cuerpo. Soy inocente incluso de pensamiento. Le administré a mi esposa la dosis de sedante exactamente tal como lo encontré en el frasco; después le di la taza de té, exactamente tal como me la entregó la mano de la criada. Una vez que el arsénico estuvo en poder de mi mujer, no volví a verlo, e ignoro por completo lo que hizo con él o dónde lo guardó.

Declaro, ante Dios, que soy inocente de este horrible crimen que me imputan.

Con la lectura de estas sinceras y conmovedoras palabras, terminó el segundo día del proceso.

Hasta aquí debo confesar que, por ahora, la lectura del informe del juicio me

había resultado deprimente y desesperante. El peso de las pruebas, al final del segundo día, estaba en contra de mi marido. A pesar de ser mujer y a pesar de ser parcial, incluso yo tenía que reconocerlo.

El cruel fiscal (¡confieso que le odiaba!) había demostrado: 1) que Eustace había comprado el veneno; 2) que los fines para los que había adquirido el arsénico no eran verdaderos; 3) que había tenido dos oportunidades para administrarle el veneno a su mujer.

De otra parte, ¿qué había demostrado la defensa? Hasta entonces, desgraciadamente nada. La declaración de inocencia era, como bien había indicado el fiscal, una afirmación sin pruebas. Ningún testimonio había demostrado que fuera la esposa quien hubiera usado el arsénico en secreto para el cuidado de su cutis.

Mi único consuelo por ahora era que la lectura del juicio me había mostrado las figuras de dos amigos de Eustace en cuya simpatía y fidelidad podía confiar. El inválido señor Dexter, especialmente, había demostrado ser un buen aliado de mi esposo. Mi corazón se enternecía por el hombre que había movido su silla para impedir el registro de la mesilla de noche, el hombre que había luchado hasta el final por defender el diario de Eustace de los despreciables que se lo querían llevar.

Decidí, ahí y entonces, que el señor Dexter sería la primera persona a quien confiaría mis aspiraciones y mis esperanzas. Si él tenía alguna dificultad o algún reparo para aconsejarme, me dirigiría entonces a su representante legal, el señor Playmore, el segundo buen amigo que había protestado formalmente ante la confiscación del diario de mi marido.

Fortalecida por esta resolución, di la vuelta a la página y me sumergí en la historia del tercer día del juicio

CAPÍTULO XVIII

Tercera pregunta: ¿Cuál fue el móvil?

A la primera pregunta —¿murió la mujer envenenada?— se había contestado de forma afirmativa. La segunda —¿quién la envenenó?— había quedado respondida aparentemente. Quedaba la tercera y última pregunta: ¿cuál fue el móvil?

Los primeros testimonios relacionados con la búsqueda de esa tercera respuesta fueron aportados por los parientes y amigos de la esposa muerta.

Lady Brydehaven, viuda del Contraalmirante Sir George Brydehaven, interrogada por el señor Drew, declaró lo siguiente:

—La difunta señora Macallan era mi sobrina, hija única de mi hermana, y vivió bajo mi techo desde la muerte de su madre. Yo me opuse a su matrimonio por razones que, para sus amigas, eran puramente sentimentales y fantásticas. Me es extremadamente doloroso tener que contar las circunstancias en público, pero estoy dispuesta a hacer el sacrificio si los fines de la justicia lo requieren.

El acusado, en la época de la que hablo, estaba invitado en mi casa. Mientras montaba a caballo tuvo un accidente que le causó un grave daño en las piernas. Previamente, prestando servicio en el ejército, en la India, le habían herido en una pierna, y esta circunstancia hizo que las secuelas del accidente fuesen más delicadas. El señor Macallan se vio obligado a permanecer tumbado en un sofá durante semanas, y las señoras de la casa hacían turnos para distraerle leyéndole algún libro o hablando con él. Mi sobrina Sara era quien más se prestaba a acompañarle; tocaba el piano admirablemente y resultó que al enfermo también le gustaba mucho la música, lo que luego fue desafortunado, como demostró lo sucedido.

Las consecuencias de este trato, perfectamente inocente, fueron deplorables para mi sobrina. Se enamoró perdidamente del señor Eustace Macallan, sin ser correspondida. Hice todo lo que pude por evitarlo con delicadeza; pero por desgracia, Sara no confió en mí. Insistía en negar que sus sentimientos hacia el señor Macallan fueran más allá de una simple amistad, por lo cual, me resultó imposible separarlos sin dar abiertamente una razón para hacerlo y sin provocar un escándalo que habría podido afectar a la reputación de mi sobrina.

En esa época mi marido aún vivía, y como única medida posible en aquellas circunstancias, yo recurrí a él y le pedí que hablara en privado con el señor Macallan y que apelara a su honor para superar aquel problema sin perjuicio para Sara.

El señor Macallan se comportó como un perfecto caballero. Aunque aún no estaba del todo recuperado, encontró una buena excusa para dejarnos, y dos días después de que mi marido hablara con él, ya se había ido de casa.

El remedio era bienintencionado; sin embargo, llegó demasiado tarde y falló por completo: el daño ya estaba hecho. Consumida por la pasión, mi sobrina languidecía visiblemente. Ni la ayuda médica ni el cambio de aire y lugar le sirvieron. Al cabo del tiempo, una vez que el señor Macallan se recuperó del accidente, averigüé que Sara mantenía correspondencia clandestina con él por medio de su doncella. Las cartas del señor Macallan estaban escritas en el tono considerado y lleno de tacto propio de un amigo; no expresaban sentimiento amoroso alguno. No obstante, creí que mi deber era interrumpir aquella correspondencia.

Mi acción —¿qué otra cosa podía hacer?— provocó una crisis. Una mañana, mi sobrina no apareció a la hora del desayuno. Al día siguiente supimos que la pobre se había presentado en casa del señor Macallan, y había sido descubierta, escondida en el dormitorio del joven, por unos amigos solteros que habían ido a visitarle. De este desastre no se podía culpar en absoluto al señor Macallan. Al oír pasos fuera, el pobre hombre sólo tuvo tiempo de salvarla ocultándola en la habitación más cercana, y ésta resultó ser su dormitorio.

Se habló mucho del asunto, que fue malinterpretado por la gente ruin. Mi marido mantuvo otra conversación privada con el señor Macallan, quien volvió a comportarse admirablemente. Declaró públicamente que mi sobrina le había visitado en calidad de prometida, y sólo dos semanas después, silenció el escándalo del único modo posible: se casó con ella.

Me quedé sola cuando me opuse al matrimonio. En ese momento yo lo consideraba un error fatal, como se demostró luego. Ya era bastante triste que el señor Macallan se hubiera casado con ella sin estar enamorado; pero es que, para mayor desesperanza, él mismo era víctima en aquella época de un amor imposible hacia una dama que estaba comprometida con otro hombre. Sé bien que él lo negó por compasión, del mismo modo que fingió estar enamorado de mi sobrina cuando se casó con ella. Pero su amor desesperado por la dama que acabo de mencionar era un hecho notorio entre sus amigos.

No creo que esté fuera de lugar añadir que el matrimonio de la dama precedió al suyo. Cuando se apiadó de mi sobrina, el señor Macallan había perdido irremediablemente a la mujer que amaba y ya no tenía esperanzas o aspiraciones en la vida.

En conclusión, sólo puedo repetir que ninguna desgracia (si Sara hubiera permanecido soltera) habría sido mayor, en mi opinión, que la de una boda como la suya. Creo sinceramente que nunca ha habido un matrimonio peor avenido que el del acusado y su difunta esposa.

Este relato de la testigo produjo un fuerte impacto tanto en el público como en los miembros del jurado. Los interrogatorios posteriores consiguieron que lady Brydehaven se replantease algunas opiniones y reconociera que el afecto que el

acusado sentía por otra mujer era sólo un rumor. Pero aún así, los hechos eran inalterables y daban verosimilitud a la posibilidad del crimen imputado al acusado.

Se llamó luego a otras dos damas, amigas íntimas de Sara Macallan. No coincidieron con lady Brydehaven en su opinión del matrimonio, pero sí en las otras cuestiones, de forma que apoyaron el testimonio de la primera y confirmaron la impresión que se había producido en toda la sala.

La siguiente prueba propuesta por el Ministerio fiscal era la evidencia silenciosa de las cartas y del diario hallados en Gleninch. El fiscal declaró que las cartas habían sido escritas por diversos amigos del acusado y de su difunta esposa, y que algunos fragmentos tenían que ver directamente con las circunstancias de su vida matrimonial. Más valioso como evidencia era el diario, que contenía notas del acusado sobre asuntos domésticos, y los pensamientos o los sentimientos que en él despertaban.

Una escena dolorosa siguió a esta explicación.

Aun tratándose de sucesos pasados, no logro todavía dominarme al describir con detalle lo que mi desgraciado marido decía o hacía en ese inquietante periodo del juicio. Profundamente afectado por el testimonio de lady Brydehaven, a Eustace le fue difícil contenerse y no interrumpirla. Acabó por perder el control y, con un tono desgarrador que resonó en toda la sala, protestó contra lo que iba a ser la violación de sus secretos más sagrados.

—¡Ahórquenme, aunque sea inocente! —clamó—. ¡Pero evítenme esto!

El efecto que su estallido produjo en el público aparece calificado en el informe como indescriptible. Algunas de las mujeres presentes se pusieron histéricas, y los magistrados tuvieron que intervenir para imponer silencio, aunque sin éxito. Al final se restableció la calma gracias al abogado defensor, que logró tranquilizar al acusado y, dirigiéndose a los jueces, les pidió indulgencia para con su desgraciado cliente con un lenguaje elocuente y conmovedor. Su discurso, una obra de arte de oratoria improvisada, concluyó con una protesta moderada, aunque enérgica, contra la lectura de los documentos requisados en Gleninch.

Los tres magistrados del Tribunal se retiraron para deliberar sobre la cuestión legal que se les había planteado, y la sesión se suspendió durante más de media hora.

Como es habitual en estos casos, el interés de la sala se contagió hasta la multitud que se arremolinaba en la calle. La opinión general —dirigida por alguno de los funcionarios de inferior rango relacionado con el proceso legal— era decididamente adversa a la posibilidad de que el acusado se librara de la pena de muerte.

—Si se leen las cartas y el diario —dijo alguien entre la muchedumbre—, le ahorcarán.

Cuando los magistrados volvieron a la sala, se anunció que habían decidido, por mayoría de dos a uno, permitir que los documentos se presentaran como prueba; cada

uno de los jueces, por turno, expuso las razones que le habían llevado a tomar esa decisión. Hecho esto, se reanudó el proceso con la lectura de diversos extractos de las cartas y del diario.

Las primeras cartas presentadas se habían hallado dentro del armario indio, en la habitación de la señora Macallan. Todas estaban dirigidas a la difunta, y las remitentes eran amigas íntimas suyas con las que solía mantener correspondencia. Se seleccionaron, para leer en la sala, extractos de tres cartas escritas por tres personas diferentes.

PRIMER EXTRACTO:

No me siento capaz, mi querida Sara, de expresar lo mucho que me ha inquietado tu última carta. Te ruego que me perdones por creer que tu sensible naturaleza exagera o malinterpreta, claro que deforma inconsciente, el abandono del que te sientes víctima por parte de tu esposo. Nada puedo decir del carácter de tu marido, pues no le conozco lo suficiente. Sin embargo, querida mía, soy mucho mayor que tú y tengo más conocimiento de lo que suelen llamarse «las luces y sombras del matrimonio».

Hablando por experiencia te diré lo que he observado. Las jóvenes recién casadas, que sienten un profundo amor por sus esposos —y tal es tu caso—, suelen cometer un muy grave error: como regla general, esperan demasiado de sus maridos. Los hombres, mi pobre Sara, no son como nosotras. Su amor, incluso cuando es sincero, no es como el nuestro; no es tan constante y fiel como el que nosotras les ofrecemos, no es su única esperanza ni la razón de sus vidas, como lo es para nosotras. Por mucho que los amemos y los respetemos, no tenemos más remedio que reconocer y aceptar esta notable diferencia entre la naturaleza del hombre y la de la mujer.

Yo no disculpo en ningún momento la frialdad de tu marido. Hace mal, por ejemplo, en no mirarte cuando le hablas, o en no percibir lo que te esfuerzas por agradarle. Mucho peor —o más cruel, si lo prefieres— es el hecho de que nunca te devuelva el beso cuando tú le besas. Sin embargo, querida mía, ¿estás completamente segura de que él es siempre frío y cruel a propósito? ¿Quién te dice que su conducta no es fruto de las preocupaciones que le agobian y que tú no puedes compartir? Si analizas su conducta bajo este prisma, entenderás muchas cosas que ahora te asombran y te causan dolor. Sé paciente con él, niña mía. No te quejes en su presencia, y nunca te acerques a acariciarle cuando esté preocupado o alterado. Sé que es un consejo duro de seguir, amándole tan apasionadamente como le amas, pero convéncete de que para nosotras, las mujeres, el secreto de la felicidad se encuentra —¡ay, con demasiada frecuencia!— en esa resignación y contención que tu vieja amiga te recomienda. Piensa, querida mía, en lo que te escribo y envíame noticias.

SEGUNDO EXTRACTO:

Cómo puedes ser tan tonta, Sara, como para malgastar tu amor con ese marido tan rudo y tan insensible? Para que eso no me suceda, aún no me he casado. Pero algún día me casaré, y si mi marido me trata alguna vez como el señor Macallan te trata a ti, no dudaré en separarme. Creo que preferiría que me pegase, como ocurre entre las mujeres de clase inferior, a que se comporte con la educada frialdad y el desprecio que describes. ¡Pobrecilla! Me indigno sólo de pensarlo; debe de ser totalmente insufrible. No lo aguantes más; abandónale y vente conmigo. Mi hermano, como sabes, estudia leyes; pues bien, le he leído algunos fragmentos de tu carta y su opinión es que podrías obtener fácilmente una separación judicial. Ven y consúltale.

TERCER EXTRACTO:

Usted sabe, mi querida señora Macallan, cual ha sido mi experiencia con los hombres, por eso su carta no me sorprende lo más mínimo. En mi opinión, la conducta de su marido sólo apunta a una conclusión: está enamorado de otra mujer; hay alguien en la oscuridad que consigue de él todo lo que a usted le niega. He pasado por todo ello ¡y lo sé! No ceda; dedique toda su vida a averiguar quién es la desvergonzada. Puede que haya más de una. No importa. Una o muchas, si usted descubre el asunto logrará que la vida de su marido sea al menos tan triste como la suya. Si quiere que mi experiencia le ayude, no tiene más que decírmelo y me pongo enteramente a su disposición. Puedo ir y quedarme con usted en Gleninch a partir del día cuatro del mes que viene.

Con estas líneas abominables se concluyó la lectura de las cartas de las mujeres. El primero y más largo de los extractos produjo una fuerte impresión en la sala. En ese caso, parecía innegable que la remitente era una persona respetable y sensata. De todos modos, el sentir general era que las tres cartas, a pesar de las diferencias abismales en el tono, llegaban a la misma conclusión. La situación de la señora Macallan en Gleninch —si se podía confiar en el contenido de las cartas— era la de una mujer desgraciada y abandonada.

A continuación se procedió a leer la correspondencia del acusado, encontrada junto al diario en el cajón de la mesilla.

Todas las cartas, excepto una, estaban escritas por hombres, y aunque el tono era más moderado en comparación con las dos últimas escritas por mujeres, su contenido

apuntaba en la misma dirección: la vida del marido en Gleninch parecía ser tan insoportable como la de su mujer. Uno de los amigos del acusado, por ejemplo, le escribía invitándole a hacer un viaje en yate alrededor del mundo. Otro le sugería que se ausentase durante seis meses viajando por el Continente. El tercero le recomendaba que practicara deportes al aire libre en la India... En fin, todos los remitentes le proponían sencillamente que se separase, bien de manera temporal o definitiva.

La última carta dirigida al acusado, a diferencia de las otras, estaba escrita con letra de mujer, y en la firma sólo figuraba el nombre de pila:

¡Ah, mi pobre Eustace, qué cruel es nuestro destino! (Así comenzaba la carta). Cuando pienso en tu vida, sacrificada a esa miserable mujer, mi corazón sangra por ti. Si tú y yo nos hubiésemos casado, si hubiese considerado mi máxima felicidad amar y proteger al mejor y más querido de los hombres, ¡podríamos haber vivido en un paraíso para nosotros solos, podríamos haber conocido momentos deliciosos! Ahora ya es inútil lamentarse; estamos separados en esta vida, separados por lazos que ambos sufrimos y que debemos respetar. Pero, ¡mi amado Eustace, hay un mundo más allá de éste! Ahí volarán nuestras almas para encontrarse, y se unirán en un largo abrazo celestial, en un rapto prohibido para nosotros aquí en la tierra.

La tristeza de tu carta —¡oh, Eustace; ¿por qué te casaste con ella?— me ha arrancado esta confesión de mis sentimientos. Deja que estas líneas te reconforten, pero no permitas que otros ojos las lean. Quema esta imprudente hoja de papel y espera (como yo espero) una vida mejor que podrás compartir con tu esposa.

Helena

La lectura de esta carta monstruosa provocó una pregunta por parte del tribunal. Uno de los jueces quiso saber si la remitente había hecho constar la fecha o la dirección en su carta.

El fiscal contestó negativamente, y mostró el sobre, cuyo franqueo sólo permitía deducir que había sido enviada desde Londres.

—Nos proponemos —continuó el fiscal— hacer públicos también ciertos pasajes del diario del acusado, en donde aparece más de una vez el nombre de la mujer que firmó la carta anterior. Tal vez encontremos otros medios para identificar a la remitente antes de que el juicio finalice, para satisfacción de sus señorías.

Los pasajes prometidos del diario íntimo de mi marido comenzaron a salir a la luz. El primer extracto se fechó aproximadamente un año antes de la muerte de la señora de Eustace Macallan. Decía lo siguiente:

Noticias en el correo de esta mañana que me han desconcertado. El marido de Helena murió repentinamente hace dos días, a causa de una enfermedad de corazón. Ella está libre. ¡Mi querida Helena está libre! ¿Y yo? Yo estoy encadenado a una mujer con la que no tengo ni un sentimiento en común, y he perdido a Helena por mi culpa. ¡Ah! Ahora entiendo como nunca lo irresistible que puede ser a veces la tentación, y con qué facilidad el crimen puede seguirla. Lo mejor será que cierre estas hojas por hoy. Me enloquece pensar en esta situación o escribir sobre ella.

El siguiente pasaje, fechado pocos días después, insistía en lo mismo:

De entre todas las locuras que un hombre puede cometer, la mayor es la de actuar impulsivamente. Así me comporté yo cuando me casé con la desdichada criatura que ahora es mi mujer. Entonces me precipité al suponer que había perdido a Helena. Se había casado con el hombre con quien se había comprometido antes de conocerme, y él era más joven que yo y, en apariencia, más fuerte y más enérgico. Hasta ahí, por lo que podía ver, mi destino estaba sellado para siempre. Helena me escribió su carta de despedida, abandonándome por nuestro bien. Mi futuro estaba cerrado; mis esperanzas, perdidas. No me quedaba ni una sola aspiración en la vida, y no necesitaba refugiarme en el trabajo. Una acción caballerosa, un esfuerzo de noble abnegación era todo lo que me quedaba y para lo que estaba capacitado.

Las circunstancias del momento se adaptaron, con facilidad fatal, a esa idea. La malograda mujer que se había enamorado de mí (¡el cielo sabe que sin ninguna intención por mi parte!) puso su reputación imprudentemente a merced del mundo. De mí dependía el silencio de las lenguas escandalosas que la injuriaban. Habiendo perdido a Helena, no esperaba ya la felicidad; todas las mujeres me eran indiferentes. Y un acto de generosidad sería la salvación de esa mujer; ¿por qué no realizarlo? Eso me impulsó a casarme con ella, como podría haberme tirado al agua para salvarla de morir ahogada, como podría haber pegado a un hombre si le hubiera visto maltratarla en medio de la calle.

Y ahora, la mujer por la que he hecho este sacrificio se interpone entre Helena y yo —mi Helena, libre para regalar el tesoro de su amor al hombre que adora el suelo que pisa. ¡Tonto! ¡Loco! ¿Por qué no estrello mi cerebro contra la pared que tengo frente a mí mientras escribo estas líneas? En ese rincón está mi escopeta; sólo he de atar una cuerda al gatillo y apuntar a la boca. ¡Pero no! Mi madre vive, y su amor es sagrado. No tengo derecho a acabar con la vida que ella me ha dado; tengo que sufrir y resignarme. ¡Helena! ¡Helena!

El tercer fragmento había sido escrito por el acusado unos dos meses antes de la muerte de su esposa.

¡Más reproches contra mí! No conozco a nadie que se queje más. Vive en un estado permanente de malhumor e insatisfacción.

Ahora me echa en cara dos nuevas ofensas: nunca le pido que toque el piano, y, cuando estrena un vestido expresamente para agradarme, nunca lo noto. ¡Notarla! ¡Santo cielo! Si mi mayor esfuerzo va encaminado a no notarla a ella, ni en lo que hace ni en lo que dice. ¿Cómo voy a dominar mis nervios, a menos que evite, tanto como sea posible, encuentros y conversaciones con ella? Y procuro controlarme, ¡bien lo sabe Dios! Nunca soy duro con ella; nunca uso un lenguaje violento. Hay dos poderosas razones por las que debo tener paciencia: ella es una mujer y la ley la ha hecho mi esposa. No lo olvido y lo reconozco, pero soy humano. Cuanto menos la vea, excepto si hay visitas, mejor puedo dominarme.

No sé qué es lo que la hace tan poco atractiva para mí. No es nada agraciada, pero he conocido mujeres más feas cuyas caricias habría soportado sin ese sentimiento de rechazo que me invade cuando me veo obligado a aceptar las suyas. He de mantener oculto tal sentimiento, porque ella me ama, ¡pobrecilla! La compadezco. Desearía poder hacer algo; desearía poder devolverle el amor con que ella me contempla. Pero no, sólo la compadezco. Si se conformara con vivir conmigo en términos amistosos y sin demostraciones de ternura, podríamos llevarnos muy bien. Pero ella quiere amor. Desgraciada, ¡quiere amor!

¡Mi adorada Helena! No le puedo dar amor porque mi corazón es tuyo. Anoche soñé que mi desdichada esposa estaba muerta. El sueño era tan real que me levanté de la cama, abrí la puerta de la habitación y me puse a escuchar. Su respiración calmada y regular se oía a la perfección en el silencio de la noche. Sara dormía profundamente. Cerré otra vez la puerta, encendí la vela y me puse a leer, pero me resultaba muy difícil concentrarme en el libro. Helena no se me iba del pensamiento. Sin embargo, cualquier cosa era mejor que volver a la cama y soñar, tal vez por segunda vez, que yo también era libre.

¡Qué vida la mía! ¡Qué vida la de mi esposa! Si se prendiera fuego en la casa, me pregunto si me esforzaría por salvarla.

Los últimos dos pasajes leídos correspondían a fechas posteriores.

Un destello de luz ha brillado al fin en mi sombría vida.

Helena ya no está condenada al luto propio de la viudedad. Ha transcurrido el tiempo estipulado y ella puede aparecer de nuevo en sociedad. Ahora está visitando a sus amigos de esta parte de Escocia y, como somos primos, todos comprenderán que pase unos días en mi casa antes de volver al sur.

Me ha escrito diciendo que su visita, aunque para nosotros resulte muy delicada, es un deber que ha de cumplir para guardar las apariencias. ¡Benditas sean las

apariencias! Veré a ese ángel en mi purgatorio, y todo porque a la sociedad de Mid-Lothian le resultaría muy extraño que mi prima no me visitara estando en Escocia.

Pero tenemos que actuar con suma cautela. Helena me ha dicho: «Voy a verte, Eustace, como una hermana. Y tú debes recibirme como un hermano o no recibirme. Escribiré a tu esposa para proponerle el día de mi llegada. No olvidaré —no lo olvides tú tampoco— que si entro en tu casa es con su beneplácito».

¡Sólo por verla! ¡Soy capaz de hacer cualquier cosa por tener la felicidad de verla!

El último extracto contenía sólo estas líneas:

¡Nueva desgracia! Mi esposa está enferma; se ha metido en la cama, aquejada de un brote reumático, justo cuando Helena llega a Gleninch. Pero en esta ocasión (¡lo confieso con alegría!) Sara se ha comportado muy bien. Ha escrito a Helena para decirle que su enfermedad no es seria y que no hay por qué alterar lo convenido, de modo que la visita de mi prima tendrá lugar el día previsto.

Para mi esposa esto supone un gran sacrificio, y sé que lo ha hecho sólo por mí. Celosa de todas las mujeres menores de cuarenta años que se me acercan, naturalmente también siente celos de Helena. ¡Y ahora se controla y confía en mí! Debo mostrarle mi gratitud. De hoy en adelante, prometo ser más cariñoso con mi mujer. La he abrazado tiernamente esta mañana y espero, pobrecilla, que no se diera cuenta del esfuerzo que me costó.

Así terminó la lectura del diario.

Las páginas que me resultaron más desagradables de todo el informe fueron precisamente las que contenían estos extractos de las más íntimas confidencias de mi marido. Ciertas manifestaciones no sólo me dolieron, sino que afectaron al concepto que yo tenía de Eustace. Creo que habría dado cualquier cosa por hacer desaparecer algunas líneas de ese diario.

En cuanto a sus expresiones apasionadas de amor hacia la señora Beaully, todas me hirieron como un agujón. Cuando me cortejaba, me había susurrado palabras tan cariñosas como esas; por lo que yo no tenía razones para dudar de la sinceridad de su amor. Pero la cuestión era: ¿Había amado Eustace a la señora Beaully tanto como a mí o más? ¿Quién había conquistado su corazón, ella o yo? Eustace me dijo, cientos de veces, que antes de conocerme sólo se había imaginado lo que era estar enamorado. Le creí entonces y decidí que ahora le seguiría creyendo. Le creía, ¡pero odiaba a la señora Beaully!

La lectura de las cartas y el diario produjo en la sala una impresión penosa; y parecía imposible que esa impresión pudiera empeorar aún más, pero así fue. El

siguiente y último testigo de la acusación ofreció una imagen todavía más desfavorable del acusado. William Enzie, ayudante del jardinero de Gleninch, prestó juramento y dijo lo siguiente:

—El veinte de octubre, a las once de la mañana, yo me dirigía a la zona de los arbustos, junto al llamado Jardín Holandés. Hay en ese jardín una glorieta cuya parte trasera linda con esos arbustos. El día era hermoso y cálido para la época del año.

De camino al trabajo, pasé por delante de la glorieta y oí voces, una de mujer y otra de hombre. La voz de la mujer me era desconocida. La del hombre la reconocí enseguida como la de mi señor. Se despertó mi curiosidad; me acerqué a la glorieta sin ser oído y escuché lo que ocurría dentro.

Las primeras palabras que pude distinguir eran de mi señor. «Si hubiera podido prever que un día serías libre, le oí decir, ¡qué feliz habría sido!». La mujer contestó: «No debes hablar así». Él replicó: «Tengo que decir lo que siento, y lo que siento es que te he perdido». Ahí él se detuvo un momento y luego dijo de repente: «Hazme un favor, ángel mío. Prométeme que no te volverás a casar». La voz de la mujer sonó enérgica: «¿Qué quieres decir?». Mi señor respondió: «No le deseo ningún daño a la infeliz criatura que es un peso en mi vida, pero supongamos...». «Supongamos nada, le cortó la señora. Regresemos a casa».

Empezó a caminar por el jardín y se volvió, llamando con señas a mi amo para que se reuniera con ella. Entonces pude ver con claridad el rostro de la mujer y supe que era la joven viuda que estaba visitando la casa. Me la había presentado el jardinero jefe cuando llegó, para que no la interrumpiera si la veía cortando flores. Los jardines de Gleninch se abren al público ciertos días al año, y en asuntos de flores distinguimos, claro está, entre desconocidos e invitados de la casa.

Estoy completamente seguro de la identidad de la dama que hablaba con mi amo: la señora Beaully era una persona gentil e inconfundible. Ella y mi señor se retiraron juntos hacia la casa, y no oí nada más de lo que pasó entre los dos.

El testigo fue interrogado de nuevo con el fin de verificar su capacidad para identificar a ambos interlocutores y la exactitud de la conversación que había escuchado en la glorieta. En algún aspecto menor pareció dudar. Sin embargo, insistió en que recordaba a la perfección las últimas palabras intercambiadas entre su amo y la señora Beaully, y describió con detalle a la dama demostrando que la había identificado correctamente.

Con esto se llegó al final de los interrogatorios formulados para hallar respuesta a la tercera pregunta planteada en el juicio: el móvil que llevó al acusado a envenenar a su esposa.

La versión del Ministerio fiscal estaba completa. Los amigos más incondicionales del acusado se vieron obligados a admitir que los testimonios y las pruebas, hasta ahí, eran clara y concluyentemente contrarios a él. Incluso el propio Eustace parecía sentir

lo mismo. Cuando se retiró, tras la clausura del tercer día del proceso, estaba tan deprimido y exhausto que hubo de apoyarse en el brazo del director de la cárcel.

CAPÍTULO XIX

Las pruebas de la defensa

El interés aumentó prodigiosamente al comienzo del cuarto día. Iban a declarar los testigos de la defensa, y el primero de ellos era la madre del acusado. La dama le miró mientras se levantaba el velo para prestar juramento, y él se echó a llorar. En ese momento, la simpatía que el público sentía por la madre se proyectó en el desdichado hijo.

Interrogada por el abogado defensor, la anciana señora Macallan respondió con notable dignidad y autodominio.

Preguntada sobre ciertas conversaciones privadas mantenidas entre su nuera y ella, declaró que la esposa de su hijo tenía una sensibilidad enfermiza en lo concerniente a su aspecto personal. Amaba ardientemente a su marido y su máximo deseo era resultarle lo más atractiva posible, por lo que las imperfecciones de su físico, en especial las de su cutis, la hacían sufrir amargamente. Su suegra le había oído decir, una y otra vez, que no habría riesgo que no corriera y dolor que no padeciera con tal de mejorarlo. «A los hombres, había dicho su difunta nuera, se les gana por las apariencias; mi marido me amaría más si yo tuviera mejor color de piel y un cutis más terso».

Se le preguntó después si los pasajes del diario de su hijo Eustace reflejaban las peculiaridades de su carácter y sus verdaderos sentimientos hacia su esposa. La señora Macallan lo negó con los términos más claros y rotundos.

—Los fragmentos del diario de mi hijo son una calumnia —dijo—. Y no dejan de ser una calumnia aunque estén escritos de su puño y letra, porque no dan en absoluto idea de su carácter. Hablando desde mi experiencia de madre, y conociéndole como le conozco, sé que debió de escribir esos pasajes en momentos de depresión y desesperación incontrolables.

Ninguna persona ecuánime puede juzgar a un hombre por las palabras precipitadas que se le hayan podido escapar en medio de la tristeza y de la ofuscación. ¿Va a ser juzgado mi hijo por el hecho de que se le ocurriera escribir sus imprudentes palabras, en vez de haberlas dicho en voz alta? Hay que reconocer que su pluma ha sido su acérrimo enemigo en este caso, pues le ha presentado en su peor faceta.

Él no era feliz en su matrimonio, eso lo admito, pero siempre fue muy considerado con su esposa. Yo gocé de la confianza de ambos; conviví con ellos y los vi en sus momentos más íntimos, y declaro, frente a lo que mi nuera escribió a sus amigas, que mi hijo nunca le dio motivos para afirmar que la trataba con crueldad y

desprecio.

Estas palabras, dichas con claridad y firmeza, produjeron un gran efecto. El fiscal, percatándose de que sería inútil aminorar ese efecto, se limitó a hacer dos preguntas significativas.

—Al hablar de los defectos de su cutis —dijo—, ¿se refirió alguna vez su nuera al uso del arsénico como recurso para mejorarlo?

La señora Macallan contestó:

—No.

El fiscal prosiguió:

—¿Alguna vez le recomendó usted el arsénico o lo mencionó casualmente en el curso de las conversaciones privadas que, según ha dicho, mantenían?

La respuesta fue:

—Nunca.

El fiscal volvió a su asiento, y la anciana la señora Macallan se retiró del estrado.

Un interés diferente surgió con la aparición del siguiente testigo. Era nada más y nada menos que la señora Beaully en persona. El informe la describe como una persona notablemente atractiva, de ademanes elegantes y discretos. A todas luces, se sentía turbada por la situación pública a la que se veía expuesta.

La primera parte de su testimonio fue casi una repetición de lo dicho por la madre del acusado, con la diferencia de que la señora Beaully declaró que Sara Macallan le había preguntado sobre los mejores trucos y remedios cosméticos para el cuidado del cutis. La difunta señora había elogiado la belleza de su piel y se había interesado por los productos que la joven viuda usaba para mantenerla tan bella. La señora Beaully declaró que se había sentido ofendida por la pregunta, pues no usaba ningún medio artificial y no entendía lo más mínimo de cosméticos. A partir de entonces un abismo de frialdad se había abierto entre las dos damas.

Interrogada acerca de sus relaciones con el acusado, la señora Beaully negó con indignación que ella o el señor Macallan le hubieran dado el más mínimo motivo de celos a la difunta señora.

Añadió a continuación que no podía marcharse de Escocia, después de haber visitado a los vecinos de su primo, sin visitar también a su propio pariente; no hacerlo habría sido una grosería y habría dado mucho que hablar. No negó que el señor Macallan fuera su rendido admirador en los días en que ambos estaban solteros; pero una vez que ella se casó con otro hombre y él con otra mujer, no volvieron a manifestar la expresión de sus sentimientos. A partir de entonces, su relación había sido tan inocente como si de dos hermanos se tratara. El señor Macallan era un caballero y conocía su deber para con su esposa y para con ella misma, afirmó la señora Beaully, y añadió que ella no habría visitado Gleninch sin estar segura de la situación.

En lo referente al testimonio del ayudante del jardinero, la señora Beauly declaró que todo era pura invención. La mayor parte de la conversación que el hombre había reproducido nunca ocurrió en la realidad. Lo poco que se dijo fue en broma, como reconoció más tarde el propio testigo. En cuanto al resto, la conducta del señor Macallan hacia su esposa fue siempre amable y considerada; concretamente en aquellas fechas, él estaba muy preocupado por hallar el medio de aliviar la dolencia reumática que obligaba a la señora Macallan a permanecer en cama. Por otro lado, él le había hablado de su esposa no en una sino en varias ocasiones, y siempre con afecto y sincera simpatía. Cuando la señora Macallan les ordenó a su marido y a ella que salieran de la habitación, el día de su muerte, el señor Macallan le había dicho luego a la testigo: «Debemos comprender y perdonar sus celos, pobrecilla. A nosotros nos basta con saber que no los merecemos». De esta manera tan paciente, él se resignó al inestable carácter de su esposa hasta el final.

El principal interés de los siguientes interrogatorios se centró en una pregunta que se hizo al final. Tras recordar a la señora Beauly que había declarado bajo juramento que su nombre era Helena Beauly, el fiscal le dijo:

—En la sala se ha leído una carta dirigida al acusado y firmada con el nombre de «Helena». Mírela, por favor. ¿Es usted la remitente de esta carta?

Antes de que la testigo pudiese contestar, se elevó en la sala la protesta de la defensa. Los jueces aceptaron esa protesta y rechazaron la pregunta. Acto seguido, la señora Beauly se retiró. Al oír mencionar la carta y al tenerla en la mano, la había traicionado un perceptible nerviosismo que el público interpretó de varias maneras. En general, no obstante, se consideró que el testimonio de la señora Beauly había ayudado notablemente al acusado, al igual que lo había hecho antes el de su madre.

Las siguientes testigos, ambas damas y amigas del colegio de la difunta señora Macallan, despertaron un nuevo interés en la sala, y proporcionaron el eslabón que le faltaba a la defensa.

La primera mujer declaró que ella misma había mencionado el arsénico como recurso para embellecer el cutis, en el transcurso de una conversación con la señora Macallan. Aunque la declarante nunca había llegado a usarlo personalmente, había leído que entre los campesinos estirios estaba muy extendida la costumbre de tomar arsénico para aclarar el color de la piel y conseguir así una apariencia de lozanía y buena salud. La dama juró que eso fue exactamente lo que le contó a la difunta, tal y como lo estaba exponiendo ante el tribunal.

La segunda testigo había estado presente en la mencionada conversación y corroboró lo dicho por su amiga. Añadió también que a petición de la propia señora Macallan, ella misma le había enviado por correo el libro en el cual se explicaba la ya descrita costumbre de los campesinos estirios.

Sólo había un punto débil en ese testimonio. Y los miembros de la acusación no

tardaron en encontrarlo.

Preguntaron a las dos mujeres si la señora de Eustace Macallan les había manifestado, directa o indirectamente, su intención de comprar e ingerir el arsénico para mejorar el aspecto de su cutis. En ambos casos, la respuesta a esta importante pregunta fue: «No». La señora Macallan había oído hablar del remedio y tenía el libro, pero no había dicho ni una palabra respecto a sus intenciones futuras. Se había limitado a pedir a sus dos amigas que mantuvieran estricta reserva sobre lo hablado y ahí acabó todo.

No era necesario ser abogado para ver dónde estaba el punto débil de la defensa. Todos los presentes sabían que para lograr la absolución del acusado, su defensor tenía que averiguar el camino recorrido por el veneno hasta llegar a manos de la esposa, o al menos, demostrar una clara intención de obtenerlo por parte de la difunta señora. En cualquiera de los dos casos, la declaración de inocencia que había firmado el acusado necesitaba pruebas irrefutables.

¿Qué testigo sería citado a continuación? ¿Había agotado la defensa sus recursos o todavía le quedaba un as en la manga? La multitud esperaba, con la respiración contenida, la aparición del siguiente testigo. Pronto se extendió el rumor de que la sala iba a ver y a escuchar a un viejo amigo del acusado, ya mencionado con anterioridad como «el señor Dexter».

Tras un pequeño retraso, se produjo entre el público una súbita conmoción, acompañada de exclamaciones de sorpresa y curiosidad. En ese momento, un funcionario llamó al nuevo testigo con el extraordinario nombre de Miserrimus Dexter.

CAPÍTULO XX

El final del juicio

La aparición del testigo provocó en el público un estallido de carcajadas, en parte sin duda, por el extraño nombre con que había sido llamado, y en parte también, por el deseo instintivo que tiene una muchedumbre, cuando arde en interés, de liberarse de la tensión con la primera excusa divertida que se le presente. La autoridad tuvo que imponer orden, y el presidente del Tribunal declaró que haría desalojar la sala si se producían nuevas interrupciones en el proceso.

Al anuncio le siguió el silencio; y momentos después apareció el nuevo testigo.

Conduciendo su propia silla de ruedas, deslizándose a través de los pasillos que le abría la multitud, una criatura extraña y asombrosa, literalmente la mitad de un hombre, se mostró a la vista del público. Mientras atravesaba el gentío, se le cayó la manta que cubría la silla, y esta pérdida expuso a la curiosidad pública la cabeza, los brazos y el tronco de un ser humano totalmente privado de extremidades inferiores. Para hacer aún más terrible y chocante esta deformidad, la víctima era, de rostro y de cuerpo, un hombre inusualmente apuesto y proporcionado. El cabello, de un bello color castaño, sedoso y brillante, le llegaba hasta los hombros, que eran todo un ejemplo de fuerza y apostura. Su rostro destacaba por su vivacidad y su expresión de inteligencia; sus ojos eran grandes y de color azul claro, y sus manos, blancas y delicadas, parecían las de una mujer hermosa. Podría haber parecido afeminado, pero en conjunto resultaba muy varonil por la proporción masculina del cuello y del pecho, y por la barba y el bigote que lucía, de un tono castaño algo más claro que el color de su pelo. ¡Una cabeza y un cuerpo tan magníficos y, a la vez, tan malogrados! ¡Nunca cometió la Naturaleza un error más grave y más cruel que al crear a este hombre!

Prestó juramento sentado en su silla, naturalmente. Tras decir su nombre, se dirigió a los jueces y les pidió permiso para introducir su testimonio con una breve explicación.

—La gente se ríe cuando oye por primera vez mi nombre de pila —dijo con un tono grave, claro y resonante que penetró en los rincones más alejados de la sala—. Desearía informar a la buena gente aquí reunida que muchos nombres, incluso los más comunes, tienen su significado, y el mío es uno de ellos. “Alejandro”, por ejemplo, significa en griego «el que ayuda a los hombres». “David” significa en hebreo «el bien amado». “Francisco” en alemán es «libre». Mi nombre, “Miserrimus”, significa en latín «el más desgraciado». Mi padre me llamó así aludiendo a la deformidad que todos ven, y con la que tuve la desdicha de nacer. Ya

no se volverán a reír de “Miserrimus”, ¿verdad? —se volvió hacia el abogado defensor, esperando a que le interrogase—. Señor letrado, estoy a su disposición. Lamento haber retrasado el proceso, aunque sólo haya sido por un momento.

Lo dijo con gracia y buen humor; luego, a instancias del abogado defensor, ofreció su testimonio sin la más mínima vacilación o reserva.

—Cuando se produjo la muerte de la señora Macallan, yo estaba, en Gleninch como invitado de la casa —comenzó diciendo—. El doctor Jerome y el doctor Gale quisieron verme en privado, porque el acusado se encontraba en tal estado de postración que le impedía cumplir con sus deberes de anfitrión. En la conversación que mantuvimos, los dos médicos me dejaron perplejo y horrorizado al declarar que la señora Macallan había muerto envenenada. Dejaron en mis manos la tarea de comunicarle esta terrible noticia al esposo y me advirtieron que habría de practicarse la autopsia al cadáver.

Si el fiscal hubiera visto la reacción de mi viejo amigo cuando le comuniqué el mensaje de los médicos, dudo mucho que se hubiera atrevido a acusarle del asesinato de su mujer. A mi entender, la acusación era nada más y nada menos que una atrocidad. Animado por ese sentimiento, me resistí a que confiscasen las cartas y el diario de Eustace.

Ahora que se ha hecho público el contenido de ese diario, coincido con la madre del acusado en negar que sea una prueba justa en su contra. Un diario (cuando encierra algo más que hechos y fechas) es, en general, la expresión del lado más débil de la persona que lo escribe. En nueve de cada diez casos, resulta la más despreciable expresión de vanidad y presunción, que el escritor no es capaz de exhibir a ningún mortal excepto a sí mismo. Soy el más leal amigo del acusado, y declaro solemnemente que jamás pensé que escribiera tonterías hasta que escuché la lectura de su diario en esta sala.

¿Matar él a su esposa? ¿Tratarla el con desprecio y crueldad? Me atrevo a decir, conociéndole desde hace veinte años, que no hay en esta sala hombre más incapaz de asesinar y de ser cruel que el que está sentado en el banquillo. Es más, dudo incluso que un hombre cruel y capaz de asesinar pudiera hacer daño a la mujer cuya muerte es el tema de este interrogatorio.

He oído lo que una enfermera ignorante y parcial, Christina Ormsay, ha dicho de la difunta señora. Mis observaciones personales la contradicen en cada palabra. La señora Macallan, dejando a un lado sus defectos, era una de las mujeres más encantadoras que he conocido, de una educación exquisita, en el mejor sentido de la palabra. Nunca he visto una sonrisa tan dulce como la suya, ni tal gracia y belleza de movimientos como las que ella exhibía. Si te gustaba la música, ella cantaba maravillosamente, y pocos músicos profesionales tocaban el piano con tal perfección. Si preferías hablar, nunca he conocido al hombre (ni siquiera a la mujer, que ya es

decir) a quien no encantara su conversación. Creer que una esposa como ésta pudiera ser, primero, objeto de abandono y crueldad, y después, asesinada bárbaramente por el hombre —no por el mártir que está ahí sentado, es creer que el sol nunca brilla de día o que el cielo no está sobre la tierra.

¡Sí! Ya sé que las cartas de sus amigas muestran que la señora Macallan se quejaba amargamente de la conducta de su marido para con ella. Recuerden, sin embargo, lo que una de esas amigas (la más sabia y la mejor) le replica: «Te ruego que me perdones por creer que tu naturaleza sensible exagera o malinterpreta el abandono del que te sientes víctima por parte de tu esposo». ¡Ahí, en esa frase, está toda la verdad! La naturaleza de la señora de Eustace Macallan era la naturaleza imaginativa y atormentada de un poeta. Ningún amor mortal habría sido lo bastante puro para ella. Las pequeñeces que mujeres menos sensibles habrían pasado por alto, causaban una agonía patente en su exquisito carácter. Hay personas que nacen para ser desgraciadas. Esa pobre dama era una de ellas. Dicho esto, ya está dicho todo.

¡No! Queda algo por decir.

Cabe recordar al Ministerio fiscal que la muerte de la señora Macallan fue, desde el punto de vista económico, nefasta para su marido. Cuando se casaron, el había insistido en que ella y sus parientes dispusieran de la fortuna de la señora. Con eso mantenían la casa y los terrenos de Gleninch en todo su esplendor. Los recursos de que disponía el acusado (ayudado por su madre) eran insuficientes para correr con los gastos que acarreaba vivir cómodamente en el campo. Conociendo estas circunstancias, puedo afirmar rotundamente que la muerte de la esposa ha privado al marido de dos tercios de sus ingresos, lo que supone un serio revés. Y la fiscalía, presentándole como el más vil y cruel de los hombres, se atreve a declarar que él la mató deliberadamente, ¡cuando todos sus intereses pecuniarios dependían de la vida de su mujer!

Es inútil que me pregunten si percibí algo en la conducta del acusado o de la señora Beaully que justificara los celos de la esposa. Nunca he observado detenidamente a la señora Beaully ni he animado al acusado para que me hablara de ella. Conozco bien a Eustace, y sé que siempre ha admirado a las mujeres bellas, pero de un modo completamente inocente. Por eso, pensar que pudiera preferir a la señora Beaully antes que a su esposa es algo inconcebible, a menos que se hubiera vuelto loco. Y nunca he tenido razones para creer que estuviera loco.

En cuanto a la cuestión del arsénico, es decir, al modo en que llegó a manos de la señora Macallan, puedo decir algo que tal vez llame la atención del tribunal.

Yo presencié en la oficina del fiscal el examen de los papeles y demás objetos confiscados en Gleninch. También me mostraron el maletín de aseo perteneciente a la difunta dama una vez que el mismo fiscal hubo inspeccionado su contenido. Resulta que yo tengo el sentido del tacto muy desarrollado, y al tocar la tapa del maletín por

su cara interna, noté algo que me indujo a examinarla detenidamente. En dicho examen descubrí un compartimento secreto, escondido entre la madera y el fondo. Y en ese lugar hallé el frasco que ahora nuestro a la sala.

El interrogatorio se suspendió momentáneamente, mientras el frasco presentado se comparaba con los que había en el maletín. Estos últimos eran de cristal fino, y de forma elegante, por completo diferentes del frasco encontrado en el compartimento secreto, que era de cristal común y con la forma corriente que tenían los de los farmacéuticos. En él no quedaba ni una gota de líquido ni resto sólido alguno. Tampoco desprendía olor y, para mayor desgracia de la defensa, no tenía ninguna etiqueta.

El farmacéutico que le había vendido el segundo paquete de arsénico al acusado fue interrogado de nuevo, y declaró que el frasco era exactamente igual a aquel en el que él había envasado el arsénico. No obstante, también era exactamente igual a los otros muchos que había en su tienda. Faltando la etiqueta (en donde él mismo había escrito la palabra «veneno»), era imposible identificarlo. El maletín y el dormitorio de la difunta se registraron a fondo para buscarla, por si se hubiese separado accidentalmente del misterioso frasco vacío; pero la búsqueda resultó infructuosa. Moralmente, era justo creer que ése era el frasco que contuvo el veneno. Legalmente, no había la menor prueba de ello.

Así acabó el último esfuerzo de la defensa para explicar cómo había pasado el veneno del marido a la mujer. En la sala se mostró luego el libro que describía las costumbres del campesinado estirio. Sin embargo, el hecho de que se hubiera hallado en el cuarto de la difunta, ¿probaba que ella le hubiese pedido a su marido que le comprara el arsénico? El papel arrugado y con los restos de polvo fue identificado por el farmacéutico, quien declaró que el polvo era de arsénico. Pero, ¿cómo demostrar que fue la mano de la señora Macallan la que había colocado el paquete en el armario y la que lo había vaciado? ¡No había pruebas directas! ¡Sólo conjeturas!

El siguiente interrogatorio formulado a Miserrimus Dexter se centró en cuestiones secundarias. Luego se produjo un duelo de fuerzas entre el testigo y el fiscal, que acabó (de acuerdo con la opinión general) con la victoria del testigo. Sólo repetiré aquí una pregunta y una respuesta que me parecieron de capital importancia para el objetivo que me había fijado al leer el juicio.

—Creo, señor Dexter —dijo el fiscal irónicamente—, que tiene usted su propia teoría sobre este caso, y que la muerte de la señora Macallan no representa ningún misterio para usted

—Tengo ideas propias en este asunto, como las tengo en cualquier otro —replicó el testigo—. Pero permítame preguntar a sus señorías los jueces si estoy aquí para explicar mis hipótesis o para referirme a los hechos.

Anoté esta respuesta. Las «ideas» del señor Dexter eran las de un buen amigo de

mi marido y las de un hombre de sagacidad más que mediana. Serían de inestimable valor para el futuro, si lograba comunicarme con él.

Tengo que decir, mientras escribo estas líneas, que añadí luego una segunda nota con mis propias observaciones. Al aludir a la señora Beaully cuando prestaba su testimonio, el señor Dexter había hablado de ella con tono despectivo, casi diría que grosero, como sugiriendo que tenía motivos para serle desagradable (tal vez para desconfiar de ella). De nuevo sentí que era de importancia vital hablar con el señor Dexter y aclarar, si podía, lo que el tribunal, por consideración a la testigo, había pasado por alto.

Aquí terminó el interrogatorio del último testigo. La silla de ruedas, con el medio hombre, se alejó hasta perderse en un extremo de la sala. El fiscal se levantó para dirigirse al jurado.

No siento escrúpulos al decir que nunca he leído nada tan infame como el discurso final de este gran letrado. Para empezar, no tuvo el más mínimo reparo en declarar que creía firmemente en la culpabilidad del acusado. ¿Qué derecho tenía a decir nada semejante? ¿Acaso la decisión era suya? Me gustaría saber si él era fiscal y jurado a la vez. Tras condenar al acusado con su sola autoridad, procedió a tergiversar los actos más inocentes de este hombre desdichado para presentarlos bajo el aspecto más ruin posible.

Así, cuando Eustace besó a su pobre esposa en su lecho de muerte, lo hizo para impresionar favorablemente al médico y a la enfermera. O cuando el dolor por la pérdida de la esposa le abrumó, Eustace sólo estaba interpretando un papel, mientras lo celebraba en secreto. Si se escudriñaba su corazón, allí se vería el odio diabólico que sentía por la esposa y la pasión loca que le inspiraba la señora Beaully. En todo cuanto el acusado había dicho, mentía. En todo lo que el acusado había hecho, había actuado como un canalla astuto e insensible. Así habló el fiscal refiriéndose a Eustace, que se encontraba indefenso frente a él. Si hubiera estado en el lugar de mi marido, le habría arrojado algo a la cabeza. Furiosa e impotente, me limité a romper y pisotear las páginas que contenían su discurso. Me sentí mucho mejor después de haberlo hecho, aunque ahora me avergüenzo un poco de haberme vengado en unas inofensivas hojas impresas.

El quinto día del juicio se abrió con las conclusiones de la defensa. ¡Ah, qué gran contraste entre la sarta de infamias pronunciadas por el fiscal y el alarde de elocuencia del abogado defensor cuando hablaba a favor de mi marido!

El ilustre letrado empezó con muy buen pie.

—Nadie me gana en la compasión que siento por la esposa muerta. Sin embargo, afirmo que el mártir en este caso es el marido. Sea lo que sea lo que la pobre mujer haya soportado, el infeliz que está en el banquillo ha sufrido y está sufriendo mucho

más. Si no hubiese sido el más amable de los hombres, el más dócil y el más devoto de los maridos, nunca se habría encontrado en esta penosa situación. Un hombre de naturaleza más mezquina y más dura habría sospechado de los motivos que tenía la esposa al pedirle que le comprara veneno; lo habría visto en las excusas típicas que ella le daba, y le habría contestado: «No», de forma tajante y cruel.

El acusado no es ese tipo de hombre. Es demasiado bueno con su esposa, demasiado ingenuo con ella, o con cualquiera, como para prever los inconvenientes y los peligros que su fatal sumisión le podría acarrear. Y ¿cuál es el resultado? Ahí está, señalado como un asesino, porque ha sido demasiado noble, demasiado honrado para sospechar de su esposa.

Tras afirmar esto del marido, el defensor fue igualmente elocuente e irrefutable cuando pasó a hablar de la mujer.

—El señor fiscal ha señalado, con la ironía amarga que le caracteriza y que le ha hecho célebre en toda Escocia, que no hemos conseguido probar que el acusado le diera los dos paquetes de veneno a su esposa. Mi respuesta es que hemos demostrado, primero, que la mujer estaba profundamente enamorada del esposo; segundo, que estaba obsesionada por los defectos de su físico, en especial los de su cutis, y tercero, que sabía que el arsénico podía ser un remedio para esos defectos, si se ingería. Para los hombres que conocen la naturaleza humana, estas son pruebas más que suficientes. ¿Realmente supone mi colega que las mujeres tienen la costumbre de hablar de sus trucos secretos y de los cosméticos que utilizan para mejorar su aspecto personal? ¿Su conocimiento del sexo opuesto le hace pensar que una mujer que desea resultarle atractiva a un hombre le diría a él, o a cualquiera relacionado con él, que el encanto con que espera ganarse su corazón —digamos el encanto de un bello cutis— ha sido conseguido de forma artificial y mediante el uso peligroso de un veneno mortal? ¡Por Dios! La sola idea es absurda.

Claro que nadie ha oído hablar del arsénico a la señora Macallan. En los testimonios ya ha quedado patente que no habría confiado su intención de probarlo ni siquiera a las amigas que se lo mencionaron y que le llevaron el libro. De hecho, les pidió que mantuvieran estricta reserva sobre lo hablado. Desde el principio hasta el final, la pobre criatura guardó su secreto, con el mismo afán y sigilo que habría guardado el secreto si usara peluca o si debiera sus dientes al trabajo de un dentista. Y he aquí a su marido, cuya vida está en peligro sólo porque una mujer se ha comportado como una mujer; como sus esposas se comportarían con ustedes, caballeros del jurado, si se vieran en una situación semejante.

Tras esa gloriosa muestra de oratoria (desearía tener más espacio para reproducir más fragmentos), resulta triste y decepcionante leer el siguiente y último discurso del proceso: el del presidente del Tribunal.

En primer lugar, su señoría dijo al jurado que no se podía esperar tener pruebas

directas del envenenamiento, ya que pruebas semejantes apenas se consiguen en esos casos. Había que ceñirse a las pruebas circunstanciales (y me atrevo a decir que estaba en lo cierto). Pero, tras hacer esta advertencia al jurado sobre la importancia de las pruebas circunstanciales, dio la vuelta a sus palabras y aconsejó desconfiar de ellas.

—Deben tener pruebas que les satisfagan y les convenzan —dijo—, dejando de lado todas las conjeturas, excepto aquellas que puedan parecerles justas.

¿Quién puede decir lo que es una conjetura justa? ¿Acaso no se basan las pruebas circunstanciales en conjeturas?

Con este ejemplo ya no es preciso ofrecer más extractos del discurso. El jurado, sin duda desconcertado, dedicó una hora a deliberar y debatir en una sala reservada. (¡Un jurado formado por mujeres no hubiera tardado ni un minuto en tomar la decisión!). Luego regresaron todos a la sala y dieron su tímido veredicto escocés con estas palabras: «Sin pruebas».

Entre el público surgió algún tímido aplauso que fue de inmediato silenciado. A continuación se autorizó al acusado para que se marchara con las formalidades propias del caso. Salió de la sala con lentitud, como un hombre que sufría intensamente; con la cabeza hundida en el pecho, no miraba a nadie ni contestaba a los amigos que le hablaban. El pobre sabía lo que aquel veredicto suponía: una mancha en su honor, una sombra de duda que le perseguiría durante el resto de su vida: «No afirmamos que sea inocente del crimen del que se le acusa; sólo podemos decir que no hay pruebas suficientes como para condenarle».

El proceso acabó con esa conclusión tan poco convincente y tan poco honorable, aceptada por todos, excepto por mí.

CAPÍTULO XXI

Veo el camino

Con la luz azulada del amanecer, cerré el informe del juicio contra mi marido por el asesinato de su primera esposa. Sorprendentemente, a pesar de las muchas horas dedicadas a leer y a pensar, el cansancio no se había apoderado de mí. Me parecía muy raro, pero así era. No tenía sueño y me sentía como si realmente hubiese dormido y me acabara de despertar; era una mujer nueva, con ideas nuevas.

Ahora casi llegaba a entender que Eustace me hubiese abandonado. Para un hombre de su sensibilidad habría sido un martirio insufrible ver a su esposa después de que ella hubiese leído el informe. Lo sentía como él lo sintió. Al mismo tiempo, lamentaba que no hubiera confiado más en mí, en que yo le ayudaría a acabar con su martirio. Quizás terminara por volver; pero mientras tanto, y con esa esperanza, me compadecía de él y le perdonaba con todo mi corazón.

Sólo quedaban unas dudas desagradables que me herían como un cuchillo, a pesar de mi capacidad de comprensión. ¿Todavía amaba Eustace a la señora Beauly en secreto o había apagado yo esa pasión? ¿Cuál era el tipo de belleza de la señora Beauly? ¿Nos parecíamos o éramos completamente distintas?

La ventana de mi habitación estaba orientada al este. Levanté la persiana y vi cómo el sol surgía en el cielo claro. Era irresistible la tentación de salir a respirar el aire fresco de la mañana. Me puse el sombrero, eché sobre mis hombros un chal, y me llevé el informe del juicio bajo el brazo. Los cerrojos de la puerta trasera se corrían con facilidad. Al cabo de un minuto ya estaba en el bonito jardín de Benjamin.

Reconfortada y fortalecida por la soledad atrayente y el aire delicioso, me animé para enfrentarme al dilema del futuro. Había leído el juicio; había prometido consagrar mi vida a la reivindicación de la inocencia de mi marido. Ahora yo era una mujer sola, indefensa, pero comprometida hasta el final por su decisión desesperada. Mas ¿cómo y por dónde iba a empezar?

La manera más audaz seguramente sería también la más sabia, dada la situación. Tenía buenas razones para creer que la persona más adecuada para ofrecerme ayuda y consejo era Miserrimus Dexter (razones fundadas, como ya he dicho, en el importante papel desempeñado por este testigo en el juicio). Cabía dentro de lo posible que este caballero decepcionara la esperanza que yo había puesto en él, o rehusara ayudarme, o incluso —como mi tío el vicario—, que pensara que yo había perdido la cordura. Sin embargo, seguía decidida a comenzar con él: mi primer paso me llevaría al hombre deforme del nombre raro.

Suponiendo que me recibiese, que simpatizara conmigo, que me comprendiera, ¿qué me diría? La enfermera, en su testimonio, había afirmado de él que hablaba de una forma brusca. Con bastante probabilidad, me diría: «¿Qué se propone hacer? ¿Cómo puedo ayudarla?».

¿Tenía ya pensadas las respuestas a esas dos preguntas tan claras? ¡Sí!, si me atrevía a confesar lo que tenía en mente a cualquier criatura humana. ¡Sí!, si me atrevía a confiarle a un desconocido la sospecha que el juicio había despertado en mí y que incluso temo exponer en estas páginas.

Debo, no obstante, mencionarla ahora, porque mi sospecha condujo a unos resultados que son parte de la historia y parte de mi vida. Para empezar, he de confesar que cerré el informe estando de acuerdo en un detalle importante con la opinión de mi enemigo y del enemigo de mi marido: ¡el señor fiscal! Él dijo que la explicación que había ofrecido la defensa para justificar la muerte de la señora Macallan era «un torpe subterfugio, en el que ningún ser razonable podía ver la más mínima probabilidad de certeza». Sin ir tan lejos, yo tampoco veía ningún motivo para dar por supuesto que la pobre mujer hubiese tomado, por error, una sobredosis del veneno. Yo creía que ella tenía en su poder y en secreto el arsénico y que lo había tomado con el propósito de mejorar su cutis. Pero ya no podía ir más allá. Cuanto más pensaba, más daba la razón a los fiscales, quienes habían afirmado que la señora Macallan había muerto a manos de un envenenador, aunque se hubieran equivocado por completo al acusar a mi esposo del crimen.

Si Eustace era inocente, alguien más, a mi modo de ver, era el culpable. ¿Quién, entre las personas que se hallaban en la casa en ese momento, había envenenado a la señora Macallan? Mi sospecha señalaba directamente a una mujer. Y el nombre de esa mujer era ¡Helena Beaully!

¡Sí! Había llegado a esa sorprendente conclusión; ése era el resultado inevitable de mi lectura del juicio.

Volvamos a considerar por un momento la carta que se mostró en la sala, firmada por «Helena» y dirigida al señor Macallan. Ninguna persona razonable puede dudar (aunque los jueces la eximieran de responder a esa pregunta) de que la señora Beaully la había escrito. Muy bien; pues esa carta ofrece, según creo, un testimonio fidedigno del estado de su mente cuando visitó Gleninch.

Escribe al señor Macallan en la época en que ella estaba casada con otro hombre, con el que se había comprometido antes de conocer a Eustace. ¿Y qué le dice?: «Cuando pienso en tu vida, sacrificada a esa miserable mujer, mi corazón sangra por ti». Y a continuación: «Si hubiese sido mi felicidad amar y proteger al mejor y más querido de los hombres, ¡podríamos haber vivido en un paraíso para nosotros solos, podríamos haber conocido momentos deliciosos!».

Si éste no es el lenguaje de una mujer desvergonzada y apasionadamente

enamorada de un hombre que no es su marido, ¿qué es? Se siente tan obsesionada por él que incluso su idea del otro mundo (véase la carta) es la de «abrazar el alma» del señor Macallan. En esa condición mental y moral, un día por fin se encuentran libres ella y sus abrazos, gracias a la muerte de su esposo. En cuanto puede realizar visitas decentemente, las hace; y acaba siendo la invitada del hombre al que adora, y cuya esposa está enferma en cama.

El otro visitante de Gleninch es un inválido que sólo puede moverse en una silla de ruedas. La dama tiene a su disposición la casa, y en ella al objeto de su adoración. Ningún obstáculo se interpone entre ella y la felicidad de «amar y proteger al mejor y más querido de los hombres», exceptuando a una pobre esposa fea y enferma, por la que el señor Macallan jamás sintió ni pizca de amor.

¿Es totalmente absurdo pensar que una mujer como ésta, llevada por sus impulsos y sus circunstancias, es capaz de cometer un crimen si se le ofrece una oportunidad segura?

¿Qué dice su propio testimonio?

Ella admite que mantuvo una conversación con la señora Macallan, en la que la dama «le había preguntado cuáles eran los mejores trucos cosméticos para el cuidado del cutis». ¿No ocurrió nada más en esa charla? ¿No descubrió la señora Beaully (lo que después fue fatal) el peligroso experimento que pretendía llevar a cabo su anfitriona para mejorar su rostro poco agraciado? Todo lo que sabemos es que la señora Beaully no dijo nada de esto.

¿Qué dice el ayudante del jardinero? Afirma que oyó una conversación entre el señor Macallan y la señora Beaully que demuestra que a la señora Beaully se le había ocurrido la posibilidad de convertirse en la nueva señora Macallan, pero que lo consideraba un tema demasiado peligroso como para hablarlo. El inocente señor Macallan habría seguido hablando; la señora Beaully, más astuta y discreta, le impone silencio.

¿Y qué nos dice Christina Ormsay, la enfermera?

El propio día de su muerte, la señora Macallan expulsa a la enfermera de su habitación y la envía abajo. Christina Ormsay deja a la paciente, ya recobrada de su primer ataque y capaz de entretenerse escribiendo. Permanece en la planta baja durante media hora, pero se inquieta al no oír el timbre.

Va al Salón de la Mañana para consultar al señor Macallan y allí se entera de que falta la señora Beaully. El señor Macallan no la encuentra y le pregunta al señor Dexter si la ha visto. El señor Dexter le responde negativamente. ¿A qué hora tiene lugar la desaparición de la señora Beaully? ¡Precisamente cuando Christina Ormsay ha dejado a la señora Macallan sola en su habitación! Entonces suena el timbre con violencia. La enfermera regresa al cuarto de la paciente a las once menos cinco aproximadamente, y se encuentra con que los síntomas de la mañana se repiten, pero

ahora con mayor gravedad. Descubre también que, en su ausencia, le ha sido administrada a la paciente una segunda dosis de sedante, y (obsérvese) justo durante la desaparición de la señora Beaully. La enfermera, buscando ayuda en el pasillo, se tropieza con la propia señora Beaully, quien de forma «inocente» salía de su cuarto (se supone que se había levantado ¡a las once de la mañana!) para interesarse por el estado de la enferma.

Poco después, la misma señora Beaully acompaña al señor Macallan a visitar a la esposa; pero la moribunda los mira de un modo extraño y les ordena que se vayan. El señor Macallan lo interpreta como la queja de una persona atenazada por el dolor, y aguarda en la habitación hasta informar a la enfermera de que se ha avisado al médico. ¿Qué hace la señora Beaully? Presa del pánico, sale de la habitación en el instante en que la señora Macallan la mira. ¡Hasta parece que tenga conciencia!

¿No hay algo sospechoso en todas esas circunstancias, descritas bajo juramento en el curso del proceso?

Para mí, la conclusión está clara: la mano de la señora Beaully administró la segunda dosis del veneno. Admitido esto, es una hipótesis más que razonable suponer que también fue ella quien le dio a la difunta la primera dosis por la mañana. ¿Cómo pudo hacerlo? Repasemos de nuevo los testimonios. La enfermera reconoce que se quedó dormida desde pasadas las dos de la mañana hasta las seis. También ella habla de una puerta cerrada con llave que comunica con la habitación de la paciente. Alguien, nadie sabe quién, había quitado la llave. Alguien la debió de robar. ¿Por qué no la señora Beaully?

Unas palabras más y habré revelado con total sinceridad todo lo que bullía en mi mente.

Miserrimus Dexter, en el segundo interrogatorio, había admitido indirectamente tener sus propias ideas con respecto a la muerte de la señora Macallan. Además, había hablado de la señora Beaully en un tono que dejaba ver bien a las claras que no le agradaba. ¿También sospechaba de ella? El principal motivo que yo tenía para recurrir a él, antes que a nadie más, era hacerle esta pregunta en cuanto tuviera ocasión. Si realmente él era de la misma opinión que yo, ya tendría claro el camino que debía seguir. El siguiente paso sería ocultar mi identidad muy cuidadosamente y presentarme bajo el aspecto de una desconocida ante la señora Beaully.

Naturalmente, había ciertas dificultades en mi plan que debía resolver. La primera y mayor era conseguir que alguien me presentara a Miserrimus Dexter.

La influencia reconfortante del aire fresco del jardín me hacía apetecer más descansar que preocuparme de resolver problemas. Poco a poco, sentí que el sueño me impedía pensar y la pereza apagaba mi deseo de seguir paseando. Cuando pasé ante la ventana de mi cuarto, la cama me invitaba a descansar.

Acepté esa invitación y me despedí de los problemas y de las preocupaciones.

Minutos después me quedé dormida.

Al cabo de no sé cuánto tiempo, me despertó una llamada suave y discreta en la puerta, y oí la voz de mi buen Benjamin hablando desde fuera.

—¡Querida! Temo que pases hambre si te dejo dormir más. Es la una y media, y un amigo tuyo ha venido a comer con nosotros.

¿Un amigo mío? ¿Qué amigos tenía yo? Mi marido estaba lejos y mi tío, desesperado, también se había ido.

—¿Quién es? —grité desde la cama.

—El mayor Fitz-David —contestó Benjamin.

Salté de la cama. ¡Justo el hombre que quería ver! El mayor Fitz-David conocía a todo el mundo. Siendo amigo íntimo de mi marido, muy probablemente también tendría relación con otro de sus viejos amigos, como Miserrimus Dexter.

¿Puedo confesar que me esmeré en mi aseo y que hice esperar a los comensales? No existe mujer que no hubiera hecho lo mismo, si tuviese que pedirle un favor especial al mayor Fitz-David.

CAPÍTULO XXII

El mayor pone dificultades

Cuando abrí la puerta del comedor, el mayor se apresuró a mi encuentro. Su aspecto era tan reluciente como el de un joven, con su elegante levita azul, su sonrisa atractiva, su anillo de rubí y sus cumplidos siempre a punto. Era agradable encontrarse una vez más con aquel viejo don Juan.

—No le pregunto por su salud, mi querida señora —dijo el maduro caballero—, porque sus ojos ya me han respondido. A su edad, dormir mucho es una verdadera cura de belleza. Dormir mucho; he ahí el sencillo secreto para mantener un buen aspecto y para vivir eternamente. ¡Dormir mucho!

—No he pasado tantas horas en la cama como usted supone, mayor. Si quiere que le diga la verdad, he estado toda la noche despierta, leyendo.

El mayor Fitz-David arqueó sus bien pintadas cejas, con un gesto de sorpresa educada.

—¿Cuál es el libro feliz que le ha interesado tanto? —preguntó.

—El libro —contesté— es el *informe del juicio contra mi marido por el asesinato de su primera esposa*.

La sonrisa del mayor se esfumó; y él retrocedió un paso, con aspecto consternado.

—¡No mencione ese libro horrible! —exclamó—. ¡No hable de ese triste tema! ¿Qué tienen que ver la belleza y la gracia con los juicios, los envenenamientos y los horrores? ¿Por qué, mi encantadora amiga, profana sus labios hablando de semejantes cosas? ¿Por qué espantar al amor y a la gracia que laten en su sonrisa? Complazca a este su amigo que adora al amor y la gracia y que no pide nada más que el sol de su sonrisa. La comida está lista. Alegrémonos. Riamos y comamos.

Me condujo a la mesa y sirvió mi plato y mi copa como si esa fuera la ocupación más importante de su vida. Benjamin tomó la palabra.

—El mayor Fitz-David te trae noticias, querida —dijo—. Tu suegra, la señora Macallan, va a venir a verte hoy.

¡Mi suegra venía a verme! Me volví con ansiedad hacia el mayor, reclamando más información.

—¿Sabe ella algo de mi marido? —le pregunté—. ¿Viene para traerme noticias tuyas?

—Creo que algo sabe de él —dijo el mayor—; y también sabe algo de su tío, el vicario. Nuestro ilustre amigo le ha escrito, ignoro con qué propósito; pero sé que después de leer la carta, su suegra ha decidido venir a verla a usted. Anoche me la encontré en una fiesta y traté con todas mis fuerzas de averiguar si venía como amiga

o como enemiga. Mis poderes de persuasión fueron completamente inútiles con ella. El hecho es —dijo el mayor, hablando como un joven de veinticinco años— que no me llevo bien con las ancianas. La intención es lo que vale, mi dulce amiga. He intentado serle útil y no lo he logrado.

Estas palabras me brindaron la oportunidad que esperaba. Decidí no desaprovecharla.

—Usted me puede ser de gran utilidad de otro modo —dije—, si me permite abusar de su amabilidad. Quisiera hacerle una pregunta, y cuando me haya contestado, tal vez le pida un favor.

Tras llevarse la copa de vino a los labios, el mayor la dejó sobre la mesa y me miró con gran interés.

—Sus deseos son órdenes, mi querida señora. Soy suyo y sólo suyo —dijo el galante caballero—. ¿Qué desea preguntarme?

—Quiero saber si conoce usted a Miserrimus Dexter.

—¡Santo Dios! —exclamó el mayor—. ¡Esa sí que es una pregunta inesperada! ¿Que si conozco a Miserrimus Dexter? Le conozco desde hace tanto tiempo que ni lo recuerdo. ¿Qué pretende...?

—Le puedo decir lo que pretendo en pocas palabras —le interrumpí—. Quisiera que usted me presentara a Miserrimus Dexter.

Tuve la impresión de que el mayor palidecía bajo el maquillaje. Sus ojuelos brillantes me miraron con alarma no disimulada.

—¿Que quiere conocer a Miserrimus Dexter? —repitió, como quien no da crédito a lo oído—. ¡Benjamin! ¿Acaso he bebido demasiado de su excelente vino? ¿Soy víctima de una alucinación o realmente me ha pedido nuestra bella amiga que le presente a Miserrimus Dexter?

Benjamin me miró desconcertado y contestó muy serio:

—Creo que eso es lo que has dicho, ¿no, querida?

—Eso es exactamente lo que he dicho —repliqué—. ¿Qué hay de sorprendente en mi petición?

—¡Ese hombre está loco! —exclamó el mayor—. En toda Inglaterra no podría haber elegido a una persona menos apropiada para presentarle a una dama que Dexter, especialmente a una joven dama. ¿Ha oído hablar de su horrible deformidad?

—Sí, y eso no me acobarda.

—¡Que no la acobarda! Mi querida señora, la mente de ese hombre es tan deforme como su cuerpo. Lo que Voltaire dijo satíricamente del carácter de los campesinos, es literalmente cierto aplicado a Miserrimus Dexter. Es una mezcla de tigre y de mono. Al momento te puede asustar y, al cabo de otro momento, te hará reír a carcajadas. No niego que sea listo; en cierto modo muy listo, lo admito. Y no digo que haya cometido actos violentos o herido a alguien, no. Pero no obstante, está

loco. Perdóneme si la pregunta es impertinente. ¿Qué motivo tiene para querer que se lo presente?

—Quiero hablar con él.

—¿Puedo preguntarle sobre qué?

—Sobre el juicio de mi marido.

El mayor Fitz-David gimió y buscó consuelo momentáneo en el vino de su amigo Benjamin.

—¡Ese asunto otra vez! —exclamó—. Benjamin, ¿por qué insiste esta adorable dama en ese asunto fatal?

—Tengo que perseverar en la que ahora es la única esperanza de mi vida —dije—. Tengo razones para creer que Miserrimus Dexter puede ayudarme a librar a mi marido de la mancha que el veredicto escocés ha supuesto para él. Sea tigre o mono, estoy dispuesta a correr el riesgo. Por eso, le ruego de nuevo, tan precipitada y obstinadamente como me temo que usted pensará, que me presente al señor Dexter. No pretendo causarle problemas ni molestarle pidiéndole que me acompañe. Será suficiente con una carta de presentación.

El mayor miró lastimosamente a Benjamin y movió la cabeza. Benjamin miró lastimosamente al mayor y movió la cabeza.

—Parece que insiste —dijo el mayor.

—Sí —dijo Benjamin—. Parece que insiste.

—Yo no puedo asumir la responsabilidad, Benjamin, de dejarla ir sola.

—¿Quiere usted que vaya con ella, señor?

El mayor reflexionó. Benjamin, en el papel de protector, no parecía inspirar ninguna confianza a nuestro amigo militar. Tras considerarlo un momento, se le ocurrió otra idea.

—Mi encantadora amiga —dijo, volviéndose hacia mí—, sea más encantadora que nunca aceptando un arreglo. Enfoquemos este problema desde un punto de vista social. ¿Qué le parecería una pequeña cena?

—¿Una pequeña cena? —repetí sin entender lo más mínimo.

—Una pequeña cena... —reiteró el mayor— en mi casa. Usted insiste en que yo le presente a Dexter y yo me niego a dejarla a solas con ese loco. En estas circunstancias, no queda otra alternativa que invitarle y dejar que usted se forme su propia opinión de él, bajo la protección de mi techo. ¿A quién más podrá usted conocer? —prosiguió el mayor con las mejores intenciones—. Necesitamos un universo de belleza alrededor de la mesa, para que compense la presencia de Miserrimus Dexter. Madame Mirliflore todavía está en Londres, y seguro que a usted le gustará. Es encantadora, y posee su misma firmeza y tenacidad. Sí, invitaremos a Madame Mirliflore. ¿A quién más? ¿Que le parece lady Clarinda? ¡Otra dama encantadora! Puede estar segura de que la admirará. Es tan comprensiva, que me

recuerda a nuestra bella amiga aquí presente en muchos aspectos. Sí, lady Clarinda estará entre nosotros, y usted, Benjamin, se sentará a su lado, como prueba de mi sincera estima hacia usted.

¿Hacemos que mi joven *prima donna* nos alegre la velada con su canto? Creo que sí. También es guapa, y ayudará a disimular la deformidad de Dexter. Muy bien, ya está la fiesta completa. Esta noche me dedicaré a tratar la cuestión del menú con el cocinero. ¿Qué tal un día de esta semana —preguntó el mayor, sacando su agenda— a las ocho en punto?

Acepté el compromiso propuesto, aunque no muy convencida. Con una carta de presentación, podría haber visto a Miserrimus Dexter esa misma tarde; pero, tal como estaban las cosas, la «pequeña cena» me obligaba a esperar, absolutamente pasiva, toda una semana. De todos modos, no me quedaba más remedio que ceder, porque el mayor Fitz-David, a su modo cortés, era tan obstinado como yo. Evidentemente, él ya estaba decidido y yo no ganaba nada con oponerme.

—A las ocho en punto, Benjamin —reiteró el mayor—. Anótelo en su agenda.

Benjamin obedeció, mirándome de reojo de una manera que sólo más tarde supe interpretar. A mi buen amigo no le entusiasmaba la idea de conocer en la cena a un hombre descrito como «mitad tigre, mitad mono», y el privilegio de sentarse al lado de lady Clarinda, más que tentarle, le intimidaba. Pero como todo era por mí, a él tampoco le quedaba otra elección que ceder.

—A las ocho en punto, señor —dijo el pobre Benjamin, anotando el compromiso obedientemente—. Por favor, sírvase otra copa de vino.

El mayor miró su reloj y se levantó, pidiendo disculpas por tener que dejarnos de forma tan repentina.

—Perdonen, pero es más tarde de lo que creía —dijo—. He quedado con un amigo; quiero decir, una amiga, una persona de lo más atractiva. Usted me recuerda un poco a ella, señora; su cutis posee la misma palidez. Adoro la palidez color crema. Bien, como iba diciendo, tengo una cita con una amiga que me hace el honor de pedirme la opinión sobre unos encajes. Sé mucho sobre encajes antiguos porque estudio todo aquello que me pueda hacer útil o agradable a su encantador sexo. No se olviden de nuestra pequeña cena. En cuanto llegue a casa enviaré la invitación a Dexter —el mayor me cogió la mano y la analizó, con la cabeza ligeramente ladeada—. Una mano deliciosa —dijo—. ¿No le importa que *él* la mire y la bese? Las manos deliciosas son mi debilidad. Perdone mis debilidades. Le prometo arrepentirme y enmendarme un día de estos.

—A su edad, mayor, creo que no le queda mucho tiempo —dijo una voz desconocida detrás de nosotros.

¡Los tres nos volvimos hacia la puerta. Ahí estaba la madre de mi marido, sonriendo irónicamente, junto a la tímida criada de Benjamin, que esperaba para

anunciarla.

El mayor Fitz-David fue rápido en la respuesta; al viejo soldado no le pillaban por sorpresa.

—Mi querida señora Macallan, la edad es un concepto relativo —dijo—. Algunas personas nunca son jóvenes, y otras nunca envejecen. Yo me incluyo en este último tipo. ¡*Au revoir!*

Con esta respuesta, el incorregible mayor besó la mano de mi suegra y se marchó. Benjamin, haciendo gala de su esmerada educación a la antigua, abrió la puerta de la biblioteca y, tras franquearnos el paso a la señora Macallan y a mí, nos dejó a solas en la estancia.

CAPÍTULO XXIII

Mi suegra me sorprende

Me senté a una distancia respetuosa del sofá en que se encontraba la madre de mi esposo; pero la anciana señora me dedicó una cordial sonrisa y me rogó que me acomodara a su lado. A juzgar por las apariencias, no venía a verme en calidad de enemiga. Quedaba por averiguar si verdaderamente estaba dispuesta a ser mi amiga.

—He recibido una carta de tu tío —empezó a decir—. Me pide que te haga una visita, y yo me siento feliz, por razones que ahora mismo oirás, de cumplir su encargo. Por rara que te parezca mi confesión, mi querida niña, dudo mucho que en otras circunstancias me hubiera atrevido a venir. Mi hijo se ha portado contigo de forma tan débil como inexcusable y, realmente, hablando como su madre, casi me avergüenzo ante ti.

¿Hablabas en serio? La escuchaba y la miraba estupefacta.

—La carta de tu tío —continuó la señora Macallan— me explica cómo te has comportado ante la desgracia y qué es lo que te propones hacer, ahora que Eustace te ha dejado. El vicario, ¡pobre hombre!, está sorprendido hasta extremos increíbles de lo que le dijiste cuando estuvo en Londres, y me pide que use mi influencia para convencerte de que abandones tus propósitos actuales y regreses a tu viejo hogar en la vicaría.

Pero yo no coincido con tu tío en lo más mínimo, querida. A pesar de que tus planes sean una locura y de que no tengas ni la más remota posibilidad de llevarlos a la práctica con éxito, admiro tu valor, tu fidelidad y tu fe inconvencible en mi desgraciado hijo, después de su imperdonable comportamiento contigo. Eres una gran mujer, Valeria, y he venido para decírtelo claramente. ¡Dame un beso, niña! Mereces ser la esposa de un héroe y te has casado con uno de los mortales más débiles. ¡Que Dios me perdone por hablar así de mi propio hijo!, pero es lo que pienso y tengo que decirlo.

Esta manera de hablar de Eustace era más de lo que yo podía tolerar, incluso viniendo de su propia madre. Recobré el habla en defensa de mi marido.

—Sinceramente, le agradezco mucho su buena opinión, querida señora Macallan —le dije—. Pero me inquieta, y perdone que se lo diga así de claro, oírle hablar de Eustace en términos tan despectivos. No estoy de acuerdo con usted en que mi marido sea el más débil de los mortales.

—Por supuesto que no, querida —replicó la anciana—, porque eres buena y conviertes en héroe al hombre que amas, se lo merezca o no. Tu marido tiene muchas virtudes, niña, y tal vez yo las conozca mejor que tú. Pero toda su conducta, desde el

momento en que entró en la casa de tu tío hasta ahora, ha sido (lo digo de nuevo) la de un hombre esencialmente débil. ¿Qué crees que ha hecho ahora, para colmo de males? Se ha alistado como miembro de una hermandad de caridad y ha salido para la guerra de España con una cruz roja en el brazo ^[3], en vez de estar aquí, arrodillado, pidiéndole perdón a su esposa. Yo digo que ésta es la conducta de un hombre débil. Otras personas utilizarían palabras más fuertes.

Esta noticia me llenó de estupor y me inquietó aún más. Podía resignarme a perderle durante un tiempo, pero todo mi instinto femenino se rebeló ante el hecho de verle en peligro y lejos de mí. Eustace había aumentado deliberadamente mi preocupación, y pensé que era cruel por su parte, pero no se lo confesé a su madre. Fingí tener su misma calma y discutí sus ideas con toda la firmeza que pude. La anciana continuó injuriándole más vehementemente que antes.

—Lo que lamento —prosiguió la señora Macallan— es que mi hijo no te conozca lo más mínimo. Si se hubiera casado con una mujer de cortos alcances, su actitud sería comprensible. Habría obrado bien si a una mujer de pocas luces le hubiera ocultado que había estado casado antes y que había sufrido un juicio público por el asesinato de su mujer. Entonces habría sido correcto alejarse antes de que ella pudiese sospechar que la estaba envenenando, por la paz y la tranquilidad de ambos.

Sin embargo, tú no eres tonta. De eso me doy cuenta, aunque te conozca desde hace muy poco. ¿Por qué no lo ve él también? ¿Por qué no te confió el secreto desde el principio, en vez de conquistarte con un nombre falso? ¿Por qué planeó (como me confesó) llevarte al Mediterráneo y permanecer en el extranjero, por temor a que alguien le traicionara y le señalara como el acusado del famoso juicio? ¿Cuál es la respuesta más clara a estas preguntas? ¿Cuál es la única explicación posible para esta conducta irracional? Sólo hay una respuesta y una explicación: mi pobre hijo sale a su padre. ¡No se parece en nada a mí! Es débil en sus juicios, débil en su manera de actuar y, como todas las personas débiles, testarudo e irracional hasta el límite. ¡He ahí la verdad!

No te pongas colorada ni te enfades, Valeria. Le quiero tanto como tú, y también sé valorar sus cualidades. Y precisamente una de las mejores es haber conquistado a una mujer valerosa y decidida, tan fiel y tan enamorada de él que ni siquiera le permite a su propia madre que mencione sus defectos. ¡Niña bondadosa! ¡Me gusta que me odies!

—Querida señora, ¡no diga que la odio! —exclamé (¡como si no la odiara por todo lo que había dicho!)—. Sólo me atrevo a pensar que confunde usted a un hombre escrupuloso con uno débil. Nuestro querido y desdichado Eustace...

—Es un hombre escrupuloso —dijo la impenetrable señora Macallan, terminando la frase por mí—. Dejémoslo ahí, querida, y pasemos a otro asunto. Me pregunto si tampoco estaremos de acuerdo ahora.

—¿De qué asunto se trata, señora?

—No te lo diré si me llamas señora. Llámame mamá. Di: «¿De qué se trata, mamá?»

—¿De qué se trata, mamá?

—De tu idea de convertirte en un tribunal de apelación y volver a juzgar a Eustace para obligar a todo el mundo a reconocer un veredicto justo de inocencia. ¿Es realmente ésta tu intención?

—Sí.

Mi suegra reflexionó seriamente.

—Tú sabes lo mucho que yo admiro tu valor y tu amor hacia mi desafortunado hijo —dijo—. Sabes también que yo no me doblego; pero no entiendo que intentes lo imposible. Y no puedo permitir que arriesgues en vano tu reputación y tu felicidad sin advertírtelo antes de que sea demasiado tarde. ¡Niña mía! Lo que se te ha metido en la cabeza no puede llevarlo a buen término ni tú ni nadie. ¡Abandona esa idea!

—Le agradezco mucho, señora...

—¡Mamá!

—Le agradezco mucho, mamá, el interés que se toma por mí, pero no puedo abandonar ese propósito. Voy a afrontarlo, voy a intentarlo, con razón o sin ella, con riesgo o sin el.

La señora Macallan me miró fijamente y suspiró.

—¡Juventud! ¡Juventud! —se dijo a sí misma, con nostalgia—. ¡Qué gran cosa es ser joven! —dominó la queja ascendente y se dirigió a mí súbitamente, y casi con furia—: ¿Qué pretendes hacer, en nombre del cielo?

En cuanto me hizo esta pregunta, se me ocurrió que la señora Macallan podía presentarme a Miserrimus Dexter. Ella debía de conocerle, y conocerle bien, como invitado de Gleninch y viejo amigo de su hijo.

—Quiero hablar con el señor Dexter —le contesté con atrevimiento.

La señora Macallan se levantó, con una exclamación de sorpresa y mirada atónita.

—¿Estás en tus cabales? —preguntó.

Le dije, al igual que le había dicho ya al mayor Fitz-David, que creía que el consejo del señor Dexter podía serme útil como punto de partida.

—Y a mí me parece razonable pensar que todo tu plan es una locura y que pedirle consejo a Dexter es lo mismo que pedirselo a un loco. ¡No te asustes, niña!: la criatura es inofensiva. No es que te vaya a atacar o que vaya a ser grosero contigo; pero Miserrimus Dexter es la última persona con quien una mujer joven, en tu situación delicada y dolorosa, debería relacionarse.

¡Qué extraño! He ahí la advertencia del mayor repetida por la señora Macallan casi con las mismas palabras. ¡Bien! Tenían en común el fatalismo de la mayoría de las advertencias, pero sólo conseguían aumentar mi impaciencia.

—Me sorprende mucho su afirmación —dije—. El testimonio del señor Dexter en el juicio es tan claro y razonable como cualquier otro.

—¡Claro que sí! —contestó la señora Macallan—, porque los escribientes lo convirtieron en un lenguaje presentable y coherente antes de imprimirlo. Si hubieses oído lo que en verdad dijo, como yo lo oí, te habrías disgustado mucho con él o te hubieras reído de él, de acuerdo con tu forma de ver las cosas. Empezó con una modesta explicación de su absurdo nombre de pila, que enseguida animó a la sala. Pero luego salió a relucir su parte trastornada, que le llevó a mezclar verdades y disparates en una total confusión. Se le llamó al orden varias veces; e incluso le amenazaron con multarle y encarcelarle por desacato. En resumen, era él en esencia, una mezcla de los rasgos más raros y más opuestos: a veces perfectamente claro y razonable, como tú acabas de decir; otras veces, extasiándose de un modo terrible, como quien cae en un estado de delirio. La persona menos idónea para dar consejos que existe, te lo repito. ¿No esperarás que sea yo quien te lo presente?

—No se me había ocurrido —contesté—. Pero después de lo que ha dicho, querida señora, abandono la idea, claro. No me supone un gran sacrificio; sólo tengo que esperar a la cena que dará el mayor Fitz-David dentro de una semana, a la cual me ha prometido que invitará a Miserrimus Dexter.

—¡Así es el mayor! —gritó la anciana—. Te compadezco si tienes fe en ese hombre, pues es tan escurridizo como un pez. Supongo que le has pedido que te presente a Dexter, y él te ha prometido invitarle, ¿estoy en lo cierto?

—Sí.

—¡Exacto! Pues Dexter le desprecia, querida. El mayor sabe tan bien como yo que Dexter no irá a la cena, pero da este rodeo para despistarte, en vez de decir «No» sencillamente, como un hombre sincero.

Ésa sí que era una mala noticia. Pero, como es habitual, no quise reconocer mi derrota por pura obstinación.

—En el peor de los casos —dije—, aún me queda la opción de escribir al señor Dexter y pedirle que me conceda una entrevista.

—Y si te la concede, ¿irías sola?

—Sí, sola.

—¿Realmente ésa es tu intención? —se aseguró mi suegra.

—Sí.

—Pues no te permitiré que vayas sola.

—¿Puedo preguntarle, señora, cómo se propone evitarlo?

—Yendo contigo, joven atrevida. Sí, sí, puedo ser tan testaruda como tú si quiero. ¡Fíjate bien! No quiero saber cuáles son tus planes; no quiero verme involucrada. Mi hijo se ha resignado al veredicto escocés, y yo también. Eres tú quien no deja las cosas tal como están, joven presuntuosa y temeraria. Sin embargo, me gustas, y no te

dejaré ir sola a casa de Miserrimus Dexter. ¡Ponte el sombrero!

—¿Ahora? —pregunté incrédula.

—Naturalmente. Mi coche está en la puerta. Y cuanto antes acabe esto, más tranquila estaré. ¡Prepárate y vámonos!

No necesité que me lo dijera dos veces. Sólo diez minutos después, íbamos camino de la casa de Miserrimus Dexter.

Ese fue el asombroso resultado de la visita de mi suegra.

CAPÍTULO XXIV

Miserrimus Dexter. Primera visión

Habíamos terminado de comer antes de que la señora Macallan llegara a casa de Benjamin. La posterior conversación entre mi anciana suegra y yo (de la que sólo he ofrecido un breve resumen) duró hasta últimas horas de la tarde. El sol se estaba cubriendo de nubes cuando subimos al coche, y el crepúsculo empezó a rodearnos tristemente mientras íbamos de camino.

Nos dirigíamos, por lo que pude juzgar, a las afueras de Londres, en dirección norte.

Durante más de una hora el coche atravesó calles laberínticas de oscuros ladrillos, más pequeñas y más sucias a medida que nos alejábamos. Cruzamos barrios que no parecían ni de campo ni de ciudad, sombríos y lúgubres. Aquellos grupos de casas en estado de abandono y con sólo alguna tienda dispersa, parecían aldeas perdidas en las cercanías de Londres, desfiguradas y ahumadas por el paso del tiempo. La perspectiva era cada vez más tenebrosa, hasta que al fin el coche se detuvo y la señora Macallan anunció, a su manera irónica y aguda, que habíamos llegado al final de nuestro trayecto.

—El palacio del príncipe Dexter, querida —dijo—. ¿Qué te parece?

Miré a mi alrededor, sin saber qué pensar, en honor a la verdad. Bajamos del carruaje y anduvimos por un camino de grava a medio construir. A derecha e izquierda, bajo una luz sombría, pude ver cimientos de casas apenas iniciados. Tablones y ladrillos se esparcían a nuestro alrededor, y en algunos sitios, andamios y poleas se alzaban como si fuesen árboles sin ramas en un desierto de ladrillo. Detrás de nosotras, junto a la calzada, se extendía otra zona descampada, aún sin construir. Sobre la superficie de ese segundo desierto, y bajo una luz mística, destacaban las blancas figuras de unos patos vagabundos. Enfrente, a una distancia de unas doscientas yardas, por lo que pude calcular, se levantaba una mole negra que, cuando mi vista se acostumbó al crepúsculo, se convirtió en una casa antigua, larga y baja, rodeada por un seto de hojas perennes y una valla negra.

El cochero nos condujo hacia esa valla, a través de tablones y ladrillos, conchas de ostras y restos de vajilla rota desparramados por el suelo. ¡Ese era el «palacio del príncipe Dexter»!

Había una verja en la valla negra, y también una campanilla, que descubrimos con gran dificultad. Al llamar, el cochero puso en marcha, a juzgar por el sonido, una campana de tamaño prodigioso, más apta para una iglesia que para una casa.

Mientras esperábamos a que nos abrieran, la señora Macallan señaló hacia la

fachada baja y oscura del viejo edificio.

—¡He aquí una de sus locuras! —dijo—. Los constructores de este barrio le han ofrecido no sé cuántos miles de libras por el terreno de la casa. Originariamente era una mansión, y Dexter la compró hace muchos años, en una de sus rarezas estrafalarias, pero no tiene ninguna relación familiar con el lugar.

Las paredes parecen a punto de caerse; el dinero que le ofrecieron le habría sido realmente útil. ¡Pues no! Rechazó la propuesta por carta, con estas palabras: «Mi casa es un monumento pintoresco y bello entre todas las construcciones ínfimas, deshonestas y serviles de esta época inferior, deshonesto y servil. Conservo mi casa, caballeros, como un ejemplo útil para ustedes. Mírenla mientras construyen en los alrededores, y sonrójense, si pueden, de sus propias obras».

¿Se ha escrito alguna vez una carta más absurda? ¡Bah! Oigo pasos en el jardín. Ahí llega su prima. Su prima es una mujer; tengo que decírtelo porque en la oscuridad podrías confundirla con un hombre.

Una voz áspera y profunda, que nunca habría supuesto que fuera de mujer, nos saludó desde el otro lado de la valla.

—¿Quién está ahí?

—La señora Macallan —contestó mi suegra.

—¿Qué es lo que quiere?

—Ver al señor Dexter.

—No puede verle.

—¿Por qué no?

—¿Cuál dijo que era su nombre?

—Macallan, señora Macallan. Soy la madre de Eustace Macallan, ¿comprende?

La voz gruñó durante unos momentos detrás de la valla, pero al fin la llave giró en la cerradura de la verja.

Admitidas en el jardín, a la sombra de los arbustos, no pude ver nada de la mujer de la voz áspera, excepto que llevaba un sombrero de hombre. Sin una palabra de bienvenida ni una explicación, cerró la verja que teníamos detrás y nos condujo a la casa. La señora Macallan la siguió con soltura porque conocía el camino. Yo andaba tan cerca de ella como podía.

—Una bonita familia —me susurró mi suegra—. La prima de Dexter es la única mujer de la casa, y es idiota.

Entramos en un salón espacioso, que tenía un techo bajo, iluminado lúgubramente en su extremo gracias a una lámpara de aceite. Vi que había cuadros colgados en las paredes oscuras, pero los temas que representaban eran invisibles bajo aquella luz débil y sombría.

La señora Macallan se dirigió a la mujer hosca del sombrero de hombre.

—Ahora dígame. ¿Por qué no podemos ver a Dexter?

La prima cogió una hoja de papel de la mesa del salón y se la entregó a la señora Macallan.

—¡El maestro está escribiendo! —dijo la extraña criatura, en un ronco susurro, como si la sola idea de «el maestro» la aterrorizara—. Lea esa nota, y luego quédense o váyanse; hagan lo que gusten.

Abrió una puerta de un lado de la pared, oculta por uno de los cuadros, y desapareció como un fantasma. Nos dejó a las dos solas en el salón.

La señora Macallan se acercó a la lámpara de aceite y leyó la hoja que la mujer le había dado. Yo la seguí y me asomé por encima de su hombro, sin ninguna ceremonia. El papel estaba escrito con una letra firme, grande y bonita. ¿Me había contagiado de la locura que impregnaba la casa? ¿O realmente tenía ante mí estas palabras?

NOTA

Mi inmensa imaginación está trabajando. Visiones de héroes se despliegan ante mí. Reanimo dentro de mí a los espíritus de los grandes desaparecidos. El cerebro me hierve. Todo aquel que me moleste, bajo cualquier circunstancia, lo hará con peligro de su vida.

Dexter

La señora Macallan me miró con aire superior, esbozando su sonrisa irónica.

—¿Todavía insistes en que te lo presente?

El tono de burla con que me hizo la pregunta despertó mi orgullo. Decidí que no sería la primera en ceder.

—No, si pongo en peligro su vida, señora —contesté con frescura señalando el papel que tenía en la mano.

Mi suegra volvió a la mesa del salón y dejó allí el papel sin contestarme. Luego abrió el camino hacia el arco situado a la derecha, más allá del cual sólo pude distinguir un amplio tramo de escalones de roble.

—Sígueme —dijo, subiendo los escalones a oscuras—. Sé dónde encontrarle.

Buscamos a tientas el camino y subimos la escalera hasta el primer rellano. El siguiente tramo, que ascendía en sentido contrario, estaba débilmente iluminado (como el salón de abajo) por una lámpara de aceite cuya luz partía de un lugar aún no visible para nosotras. Tras subir el segundo tramo y cruzar un pequeño pasillo, localizamos la lámpara a través de la puerta abierta de una habitación circular. Su luz enfocaba un grueso tapiz que colgaba desde el techo hasta el suelo en la pared opuesta a la puerta por la que habíamos entrado. La señora Macallan corrió a un lado del tapiz y, tras indicarme que la siguiera, lo franqueó.

—¡Escucha! —me susurró.

Tras pasar por detrás del tapiz, me encontré en un arco oscuro o un pasaje. Un rayo de luz de la lámpara me mostró una puerta cerrada, justo al final del pasaje. Escuché y oí, al otro lado de la puerta, una voz que gritaba, acompañada de un extraordinario sonido, chirriante y silbante, que iba hacia adelante y hacia atrás en un espacio grande, por lo que yo podía imaginar. Cuando el ruido era muy fuerte, vencía al sonido de la voz. Luego, cuando en la distancia el sonido se tomaba más débil, la voz se hacía más audible. La puerta debía de ser de una solidez prodigiosa. Escuchando con la mayor atención posible, yo no conseguía entender las palabras (si es que las había) que la voz pronunciaba, ni lograba distinguir lo que causaba el sonido chirriante y silbante.

—¿Qué está ocurriendo al otro lado de la puerta? —le susurré a mi suegra.

—Adelántate sin hacer ruido —me contestó— y ven a verlo.

Colocó el tapiz por detrás de nosotras para evitar que entrase la luz de la habitación circular. Luego, girando sin hacer ruido el picaporte, abrió la puerta.

Nos ocultamos en la penumbra del arco y miramos a través de la puerta.

Vi (o creí ver en la oscuridad) una enorme habitación, de techo bajo. Únicamente la luz mortecina de la chimenea me permitía vislumbrar objetos y distancias. El fuego teñía de rojo la zona central de la habitación, que teníamos enfrente, y dejaba los laterales sumidos en total oscuridad. Sólo eso había llegado a percibir cuando oí que se acercaba el ruido chirriante. Provenía de una silla de ruedas, que se movía en la zona roja y que transportaba a una figura oscura, con el pelo flotando. Los brazos subían y bajaban, con furia, al poner en marcha la maquinaria que iba impulsando la silla a la máxima velocidad.

—¡Soy Napoleón en el amanecer de la Batalla de Austerlitz! —gritó el hombre de la silla al pasar por delante de mí—. ¡Doy una orden y los tronos se tambalean, caen los reyes, las naciones tiemblan, y miles de hombres luchan, sangran y mueren!

De pronto, perdimos de vista la silla, y el hombre vociferante se convirtió en otro héroe.

—¡Soy Nelson! —se oyó entonces—. Conduzco la flota hacia Trafalgar. Doy las órdenes vaticinando la victoria y la muerte. Veo mi propia apoteosis, mi funeral público, las lágrimas de mi nación, mi entierro en la iglesia gloriosa. Las épocas me recuerdan y los poetas me cantan en versos inmortales.

El estridente artefacto se dirigió a un extremo de la habitación y regresó. La fantástica aparición —hombre y máquina transformados en un único ser—, el nuevo centauro, mitad hombre, mitad silla, se deslizó ante mí de nuevo.

—¡Soy Shakespeare! —gritó ahora con frenesí—. Estoy escribiendo *El rey Lear*, tragedia de tragedias. Soy el poeta que ocupa el pedestal por encima de antiguos y modernos. ¡Luz! ¡Luz! Los versos fluyen como lava de la erupción de mi mente

volcánica. ¡Luz! ¡Luz! Para que el poeta de todos los tiempos escriba las palabras inmortales.

Las ruedas rechinaron y la figura se precipitó hacia el centro de la habitación. Cuando se acercaba a la chimenea, un trozo de carbón (o de madera) se quemó, produciendo una llama viva que iluminó la puerta. ¡En ese momento Dexter nos vio! La silla de ruedas se detuvo de repente con tal sobresalto que hizo crujir el suelo de la habitación; luego cambió de dirección y se deslizó hacia nosotras con la rapidez de un animal salvaje. Retrocedimos para escapar hacia la pared del arco. La silla pasó ante nosotras y apartó el tapiz; entonces, la lámpara de la sala circular iluminó el hueco.

La criatura de la silla detuvo las furiosas ruedas y miró por encima de su hombro, con una curiosidad terrible de contemplar.

—¿Las he atropellado? ¿Las he reducido a polvo por haberse atrevido a interrumpirme? —se preguntó. Tras expresar esta «amable» duda, sus ojos se iluminaron, y su mente se remontó otra vez a Shakespeare y al rey Lear—. ¡Goneril y Regan! —gritó—. Mis dos hijas perversas y diabólicas, ¡venid a mofaros de mí!

—Nada de eso —dijo mi suegra, con tanta calma como si se estuviera dirigiendo a un ser completamente racional—. Soy su vieja amiga, la señora Macallan; y conmigo ha venido a verle la segunda esposa de Eustace Macallan.

En cuanto pronunció las últimas palabras, «la segunda esposa de Eustace Macallan», el hombre saltó de la silla con un grito de horror, como si le hubieran disparado. Durante un momento vi en el aire la cabeza y el cuerpo, completamente desprovisto de extremidades inferiores. Al instante, la terrible criatura cayó al suelo, apoyándose sobre las manos, como un mono. El horror grotesco de la escena culminó cuando la figura se alejó dando saltos a una velocidad prodigiosa, hasta que llegó a la chimenea. Allí se acurrucó al calor de las ascuas mortecinas, estremeciéndose, tiritando y murmurando: «¡Apiádense de mí, apiádense de mí!», docenas y docenas de veces.

Ése era el hombre a quien yo había venido a pedir consejo y ayuda en mi necesidad.

CAPÍTULO XXV

Miserrimus Dexter. Segunda visión

Totalmente descorazonada, disgustada y (si tengo que ser sincera) muy asustada, le susurré a la señora Macallan:

—Me he equivocado y usted tenía razón. Vámonos.

El oído de Miserrimus Dexter debía de ser tan sensible como el de un perro. Me oyó perfectamente.

—¡No! —gritó—. Tráigame aquí a la segunda esposa de Eustace Macallan. Soy un caballero y debo disculparme ante ella. Como estudioso del carácter humano, deseo conocerla.

Aquel hombre parecía haber experimentado una transformación radical. Hablaba con la más gentil de las voces, y suspiraba como una mujer que se recobra tras haber llorado. ¿Estaba recuperando el valor o la curiosidad?

Cuando la señora Macallan me dijo: «Ha terminado el ataque. ¿Todavía quieres que nos vayamos?», le contesté:

—No; estoy dispuesta a entrar.

—¿Ya has recobrado tu confianza en él? —preguntó mi suegra con su habitual tono irónico.

—Ya me he recobrado del terror que me inspiraba —repliqué.

—Siento haberla asustado —dijo la voz suave desde la chimenea—. Hay quien cree que a veces estoy loco. Si eso es cierto, supongo que ustedes han llegado en uno de esos momentos. Admito que soy un visionario; la imaginación se me escapa y digo y hago cosas extrañas. En estas ocasiones, cualquiera que me recuerde ese horrible juicio me traslada al pasado y me causa un gran sufrimiento nervioso. Soy un hombre muy sensible y, como consecuencia inevitable, soy un desdichado. Acepten mis excusas. Entren. Entren y apiádense de mí.

Ahora, incluso un niño habría entrado y se habría apiadado de él, sin sentir el menor temor.

La habitación se iba oscureciendo cada vez más, y ya apenas podíamos ver la figura acurrucada de Miserrimus Dexter junto al fuego que se apagaba.

—¿Es que no va a haber más luz? —preguntó la señora Macallan—. ¿Va a tener que verle esta señora casi a oscuras?

Dexter levantó algo brillante y metálico que colgaba de su cuello, y sopló, emitiendo una cascada de agudas notas musicales. Casi al instante le respondió otra cascada de notas que sonaban más débiles en alguna zona distante de la casa.

—Viene Ariel —dijo—. Tranquilícese, señora Macallan; Ariel me pondrá

presentable a los ojos de una dama.

Saltó en la oscuridad, ayudándose de las manos.

—Espera un poco y tendrás otra sorpresa —me indicó mi suegra—. Ahora verás a la «delicada Ariel».

Oímos unas fuertes pisadas en la habitación circular.

—¡Ariel! —susurró Miserrimus Dexter con suavidad, ya fuera de la oscuridad.

Para mi asombro, la voz masculina de la prima con el sombrero de hombre contestó: «¡Ya voy!».

—¡Mi silla, Ariel!

La persona así llamada apartó el tapiz para dejar pasar la luz, y luego entró en la habitación empujando la silla de ruedas. Se detuvo y levantó del suelo a Miserrimus Dexter, como si fuera un niño. Antes de que le depositara en la silla, él saltó de sus brazos con un grito alegre y aterrizó en el asiento, como un pájaro se posa en una rama.

—Trae la lámpara —ordenó Dexter—. Y el espejo. Perdónenme por darles la espalda —añadió, dirigiéndose a nosotras—. Pero no deben verme hasta que esté peinado. ¡Ariel! El cepillo, el peine y el perfume.

Trayendo la lámpara en una mano, el espejo en la otra y el cepillo (con el peine clavado en él) entre los dientes, Ariel, es decir, la prima de Miserrimus Dexter, se presentó por primera vez ante mí. Pude ver entonces su rostro inexpresivo, redondo y carnoso; sus ojos descoloridos, su nariz gruesa y su barbilla alargada. Era una criatura medio viva, un ser imperfecto y sin forma. Vestida con una chaqueta de marino y botas de hombre de grandes cordones, sólo una falda vieja de franela roja y una peineta rota en su pelo rubio y desgredado indicaban que se trataba de una mujer. Así era la persona huraña que nos había recibido en la oscuridad cuando entramos en la casa por primera vez.

Esta encantadora sirvienta reunió el instrumental para peinar el hermoso pelo de su maestro, le dio a Dexter el espejo de mano y se dispuso a trabajar. Peinó, cepilló, brillantó y perfumó los mechones de cabello y la larga barba sedosa de su amo, con la más rara combinación de torpeza y destreza que he visto jamás. A su modo chapucero, hizo el trabajo a la perfección, en completo silencio y con una mirada apagada. Desde la silla, Dexter supervisaba con espíritu crítico todo el proceso por medio del espejo de mano. Estaba tan enfrascado en la tarea que ni hablaba siquiera, hasta que, dando los últimos toques a la barba, la llamada Ariel se colocó frente a él y de cara a nosotras. Entonces Dexter se dirigió a nosotras, poniendo especial cuidado en no darse la vuelta mientras su aseo estuviera incompleto.

—Señora Macallan —dijo—, ¿cuál es el nombre de pila de la segunda esposa de su hijo?

—¿Por qué quiere saberlo? —preguntó mi suegra.

—Porque no puedo dirigirme a ella llamándola «señora de Eustace Macallan».

—¿Por qué no?

—Porque me recuerda a *la otra*. Y si evoco los días terribles de Gleninch, mi fortaleza cederá y me pondré a gritar otra vez.

Al oír estas palabras me apresuré a intervenir.

—Mi nombre es Valeria —dije.

—Un nombre latino —subrayó Miserrimus Dexter—. Me gusta. Mi nombre también tiene una resonancia latina. La constitución de mi cuerpo también habría sido romana, si hubiera nacido con piernas. Me atreveré a llamarla sólo Valeria, a no ser que usted lo desaprobe.

Me apresuré a decir que no tenía el menor inconveniente.

—Muy bien —dijo Miserrimus Dexter—. Valeria, ¿ve usted el rostro de la criatura que está frente a mí? —señaló a su prima con el espejo de mano, del mismo modo que habría señalado a un perro. Por su parte, la prima no advirtió mejor que un perro el modo despectivo con que él la había señalado. Seguía peinando y perfumando la barba, tan tranquila, sin mostrar el más mínimo interés por lo que sucedía a su alrededor—. ¿Es el rostro de una idiota, verdad? —prosiguió Miserrimus Dexter—. ¡Mírela! Es un mero vegetal. Una col del huerto tiene más vida y expresión que esta muchacha. ¿Cree usted que hay inteligencia, afecto, orgullo y fidelidad latentes en un ser medio desarrollado como éste?

Realmente me avergonzaba contestarle. ¡Era cruel, inhumano e innecesario! La joven impenetrable continuaba arreglando la barba de su amo. Ni una máquina habría sido menos receptiva frente a lo que allí pasaba que aquella criatura incomprensible.

—Yo tengo su afecto, su orgullo, su fidelidad y todo lo demás que en ella haya —prosiguió Miserrimus Dexter—. Yo poseo la llave de su inteligencia dormida. Mírela mientras hablo. La llamé Ariel, pobre desgraciada, en uno de mis momentos irónicos. A ella le tiene que gustar su nombre, como a los perros les gusta su collar. Ahora, Valeria, mire y escuche. ¡Ariel! —el rostro apagado de la joven empezó a brillar; detuvo el movimiento mecánico de la mano y sostuvo el peine en el aire—. ¡Ariel! Has aprendido a peinarme y a perfumarme la barba, ¿verdad?

Su rostro se iluminó.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! —contestó ansiosa—. Y dice que lo hago bien.

—Exactamente. ¿Dejarías que lo hiciera otra persona en tu lugar?

En sus ojos apareció por primera vez un atisbo de luz y vida. Su voz bronca y nada femenina, se tornó suave.

—Nadie lo hará en mi lugar —dijo, orgullosa y tierna a la vez—. Nadie, mientras yo viva, le tocará.

—¿Ni siquiera esta dama? —preguntó Miserrimus Dexter, señalándome con el espejo de mano.

Los ojos de Ariel echaron chispas en un ataque de celos.

—¡Deje que lo intente! —gritó la pobre criatura, subiendo el tono de voz y agitando el cepillo ante mí—. ¡Deje que le toque si se atreve!

Dexter se rió ante aquel arranque infantil.

—Es suficiente, mi delicada Ariel —dijo—. Puede desaparecer tu inteligencia. Vuelve a tu ser original y termina con la barba.

Con actitud pasiva, la mujer reemprendió su labor. La luz nueva que había surgido en sus ojos, la nueva expresión de su cara, se fueron apagando poco a poco hasta que murieron. Al cabo de un minuto, su rostro estaba tan ausente como antes. Sus manos reanudaron el trabajo con esa destreza sin vida que tanto me había impresionado cuando la vi coger por primera vez el cepillo. Miserrimus Dexter parecía estar completamente satisfecho del resultado.

—Pensé que mi pequeño experimento le interesaría —dijo—. ¿Ve cómo funciona? La inteligencia dormida de mi curiosa prima es como el sonido latente de un instrumento musical; yo lo toco y ella me responde. A ella le gusta que juegue con sus emociones, pero su mayor deleite es que le cuente historias. La dejo perpleja, al borde del aturdimiento, y cuanto más la confundo, más le gusta el relato. Ésa es su máxima diversión. Debe usted verlo un día de estos —echó una última mirada al espejo—. ¡Ah! —dijo satisfecho—. Esto ya es otra cosa ¡Esfúmate Ariel!

La joven salió de la habitación dando grandes zancadas con sus fuertes botas, y con la obediencia muda de un animal doméstico. Cuando pasó junto a mí, le dije: «Buenas noches»; pero ni me devolvió el saludo ni me miró: sencillamente, mis palabras no produjeron el menor efecto en sus sentidos apagados. La única voz que le llegaba era la del silencio. Se había convertido una vez más en aquella criatura inanimada y vacía que nos había abierto la verja; y así seguiría hasta que Miserrimus Dexter volviese a hablarle.

—¡Valeria! —dijo mi suegra—. Nuestro modesto anfitrión está esperando tu opinión sobre él.

Mientras mi atención se fijaba en su prima, Dexter había girado la silla de ruedas para quedar frente a mí, con la luz de la lámpara enfocándole de lleno. Al hablar de su presencia como testigo del juicio, creo que me he servido (sin querer) de lo que vi en aquel momento. Vi con claridad un rostro inteligente, unos ojos grandes y claros, la sedosa barba ondulada de color castaño, las manos largas, delicadas y blancas, y un cuello y un pecho magníficos. Ya lo he descrito todo en otro lugar. La deformidad inferior que degradaba y destruía la belleza masculina de su cabeza y su pecho, quedaba ahora oculta por una túnica oriental multicolor que estaba colocada a modo de colcha sobre la silla. El señor Dexter llevaba una chaqueta de terciopelo azul, abrochada a lo largo del pecho con grandes botones de malaquita. Siguiendo la moda del siglo pasado, los extremos de las mangas estaban rematados con unos volantes de

encaje.

Tal vez se debiera a una falta de percepción por mi parte, pero yo no veía ningún rasgo de locura en él, nada que me repeliera cuando me miró. El único defecto que descubrí en su rostro estaba en el borde de los ojos, justo debajo de las sienes. Ahí, cuando se reía, y en menor grado cuando sonreía, la piel se le contraía formando unos curiosos pliegues y unas pequeñas arrugas, que contrastaban con la armonía y el aspecto juvenil de su rostro. En cuanto a los otros rasgos, la boca, por lo que dejaban ver la barba y el bigote, era pequeña y de forma delicada; la nariz, ejemplo perfecto del modelo griego, podía parecer tal vez demasiado delgada si la comparábamos con las mejillas carnosas y la frente ancha. Pero mirándole en conjunto (y hablando naturalmente desde el punto de vista de una mujer, no de un fisonomista), sólo le puedo describir como un hombre extraordinariamente guapo. Un pintor le habría escogido como modelo de San Juan, y una joven que no supiera lo que ocultaba la túnica oriental habría dicho con sólo mirarle: «¡Éste es el héroe de mis sueños!».

—Bien, Valeria —dijo tranquilamente—. ¿La asusto ahora?

—En absoluto, señor Dexter.

Sus ojos azules, grandes como los de una mujer, claros como los de un niño, se fijaron en mi rostro con una expresión cambiante y rara que a la vez me interesaba y me dejaba perpleja. Al principio había en ellos duda, una duda penosa e inquietante que luego se tomó en una aprobación tan abierta e indisimulada, que una mujer vanidosa habría creído conquistarle a primera vista. Pero de repente, una nueva emoción se apoderó de él. Su mirada se hundió, y Dexter inclinó la cabeza y levantó las manos en señal de lamentación. Luego murmuró algo para sus adentros, siguiendo algún hilo de pensamientos secretos y melancólicos que le alejaba más y más del presente y que le sumergía en sus tristes recuerdos. Conseguí captar alguna palabra, y poco a poco, me encontré tratando de desentrañar lo que pasaba por la cabeza de aquel extraño hombre.

—Un rostro mucho más encantador —le oí decir—. Pero no, no tiene una figura más hermosa. ¿Qué figura ha habido más bonita que la suya? Algo de su encantadora gracia sí tiene, pero no toda. ¿En dónde está el parecido que me la hace recordar? ¿Tal vez en el porte de su figura? ¿Tal vez en el movimiento de su talle? ¡Pobre ángel martirizado! ¡Qué vida! ¡Y qué muerte! ¡Qué muerte!

¿Me estaba comparando con la víctima del veneno, con la primera esposa de mi marido? Sus palabras parecían justificar esta conclusión. Entonces, si yo estaba en lo cierto, Dexter había querido mucho a la mujer muerta. El tono quebrado de su voz al hablar de ella no era equívoco. La había admirado en vida y la lloraba muerta. Suponiendo que consiguiera ganarme su confianza, ¿cuál sería el resultado? ¿Salía ganando o perdiendo con ese parecido que él había descubierto? ¿Le consolaba verme o le resultaba doloroso? Esperé con ansiedad a conocer nuevos datos sobre la

primera esposa, pero ni una palabra más se le escapó de los labios a Dexter. Un nuevo cambio se produjo en él; levantó la cabeza y miró a su alrededor, como mira un hombre cansado al ser despertado súbitamente.

—¿Qué he hecho? —dijo—. ¿Se ha extraviado otra vez mi mente? —se estremeció y suspiró—. ¡Oh, esa casa de Gleninch! —musitó tristemente—. ¿Nunca podré alejarla de mis pensamientos? ¡Oh, esa casa de Gleninch!

Para mi decepción, la señora Macallan impidió la revelación de lo que pasaba por su cabeza. Parecía ofendida por el tono y la forma en la que Dexter había aludido a la casa de campo de su hijo. Brusca y decididamente le interrumpió:

—¡Poco a poco, amigo mío, poco a poco! —dijo—. Creo que no sabe lo que está diciendo.

Sus ojos grandes y azules resplandecieron al mirarla. Con un movimiento de la mano acercó la silla hasta situarse al lado de mi suegra. Al cabo de un instante, la cogió del brazo y la hizo inclinarse hacia él para poder susurrarle algo al oído. Estaba tan agitado que no logró dominar su voz, y pude oírle perfectamente desde donde yo estaba sentada.

—¿Que no se lo que estoy diciendo? —repitió con la mirada fija no en mi suegra, sino en mí—. ¡Mujer miope! ¿Dónde están sus gafas? ¡Mírela! ¿No ve el parecido en la figura, que no en el rostro?, ¿no ve el parecido con la primera esposa de Eustace?

—¡Pura imaginación! —replicó la señora Macallan—. No veo nada de eso.

Él, impacientemente, la zarandé del brazo.

—No tan alto —susurró—. La puede oír.

—Les he oído a los dos —dije—. No tiene nada que temer, señor Dexter, si habla delante de mí. Sé que mi esposo estuvo casado con anterioridad y que su primera esposa murió de un modo triste. He leído el juicio.

—¡Ha leído la vida y la muerte de una mártir! —gritó Miserrimus Dexter. De repente, volvió su silla hacia mí, y me miró casi con expresión de ternura, y con los ojos anegados en lágrimas—. Nadie apreció su verdadero valor —dijo—, excepto yo. ¡Sólo yo! ¡Sólo yo!

La señora Macallan se puso a andar impaciente por la habitación.

—En cuanto quieras, Valeria, nos vamos —dijo—. No hagamos esperar más al cochero en este lugar tan inhóspito.

Yo estaba demasiado interesada en dejar que Miserrimus Dexter siguiera hablando del asunto como para querer irme en ese momento. Fingí no haber oído a la señora Macallan, y dejé caer mi mano, como por casualidad, en la silla de ruedas, para lograr que Dexter siguiera junto a mí.

—Usted demostró en el juicio lo mucho que apreciaba a la pobre señora —dije—; y creo, señor Dexter, que tiene usted sus propias ideas sobre el misterio de su muerte.

Él había estado contemplado mi mano, posada en el brazo de su silla, hasta que

me atreví a decirle esas palabras. En ese instante, levantó súbitamente los ojos y los fijó en mi rostro con expresión de sospecha.

—¿Cómo sabe que yo tengo mis propias ideas? —preguntó severamente.

—Lo sé desde que leí el juicio —contesté—. El letrado que le interrogó usó casi las mismas palabras que yo. No tengo la intención de ofenderle, señor Dexter.

Su semblante se despejó tan rápidamente como se había nublado. Dexter sonrió y puso su mano sobre la mía. Aquel roce me produjo un escalofrío, haciendo temblar cada uno de mis nervios. Rápidamente, retiré la mano.

—Le pido perdón —dijo— si la he malinterpretado. Tengo mis propias ideas sobre la infeliz señora —hizo una pausa y me miró en silencio, con la mayor seriedad—. ¿Tiene usted alguna hipótesis —preguntó— sobre su vida o sobre su muerte?

Estaba totalmente interesada. Ardía por saber más. A lo mejor le animaba a hablar si era franca con él. Le contesté:

—Sí.

—¿Ideas que le ha comentado a alguien? —prosiguió.

—A nadie —repliqué— hasta ahora.

—¡Qué raro! —dijo, todavía serio y leyendo en mi rostro—. ¿Qué interés puede usted tener en una mujer muerta a quien ni siquiera conoció? ¿Por qué me pregunta eso precisamente ahora? ¿Tiene algún motivo para venir aquí a verme?

Con audacia le confesé la verdad:

—Tengo un buen motivo.

—¿Esta relacionado con la primera esposa de Eustace Macallan?

—Sí.

—¿Con algo que sucedió estando ella viva?

—No.

—¿Con su muerte?

—Sí.

De repente, entrelazó las manos con un gesto de desesperación, y luego se apretó las sienes, como si le hubiera asaltado un dolor súbito.

—No puedo escucharlo esta noche —dijo—. Lo daría todo por hablar con usted, pero no me atrevo, porque en el estado en que me encuentro perdería el dominio de mí mismo. No tengo fuerzas para recordar el horror y el misterio del pasado; no tengo el valor suficiente para abrir la tumba de la mártir. ¿Me escuchó cuando entré aquí? Poseo una imaginación inmensa, desbordante. A veces la dejo volar y me convierto en actor; interpreto los papeles de todos los héroes que han existido; me identifico con sus caracteres; me confundo con ellos. Entonces soy el hombre que imagino ser. No puedo evitarlo; me veo forzado a hacerlo porque si frenara mi imaginación en esos momentos, me volvería loco. Me dejo ir, y acabo exhausto, y con la sensibilidad terriblemente agudizada. En esos momentos, surgen la melancolía

y las horribles asociaciones, y soy capaz de gritar y caer en la histeria. Usted ya me ha oído gritar.

Pero no; no me verá histérico. No, Valeria; no, inocente reflejo de la desaparecida, yo no la asustaría a usted por nada del mundo. ¿Podría volver mañana, de día? Tengo una calesa y un pony; y Ariel, mi delicada Ariel, sabe llevar un carruaje: puede ir a buscarla a usted a casa de la señora Macallan. Hablaremos mañana, cuando esté preparado; pero sepa que me muero por escucharla. Estaré listo para usted por la mañana. Me mostraré cortés, inteligente y comunicativo por la mañana. ¡Y ahora basta! Se acabó este asunto demasiado interesante y excitante. Debo calmarme o me estallará la cabeza. La música es la verdadera medicina para mi cerebro exaltado. ¡Mi arpa! ¿Dónde está mi arpa?

Se deslizó apresuradamente hasta el otro extremo de la habitación y pasó por delante de la señora Macallan, que se aproximaba para insistir en que nos fuéramos.

—¡Vamos! —dijo la anciana, muy irritada—. Ya le has visto en plena acción, Valeria. Si te quedas más tiempo, te aburrirás. Vámonos.

La silla volvió a acercarse lentamente. Miserrimus Dexter la dirigía con una sola mano. En la otra llevaba el arpa, un modelo que yo sólo había visto en los cuadros; tenía pocas cuerdas y era tan pequeña que podía sostenerla en mi falda fácilmente. Era el arpa antigua de las musas y de los legendarios bardos de Gales.

—Buenas noches, Dexter —dijo la señora Macallan.

Él alzó una mano imperiosamente, y le ordenó a mi suegra:

—¡Espere! Déjela que me oiga cantar —se volvió hacia mí—. Me niego a deberle a nadie mi poesía y mi música, así que yo mismo las compongo. Improviso. Déjeme pensar; improvisaré para usted. Cerró los ojos y reposó la cabeza en el borde del arpa. Mientras pensaba, sus dedos rozaban las cuerdas con suavidad. Al cabo de unos pocos minutos, levantó la cabeza, me miró y tocó las primeras notas, el preludeo del canto.

¿Era buena o mala su música? Ni siquiera puedo decir que fuera música; se trataba de una sucesión salvaje y bárbara de sonidos, totalmente diferente de cualquier composición conocida. A veces, sugería una danza oriental, lenta y ondulante. Otras, los tonos evocaban la armonía más severa del canto gregoriano. Las estrofas posteriores al preludeo eran salvajes y libres de toda regla o precepto. Aquella extraña canción estaba, con toda seguridad, inspirada por la ocasión, y yo era su tema. Con la más bella y aguda voz de tenor que jamás he escuchado, el poeta cantó para mí así:

¿Por qué ha venido?

Me recuerda a la desaparecida;

Me recuerda a la muerta:

*Su figura es como la otra,
Su andar es como el otro:*

*¿Por qué ha venido?
¿La trae el Destino?
¿Recorreremos juntos
el laberinto del pasado?
¿Buscaremos juntos
los secretos del pasado?
¿Intercambiaremos pensamientos,
suposiciones, sospechas?*

*¿La trae el Destino?
El futuro lo dirá.
Que pase la noche,
Que llegue el día.
Leeré en su mente,
leerá en la mía.
El futuro lo dirá.*

Su voz se sumergía lentamente en el silencio. Sus dedos tocaban las cuerdas cada vez con mayor debilidad a medida que llegaba a los últimos versos. Su cerebro sobreexcitado necesitaba reposo. Con las palabras finales, cerró lentamente los ojos, apoyó la cabeza en la silla y se durmió con los brazos alrededor del arpa, como un niño se duerme abrazado a un juguete nuevo.

Salimos de puntillas y dejamos a Miserrimus Dexter, poeta, músico y loco, en su sueño sosegado.

CAPÍTULO XXVI

Más obstinación por mi parte

Abajo, en el sombrío salón, Ariel aguardaba, entre dormida y despierta, a que los visitantes se marcharan de la casa. Sin hablarnos, sin mirarnos, nos guió hacia el oscuro jardín y cerró con llave la verja detrás de nosotras. «Buenas noches, Ariel», le grité desde el otro lado de la valla. La única respuesta fue el sonido de sus fuertes pisadas que regresaban hacia la casa y el fuerte portazo un momento después.

El cochero, precavido, ya había encendido las luces del carruaje. Usando una de ellas como linterna, nos alumbró mientras avanzábamos por el desierto de ladrillo, y así conseguimos llegar sanas y salvas a la calle principal.

—¡Bien! —dijo mi suegra, cuando estuvimos cómodamente sentadas en el coche—. Ya has visto a Miserrimus Dexter; espero que estés satisfecha. Le haré la justicia de afirmar que nunca le he visto tan loco como esta noche. ¿Qué opinas tú?

—No me atrevo a llevarle la contraria —le contesté—. Pero yo no estoy tan segura de que sea un loco.

—¿Que no está loco? —gritó mi suegra—. ¿Después de haber presenciado esa frenética representación de personajes? ¿Después de haberle visto exhibirse con la desgraciada de su prima? ¿Después de haber escuchado la canción que ha compuesto en tu honor y de contemplar su decaimiento final, aún te atreves a decir que no está loco? ¡Oh, Valeria! Dice bien el sabio proverbio: «No hay peor ciego que el que no quiere ver».

—Perdóneme. He visto todo lo que usted resalta y en mi vida me he sentido más sorprendida y confusa. Pero, ahora que me he recuperado del asombro y puedo pensar con más tranquilidad, todavía dudo de si ese hombre está realmente loco, en el auténtico sentido de la palabra.

Me parece que él expresa abiertamente, aunque admito que de un modo raro y violento, aquellos pensamientos y sentimientos que la mayoría de nosotros ocultamos por vergüenza o cobardía. Confieso que a menudo me he imaginado transformada en otra persona y que he sentido placer al verme dentro de otro personaje. Una de nuestras primeras diversiones cuando aún somos niños (si es que tenemos imaginación) es salir de nuestra personalidad y jugar a asumir otra diferente: ser un hada, ser una reina, ser cualquier cosa, en resumen, excepto lo que de verdad somos.

El señor Dexter, al igual que los niños, no guarda secretos; y si a esto lo llamamos locura, él está loco. Sin embargo, he observado que cuando su imaginación se calmaba, volvía a ser Miserrimus Dexter y ya no se creía Napoleón o Shakespeare. Además, hay que tener en cuenta la vida solitaria y sedentaria que lleva. No sé lo

bastante como para valorar la influencia que este tipo de vida haya podido ejercer en su personalidad; pero creo que ha influido mucho en su imaginación desbordante. Y respecto a la exhibición de su poder sobre la pobre prima y a la canción final, supongo que se deben más a su excesiva vanidad que a otra causa más fantástica.

Espero que esta última confesión que voy a hacerle no rebaje la buena opinión que tiene usted de mí, pero debo decirle que he disfrutado visitándole y, lo que es peor, ¡que Miserrimus Dexter me interesa!

—¿Significa esta sabia disertación sobre Dexter que tienes la intención de volverle a ver? —preguntó la señora Macallan.

—No sé lo que pensaré mañana por la mañana —dije—. En este momento, decididamente, mi intención es volver a verle. Hablé un momentito con él mientras usted estaba en el otro extremo de la habitación y creo que él me puede ser de gran utilidad...

—¿Serte de gran utilidad? ¿En qué? —interrumpió mi suegra.

—En el objetivo que tengo en mente y que, mi querida señora Macallan, lamento decir que usted no aprueba.

—¿Y vas a confiar en él, a abrir tu mente al hombre que acabamos de dejar?

—Sí, si mañana sigo pensando lo mismo que ahora. Sé que es un riesgo, pero debo correrlo. Sé que no soy prudente, mas la prudencia no ayudará a una mujer en mi situación.

La señora Macallan no protestó más. Abrió un bolsillo espacioso que había en el coche y sacó de él una caja de cerillas y una lámpara portátil.

—Me provocas —dijo la anciana— y me obligas a enseñarte lo que tu marido piensa de tu capricho. Tengo aquí esta carta, la última que he recibido de España. juzga por ti misma, pobre criatura engañada, si mi hijo se merece este sacrificio... este inútil e imposible sacrificio que vas a hacer por él. ¡Enciende una cerilla!

La obedecí en el acto. Desde que sabía que Eustace se había ido a España, ansiaba tener más noticias tuyas, algo que me ayudase a sostenerme después de tanto sufrimiento y de tanta decepción. Hasta entonces ni siquiera sabía si mi marido pensaba en mí en su exilio voluntario; pero había aceptado esa incertidumbre por el momento, ya que aún me parecía demasiado pronto para esperar que se hubiera arrepentido de la precipitación con que se había separado de su esposa.

Una vez encendida la lámpara, la colocamos en su sitio, entre las dos ventanas delanteras del carruaje, y la señora Macallan me entregó la carta de su hijo. No hay locura semejante a la locura de amor; me costó horrores no besar el papel que había tocado la mano querida.

—¡Ahí! —dijo mi suegra—. Empieza por la segunda página, la página dedicada a ti. Lee sin parar hasta la última línea y ¡por Dios, niña!, vuelve en ti antes de que sea tarde.

Seguí sus instrucciones y leí lo siguiente:

¿Puedo confiar en mí y escribir sobre Valeria? ¡Tengo que saber de ella! Dime cómo está, qué hace, cuál es su aspecto. Pienso en ella constantemente, y no pasa un día sin que lamente haberla perdido. ¡Si se hubiera conformado con dejar las cosas como estaban! ¡Si nunca hubiese descubierto la triste verdad!

Cuando la vi por última vez, hablé de leer el juicio. ¿Insiste en leerlo? Creo, y lo digo seriamente, madre, que la vergüenza y el horror habrían acabado conmigo si la hubiese visto cara a cara después de conocer la ignominia que he sufrido, la infame sospecha a la que he sido expuesto públicamente. Piensa en esos ojos puros mirando al hombre que ha sido acusado (y nunca totalmente absuelto) del más terrible y vil de los crímenes, y luego piensa en lo que él debe de sentir, si es que aún le queda vergüenza y alma. Sólo escribirlo ya me enferma.

¿Todavía le da vueltas a ese proyecto imposible, fruto —¡pobre ángel mío!— de su generosidad ingenua e irreflexiva? ¿Todavía imagina que está en sus manos proclamar ante el mundo mi inocencia?

Madre, si es así, haz todo lo que puedas para que abandone esta idea. Evítale la humillación, las decepciones, incluso los insultos, a los que inocentemente se expondría. Por ella y por mí, no regatees ningún esfuerzo hasta llegar a este fin justo y bueno.

No le envió ningún mensaje personal, no me atrevo. Cuando la veas, no le digas nada que la incite a recordarme; al contrario, ayúdala a olvidarme tan pronto como sea posible. Lo mejor que puedo hacer, mi única expiación, es desaparecer de su vida.

Así terminaba la carta, con estas terribles palabras. Se la devolví a mi suegra en silencio. Por su parte, ella dijo bien poco.

—Si esto no te desanima —indicó, doblando la carta lentamente—, nada lo hará. Dejémoslo ahí y no digamos nada más.

No contesté. El velo ocultaba mi llanto. Mi perspectiva familiar era realmente triste. ¡Y mi desdichado marido estaba tan desorientado y tan equivocado! No entendía que nuestra única opción (y el único consuelo para mí) era aferrarnos a mi resolución desesperada más que nunca. Si lo que yo precisaba era que algo me confirmara en mi idea y me armara contra las protestas de todos mis amigos, ese algo era la carta de Eustace. Al menos, no se había olvidado de mí; pensaba en mí y lamentaba haberme perdido cada día de su vida. Eso me dio suficiente valor entonces. «Si Ariel me viene a buscar mañana con la calesa y el pony, pensé, me iré con ella.» La señora Macallan me dejó en casa de Benjamin.

Al marcharme, le comenté, dejándolo a propósito para el final, que Miserrimus

Dexter había dispuesto enviarme a su prima con la calesa al día siguiente. Le pregunté si me permitía que fuera a su casa para aguardar allí a la prima o si prefería enviar la calesa a casa de Benjamin. Esperaba que un arranque de furia fuera la merecida réplica a esta explicación descarada de mis planes para el día siguiente; pero la anciana me dio una sorpresa agradable: demostró que realmente yo era de su agrado, y se contuvo.

—Si insistes en volver a casa de Dexter, no lo harás desde mi puerta —dijo—. Espero que no insistas y que mañana por la mañana seas una mujer más sabia.

A la mañana siguiente, antes del mediodía llegó la calesa a la puerta junto con una carta de la señora Macallan.

No tengo derecho a controlar tus movimientos, escribía mi suegra. Envío la calesa a casa de Benjamin y sinceramente confío en que no te subas en ella. Desearía poder convencerte, Valeria, de que soy tu amiga. Me he pasado toda la noche preocupada por ti, y me he reprochado muchas veces no haber hecho más de lo que hice por evitar tu infeliz matrimonio. Pero incluso ahora no sé bien cómo debería haber obrado. Mi hijo me contó que se había comprometido contigo bajo un apellido falso, pero nunca me dijo cuál era ese apellido, ni quién eras tú o dónde vivía tu familia. Quizá debería haber tomado medidas para averiguarlo; tal vez debería haberme entrometido y aclarado las cosas, afrontando incluso el triste sacrificio de hacer de mi hijo un enemigo. Sinceramente, creí que mi deber era desaprobarte el matrimonio y rehusar estar presente en la ceremonia. ¿Me di por satisfecha con demasiada facilidad? Es tarde para preguntárselo.

¿Por qué te molesto con las lamentaciones y las dudas inútiles de una anciana? Niña mía, si alguien te hace daño, me sentiré indirectamente responsable. Es la inquietud que invade mi mente lo que me hace escribirte sin decir nada que te pueda interesar. ¡No vayas a casa de Dexter, por favor! El temor de que vayas allí y de que todo acabe mal me ha estado acechando durante toda la noche. Excúsate con un pretexto. ¡Mi querida Valeria! Creo firmemente que si vuelves a esa casa, te arrepentirás.

¿Ha existido alguna vez una mujer más claramente advertida y más cuidadosamente aconsejada que yo? ¡Pues aun así deseché la advertencia y el consejo!

Debo reconocer que me impresionó mucho la amable y sincera carta de mi suegra, aunque no alteró mi resolución. Mientras viviera y pensara, mi único propósito era conseguir que Miserrimus Dexter me confiase sus ideas acerca de la muerte de la primera señora Macallan. Ésos eran los pensamientos que me guiaban como estrellas a lo largo del camino oscuro en que andaba. Respondí a la señora

Macallan, tal como me sentía, compungida y pesarosa.

CAPÍTULO XXVII

El señor Dexter en casa

Encontré a todos los niños revoltosos del barrio alrededor de la calesa y del pony, expresando, en una jerga desconocida para mí, lo mucho que disfrutaban y apreciaban la presencia de Ariel, con su chaqueta y su sombrero masculinos. El pony estaba nervioso; sentía la influencia del tumulto. La conductora, por el contrario, se mantenía tranquilamente sentada, con el látigo en la mano y por completo ajena a las burlas y las mofas que la rodeaban.

—Buenos días —le dije al subir a la calesa.

Ariel se limitó a gritar:

—¡Arre! —y el pony arrancó.

Decidí realizar en silencio el trayecto hasta el norte de la ciudad. Era evidente que resultaba inútil cualquier intento de entablar conversación, pues la experiencia me había enseñado a no esperar una sola palabra de los labios de mi acompañante. No obstante, la experiencia no siempre es infalible.

Después de conducir una media hora en silencio, Ariel me sorprendió cuando rompió súbitamente a hablar.

—¿Sabe por dónde vamos a pasar? —me preguntó, mirando fijamente por entre las orejas del pony.

—No —contesté—. No conozco el camino. ¿Por dónde pasaremos?

—Por el canal.

—¿Y bien?

—¡Bien! Siento ganas de arrojarla allí.

Este formidable anuncio requería alguna explicación. Me tomé la libertad de pedírsela.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Porque la odio —fue su respuesta fría y franca.

—¿He hecho algo que la haya ofendido?

—¿Qué quiere del maestro? —preguntó a su vez Ariel.

—¿Quiere decir el señor Dexter?

—Sí.

—Quiero hablar con él.

—¡No! Quiere quitarme el sitio. Quiere cepillarle el pelo y perfumar su barba en mi lugar. ¡Miserable!

Empecé a entenderlo. La idea que Miserrimus Dexter le había metido en la cabeza la noche anterior como burla, había madurado lentamente en el torpe cerebro

de Ariel, y ahora, unas quince horas después, ella la estaba traduciendo en palabras bajo la influencia irritante de mi presencia.

—Yo no pretendo cuidarle el pelo ni la barba —dije—. Eso lo dejo todo en sus manos.

Me miró. Su cara rellena se sonrojó y sus ojos apagados se dilataron, porque no estaba acostumbrada a expresarse ni a comprender lo que se le respondía.

—Dígalo otra vez —habló—, y dígalo más despacio.

Se lo repetí más despacio.

—¿Júrelo! —gritó, cada vez más exaltada.

Yo mantuve la calma (el canal ya estaba a la vista) y se lo juré.

—¿Está satisfecha ahora? —pregunté.

No hubo respuesta; Ariel había agotado sus últimos recursos para hablar. Aquella extraña criatura volvió a mirar al frente por entre las orejas del pony, y emitió un gruñido de alivio. Ya no volvió a mirarme, ni habló durante el resto del trayecto. Así fue como pasamos por la orilla del canal y me libré de ser arrojada a sus oscuras aguas.

Ariel aceleró la marcha del vehículo por las calles y los descampados, que ahora yo apenas reconocía debido a la oscuridad del día anterior y que a la luz del día parecían aún más sucios y más repugnantes. La calesa entró en un pasaje demasiado estrecho para un vehículo de mayor dimensión y se detuvo ante una pared y una verja que eran nuevas para mí. Abriendo la verja con la llave y guiando al pony, Ariel me introdujo en el jardín trasero de la vieja y laberíntica casa de Miserrimus Dexter. El pony echó a andar hacia el establo, y mi silenciosa compañera me condujo primero a través de la cocina, vacía y desoladora, y luego por un pasillo de piedra. Tras abrir una puerta situada al fondo, me hizo pasar a la zona posterior del salón, el mismo salón al que habíamos accedido la señora Macallan y yo por la puerta principal. Allí, Ariel levantó un silbato que colgaba de su cuello y emitió unas notas, cuyo sonido ya me era familiar como medio de comunicación entre Miserrimus Dexter y su esclava. Tras hacer sonar el silbato, los labios de la esclava lucharon para hablar por última vez.

—Espere hasta oír el silbido del maestro —dijo—. Luego ya puede subir.

¡Así fue! Me tenían que silbar como a un perro; y, lo que era peor, no tenía más remedio que someterme como un perro. ¿Iba a disculparse Ariel? ¡Nada de eso! Me dio la espalda y se esfumó por la zona de la cocina.

Después de esperar durante varios minutos sin escuchar nada en el piso superior, me dirigí a la parte más amplia y más luminosa del salón, para contemplar a la luz del día los cuadros que había vislumbrado en la oscuridad de la noche. Un texto escrito bajo la cornisa del techo me informó de que aquellos cuadros eran obra del todopoderoso Dexter, que no satisfecho con ser poeta y músico, se definía, además,

como pintor. En una de las paredes se describían los temas como «Ilustraciones de las pasiones»; en otra, como «Episodios de la vida del judío errante» ^[4]. Aquella inscripción rogaba a los espectadores imprevistos como yo que contemplasen los cuadros como esfuerzos de imaginación pura. «El señor Dexter no se dirige con su pincel a quien busque la mera naturaleza en las obras de arte, explicaba el texto. El autor confiaba plenamente en su imaginación. La naturaleza le irrita».

Procurando ahuyentar la naturaleza de mi mente, empecé a contemplar los cuadros que representaban las pasiones.

Yo sabía poco de arte, pero pude percibir que Miserrimus Dexter sabía todavía menos de dibujo, color y composición. Sus cuadros eran, en el sentido estricto del término, manchas. El deleite morboso y desbordante con que el pintor representaba los horrores era (con ciertas excepciones que comentaré más adelante) la única cualidad notable que descubrí en esta serie de trabajos.

El primer cuadro representaba la pasión de la venganza. A la orilla de un espumoso río, bajo la sombra de un árbol gigantesco, yacía un cadáver. Junto al cuerpo inerte, un hombre enfurecido blandía una espada levantada hacia el cielo encapotado, y contemplaba, con una expresión terrible de deleite, la sangre del hombre al que acababa de matar, que brotaba en una procesión lenta de grandes gotas rojas a lo largo del filo de su arma.

El siguiente cuadro tenía como tema la crueldad, ilustrada a lo largo de varias escenas. En una de ellas, vi un caballo herido y espoleado por su jinete en una corrida de toros. En otra, un anciano filósofo diseccionaba a un gato vivo y parecía recrearse en su trabajo. En una tercera escena, dos paganos se felicitaban mutuamente por la tortura de dos santos.

Después de contemplar estos ejemplos, ya no quise ver ni un solo cuadro más sobre las pasiones. Me volví hacia la pared opuesta para conocer los del judío errante. Allí una segunda inscripción me informó de que el pintor consideraba que el holandés errante ^[5] no era otro que el propio judío errante en su interminable viaje por el mar. El pincel de Dexter había elegido aventuras marinas para representar a este personaje.

El primer cuadro mostraba un puerto de una costa rocosa. Un timonel cantaba sobre la cubierta de un barco anclado en el muelle. El mar estaba negro y sembrado de olas amenazadoras; nubes tormentosas asomaban en el horizonte, salpicadas por las luces de los relámpagos. El reflejo de los rayos, zigzagueantes e inclinados, dejaba a la vista la forma borrosa del buque fantasma, que se aproximaba al puerto. En esta obra, aunque mal pintada, había indicios reales de una poderosa imaginación, e incluso de un sentido poético de lo sobrenatural.

El cuadro siguiente mostraba al barco fantasma atracado (para horror y pasmo del timonel) en el mismo puerto. El judío errante había bajado a tierra y su barca le aguardaba. Los miembros de la tripulación —pequeños hombres de caras blancas,

vestidos de un negro fúnebre— estaban sentados en dos filas, sosteniendo los remos en sus manos alargadas. El judío, también vestido de negro, tenía alzadas las manos y la mirada, implorando al cielo tormentoso. Criaturas salvajes de la tierra y del mar (el tigre, los rinocerontes, el cocodrilo, la serpiente de mar, el tiburón y la manta) rodeaban al maldito errante en un círculo místico, rígidos y fascinados por su presencia. Ya no había relámpagos; cielo y mar se habían oscurecido hasta adquirir un color negro profundo. Iluminaba la escena la luz tenue y misteriosa de una antorcha blandida por un espíritu vengativo que giraba en torno al judío, suspendido en el aire y con alas de buitre desplegadas.

El cuadro era salvaje, pero me resultó muy sugestivo. Era indudable que influían en mí el silencio misterioso de la casa y mi extraña situación en aquel momento. Mientras contemplaba ese cuadro tenebroso, un silbido rompió la quietud. Yo tenía los nervios tan alterados que, sin querer, di un grito de alarma; por un instante sentí el impulso de abrir la puerta y salir corriendo. Me aterrorizaba la idea de confiar, estando sola, en el hombre que había pintado esos cuadros tétricos.

Tuve que sentarme en una de las sillas del salón, y transcurrieron algunos minutos antes de que me calmara y volviera a mi estado habitual. El silbido sonó por segunda vez, con premura impaciente. Me levanté y subí el tramo de la escalera que conducía a la antesala; retroceder habría sido degradante para mi orgullo. Sin embargo, he de reconocer que el corazón me estallaba cuando llegué al final de la escalera y que sólo entonces supe con claridad la imprudencia que estaba cometiendo.

Había un espejo sobre la repisa de la chimenea. A pesar de lo nerviosa que estaba, me detuve un instante para contemplarme en él. Aunque me había movido con cuidado, el oído de sabueso de Miserrimus Dexter escuchó el sonido que hacía mi vestido al rozar el suelo, y la modulada voz de tenor que había oído cantar la noche anterior me llamó suavemente.

—Valeria, ¿es usted? Por favor, no espere ahí. ¡Pase! Entré en la habitación.

Miserrimus Dexter se adelantó para recibirme, avanzando en su silla de ruedas tan lenta y suavemente que apenas la percibí. Me tendió la mano con gesto lánguido; su cabeza estaba ladeada con aire pensativo y sus grandes ojos azules me miraban lastimosamente. No quedaba ni un vestigio de la criatura exaltada de mi primera visita, la que por momentos se creía Napoleón e instantes después, Shakespeare. El señor Dexter de la mañana era un hombre cálido, pensativo y melancólico, que sólo me recordaba al señor Dexter de la noche por su rara vestimenta. En esta ocasión, llevaba una chaqueta de seda rosa acolchada, y la túnica con que ocultaba su deformidad, y que hacía juego con la chaqueta, era de satén en un bello color verde pálido. Para completar su extravagante apariencia, lucía en las muñecas unas pulseras de oro macizo que parecían muy antiguas.

—¡Cuánto le agradezco que haya venido a animar y a adornar mi casa! —dijo con

un tono musical y afligido—. Me he vestido expresamente para recibirla, con las mejores ropas. No se sorprenda. Salvo en este siglo nuestro, material e innoble, los hombres siempre han lucido adornos y colores, como las mujeres. Hace cien años, un caballero adecuadamente vestido usaba seda rosa; y hace mil quinientos años, los patricios de la época clásica llevaban pulseras exactamente iguales a las mías. Yo desprecio, de la época en que vivo, el desdén brutal por la belleza y el miedo a gastar, que degrada el traje del caballero y le hace vestir de negro y llevar un solo anillo. Me gustan el brillo y la belleza, especialmente cuando el brillo y la belleza me vienen a ver. Usted no sabe lo preciosa que su compañía resulta para mí. Hoy tengo uno de mis días melancólicos; siento tristeza y lástima por mí; me consume la pena, suspiro y las lágrimas me brotan espontáneamente. ¡Piense en lo que soy! Una pobre criatura solitaria, maldita por su terrible deformidad. ¡Digno de compasión! ¡Espantoso! Mi sensible corazón, malgastado; mi extraordinario talento, inútil y derrochado. ¡Triste! ¡Me siento triste! Le ruego que me compadezca.

Sus ojos realmente estaban llenos de lágrimas, lágrimas de autocompasión. Me miró y me habló con los gemidos suplicantes y quejumbrosos de un niño enfermo que quiere que le cuiden. Yo estaba perpleja, sin saber qué hacer. Era completamente ridículo, pero en mi vida me había sentido más apurada.

—Le ruego que me compadezca —repitió—. ¡No sea cruel! Sólo le pido un pequeño favor. Hermosa Valeria, ¡diga que me compadece!

Le expresé mi compasión y sentí que me sonrojé al decírselo.

—Gracias —dijo Miserrimus Dexter humildemente—. Me hace mucho bien. Vaya un poco más lejos. Deme una palmadita en la mano.

Intenté contenerme, pero lo absurdo de su última petición (¡hecha con la mayor seriedad!) exigía demasiado control, control del que yo no era dueña en aquel momento. Rompí a reír a carcajadas.

Miserrimus Dexter me miró con tal expresión de asombro que me indujo a reír aún más. ¿Le había ofendido? Por lo visto no. Recobrándose de su sorpresa, echó la cabeza hacia atrás, como el crítico que presencia una actuación. Cuando dejé de reírme, exhausta, levantó la cabeza, empezó a aplaudir y me honró pidiéndome un «bis».

—Repítalo —dijo aún del mismo modo infantil—. Alegre Valeria, usted tiene una risa musical. Yo tengo un oído musical. Repítalo. Esta vez me mantuve seria.

—Me avergüenzo de mi misma, señor Dexter. Le ruego que me perdone.

No contestó. No sé siquiera si me oyó. Su humor variable parecía estar sufriendo un nuevo cambio. Miró mi vestido (según supuse) con fija atención, sacando sus propias conclusiones y siguiendo el curso de sus pensamientos.

—Valeria —dijo de repente—. Usted no está cómoda en esa silla.

—Perdóneme —repliqué—, pero estoy muy cómoda.

—Perdóneme usted a mí —prosiguió—. Hay en el otro extremo de la habitación una silla india de mimbre que le resultará mucho más cómoda. ¿Acepta mi disculpa si soy tan grosero como para pedirle que vaya a buscarla usted misma? Tengo un buen motivo.

¡Que tenía un buen motivo! ¿Qué nuevo aspecto de su excentricidad iba a sacar a relucir? Me levanté y fui a buscar la silla; como era ligera la pude trasladar fácilmente. Mientras volvía a mi sitio, noté que Dexter se dedicaba a escudriñar mi vestido; y, lo que todavía era más raro, que parecía interesarle e inquietarle a la vez. Coloqué la silla a su lado. Estaba a punto de sentarme, cuando volvió a enviarme al otro extremo de la habitación con otro recado.

—Complázcame indescriptiblemente —dijo—. Hay una pantalla para la chimenea que cuelga de la pared y que hace juego con la silla. Aquí estamos bastante cerca del fuego; la pantalla puede sernos útil. Perdóneme una vez más si le pido que vaya a buscarla. Y permítame asegurarle de nuevo que tengo un motivo.

¡He ahí su «motivo» repetido, enfáticamente reiterado, por segunda vez! La curiosidad me convirtió, como a Ariel, en la esclava obediente de su capricho. Fui a buscar la pantalla. Cuando regresaba con ella, vi que los ojos de Dexter se fijaban con la misma atención incomprensible en mi vestido sencillo y nada pretencioso, y que expresaban la misma mezcla curiosa de interés e inquietud.

—Mil gracias —dijo—. Usted, claro que involuntariamente, me ha apenado; pero no por eso ha dejado de ser amable. ¿Me promete no ofenderse si le digo la verdad? —¡me iba a dar una explicación! Nunca prometí nada más a gusto—. He sido un grosero al hacerla ir a buscar la silla y la pantalla —prosiguió—. Pero, como le he dicho, tengo un buen motivo; aunque tal vez a usted mi motivo le parecerá extraño. ¿Ha notado que la he estado observando con suma atención, quizá con demasiada?

—Sí —dije—. Pensé que examinaba mi vestido.

Dexter movió la cabeza y suspiró con amargura.

—Su vestido, no —replicó—; ni su rostro. Su vestido no es bonito; su rostro todavía me es extraño. Querida Valeria, lo que yo quería era verla andar.

¡Verme andar! ¿Qué quería decir? ¿Hacia dónde iba ahora su mente excéntrica?

—Para ser inglesa, usted tiene un raro talento —continuó diciendo—. Usted anda muy bien. Ella también andaba bien. No pude resistir la tentación de verla a ella al verla a usted. Era *su* movimiento, *su* gracia dulce y natural (no la de usted) lo que contemplé cuando fue al otro lado de la habitación y volvió hacia aquí. La ha resucitado mientras usted se dirigía a buscar la silla y la pantalla. Perdóneme por haberla usado de este modo. Mi intención ha sido inocente, y mi motivo, sagrado. Usted me ha inquietado y también me ha deleitado. Mi corazón sangra y se lo agradece a la vez.

Hizo una pausa y dejó caer la cabeza sobre el pecho. Luego, de repente, volvió a

levantarla.

—Seguramente anoche hablamos de ella —dijo—. ¿Qué dije? ¿Qué dijo usted? Mi memoria está confusa. Recuerdo algo, pero no todo. Por favor, hágame recordar. ¿No estará ofendida conmigo?

Podría haberme ofendido cualquier otro hombre, pero no él. Anhelaba ganarme su confianza, ahora que había tocado el tema de la primera esposa de Eustace Macallan. Miserrimus Dexter no me podía ofender.

—Hablamos —le contesté— de la muerte de la anterior señora Macallan. Y decíamos...

Me interrumpió, inclinándose hacia adelante en la silla.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Ya recuerdo! —exclamó ansioso—. Y me preguntaba qué interés podría tener usted en el misterio de su muerte. ¡Dígamelo! ¡Confíe en mí! Me muero por saberlo.

—Tengo tanto o más interés que usted en este asunto —dije—. La felicidad de mi vida depende de que consiga aclarar el misterio de esta muerte.

—¡Santo Dios! ¿Por qué? —gritó—. ¡Espere! Me estoy sobreexcitando y no debo; tengo que mantener la calma y no distraerme. El asunto es demasiado serio. ¡Aguarde un minuto!

Una cestita elegante colgaba de uno de los brazos de su silla. El señor Dexter la abrió y sacó un bordado a medio hacer, además de los utensilios necesarios para bordar; todo completo. Nos miramos. Él notó mi sorpresa.

—Las mujeres —dijo— saben calmarse y pensar tranquilamente haciendo labores. ¿Por qué los hombres son tan mezquinos y se niegan a usar ese mismo recurso admirable, una ocupación sencilla que mantiene los nervios en calma y la mente libre? Como hombre, yo sigo el sabio ejemplo de las mujeres, Valeria; permítame que me sosiegue.

Sosteniendo con seriedad el bordado, aquel extraño ser inició la labor con la paciente destreza de una bordadora consumada.

—Ahora —dijo Miserrimus Dexter—, si está usted lista, yo también. Usted habla y yo trabajo. Por favor, empiece.

Le obedecí y comencé.

CAPÍTULO XXVIII

En la oscuridad

Ante un hombre como Miserrimus Dexter y con el propósito que yo tenía en mente, eran imposibles las medias confianzas. O me arriesgaba a revelar todos los intereses que estaban en juego o me inventaba una excusa convincente y abandonaba mi experimento en el último momento. Dada mi situación crítica y la marcha de los acontecimientos, estaba dispuesta a correr cualquier riesgo; todo por el plan que me había trazado.

—Hasta ahora, poco o nada sabe usted sobre mí, señor Dexter —dije—. Creo que ignora que mi marido y yo no vivimos juntos en la actualidad.

—¿Es preciso mencionar a su marido? —preguntó con frialdad, sin levantar la vista del bordado y sin dejar la labor.

—Es absolutamente necesario —contesté—. No hay otro modo de explicarle la situación.

Inclinó la cabeza y suspiró con resignación.

—Usted y su marido no viven juntos en la actualidad —repitió—. ¿Esto significa que Eustace la ha abandonado?

—Me ha abandonado y se ha ido al extranjero.

—¿Sin que haya ninguna necesidad?

—Sin la menor necesidad.

—¿No le ha indicado cuándo regresará?

—Si mantiene su decisión, señor Dexter, Eustace jamás regresará.

Por primera vez levantó la cabeza del bordado, con súbito interés.

—¿Tan seria ha sido la discusión? —preguntó—. ¿Es usted libre, hermosa Valeria, por mutuo acuerdo?

El tono con que hizo la pregunta me desagradó. La mirada que fijó en mí sugería que había confiado en él y que eso me ponía en desventaja. Le recordé el respeto que me debía más con mis modales que con palabras.

—Está completamente equivocado —le dije—; no hay enfado ni malentendido entre nosotros. Nuestra separación resulta dolorosa para él y para mí, señor Dexter.

Aceptó la corrección con resignación irónica.

—Soy todo oídos —dijo, mientras se dedicaba a bordar otra vez—. Le ruego que siga. No la volveré a interrumpir.

Siguiendo su ofrecimiento, le conté la verdad acerca de mi marido y de mí sin reservas, cuidando, a la vez, el modo en que describía los motivos de Eustace. Miserrimus Dexter dejó el bordado en la silla y sonrió con sarcasmo, como si

disfrutara de mi pobre relato. Me puso nerviosa.

—No veo que sea motivo de risa —le dije bruscamente.

Sus hermosos ojos azules me miraron con una sorpresa inocente.

—¿Que no hay motivo de risa en la exhibición de locura humana que usted ha descrito? —su expresión cambió repentinamente; se ensombreció y endureció de un modo muy extraño—. ¡Espere! —gritó antes de que yo pudiera replicar—. Sólo hay una razón para que se lo tome todo con tanta seriedad, estimada Valeria; usted quiere a su marido.

—Quererle no es la palabra que mejor lo expresa —repliqué—. Le amo con todo mi corazón.

Miserrimus Dexter se acarició la barba y repitió mis palabras con aire reflexivo.

—¿Usted le ama con todo su corazón? ¿Por qué?

—Porque no puedo evitarlo —le contesté tenazmente.

Sonrió con ironía y continuó con su labor.

—¡Curioso! —se dijo a sí mismo—. La primera esposa de Eustace también le amaba. Hay hombres que gustan a todas las mujeres y hay otros a los que ellas ni prestan atención; en ambos casos sin la más mínima razón. Un hombre es tan bueno como el otro; tan guapo, tan agradable, tan honrado y de tan alto rango. Aun así, por el primero, ellas atravesarían fuego y agua; al segundo, ni siquiera se volverían a mirarle. ¿Por qué? Ni ellas mismas lo saben, como acaba usted de decir, Valeria. ¿Hay alguna razón física? ¿Hay alguna emanación magnética poderosa que posea el primero y de la que carezca el segundo? Lo estudiaré cuando tenga tiempo y esté de humor —habiendo expuesto la pregunta a su entera satisfacción, me miró otra vez—. Me tiene todavía a oscuras acerca de usted y sus motivos —dijo—. Sigo sin comprender su interés por investigar la tragedia de Gleninch. Inteligente Valeria, por favor, tómeme de la mano y condúzcame a la luz. No se ofenda conmigo. Oriénteme y le regalaré este bonito bordado cuando lo termine. Sólo soy un pobre, solitario y deforme desgraciado con una disposición de ánimo algo rara; no es mi deseo hacerle daño. ¡Perdóneme! ¡Sea indulgente conmigo! ¡Ilumíneme!

Recuperó el tono infantil y la sonrisa inocente, y empecé a creer que había sido demasiado dura con él. Arrepentida, decidí mostrarme más considerada con su deformidad de cuerpo y de mente en lo que me quedaba de visita.

—Déjeme volver por un momento, señor Dexter, al periodo pasado de Gleninch —dije—. Usted coincide conmigo al afirmar que Eustace es absolutamente inocente del crimen por el que fue juzgado. Eso es lo que usted declaró en el juicio.

Hizo una pausa en su labor y me miró con atención grave; su rostro ofrecía una nueva luz.

—Esa es nuestra opinión —proseguí—. Pero no fue la opinión del jurado. Recuerde que el veredicto fue «Sin pruebas». Dicho en lenguaje llano, el tribunal que

juzgó a mi marido se negó a proclamar su inocencia afirmativa y públicamente. ¿Estoy en lo cierto?

En vez de contestar, de repente guardó el bordado en la cestita y acercó su silla a la mía.

—¿Quién le dijo eso? —preguntó.

—Lo he averiguado por mí misma, leyendo el texto del juicio.

Hasta entonces, su rostro sólo había mostrado atención concentrada, nada más. Ahora, por primera vez, noté en su expresión algo oscuro que me pareció desconfianza.

—Generalmente, las damas no tienen la costumbre de preocuparse por espesas cuestiones legales —dijo—. La segunda esposa de Eustace Macallan debe de tener algún poderoso motivo como para dedicarse a ese estudio.

—Tengo un motivo más que importante, señor Dexter. Mi marido se resigna al veredicto escocés. Su madre también. Sus amigos (por lo que sé) se resignan...

—¿Y bien?

—¡Bien! Yo no estoy de acuerdo ni con mi marido, ni con su madre, ni con sus amigos. Yo no acepto el veredicto escocés.

En cuanto pronuncié esas palabras, pareció asomar de nuevo la locura a su rostro, aquella locura que yo creía inexistente. Súbitamente se adelantó en la silla, se inclinó hacia mí y puso las manos en mis hombros. Sus ojos salvajes me interrogaban con frenesí, a muy poca distancia de mi cara.

—¿Qué quiere decir? —gritó, con voz resonante y aguda.

El miedo me hizo temblar; pero procuré por todos los medios no revelar el temor que aquel hombre me inspiraba, y le mostré, con la mirada y con mis palabras, que no aprobaba la libertad que se había tomado conmigo.

—Retire sus manos, señor —le dije—, y vuelva a su sitio.

Me obedeció mecánicamente; se disculpó mecánicamente. Su mente estaba concentrada en las palabras que le había dicho y todavía trataba de descubrir su significado.

—Le pido que me perdone —musitó—. Se lo pido humildemente. El asunto me excita sobremanera, me asusta y me enloquece. Usted no sabe lo que me cuesta dominarme. Por favor no me tome en serio; no se asuste de mí. ¡Me avergüenzo tanto de mí mismo! ¡Me siento tan pequeño y tan miserable por haberla ofendido! Hágame sufrir por eso; coja un bastón y golpéeme; áteme en la silla. Llame a Ariel, que es tan fuerte como un caballo, y dígale que me sujete. ¡Querida Valeria! ¡Ofendida Valeria! Lo soportaré todo como castigo si me explica por qué dice usted que no acepta el veredicto escocés —arrepentido, separó su silla, mientras preguntaba con mirada lastimosa—: ¿Estoy ahora lo suficientemente lejos? ¿Todavía la asusto? Desapareceré de su vista, si lo prefiere, hundiéndome en la silla.

Levantó la túnica verde; y habría desaparecido, como una marioneta en el teatro, si no le hubiese detenido.

—No diga ni haga nada más. Acepto sus disculpas —respondí—. Cuando le digo que no admito la opinión del jurado escocés, quiero decir exactamente lo que expresan esas palabras. Ese veredicto ha dejado una mancha en la reputación de mi marido, y él la sufre con amargura. Nadie lo sabe tan bien como yo; el hecho de sentirse envilecido le ha llevado a separarse de mí.

A él no le basta que yo esté convencida de su inocencia. Nada le hará regresar; nada convencerá a Eustace de que yo le creo digno de ser el guía y compañero de mi vida, a no ser la prueba de su inocencia, reconocida por el jurado y por el público que en su día dudó. Tanto él como sus amigos y abogados, todos dan por perdida la oportunidad de encontrar esa prueba. Pero yo soy su esposa y nadie le ama como yo le amo. Sólo yo me niego a desesperarme y a ser razonable. Si Dios me da vida, señor Dexter, la dedicaré por entero a la reivindicación de la inocencia de mi marido. Y como usted es su viejo amigo, yo estoy aquí para rogarle su ayuda.

Pareció que ahora me tocaba a mí asustar a Dexter. Pálido y demudado, pasó la mano por su frente, como si quisiera ahuyentar alguna visión engañosa de su cerebro.

—¿Estoy en uno de mis sueños? —preguntó débilmente—. ¿Es usted una visión nocturna?

—Sólo soy una mujer sin amigos —dije— que ha perdido a quien más amaba, y que intenta recuperarlo.

Dexter comenzó a desplazar su silla para acercarse a mí de nuevo; pero yo levanté la mano, e inmediatamente la detuvo. Nos miramos el uno al otro, en un silencio espeso y violento. Vi que sus manos temblaban cuando las ponía sobre la túnica; vi que su cara se volvía cada vez más pálida y que el labio inferior se le caía. ¿Qué recuerdos muertos y enterrados había resucitado con su antiguo horror?

Él fue el primero en hablar de nuevo.

—¿Así que ésa es la razón de su interés por aclarar el misterio de la muerte de la primera esposa de Eustace?

—Sí.

—¿Y usted cree que yo puedo ayudarla?

—Así es.

Lentamente levantó una de sus manos y me señaló con el dedo índice.

—Usted sospecha de alguien —dijo.

Su tono de voz, bajo y amenazante, me advertía que debía ir con cautela. Al mismo tiempo, si ahora no confiaba en él, perdería la recompensa futura que esperaba por todo lo que había sufrido y por lo que me había arriesgado al concertar esta peligrosa entrevista.

—Usted sospecha de alguien —repitió.

—Tal vez —fue todo lo que dije.

—¿Está esa persona a su alcance?

—Aún no.

—¿Sabe dónde está?

—No.

Lánguidamente apoyó la cabeza en el respaldo de la silla, con un suspiro tembloroso y largo. ¿Estaba decepcionado? ¿Estaba aliviado? ¿O estaba, simplemente, agotado? ¿Quién podía entenderle?

—¿Me concede cinco minutos? —preguntó, cansado y débil, sin levantar la cabeza—. Ya sabe lo mucho que me altera y me excita cualquier referencia a los sucesos de Gleninch. Estaré listo para continuar con este tema si es usted tan amable de concederme unos minutos. En la habitación contigua hay libros. Por favor, discúlpeme.

En el acto me retiré al salón circular; él me siguió en su silla de ruedas y cerró la puerta tras de mí.

CAPÍTULO XXIX

En la luz

El momento de soledad no sólo fue un alivio para el señor Dexter. Yo también lo necesitaba.

Me acosaban dudas sobrecogedoras mientras iba y venía por el salón y el pasillo. Estaba claro que yo había removido, de un modo inocente, los secretos profundos que dormían en la mente de Miserrimus Dexter. Intentar adivinar esos secretos me confundía y me agotaba. Más tarde quedó claro que toda mi ingenuidad se había malgastado en especulaciones bien lejanas de la verdad. Pero ahora yo creía pisar terreno firme y llegué a la conclusión de que Dexter jamás había confiado en ningún mortal. En el juicio no había dejado traslucir la inquietud que ahora mostraba ante mí; ni le había confiado a ningún amigo íntimo lo que sabía del drama trágico y terrible que tuvo lugar en el dormitorio de Gleninch. ¿Qué influencia poderosa le había llevado a sellar sus labios? ¿Había guardado silencio por consideración a alguien o por miedo a las consecuencias? ¡Imposible saberlo! ¿Podía esperar que él me confiase lo que había ocultado a la justicia y a los amigos? Cuando supiera lo que quería de él, ¿me daría las armas para luchar y obtener la victoria?

Resultaba evidente que esa probabilidad era muy escasa; pero valía la pena intentarlo. Estaba a merced del capricho de un ser tan inestable como era Miserrimus Dexter; mas mi planes eran tan raros y estaban tan fuera de los límites de los pensamientos y de las acciones de una mujer, que tal vez atrajeran su atención. «¡Quién sabe, pensé, quizás pueda ganarme su confianza por sorpresa, simplemente diciéndole la verdad!»

El descanso llegó a su fin. Se abrió la puerta y la voz de mi anfitrión me rogó que entrase de nuevo en la habitación.

—¡Bienvenida otra vez! —dijo Miserrimus Dexter—. Querida Valeria, ya me he serenado. ¿Cómo está usted?

Me miró y me habló con la cordialidad de un viejo amigo. Durante el breve rato en que estuve ausente, este multiforme ser había experimentado otro cambio. Sus ojos brillaban con buen humor, y sus mejillas estaban más sonrosadas. Incluso había variado algo en su vestimenta. Ahora llevaba un improvisado gorro de papel blanco; se había remangado los volantes de encaje y se había puesto un delantal limpio por encima de la túnica verde. Me dio la espalda sonriendo, y me indicó que me sentara con la gracia de un maestro de danza y la dignidad de un lord.

—Voy a cocinar —anunció con la mayor sencillez—. Los dos necesitamos un refrigerio antes de volver a tratar el asunto de nuestra entrevista. Perdóneme por

vestir de cocinero; cada cosa exige sus formalismos y yo los respeto. He bebido un poco de vino. Le ruego que disculpe mi proceder tomando un poco usted también.

Llenó una copa de cristal de Venecia de un líquido púrpura, muy agradable a la vista.

—¡Borgoña! —dijo—. El rey del vino. Y éste es el rey del Borgoña: *Clos Vougeot*. ¡Bebo a su salud y a la de su felicidad!

Se sirvió una segunda copa y honró el brindis bebiendo hasta la última gota. ¡Ahora comprendía el brillo de sus ojos y el color de sus mejillas! Como no quería ofenderle, también yo bebí un poco; y coincidí con él en que era un vino delicioso.

—¿Qué podemos comer? —preguntó—. Debe de haber algo digno de nuestro vino. A Ariel, pobre desgraciada, se le da bien asar y hervir chuletas, pero no ofenderé a su paladar, Valeria, ofreciéndole los guisos de Ariel. ¡Chuletas! ¡Bah! —exclamó con afectado disgusto—. Un hombre que come chuletas, o es caníbal o es carnicero. ¿Me deja que busque algo más digno? Vayamos a la cocina.

Giró la silla de ruedas y me invitó a acompañarle con un cortés movimiento de la mano. Fui con él hasta una cortina que colgaba a un lado de la habitación y en la cual yo no había reparado hasta entonces. Corriendo la cortina, quedó al descubierto un hueco ocupado por un pequeño hornillo para cocinar. Alrededor del hueco se distribuían cajones y armarios, platos y cacerolas, todo a escala miniaturesca y escrupulosamente limpio.

—¡Bienvenida a la cocina! —exclamó Dexter. Sacó de la pared una tabla de mármol que servía de mesa y reflexionó profundamente con una mano en la cabeza—. ¡Ya lo tengo! —gritó.

Y abriendo uno de los armarios, cogió un frasco negro cuya forma me era desconocida. Lo perforó con un abridor y sacó unos objetos negros y de forma irregular que una mujer acostumbrada al lujo en la mesa enseguida habría reconocido; pero que para mí eran una completa novedad, al haber llevado una vida sencilla en el campo, en la casa de un clérigo de pocos recursos. No pude resistir la curiosidad cuando vi que mi anfitrión colocaba con sumo cuidado la extraña sustancia, de apariencia nada apetitosa, sobre un trapo limpio y luego se sumergía una vez más en sus pensamientos. Me atreví a preguntar:

—¿Qué es eso, señor Dexter? ¿Vamos a comerlo?

Se sorprendió de mi pregunta y me miró con las manos extendidas.

—¿Dónde está el progreso del que todos hablan? —gritó—. ¿Qué es la educación, sino una palabra? ¡He aquí a una persona cultivada que no reconoce las trufas cuando las tiene delante!

—He oído hablar de las trufas —le contesté con humildad—, pero no las había visto nunca. En mi casa del norte no teníamos lujos extranjeros como éste, señor Dexter.

Miserrimus Dexter levantó con ternura una de las trufas y la sujetó para que yo la viera a la luz.

—Aproveche al máximo una de las pocas nuevas sensaciones de esta vida que no la decepcionará —dijo—. Mírela; medite sobre ella. La va a comer, Valeria, asada con el Borgoña —encendió el hornillo, como si me fuera a ofrecer una prueba inestimable de su buena voluntad—. Discúlpeme si guardo absoluto silencio a partir de este momento —sacó una pequeña sartén de su colección de utensilios culinarios—. El arte de la cocina no permite la distracción —continuó diciendo con gravedad—. En esta observación que le acabo de hacer hallará la razón por la cual las mujeres no son ni serán nunca excelentes cocineras.

Como regla general, las mujeres son del todo incapaces de concentrarse en una sola ocupación durante un tiempo determinado. La mente de una mujer cambia constantemente de objeto de atención, y pasa con la mayor facilidad de —digamos algo típico para ilustrarlo bien— pensar en su amado a pensar en su nuevo sombrero. Mi apreciada Valeria, el único obstáculo para lograr la igualdad con los hombres no se basa, como las mujeres suponen en vano, en las instituciones defectuosas de la época en que vivimos. ¡No! El obstáculo está en ellas mismas. Ninguna institución, ni siquiera aquélla creada para ayudarlas, podrá luchar con éxito contra los amados y los sombreros nuevos. Mire, voy a contarle una anécdota más que ilustrativa.

No hace mucho tiempo, contribuí a que emplearan mujeres en nuestra oficina local de correos. El otro día me tomé la molestia —un asunto serio para mí— de bajar y conducir mi silla hasta la oficina para ver qué tal iban las cosas. Llevé una carta, con una dirección inusualmente larga, para certificarla. La mujer que estaba en la sección de certificados empezó a copiar la dirección en un impreso, de una forma agradable de contemplar. Estaba a la mitad cuando una niña pequeña, hermana de una de las empleadas, entró brincando en la oficina y se metió debajo del mostrador para hablar con su pariente. La mente de la mujer de la sección de certificados se desconcentró en el acto. Detuvo el lápiz, y dirigió su mirada a la chiquilla, con una encantadora expresión de interés. «¡Hola Lucy!, dijo, ¿Cómo estás?». Después se volvió a acordar de su trabajo y continuó rellenando el impreso. Cuando lo cogí, vi que en la copia se había saltado una línea importante de la dirección de mi carta. Gracias a Lucy.

Un hombre en su mismo lugar no habría visto a Lucy; habría estado demasiado ocupado en ese momento. Ésta es la diferencia fundamental entre la constitución mental de los sexos, que ninguna legislación podrá cambiar mientras el mundo exista. ¿Qué ocurre? Que las mujeres son infinitamente superiores a los hombres en las cualidades morales, verdaderos adornos de la humanidad. ¡Conténtense, mis equivocadas hermanas, conténtense con eso!

Giró de nuevo la silla, poniéndola de cara al hornillo. Hubiera sido inútil discutir

con él esta cuestión, aunque me hubiese empeñado. Se quedó absorto en la sartén.

Miré a mi alrededor.

El mismo gusto por el horror que se exhibía abajo se repetía aquí. Las fotografías que colgaban de la pared mostraban diversas formas de locura. Las figuras de escayola colocadas en el estante que tenía enfrente representaban las cabezas de famosos criminales ejecutados. Un pequeño esqueleto de mujer colgaba en un armario, detrás de una puerta de cristal, con una inscripción cínica colocada encima de la calavera: «¡Contemplad el andamio sobre el que se construye la belleza!».

Después de este último ejemplo sobre el gusto de mi anfitrión para las curiosidades, dejé de investigar y volví a mi silla para esperar las trufas.

Al cabo de un rato me llamó la voz del poeta—pintor—músico y cocinero.

El hornillo estaba apagado. La sartén y los demás utensilios habían desaparecido. Sobre la tabla de mármol había dos platos, dos servilletas, dos panecillos y una fuente con otra servilleta encima en la que reposaban dos bolitas negras de forma muy original. Miserrimus Dexter, contemplándome con una sonrisa de interés benévolo, puso una de las bolas en mi plato y se quedó con la otra.

—Tranquilícese, Valeria —dijo—. Este momento hará historia en su vida. ¡Su primera trufa! No la corte con el cuchillo. Use sólo el tenedor. Y, perdóneme, pero es lo más importante, coma lentamente.

Seguí sus instrucciones y fingí un entusiasmo que, confieso sinceramente, era falso. Aquello me pareció un alimento muy rico, pero, de otra parte, no merecía tantos elogios. Miserrimus Dexter no mostró ninguna prisa en terminar de comer su trufa. Bebió a sorbos su magnífico Borgoña y cantó sus excelencias como cocinero, hasta casi volverme loca de impaciencia ante la imposibilidad de hacerle regresar al objeto real de mi visita. Con brusca imprudencia, le recordé a mi anfitrión que estaba desperdiciando el tiempo de que disponía para hacerme la pregunta más peligrosa.

—Señor Dexter —dije—. ¿Tiene alguna noticia reciente de la señora Beaully?

Ante mis palabras apresuradas, la expresión de placer desapareció de su rostro, y volvió a asomar la desconfianza que ya había percibido antes en sus modales y en su voz.

—¿Conoce usted a la señora Beaully? —preguntó.

—Sólo por lo que he leído del juicio.

No le satisfizo mi contestación.

—Debe de tener algún interés en la señora Beaully —dijo— o no me habría preguntado por ella. ¿Es el interés de una amiga o de una enemiga?

No fui tan imprudente como para dar una respuesta directa a esa pregunta, pues vi algo en su expresión que me determinó a hablar con cautela antes de que fuera demasiado tarde.

—Sólo le puedo contestar de una manera —proseguí—. Tendré que volver al

asunto que le es tan doloroso, al juicio.

—¡Siga! —dijo en uno de sus momentos de humor macabro—. Soy un mártir en peligro y estoy a su merced. ¡Avive el fuego! ¡Avive el fuego!

—Sólo soy una mujer ignorante —continuó—, y me atrevo a decir que completamente equivocada. Pero hay una parte del juicio de mi marido que no me satisface en absoluto. Me parece que la defensa cometió un grave error.

—¿Un grave error? —repitió— ¡Extraño lenguaje, mi querida amiga!

Dexter intentaba hablar con ligereza. Cogió su copa de vino y pude ver que mis últimas palabras le habían impresionado: su mano tembló al acercarse la copa a los labios.

—Yo no dudo que la primera esposa de Eustace le pidiera que le comprase arsénico —dije—. Ni dudo que ella lo usara en secreto para mejorar su cutis. Pero lo que no puedo creerme es que muriera por una sobredosis de veneno ingerida por equivocación.

Dejó la copa de vino en la mesa con tan poca firmeza que derramó gran parte de su contenido. Durante un momento su mirada se encontró con la mía. Luego Dexter bajó los ojos.

—¿Cómo cree que murió? —preguntó en un tono tan bajo que apenas pude oírle.

—A manos de un envenenador —le contesté.

Se incorporó como si pretendiera ponerse de pie en la silla, y luego volvió a hundirse en ella, preso de una repentina debilidad.

—¡No de mi marido, por supuesto! —me apresuré a decir—. Ya sabe que creo firmemente en su inocencia.

Le vi estremecerse, y sus manos se aferraron a los brazos de la silla.

—Entonces, ¿quién la envenenó? —preguntó, todavía inerte.

En ese momento crítico, el coraje me falló, y no me atreví a decirle en qué dirección apuntaba mi sospecha.

—¿No lo adivina usted? —me limité a preguntar.

Hubo una pausa. Imaginé que Dexter seguía el hilo de sus propios pensamientos. No duró mucho. De repente, se alzó en la silla. La debilidad que le mantenía postrado se había esfumado en un instante; sus ojos recobraron su luz salvaje; las manos eran firmes otra vez, y su tez adquirió color. ¿Había estado meditando mi interés secreto por la señora Beaully y lo había adivinado? ¡Sí!

—¡Contésteme bajo su palabra de honor! —gritó—. No intente engañarme. ¿Es una mujer?

—Lo es.

—¿Por qué letra empieza su apellido? ¿Es una de las tres primeras del alfabeto?

—Sí.

—¿La B?

—Sí.

—¿Beaully?

—Beaully.

Se echó las manos a la cabeza y estalló en una risa histérica.

—¡He vivido lo suficiente! —dijo como un loco—. ¡Al fin he encontrado a otra persona en el mundo que lo ve tan claro como yo! ¡Cruel Valeria! ¿Por qué me ha torturado? ¿Por qué no me lo confesó antes?

—¿Qué? —exclamé, contagiada de su excitación—. ¿Son sus ideas mis ideas? ¿Es posible que *usted* también sospeche de la señora Beaully?

Ésta fue su extraordinaria respuesta:

—¿Sospechar? —repitió con desprecio—. No existe ni una sombra de duda. La señora Beaully la envenenó.

CAPÍTULO XXX

La acusación contra la señora Beaully

Me puse de pie y miré a Miserrimus Dexter. Estaba tan alterada que no podía ni hablar.

Mis expectativas no me habían preparado para el tono de absoluta convicción que él había empleado. Como mucho, había creído posible que coincidiera conmigo en sospechar de la señora Beaully. ¡Y resulta que sus labios lo habían dicho sin la menor vacilación ni reserva! «No existe ni una sombra de duda. La señora Beaully la envenenó».

—Siéntese y hable sin reparos —dijo con calma—. No tiene nada que temer, porque nadie puede oírnos en esta habitación.

Me senté y me recobré un poco.

—¿Nunca le ha comentado a nadie lo que me acaba de decir? —quise saber en primer lugar.

—Nunca. Nadie sospechó de ella.

—¿Ni siquiera los abogados?

—Ni siquiera los abogados. No hay pruebas legales en contra de la señora Beaully. Sólo hay una certeza moral.

—Seguramente usted podría haber encontrado alguna prueba, si la hubiera buscado.

Se echó a reír sarcásticamente ante la idea.

—¡Míreme! —dijo—. ¿Cómo se pueden buscar pruebas estando atado a una silla? Además, hubo otras dificultades. No tengo la costumbre de traicionarme inútilmente; soy un hombre cauto, aunque tal vez usted no lo haya notado. Pero yo no quise ocultar en el juicio el odio que sentía por la señora Beaully. Si los ojos pueden revelar secretos, ella debió de descubrir en los míos que estaba sediento de verla en las manos de los verdugos. Desde el principio hasta el fin, le puedo confirmar que la señora Beaully estuvo en guardia contra mí. ¿Puedo explicarle cuán grande es su astucia? Todo mi dominio del lenguaje no basta; tomemos los grados de comparación para dar una mínima idea. Yo soy positivamente astuto; el demonio es comparativamente astuto; la señora Beaully es superlativamente astuta. ¡No! ¡No! Si alguien la descubre con el paso del tiempo, ese alguien no será un hombre, sino una mujer, una mujer de quien ella no sospeche, una mujer que la pueda observar con la paciencia de un tigras hambrienta...

—¡Digamos que una mujer como yo! —estallé—. Estoy dispuesta a intentarlo.

Sus ojos resplandecieron; sus dientes asomaron por entre el bigote. Con ambas

manos golpeó los brazos de la silla.

—¿Realmente es eso lo que pretende? —preguntó.

—Póngame en su lugar —contesté—. Ilumíneme con su certeza moral —como usted mismo ha dicho— y ya verá.

—¡Lo haré! —dijo—. Pero dígame primero una cosa. ¿Cómo puede una desconocida como usted llegar a sospechar de ella?

Le expuse lo mejor que pude los detalles sospechosos que habían llamado mi atención al leer el juicio, haciendo hincapié en el hecho, jurado por la enfermera, de que la señora Beaully desapareciera justo en el momento en que Christina Ormsay había dejado sola en su dormitorio a la señora Macallan.

—¡Ha acertado! —gritó Miserrimus Dexter—. ¡Es usted una mujer maravillosa! ¿Qué hizo ella la mañana del día en que Sara Macallan murió envenenada? Y ¿dónde estuvo en las oscuras horas de la noche? Yo le puedo decir en dónde no estuvo; en su habitación.

—¿No estuvo en su habitación? —repetí—. ¿Está completamente seguro?

—Estoy seguro de todo lo que digo con respecto a la señora Beaully. Fíjese bien y escuche; esto es un drama, y yo destaco en el género dramático juzgue por sí misma. Fecha: veinte de octubre. Escenario: el pasillo, llamado Pasillo de los Invitados, en Gleninch. A un lado, una hilera de ventanas que dan al jardín; al otro, cuatro dormitorios sucesivos, con sus correspondientes vestidores. El primero, empezando desde la escalera, estaba ocupado por la señora Beaully. El segundo, vacío. El tercero, es el de Miserrimus Dexter. El cuarto está vacío. ¡Esto en cuanto al escenario!

A continuación establecemos la hora: las once de la noche. Dexter está en su dormitorio leyendo. Entra en él Eustace Macallan para decirle: «Mi buen amigo, ten especial cuidado en no hacer ruido; procura no ir de un lado a otro en la silla esta noche». Dexter pregunta: «¿Por qué?». Eustace responde: «La señora Beaully ha cenado con unos amigos en Edimburgo y ha regresado muy fatigada. Ha subido a su dormitorio para descansar». Dexter hace otra pregunta (satírica, esta vez): «¿Qué aspecto tiene cuando está muy fatigada? ¿Tan bueno como siempre?». Respuesta: «No lo sé; no la he visto. Se deslizó hasta su habitación sin hablar con nadie». Tercera pregunta de Dexter (lógica, en esta ocasión): «Si no ha hablado con nadie, ¿cómo sabes que está fatigada?». Eustace me tiende un trozo de papel y contesta: «¡No seas tonto! Encontré esto encima de la mesa del hall. Recuerda lo que te he dicho sobre guardar silencio. ¡Buenas noches!».

Eustace se retira. Dexter coge el papel y lee las siguientes líneas, escritas a lápiz:

Acabo de regresar. Siento retirarme sin dar siquiera las buenas noches, pero he hecho un esfuerzo excesivo y estoy agotada.

Helena

Dexter es suspicaz por naturaleza. Dexter sospecha de la señora Beaully. No importan sus razones; no hay tiempo ahora para entrar en detalles. Se expone a sí mismo el caso de esta manera: «Una mujer realmente agotada no se habría molestado en escribir esto. Había sido mucho más cómodo llamar al salón mientras pasaba y disculparse de palabra. Aquí hay algo fuera de lo normal, así que me mantendré en vela toda la noche, alerta en mi silla».

Muy bien. Dexter cumple lo dicho; abre la puerta, conduce suavemente su silla por el pasillo, cierra con llave las puertas de las dos habitaciones vacías y regresa (con las llaves en el bolsillo) a la suya «Ahora, se dice a sí mismo, si oigo que se abre una puerta en esta parte de la casa, seguro que será la de la señora Beaully». Entorna su puerta, dejando un pequeño resquicio para poder mirar lo que suceda fuera; apaga la luz y espera observando a través del resquicio como un gato acechante ante una ratonera. El único lugar que quiere ver es el pasillo, y allí hay una lámpara encendida durante toda la noche. El reloj da las once; Dexter oye cómo se cierran las puertas del piso de abajo. No sucede nada. Las doce y media. Nada todavía. La casa está tan silenciosa como una tumba. La una; las dos. El mismo silencio. Pero a las dos y media, algo llama su atención; Dexter oye un ruido en el pasillo; es el sonido de un picaporte que se mueve, en la única puerta que se puede abrir, la del dormitorio de la señora Beaully.

Dexter se deja caer sobre sus manos sigilosamente; se tumba en el suelo, frente al resquicio, y escucha. Oye cómo la puerta se cierra, y ve que un objeto oscuro pasa rápidamente por delante de él. Dexter asoma la cabeza por la puerta, a ras del suelo, donde nadie miraría, y ¿qué ve? ¡A la señora Beaully! Allí está, llevando sobre sus hombros su larga capa marrón, la que se pone cuando va en carruaje. Al cabo de un momento desaparece, pasado el cuarto dormitorio, y gira en ángulo recto hacia un segundo pasillo, llamado el Pasillo del Sur. ¿Qué habitaciones hay en el Pasillo del Sur? Hay tres. La primera es un pequeño gabinete, mencionado en el testimonio de la enfermera; la segunda, el dormitorio de la señora Macallan; la tercera, el dormitorio de su marido. ¿Qué hace la señora Beaully (suponiendo que estuviera agotada) en esa zona de la casa a las dos y media de la madrugada? Dexter decide arriesgarse a que le vean y parte rumbo al descubrimiento. ¿Sabe cómo se traslada de un sitio a otro sin la silla? ¿Ha visto a la pobre criatura deforme saltar con las manos? ¿Quiere que le haga una demostración, antes de seguir con la historia?

Me apresuré a evitar la exhibición propuesta.

—Le vi saltar anoche y me basta —le dije—. ¡Siga! ¡Le suplico que continúe con el relato!

—¿Le gusta mi estilo dramático? —preguntó—. ¿Le parece interesante?

—Increíblemente interesante, señor Dexter. Estoy ansiando oír más.

Sonrió, aprobando su propio talento.

—También soy muy bueno en el estilo autobiográfico —dijo—. ¿Lo probamos, para variar?

—¡Como guste, con tal de que siga! —grité, perdiendo la paciencia.

—Segunda parte: Estilo autobiográfico —anunció Dexter con un movimiento de la mano—: Salté por el Pasillo de los Invitados y giré hacia el Pasillo del Sur. Me detuve ante el pequeño gabinete. Puerta abierta; no había nadie. Crucé el estudio hasta la segunda puerta, la que comunica con el dormitorio de la señora Macallan. ¡Cerrada con llave! Miré a través de la cerradura. ¿Había algo al otro lado? No lo puedo decir; sólo sé que no se veía nada, salvo una total oscuridad. Escuché. Nada. La misma oscuridad profunda, el mismo silencio absoluto en la segunda puerta del dormitorio de la señora Macallan, la que daba al pasillo, también cerrada con llave.

Me dirigí entonces a la habitación de su marido, Valeria. Mi opinión de la señora Beauly era tan mala que no me habría sorprendido si la hubiera pillado en el dormitorio de Eustace. Miré por la cerradura; en este caso, o no había llave o estaba puesta de manera que me permitía ver; no lo sé bien. La cama de Eustace se hallaba enfrente de la puerta, y pude ver a mi amigo, a la luz de su lamparilla, plácidamente dormido. Ningún otro descubrimiento. Reflexioné durante unos segundos. La escalera trasera estaba al final del pasillo, frente a mí. Me deslicé por los escalones y recorrí el piso de abajo, iluminado por un farol. Todas las puertas estaban cerradas con llave y ninguna de las llaves estaba en su cerradura, lo comprobé. La puerta principal, atrancada y con el cerrojo echado; la puerta que conduce a las dependencias de la servidumbre, atrancada y con el cerrojo corrido.

Regresé a mi dormitorio y medité con tranquilidad. ¿Dónde podía estar la señora Beauly? En algún lugar de la casa, seguro. Había revisado todas las habitaciones, por lo que el campo de búsqueda se reducía a la habitación de la señora Macallan, la única que había quedado por examinar. Añádase a esto que faltaba la llave del gabinete que comunicaba con dicha habitación, según el testimonio de la enfermera, y no olvidemos que lo que más deseaba la señora Beauly (como quedó patente en la carta leída en el juicio) era ser la feliz esposa de Eustace Macallan. Combine todo esto en su cabeza y sabrá, sin que yo se lo diga, lo que iba sospechando mientras esperaba, sentado en mi silla, a que algo aconteciera.

Hacia las cuatro, a pesar de mi fortaleza, caí rendido y me dormí; pero no por mucho tiempo. Me desperté sobresaltado y miré el reloj; las cuatro y veinticinco. ¿Habría regresado la señora Beauly a su cuarto mientras yo dormía? Salté hacia la puerta de su habitación y me puse a escuchar. Ni un sonido. Abrí la puerta con suavidad; el dormitorio estaba vacío. Volví al mío para esperar y observar. Como me costaba un gran esfuerzo mantener los ojos abiertos, abrí la ventana para que el aire fresco me despejara, y luché contra mi estado de agotamiento; pero perdí. Me volví a

dormir.

Esta vez me desperté a las ocho de la mañana. Tengo un oído excelente, como ya habrá notado, y escuché voces femeninas hablando bajo mi ventana abierta. Me asomé: ¡la señora Beaully y su doncella en plena confabulación! Quizás sintiéndose culpables, miraron a su alrededor, temerosas de que alguien las oyera! «Tenga cuidado, señora, oí decir a la doncella; ese horrible monstruo deforme es tan astuto como un zorro. Vigile para que no la descubra». La señora Beaully contestó: «Ve tú delante; yo te seguiré. Asegúrate también de que nadie nos sigue». Así desaparecieron por una esquina de la casa.

Al cabo de cinco minutos, oí abrirse y cerrarse con suavidad la puerta del dormitorio de la señora Beaully. Tres horas más tarde, cuando la enfermera se la encontró en el pasillo, pretextó que iba a preguntar por el estado de la enferma. ¿Qué opina de estas circunstancias, Valeria? ¿Qué tenían que decirse la señora Beaully y su doncella que no se atrevieron a hablar en la casa por miedo a que yo estuviera escuchándolas tras una puerta? ¿Qué opina usted de estos descubrimientos que hice la misma mañana en que enfermó Sara Macallan, el día exacto en que ella murió envenenada? ¿Sigue la pista del culpable? ¿Le ha sido el loco de Miserrimus Dexter de alguna ayuda hasta ahora?

Estaba demasiado excitada como para contestarle. ¡Al fin encontraba el medio de probar la inocencia de mi marido!

—¿Dónde está la señora Beaully? —grité—. ¿Dónde está la doncella que fue su confidente?

—No se lo puedo decir. No lo sé.

—¿Dónde puedo averiguarlo?

Meditó un poco.

—Hay un hombre que debe de saber dónde está, o que podría averiguárselo —dijo al fin.

—¿Quién? ¿Cómo se llama?

—Es un amigo de Eustace; el mayor Fitz-David.

—¡Le conozco! Voy a cenar con él la semana que viene. Quiere que usted vaya también.

Miserrimus Dexter estalló en una carcajada de desprecio.

—El mayor Fitz-David se lleva muy bien con las damas, al parecer —dijo—, porque permite a las damas que le traten como a una especie de perro faldero. Yo no cenó con perros falderos; así que le he dicho que no. Vaya usted; él o alguna de sus amigas puede serle de utilidad. ¿Quiénes son los invitados? ¿Se lo dijo?

—Había una dama francesa, cuyo nombre no recuerdo..., y lady Clarinda...

—¡Con esa basta! Es amiga de la señora Beaully; seguro que sabrá dónde está. Venga a verme en cuanto tenga la información. Averigüe si la doncella está con ella;

nos será más fácil tratar con ella. Con sólo hacer que la doncella abra los labios, ya tendremos a la señora Beaully. ¡La aniquilaremos! —gritó, cogiendo una mosca tan rápido como una centella—. La aniquilaremos como he aniquilado esta mosca. ¡Espere! Una cuestión más, una cuestión muy importante cuando tratemos con la doncella. ¿Tiene usted dinero?

—Mucho.

Con buen humor, Dexter chasqueó las yemas de los dedos.

—¡La doncella es nuestra! —exclamó—. Todo es cuestión de libras, chelines y peniques. ¡Espere! Otro asunto; su nombre. Si se acerca usted a la señora Beaully en calidad de esposa de Eustace, lo hace como la mujer que le ha quitado el sitio y se convertirá en su enemiga mortal desde el principio. ¡Tenga cuidado!

Mis celos hacia la señora Beaully, latentes durante toda la entrevista, se convirtieron en llamas al escuchar esas palabras. No pude resistirlo más, y me sentí obligada a preguntarle si mi marido había estado enamorado de ella.

—Dígame la verdad. ¿Realmente Eustace...?

Dexter se echó a reír maliciosamente. Había percibido mis celos y había adivinado mi pregunta casi antes de que la pronunciaran mis labios.

—Sí, Eustace la amó —dijo—; pero no lo malinterprete. Antes del juicio, la señora Beaully tenía sus razones para creer que a la muerte de la esposa, podría ocupar su lugar. Pero el juicio hizo de Eustace otro hombre. La señora Beaully había sido testigo de su degradación pública, y eso le bastó a Eustace para no casarse con ella. El rompió en el acto y para siempre con esa dama por el mismo motivo que le ha llevado a separarse de usted. La vida con una mujer que supiera que había sido juzgado por asesinato habría sido algo heroico para Eustace, y no se sintió con fuerzas para soportarlo. Usted quería la verdad. ¡Esta es! Debe usted ser cauta con la señora Beaully, pero no tiene por qué sentir celos de ella. Siga el camino seguro; adopte un apellido falso de acuerdo con el mayor, y preséntese bajo ese apellido cuando conozca a lady Clarinda.

—Puedo ir a la cena —dije— usando el apellido que Eustace adoptó para casarse conmigo. Puedo presentarme como «la señora Woodville».

—¡Bien! —exclamó—. ¡Lo que daría por ver el momento en que lady Clarinda le presente a la señora Beaully! Piense en la situación: una mujer con un secreto oculto en lo más íntimo de su alma; y otra mujer que lo sabe; otra mujer que necesita, por las buenas o por las malas, sacar a la luz ese secreto. ¡Qué conflicto! ¡Qué argumento para una novela! Sólo de pensarlo tengo una emoción febril. Me exalto cuando miro al futuro y veo a la señora Beaully al fin de rodillas. ¡No se alarme! —gritó, con un brillo salvaje en sus ojos—. Mi cerebro empieza a hervir de nuevo. Debo hacer ejercicio físico. ¡Debo desahogarme o reventaré mi chaqueta rosa ahora mismo!

De nuevo se sintió poseído por la locura. Me acerqué a la puerta para asegurarme

la retirada en caso de necesidad, y sólo después me atreví a mirarle; estaba fuera de sí; mitad hombre, mitad silla, volando como un torbellino de un extremo a otro de la habitación. Ni siquiera ese ejercicio era lo bastante violento para calmar el estado en que se encontraba. Al cabo de un instante estaba en el suelo, apoyado sobre sus manos y mirando a su alrededor, como una rana monstruosa. Dando brincos, saltó sobre todas las sillas de la habitación. Cuando llegó al final, se dio la vuelta, supervisó las sillas tiradas y, animándose con un grito triunfal, saltó otra vez de silla en silla, impulsando los hombros hacia adelante y hacia atrás, guardando el equilibrio, de una manera a la vez extraordinaria y horrible de contemplar.

—¡El salto de rana de Dexter! —gritó alegre, apoyado como un pájaro en la última silla que quedaba en el extremo de la habitación—. Soy muy activo, Valeria, teniendo en cuenta mi condición de mutilado. Bebamos para celebrar el ahorcamiento de la señora Beauly. ¡Otra botella de Borgoña!

Me aferré desesperadamente a la primera excusa que se me ocurrió para salir corriendo.

—Olvida usted —dije— que debo ir inmediatamente a ver al mayor. Si no le advierto a tiempo, puede hablarle de mí a lady Clarinda mencionando el nombre equivocado.

En su estado, hablarle de prisas era darle ideas para divertirse. Sopló con furia su silbato para traer a Ariel de la cocina y bailó con las manos, en un deleite frenético.

—Ariel le pedirá el coche que la conducirá a galope a casa del mayor. ¡Tiéndale la trampa sin perder un minuto! —gritó— ¡Qué día! ¡Qué alivio librarme del terrible secreto y compartirlo con usted! Me sofoca la felicidad. Soy como el espíritu de la Tierra del poema de Shelley —recitó unos versos magníficos del *Prometeo encadenado* ^[6], en los que la Tierra siente el espíritu del Amor y rompe a hablar—: «¡El gozo, el triunfo, el deleite, la locura! La felicidad ilimitada y desmesurada. La exaltación leve y libre. El deleite animado que me envuelve como una atmósfera de luz, y que me lleva como el viento a la nube». ¡Esto es lo que siento, Valeria! ¡Esto es lo que siento!

Crucé el umbral mientras él seguía hablando. Lo último que vi de él fue su cuerpo deforme posado en la silla, y su cara alzada hacia un cielo fantástico, de su propia creación. Me deslicé suavemente a la antesala. Cuando salí, escuché gritos agudos, y el ruido de sus manos en el suelo. Ahora avanzaba por el suelo y volaba por encima de las sillas impulsado por su salto

En el salón, Ariel me aguardaba.

Mientras me acercaba, me puse los guantes. Me detuvo y, cogiéndome del brazo derecho, levantó mi mano hacia su cara. ¿Me la iba a besar o a morder? Ninguna de las dos cosas. La olió como un perro y la soltó con una risa ronca.

—No huele a su perfume —dijo—. Usted no le ha tocado la barba; ahora la creo.

¿Quiere un coche?

—Gracias. Caminaré hasta encontrar uno.

Se mostraba muy educada, ahora que sabía con certeza que yo no le había tocado la barba a su maestro.

—¡Oiga! —exclamó con voz grave.

—¿Si?

—Me alegro de no haberla tirado al canal.

Me dio un amistoso golpe en el hombro, tan fuerte que casi me hizo caer; y al cabo de un instante, volvió a su actitud y a su mirada impasibles. Me condujo a la puerta principal, y oí su risa ronca mientras cerraba con llave la verja tras de mí. ¡Al fin me guiaba una estrella! En un mismo día me había ganado la confianza de Ariel y la de su amo.

CAPÍTULO XXXI

La defensa de la señora Beauly

Los días que transcurrieron antes de la cena ofrecida por el mayor Fitz-David fueron preciosos para mí.

La larga entrevista con Miserrimus Dexter me había inquietado mucho más de lo que suponía entonces. Pero hasta unas horas después de haberme marchado no empecé a percibir lo mucho que había puesto a prueba mis nervios con todo lo visto y oído en su casa. Estaba tensa y nerviosa; me sobresaltaba por el ruido más ligero; tenía espantosas pesadillas; a veces, me asaltaba el deseo de gritar sin ningún motivo; otras, me encolerizaba sin razón. Necesitaba reposo absoluto y —gracias a mi buen Benjamin— lo tuve.

Mi querido anciano, preocupado por mi estado de agitación, prescindió de las preguntas que deseaba hacerme en atención a mi bienestar. Entre nosotros había el acuerdo tácito de posponer el asunto de mi visita a Miserrimus Dexter (que, no hace falta que lo diga, él desaprobó) hasta que el reposo hubiera calmado mi ansiedad. Benjamin no me permitió recibir visitas, aunque tanto la señora Macallan como el mayor Fitz-David acudieron a casa; la primera para enterarse de la conversación que yo había mantenido con Miserrimus Dexter; el segundo, para hacerme pasar un rato agradable con los últimos chismorreos sobre los invitados de la inminente cena.

Benjamin se tomó la molestia de disculparse en mi nombre para evitarme el esfuerzo de recibirlos. Alquilamos un pequeño carruaje abierto y dimos largos paseos por los bonitos caminos campestres que todavía hay a sólo unas pocas millas del norte de Londres. En casa, nos sentábamos y hablábamos de los viejos tiempos, o jugábamos al backgammon y al dominó. Y así, durante unos días, la vida tranquila y reposada me sentó muy bien. Cuando llegó el día de la cena, mi salud estaba restablecida, y yo me sentía ansiosa de que me presentaran a lady Clarinda y de descubrir a la señora Beauly.

Benjamin miró con un poco de tristeza mi rostro sonrojado cuando nos dirigíamos a casa del mayor Fitz-David.

—¡Ah, querida —dijo a su manera sencilla—, te veo muy bien otra vez! ¡Te han bastado unos días de reposo!

Mis recuerdos e impresiones de los sucesos y de las personas que acudieron a la cena son confusos. Recuerdo que lo pasamos muy bien, con la cordialidad y la familiaridad de amigos de toda la vida. Madame Mirliflore superaba al resto de las mujeres presentes en la belleza perfecta de su vestido y en la justicia que le hizo a la exquisita cena. Recuerdo también a la joven *prima donna* del mayor, con los ojos

desorbitados, vestida de un modo recargado, más llamativa y extravagante que nunca. Recuerdo al mismo mayor, siempre besándonos las manos, siempre tentándonos con platos delicados y bebidas exquisitas, siempre cortejándonos, siempre detectando parecidos entre nosotras, siempre «bajo nuestro encanto» y ni una sola vez fuera de su papel de Don Juan, desde el principio hasta el final de la velada. Recuerdo a mi querido Benjamin completamente desconcertado, refugiado en un rincón, sonrojándose cuando alguien le dirigía la palabra, asustado ante Madame Mirliflore, vergonzoso con lady Clarinda, sumiso con el mayor, sufriendo por la música y, en el fondo de su corazón, deseoso de volver a casa.

Mi memoria es limitada en cuanto a los miembros de esa agradable velada, salvo una excepción; recuerdo la aparición de lady Clarinda como si fuera ayer; y no exagero si digo que puedo repetir de memoria, palabra por palabra, la conversación que mantuvimos en privado hacia el final de la velada.

Veo a la dama y oigo de nuevo su voz mientras escribo.

Iba vestida con esa aparente sencillez que es toda una muestra de elegancia, y que cautiva por su irresistible encanto. Llevaba un traje de muselina y seda blanca, sin más accesorios ni detalles de ninguna clase. Su abundante pelo castaño, peinado desafiando a la moda, se recogía desde la frente en un sencillo moño, sin más adornos. En su cuello, una cinta blanca y pequeña, rematada por la única joya que lucía: un diminuto broche de diamantes. Su belleza era incuestionable, pero nada delicada. Su rostro pertenecía más bien al tipo duro y anguloso que es tan frecuente en las mujeres inglesas: nariz y barbilla prominentes y de forma demasiado marcada; sus grandes ojos grises estaban llenos de dignidad, pero carecían de ternura y expresividad.

Sus modales y ademanes tenían toda la distinción de una buena cuna; perfecta educación, exquisita finura, equilibrada cordialidad; junto a estas cualidades, demostraba una modesta y esmerada seguridad en sí misma, lo que —en Inglaterra— parece ser una cualidad natural de la aristocracia. Si se la juzgaba por lo que aparentaba, se podría decir: «He ahí el modelo de mujer noble y completamente libre de vanidad». Pero, si alguien se tomara alguna libertad con ella, convencido de lo anterior, se lo recordaría hasta el último día de su vida.

Congeniamos admirablemente. Según lo acordado con el mayor, a través de Benjamin, fui presentada como «la señora Woodville». Antes de que la cena terminara, habíamos prometido que nos visitaríamos. Yo sólo esperaba la ocasión para llevar la conversación hacia la señora Beauly, pues quería que ella me informase.

Al fin llegó el momento.

Huyendo de la terrible bravura de la estridente *prima donna* del mayor, me había refugiado en el salón trasero. Como había imaginado y previsto, al cabo de un rato vino a buscarme lady Clarinda, al echarme en falta en el grupo en torno al piano. Se

sentó a mi lado, fuera del alcance de los otros invitados y, para mi alivio y placer infinitos, tocó el tema de Miserrimus Dexter por su propia voluntad. Algo que yo le había dicho, cuando se mencionó fortuitamente su nombre en la cena, se había grabado en su memoria y eso nos llevó, de un modo completamente natural, a hablar de la señora Beaully. «¡Al fin, pensé, me recompensa la cena del Mayor!»

¡Y qué recompensa! Ahora cuando lo pienso, el corazón todavía me da un vuelco, como se sobresaltó en aquella velada.

—¡Así que Dexter le habló de la señora Beaully! —exclamó lady Clarinda—. No sabe lo mucho que me sorprende.

—¿Puedo saber por qué?

—¡Él la odia! La última vez que le vi ni siquiera me permitió mencionar su nombre; es una de sus innumerables rarezas. Si en su naturaleza cabe la simpatía, a él debería gustarle la señora Beaully, porque ella es la persona menos convencional que conozco. La pobrecilla, cuando se enfada, dice y hace cosas tan imprudentes que son dignas del mismo Dexter. No sé si a usted le agradaría conocerla.

—Usted ha sido muy amable al invitarme a su casa, lady Clarinda. Tal vez pueda conocer allí a la señora Beaully.

Lady Clarinda sonrió, como si lo dicho la divirtiera.

—No creo que pueda esperar hasta que eso sea posible —dijo—. El último capricho de Helena es imaginarse que sufre, de entre todas las enfermedades del mundo, ¡gota! Ahora está en un precioso balneario de Bohemia o de Hungría (no recuerdo cuál) y es completamente imposible saber lo que hará o adónde irá a continuación. ¡Querida señora Woodville! ¿No está usted demasiado cerca de la chimenea? La veo muy pálida.

Lo noté. Me produjo una gran conmoción enterarme de que la señora Beaully no estaba en Inglaterra; me pilló desprevenida y me desanimó.

—¿Quiere que nos vayamos a otra habitación? —me preguntó lady Clarinda.

Salir de la habitación habría significado cambiar de conversación; y yo estaba decidida a evitar esa catástrofe. Lo más probable era que la doncella de la señora Beaully ya no estuviera a su servicio o que se hubiese quedado en Inglaterra. Mi información no sería completa hasta que no supiera el paradero de la doncella. Alejé mi silla de la chimenea y cogí un abanico de la mesa que tenía al lado; podía serme útil para ocultar mi cara si todavía me esperaban más decepciones.

—Gracias, lady Clarinda. Tiene usted razón; me encontraba demasiado cerca del fuego; pero aquí estaré mucho mejor. Me sorprende usted con lo de la señora Beaully. Por lo que me dijo Dexter, me había imaginado...

—¡Oh, no se crea lo que le diga Dexter! —interrumpió lady Clarinda—. Le encanta desconcertar a la gente, y no tengo la menor duda de que la engañó a propósito. Si todo lo que dice fuera verdad, él tendría que conocer mejor que nadie

las rarezas y los antojos de Helena Beaully. Con todo, él la descubrió en una de las aventuras de Helena en Escocia, que me recuerda la historia de la preciosa ópera de Auber. ¿Cómo se llama? ¡Lo próximo que olvidaré será mi nombre! Me refiero a la ópera en que dos monjas se escapan del convento y van a un baile. ¡Escuche! ¡Qué extraño! Esa joven vulgar está cantando justo ahora la canción de las castañuelas del segundo acto. ¡Mayor! ¿Cómo se llama la ópera que está interpretando la señorita?

El mayor se escandalizó por la interrupción. Acudió apresurado a nuestra sala y susurró:

—¡Shh! ¡Shh!, mi querida señora. Es el *Domino Noir* —y volvió también apresuradamente hacia el piano.

—¡Claro! —dijo lady Clarinda—. ¡Qué estúpida soy!, *Domino Noir* ¡Qué extraño que usted tampoco lo recordara!

Lo recordaba perfectamente, pero no me atrevía a hablar. Si, como creía, la «aventura» mencionada por lady Clarinda se refería al misterioso proceder de la señora Beaully en la mañana del veintiuno de octubre, estaba a punto de dar con el descubrimiento que tanto me interesaba. Oculté mi rostro tras el abanico y dije con la voz más firme que pude:

—¡Le ruego que siga! ¡Le ruego que me cuente su aventura!

A lady Clarinda la halagó mi ansioso deseo de oír su relato, y se adentró en él.

—Espero que la historia sea digna de su interés —dijo—. Si conociese a Helena, ¡es tan propia de ella! Debe saber que fue su doncella quien me lo contó. Helena se ha ido a Hungría con una mujer que habla lenguas extranjeras y me ha dejado a su doncella, ¡que es un tesoro! Ojalá pudiera tenerla siempre a mi servicio. Sólo tiene un defecto, un nombre que odio: Phoebe.

¡Bien! Phoebe y su señora estaban en un lugar cercano a Edimburgo, llamado, según creo, Gleninch. La casa pertenecía a un tal señor Macallan, que después fue juzgado —lo recordará, claro— por haber envenenado a su esposa. Un caso terrible, pero no se alarme, mi historia no tiene nada que ver con eso. Sólo tiene que ver con Helena Beaully.

Una noche, mientras ella estaba en Gleninch, fue invitada a cenar por unos amigos ingleses que estaban de visita en Edimburgo. Esa misma noche, también en Edimburgo, había un baile de máscaras, ofrecido por alguien cuyo nombre he olvidado. El baile (¡un acontecimiento sin par en Escocia!) no gozaba, al parecer, de buena reputación, pues allí iba toda clase de gente divertida; damas de dudosa virtud, ya sabe, y caballeros que rozaban los límites de la sociedad respetable. Las amigas de Helena se las habían ingeniado para conseguir invitaciones, y, a pesar de las objeciones, pensaban asistir de estricto incógnito, por supuesto, y amparadas en sus máscaras. Helena quería ir con ellas, pero no deseaba que se enteraran en Gleninch. El señor Macallan era una de esas personas remilgadas que no aprobaban el baile;

decía que ninguna dama podía participar en esa diversión sin comprometer su reputación. ¡Qué tontería! Bien, pues Helena, en uno de sus arrebatos, dio con el modo de asistir sin ser descubierta; un truco tan ingenioso como el argumento de una comedia francesa.

Fue a la cena en un carruaje desde Gleninch, tras haber enviado a Phoebe a Edimburgo. No era una gran cena, sino una pequeña reunión familiar. Cuando llegó la hora de regresar a Gleninch, ¿qué cree que hizo Helena? ¡Envió a su doncella en su lugar! Phoebe se cubrió con la capa, el sombrero y el velo de su señora. Tenía orden de subir corriendo a la habitación de su ama nada más llegar a la casa, no sin antes dejar en la mesa del hall una breve nota de disculpa (¡escrita por Helena, naturalmente!), alegando cansancio como pretexto para no dar las buenas noches a su anfitrión. La señora y la doncella eran más o menos de la misma estatura.

Los criados, como es natural, nunca descubrieron el engaño. Phoebe llegó sana y salva al cuarto de su señora. Allí tenía que aguardar hasta que en la casa todos estuvieran dormidos, y sólo entonces, deslizarse a su propio cuarto. Pero mientras esperaba, la joven se durmió. Se despertó a las dos de la madrugada, o más tarde. Pensando que eso no tenía la menor importancia, se deslizó de puntillas fuera de la habitación y cerró la puerta. Antes de llegar al final del pasillo, creyó oír algo. Esperó para estar segura y miró por la barandilla. Ahí estaba Dexter, brincando sobre sus manos —¡muy propio de él! ¿lo ha visto usted alguna vez? ¡Es la exhibición más grotesca y horrible que se pueda imaginar!—. Bueno, pues ahí estaba Dexter, digo, dando brincos y mirando por las cerraduras; evidentemente, en busca de la persona que había salido de su cuarto a las dos de la madrugada. Es indudable que Dexter tomó a Phoebe por la señora Beaully, porque la doncella había olvidado quitarse su capa.

A la mañana siguiente, muy temprano, Helena regresó de Edimburgo en un coche alquilado, llevando un sombrero y una capa que le habían prestado sus amigas inglesas. Dejó el coche en la carretera y entró en la casa por el jardín, sin ser descubierta esta vez ni por Dexter ni por nadie. Lista y atrevida, ¿verdad? Y, como le dije, una nueva versión del *Domino Noir*.

Se preguntará, como yo me pregunté, por qué Dexter no armó un gran alboroto por la mañana. Sin duda alguna, lo habría hecho; pero incluso él tuvo que guardar silencio (como me dijo Phoebe) ante el terrible suceso que tuvo lugar en la casa ese mismo día... ¡Mi querida señora Woodville! El calor de esta habitación es en verdad demasiado fuerte para usted. Tome mi frasco de sales y permítame abrir la ventana.

Sólo le pude contestar:

—¡Le ruego que no diga nada! ¡Déjeme salir a tomar el aire!

Conseguí pasar inadvertida hasta llegar al rellano, y me senté en la escalera para serenarme, allí donde nadie me podía ver. Al cabo de un momento sentí que una

mano se posaba con suavidad en mi hombro, y me encontré con el bueno de Benjamin, que me miraba con consternación. Lady Clarinda, muy considerada, le había avisado, ayudándole a salir muy discretamente del salón mientras la atención del anfitrión se concentraba en la música.

—Mi querida niña —susurró—, ¿qué ocurre?

—Llévame a casa y te lo contaré —fue todo lo que le pude decir.

CAPÍTULO XXXII

Un ejemplo de mi sabiduría

La acción tiene que seguir mis movimientos; y ahora la escena se cierra en Londres por un tiempo para abrirse en Edimburgo. Habían transcurrido dos días desde la cena ofrecida por el mayor Fitz-David. Ahora podía respirar con tranquilidad, después del total derrumbe de mis planes para el futuro y de las esperanzas que había depositado en ellos.

Me di cuenta de mi triple error; había hecho mal al sospechar, de una manera precipitada y cruel, de una mujer inocente; me había equivocado al comunicar mis sospechas (sin haberlas verificado previamente) a otra persona; y me había precipitado al aceptar las deducciones y conclusiones poco serias de Miserrimus Dexter como si fueran verdades irrefutables. Me avergonzaba de mi locura al recordarlo. Estaba tan desanimada y me sentía tan insegura al pensar en el futuro que, por primera vez, acepté el consejo sensato que se me ofrecía.

—Querida —dijo el buen Benjamin, después de que hubiésemos comentado lo ocurrido mientras volvíamos a casa—. A juzgar por lo que me cuentas, no me gusta nada el señor Dexter. Prométeme que no volverás a su casa mientras no lo hayas consultado con alguien más adecuado que yo para guiarte en este peligroso asunto.

Se lo prometí con una condición:

—Si no consigo encontrar a ese alguien —dije—, ¿me ayudarás tú?

Benjamin, solícito como siempre, se ofreció de buena gana. A la mañana siguiente, cuando me cepillaba el pelo dándole vueltas al asunto, recordé una determinación que había tomado mientras leía el juicio de mi marido. Me refiero a la decisión de dirigirme, si me fallaba Miserrimus Dexter, a uno de los dos abogados representantes de Eustace que habían colaborado en su defensa, es decir, al señor Playmore. No hay que olvidar que este caballero se merecía mi confianza por su intervención amistosa en el momento en que los funcionarios del fiscal requisaban los documentos de mi marido. Repasando el testimonio de Isaiah Schoolcraft, había sabido que Miserrimus Dexter había llamado al señor Playmore para que ayudara y aconsejara a Eustace. Por lo tanto, no sólo era un amigo en quien podría confiar sino, además, un conocido del mismo Dexter. ¿Había un hombre más adecuado para disipar la oscuridad en la que me veía sumida?

Cuando se lo propuse a Benjamin, reconoció que en esta ocasión había hecho una elección sensata, y se ofreció en el acto para ayudarme. Él mismo se enteró (a través de su propio abogado) de la dirección de los representantes del señor Playmore en Londres y, gracias a ellos, me consiguió una carta de presentación para el señor

Playmore. No tenía nada que ocultar a mi nuevo consejero y en la carta se me denominaba «la segunda esposa de Eustace Macallan».

Esa misma noche partimos ambos en el tren nocturno hacia Edimburgo. Esta vez, Benjamin se negó a dejarme viajar sola. Antes de salir, yo le había escrito a Miserrimus Dexter (siguiendo el consejo de mi viejo amigo) para comunicarle que me veía obligada a ausentarme de Londres por unos días y que ya le informaría a mi regreso del resultado de mi entrevista con Lady Clarinda. Su singular respuesta me llegó con Ariel.

Apreciada Valeria: Soy un hombre de percepción aguda y puedo leer su carta entre líneas. Lady Clarinda ha hecho tambalear su confianza en mí. Muy bien; yo le prometo que haré tambalear su confianza en ella. No estoy ofendido ni le guardo rencor, y espero con serenidad, el honor y el placer de su nueva visita. Telegráfieme para decirme si quiere trufas otra vez o si prefiere algo más simple y más ligero, como ese incomparable plato francés: párpados de cerdo y tamarindos.

Créame su seguro aliado y admirador, su poeta y cocinero,

Dexter

Cuando llegamos a Edimburgo, Benjamin y yo tuvimos una pequeña discusión, motivada por mi deseo de ir sola al despacho del señor Playmore. Benjamin quería acompañarme, pero yo decliné su propuesta.

—Aunque no tengo una gran experiencia del mundo —le dije—, he observado que en nueve de cada diez casos, un hombre hace concesiones a una mujer si ella acude sola, y no se muestra tan locuaz si otro hombre está presente. No sé por qué; sólo sé que es así. Si veo que no me entiendo con el señor Playmore, le pediré una segunda cita y, en ese caso, tú me acompañarás. No creas que soy terca; déjame probar suerte y ya veremos si resulta.

Benjamin cedió, tan considerado como siempre. Envié la carta de presentación al despacho del señor Playmore, en su casa cerca de Gleninch. El mensajero regresó con una respuesta educada en la que me invitaba a visitarle a primera hora de la tarde. A la hora convenida, llamé al timbre de su casa.

CAPÍTULO XXXIII

Un ejemplo de mi locura

La incomprensible sumisión de los escoceses a la tiranía eclesiástica de la Iglesia oficial ha provocado, creo que de modo natural, una visión equivocada del carácter de este pueblo. Quien se para a analizar la institución del domingo en Escocia no le encuentra paralelo en el resto de la cristiandad por su austeridad rígida y sin sentido. Ve a una nación contenta de que su clero la prive de todo placer un día a la semana: prohibido viajar; prohibido telegrafiar; prohibido cenar caliente; prohibido leer el periódico. En resumen, sólo se les permiten dos libertades, la libertad de asistir a la iglesia y la libertad de alejarse de la bebida. Esto es lo que observa la opinión pública, y llega a la conclusión razonable de que la gente que se resigna a estas leyes sociales es la más austera, la más imperturbable y la más triste de toda la tierra. Así se supone que son los escoceses, vistos a distancia. Pero, ¿cómo son los escoceses vistos de cerca? Después de conocerlos, se puede aventurar que no hay gente más animada, más sociable, más hospitalaria y de ideas más liberales en todo el globo que la que se resigna a obedecer al domingo escocés. Los seis restantes días de la semana reina entre todos los escoceses un ambiente de tranquilidad, de un genial sentido común; y es un completo placer poder vivirlo. Sin embargo, al séptimo día, esos mismos hombres oirán a uno de sus pastores afirmar seriamente que pasear en domingo es una profanación. No me veo capaz de explicar esta anomalía de su carácter nacional. Sólo lo apunto como preámbulo antes de introducir en mi relato a un personaje no muy frecuente en los libros: un alegre escocés.

Todas las cualidades del señor Playmore se pueden describir en términos negativos. No era ni joven ni viejo, ni guapo ni feo; y no encajaba con la idea que uno tiene de un abogado; su inglés era muy bueno, aunque con un ligero acento escocés.

—Tengo el honor de ser un viejo amigo del señor Macallan —dijo a modo de bienvenida, estrechándome la mano con cordialidad—, y me siento sinceramente feliz de conocer a su esposa. ¿Dónde quiere sentarse? ¿Cerca de la luz? ¿Es su primera visita a Edimburgo? Me sentiré encantado de presentarle a la señora Playmore, y le ruego que nos permita alegrar su estancia en la ciudad, donde nosotros también estamos pasando una temporada. Ha llegado la ópera italiana y tenemos un palco para esta noche. ¿Será tan amable de prescindir de toda etiqueta y quedarse a cenar con nosotros para luego ir a la ópera?

—Es usted muy gentil —contesté—. Pero tengo una preocupación que no me dejaría ser una compañía digna de su esposa. Creo que mi carta menciona que he venido a pedirle consejo acerca de un asunto de gran importancia para mí.

—¿Sí? —prosiguió—. En honor a la verdad, aún no he leído su carta. Leí el remite y deduje que deseaba verme en mi bufete. Envié una nota a su hotel y luego me dediqué a otros quehaceres. Le ruego que me disculpe. ¿Se trata de una consulta legal? Por su propio bien, espero que no.

—No es exactamente una consulta profesional, señor Playmore. Me encuentro en una situación dolorosa y bastante fuera de lo común, y he venido a pedirle consejo. Se sorprenderá mucho cuando oiga lo que tengo que decirle, y creo que le robaré más tiempo de lo normal.

—Mi tiempo y yo, señora, estamos a su entera disposición —dijo—. Dígame qué puedo hacer por usted y dígalos a su modo.

La amabilidad de su lenguaje armonizaba con la caballerosidad de sus ademanes. Se lo conté todo, toda mi extraña historia, sin exagerar ni suprimir nada.

El señor Playmore no hizo nada por ocultar la impresión que le produjo mi relato, y le inquietó especialmente mi separación de Eustace. En cuanto a mi decisión de poner en tela de juicio el veredicto escocés y mis injustas sospechas respecto a la señora Beaulieu, primero, sonrió sorprendido. Pero cuando le describí mi extraordinaria entrevista con Miserrimus Dexter y mi no menos sorprendente conversación con lady Clarinda, percibí en él una gran conmoción. Por primera vez le vi cambiar de color; se puso de pie y murmuró, como si se hubiera olvidado de mí por completo:

—¡Dios mío! ¿Es esto posible? ¿Se encuentra la verdad ahí, después de todo?

Me tomé la libertad de interrumpirle. No quería que se guardara sus pensamientos para él solo.

—¿Le he sorprendido? —pregunté.

Se sobresaltó con el sonido de mi voz.

—¡Le pido mil perdones! —exclamó—. No sólo me ha sorprendido, sino que ha aportado usted un enfoque totalmente nuevo, un campo inexplorado de investigación, que me hace entrever una posibilidad, una nueva y asombrosa posibilidad, en relación con el envenenamiento de Gleninch, que nunca hasta ahora se me había ocurrido. No está nada mal —añadió, volviendo a su buen humor—. Aquí está el cliente guiando al abogado. Mi querida señora, ¿quiere usted mi consejo o soy yo quien necesita el suyo?

—¿Puedo conocer su nueva hipótesis? —pregunté.

—Por ahora no, si usted me lo permite —contestó—. Sea indulgente con mi prudencia profesional. Y no es que desee actuar como un profesional con usted, todo lo contrario. Sin embargo, el abogado supera al hombre y rehúsa desaparecer; realmente no sé si explicarle lo que se me está ocurriendo sin formularle antes unas cuantas preguntas. Hágame un gran favor. Volvamos a repasar de nuevo los hechos y déjeme que le vaya preguntando mientras tanto. ¿Tiene algo que objetar antes de responderme?

—En absoluto, señor Playmore. ¿A qué periodo nos remontamos?

—A su primera visita a Dexter. Cuando le preguntó por primera vez si tenía sus propias ideas sobre la muerte de la señora Macallan, ¿dice que él se mostró desconfiado?

—Muy desconfiado.

—Y se tranquilizó de nuevo cuando usted le explicó que su pregunta había surgido a raíz de lo leído en el informe del juicio.

—Sí.

El señor Playmore sacó un papel de un cajón de su escritorio, mojó la pluma en el tintero, reflexionó un poco y me ofreció una silla a su lado.

—El abogado desaparece —dijo— y el hombre vuelve a ocupar su sitio; no habrá secreto profesional entre usted y yo. Como viejo amigo de su marido, señora, siento algo más que un interés corriente por usted. Creo necesario advertirle antes de que sea demasiado tarde, y eso sólo lo puedo hacer si corro un riesgo que pocos hombres en mi lugar correrían. Personal y profesionalmente, voy a confiar en usted, ¡aunque sea escocés y abogado! Siéntese aquí y lea por encima de mi hombro mientras tomo unas notas. Así, verá lo que se me va ocurriendo.

Me senté a su lado y miré por encima de su hombro, sin vacilar. Comenzó a escribir lo siguiente:

El envenenamiento de Gleninch. Interrogantes: ¿Qué relación tiene Miserrimus Dexter con el envenenamiento? Y ¿qué sabe (presumiblemente) del asunto?

Sus ideas son secretas; pero teme haberlas revelado o puesto al descubierto de una manera que desconoce. Se muestra claramente aliviado cuando ve que ése no es el caso.

La pluma se detuvo, pero el interrogatorio continuó.

—Pasemos a su segunda visita —dijo el señor Playmore—, cuando vio a Dexter a solas. Repítame lo que hizo y cómo reaccionó él cuando usted le anunció que no estaba satisfecha con el veredicto escocés.

Le expuse lo que ya he contado. La pluma del abogado regresó al papel y añadió estas líneas:

Le visita nada más y nada menos que una persona que se interesa por el caso, que se niega a aceptar el veredicto del juicio Macallan y que se propone reabrir la investigación. ¿Cómo reacciona él?

Muestra todos los síntomas de un ataque de pánico; se ve a sí mismo en peligro; se muestra frenético primero y servicial luego; tiene que saber cuál es la intención de esa persona y qué es lo que ella sabe. Cuando recibe la información deseada, se

pone pálido y no da crédito a sus sentidos. Después, sin nada que lo justifique, pregunta a su visitante si sospecha de alguien. Interrogante: cuando desaparece de una casa una pequeña cantidad de dinero y se interroga a la servidumbre, ¿qué pensamos del criado que habla primero y dice?: «¿Sospechan de mí?»».

El señor Playmore volvió a dejar la pluma.

—¿Correcto? —preguntó.

Empecé a comprender a dónde conducían las notas. En vez de contestarle, le sugerí que me diera una explicación convincente. Levantó el dedo índice en señal de advertencia y me detuvo.

—Aún no —respondió—. Una vez más, ¿está bien por ahora?

—Correcto.

—Muy bien. Ahora cuénteme lo que hizo Dexter a continuación. No importa si se repite. Déme todos los detalles, uno tras otro, hasta el final.

Le conté todos los detalles, tal como los recordaba. El señor Playmore reemprendió la toma de notas por tercera y última vez:

Se le asegura indirectamente que él no es la persona sospechosa. Se hunde en la silla, respira profundamente y pide quedarse solo un rato, con el pretexto de que el asunto le sobreexcita. Cuando la visitante regresa, Dexter ha estado bebiendo. La visitante retoma el asunto, no Dexter. Ella está convencida de que la primera señora Macallan murió a manos de un envenenador y lo dice abiertamente. Dexter se hunde de nuevo en la silla, como si se desmayara poseído por el horror ¿Por qué? Es fácil entenderlo, si lo denominamos horror culpable. Y va más allá de lo comprensible, si lo denominamos de otro modo. Dexter vuela de un extremo a otro de la sala; está indescriptiblemente encantado de descubrir que las sospechas de la visitante se dirigen hacia una persona ausente. Entonces, y sólo entonces, se ampara en la coincidencia con la visitante en cuanto al sospechoso. Éstos son los hechos. ¿A qué conclusión apuntan?

Terminó de escribir y, observándome fijamente, esperó a que yo hablase primero.

—Lo comprendo, señor Playmore —empecé a decir impetuosamente—. Usted cree que el señor Dexter...

Su dedo índice me advirtió que no siguiera.

—Cuénteme —interrumpió— qué fue lo que le dijo Dexter al confirmar sus sospechas acerca de la pobre señora Beaully.

—Dijo: «No existe ni la menor sombra de duda, la señora Beaully la envenenó».

—Lo mejor que puedo hacer es seguir un ejemplo tan bueno, con una diferencia «insignificante». También yo digo: «¡No existe la menor duda! Dexter la envenenó».

—¿Está bromeando, señor Playmore?

—Nunca he hablado más en serio. Su visita precipitada a Dexter y su extraordinaria imprudencia al confiar en él llevan a este resultado asombroso, señora. La luz que la maquinaria de la Ley ha sido incapaz de arrojar sobre el caso de Gleninch, la ha traído accidentalmente una mujer que se niega a oír razonamientos y que insiste en hacer las cosas a su modo. ¡Qué increíble y, no obstante, qué verdadero!

—¡Imposible! —exclamé.

—¿Qué es imposible? —preguntó tranquilamente.

—Que Dexter envenenara a la primera esposa de mi marido.

—¿Y por qué es imposible, si hace el favor?

Casi me enfurecí con el señor Playmore.

—¿Cómo puede hacerme esta pregunta? —repliqué con indignación—. Ya le he dicho que le oí hablar de ella en términos de respeto y afecto que enorgullecerían a cualquier mujer. Dexter vive recordándola. Le debo su recibimiento amistoso a algún parecido que él cree ver entre mi figura y la de la difunta. He visto lágrimas en sus ojos y he notado que la voz le fallaba y le temblaba cuando hablaba de ella. Puede que sea el hombre más falso que exista, pero no miente con respecto a ella; en eso no me ha engañado. Hay indicios que nunca le fallan a una mujer cuando un hombre le dice lo que guarda en su corazón; yo los vi. Lo que usted indica es tan cierto como decir que yo la envenené. Me avergüenza tener una opinión contraria a la suya, señor Playmore, pero no lo puedo evitar. ¡Casi estoy enfadada con usted!

Pareció que le agradaba, en vez de ofenderle, la manera directa en que me expresaba.

—Mi querida señora, ¡no hay razón para que se enfade conmigo! En un aspecto, comparto por completo su punto de vista, con la diferencia de que yo voy un poco más lejos que usted.

—No le entiendo.

—Me entenderá a la perfección. Usted describe los sentimientos de Dexter por la anterior esposa de Eustace como una mezcla feliz de respeto y de afecto. Le puedo asegurar que sus sentimientos eran mucho más entusiastas que todo eso. Le debo la información a la pobre señora, que me honró con su confianza y su amistad de por vida. Antes de que ella se casara con el señor Macallan —lo mantuvo en secreto y será mejor que usted haga lo mismo—, Miserrimus Dexter estaba enamorado de ella. Él le pidió, deforme como era, le pidió seriamente que fuera su esposa.

—¡Y ante esto —grité—, usted afirma que él la envenenó!

—Lo afirmo, sí. No encuentro otra conclusión posible, después de lo ocurrido durante la visita que le hizo. Usted le asustó hasta casi hacerle desvanecer. ¿Qué temía?

Intenté encontrar una respuesta. Incluso me embarqué en una contestación sin saber adónde iría a parar.

—Miserrimus Dexter es un antiguo y buen amigo de mi marido —empecé a decir—. Cuando me oyó decir que no estaba satisfecha con el veredicto, debió de alarmarse...

—¡Debió de alarmarse ante lo que sufriría su marido si se reabría la investigación! —dijo el señor Playmore, acabando la frase irónicamente por mí—. ¡Muy inverosímil, señora Macallan! Y nada consistente, teniendo en cuenta su fe en la inocencia de su marido. Elimine de su cabeza un error que la puede confundir si insiste usted en seguir por ese camino. Créame si le digo que Miserrimus Dexter dejó de ser amigo de su marido el día en que Eustace se casó con su primera esposa. Le garantizo que Dexter supo guardar las apariencias, tanto en público como en privado. En el proceso ofreció testimonio a favor de su amigo con el afecto profundo que todos esperábamos de él. Sin embargo, creo firmemente que el señor Macallan no tenía un enemigo peor que Miserrimus Dexter.

Me dejó helada, porque hasta ahí, al menos, Playmore estaba en lo cierto. Mi marido había cortejado y conquistado a la mujer que había rechazado la proposición matrimonial de Miserrimus Dexter. ¿Era Dexter el tipo de hombre que perdona? Mi propia experiencia me contestó que no.

—Grábese en la memoria lo que le he dicho —prosiguió el señor Playmore—. Y ahora pasemos a su propia situación en este asunto y a los intereses que están en juego. Intente adoptar mi punto de vista por ahora y pensemos qué posibilidades tenemos de avanzar hacia el descubrimiento de la verdad. Puede usted albergar la certeza moral —como yo la tengo— de que Miserrimus Dexter es el hombre a quien deberían haber juzgado por el asesinato de Gleninch. Otra cosa es que, con el paso del tiempo, demos con la prueba que pueda justificar la proclamación de su culpabilidad. Ahí reside, tal como yo lo veo, la dificultad insuperable del caso. A menos que esté completamente equivocado, la cuestión se reduce ahora a este esquema: la afirmación pública de la inocencia de su marido depende enteramente de la afirmación pública de la culpabilidad de Dexter. ¿Cómo va usted a obtener este resultado? No existe ninguna prueba en su contra. Sólo se puede condenar a Dexter por su propia confesión. ¿Me está usted escuchando?

Le escuchaba, pero sin el menor interés. Si el señor Playmore estaba en lo cierto, el asunto había llegado a una situación crítica. Pero no podía, a pesar de todo mi respeto hacia su mayor conocimiento y experiencia, no podía, insisto, convencerme de que el amable abogado tenía razón. Y se lo confesé, con humildad sentida. Sonrió de buen humor.

—En cierto modo —dijo— admitirá que Dexter, hasta ahora, no ha expresado libremente sus pensamientos. Todavía le oculta algo que a usted le interesa descubrir.

—Sí, eso lo admito.

—Muy bien. Su visión del caso es similar a la mía. Según usted, él se guarda la información que acusa a otra persona. Yo digo que lo que él oculta es su propia culpabilidad. Empecemos por este supuesto. Confesión o información, ¿cómo va usted a conseguir que le revele lo que ahora le oculta? ¿Qué influencia podrá ejercer sobre él cuando le vea de nuevo?

—Seguramente podría persuadirle.

—Cierto. Pero, y si la persuasión falla, ¿entonces qué? ¿Cree usted que podrá hacerle hablar tendiéndole una trampa o asustándole?

—Si usted consulta sus notas, señor Playmore, verá que he logrado asustarle, aunque sólo sea una mujer y esa no fuera mi intención.

—¡Muy bien contestado! Usted decide el truco. Lo que ha hecho una vez, puede repetirlo. ¡Bien! Si está decidida a intentarlo, será conveniente que conozca un poco más a Dexter. Antes de que regrese a Londres, suponga que solicitamos información a alguien que nos puede ayudar.

Me levanté y eché un vistazo a la habitación. Él me impulsó a hacerlo; había hablado como si la persona que nos tenía que ayudar estuviese allí con nosotros.

—¡No se alarme! —dijo—. El oráculo es mudo y está aquí.

Abrió con llave uno de los cajones de su escritorio; sacó de él un legajo de cartas y extrajo una.

—Cuando preparábamos la defensa de su marido —dijo—, creímos difícil incluir a Miserrimus Dexter entre los testigos. No teníamos la más ligera sospecha de él, no hace falta que se lo diga. Pero temíamos su excentricidad, e incluso alguno de nosotros tenía miedo de que su comparecencia en el tribunal le excitara hasta llevarle a la locura. Ante esta situación imprevista, nos dirigimos a un psiquiatra en busca de ayuda. Pretextando algo que ya he olvidado, le presentamos a Dexter. Y a su debido tiempo recibimos el informe médico. Aquí está.

Abrió la carta y, marcando un pasaje con lápiz, me la tendió.

—Lea las líneas que he señalado —dijo—; bastarán para nuestro propósito.

Leí aquellas palabras:

Resumiendo los resultados de mi examen, mi opinión es que indudablemente existe locura latente y previsible en este caso, aunque los síntomas activos aún no se han presentado. Creo que el señor Dexter puede comparecer ante el tribunal sin temor a consecuencias graves. Tal vez diga o haga todo tipo de rarezas. Sin embargo, su mente está todavía bajo el control de su voluntad, y pueden confiar en que su amor propio le convertirá en un testigo de inteligencia singular.

Por lo que respecto al futuro, no me es posible, claro está, hablar categóricamente. Únicamente puedo ofrecer mi opinión.

Que el señor Dexter acabará loco (si vive) es indudable. La cuestión es cuándo se manifestará la locura, y eso depende por completo de su estado de salud. Su sistema nervioso es muy sensible y hay signos que demuestran que su modo de vida ya lo ha dañado. Si vence los malos hábitos a que he aludido en la primera parte de este informe, y si pasa muchas horas al día tranquilamente al aire libre, puede permanecer sano durante muchos años. Si persiste en llevar la vida actual o si su sistema nervioso sufre algún daño, su caída en la locura tendrá lugar cuando el daño haya alcanzado su punto culminante. Sin que lo advierta nadie, ni siquiera él mismo, toda su estructura mental cederá, y cuando se encuentre actuando tranquilamente o hablando con la inteligencia que le caracteriza, el hombre caerá —si se me permite la expresión— en la locura o en la idiotez. En cualquiera de ambos casos, cuando la catástrofe haya ocurrido, sólo puedo añadir a sus amistades que no esperen (como creo) su curación. Una vez perdida la razón, estará perdida para siempre.

Así terminaba la carta. El señor Playmore volvió a guardarla en el cajón.

—Acaba de leer la opinión de una de las mayores autoridades en psiquiatría —dijo—. ¿Ha pensado que Dexter tiene alguna posibilidad de recuperarse? ¿Ve los obstáculos y el peligro a que usted se expone?

Mi silencio fue mi respuesta.

—Supongamos que usted vuelve a ver a Dexter —prosiguió—. Y supongamos que la opinión del médico exagera el peligro. ¿Qué va a hacer, señora? La última vez que le vio tuvo la inmensa ventaja de cogerle por sorpresa. Sus nervios sensibles cedieron y le demostró el miedo que usted despertó en él. ¿Podrá sorprenderle de nuevo? ¡Usted no! Ya está prevenido y no bajará la guardia. Si no se encuentra usted con nada peor, al menos tendrá que tratar con alguien muy astuto. ¿Le seguiría el juego entonces? Si no hubiese sido por lady Clarinda, le habría despistado por completo en el asunto de la señora Beauly.

Tampoco ahí había respuesta. Fui lo suficientemente loca como para intentarlo.

—Él me dijo la verdad en la medida en que la sabía —dije—. Realmente vio lo que me contó que había visto en el pasillo de Gleninch.

—Él le dijo la verdad —prosiguió el señor Playmore— porque fue lo bastante astuto como para ver que la verdad le ayudaría a exacerbar sus sospechas, señora. ¿No creerá que lo que hizo fue compartir con usted su hipótesis?

—¿Y por qué no? —contesté—. Él ignoraba lo que había hecho la señora Beauly aquella noche, tanto como yo hasta que conocí a lady Clarinda. Queda por ver si no se sorprenderá tanto como yo cuando le cuente lo que lady Clarinda me dijo.

Esta respuesta rápida produjo en el señor Playmore un efecto inesperado. Para mi sorpresa, abandonó la discusión de una manera brusca. Parecía desesperado por no poder convencerme, y así lo confesó indirectamente en sus siguientes palabras:

—¿Es que nada de lo que le diga —preguntó— le hará ver este asunto como yo lo veo?

—No tengo ni su habilidad ni su experiencia —contesté—. Siento decirle que yo no soy de su misma opinión.

—¿Está verdaderamente decidida de ver a Miserrimus Dexter otra vez?

—Me he comprometido a volverle a ver.

Esperó un poco y meditó.

—Usted me ha honrado pidiendo mi consejo —dijo—. Pues bien, le aconsejo muy seriamente que rompa ese compromiso con Dexter. Incluso voy más lejos. Le suplico que no le vuelva a ver.

¡Exactamente lo mismo que me había aconsejado mi suegra! ¡Exactamente lo que Benjamin y el mayor Fitz-David habían dicho! Todos estaban en mi contra; pero, aun así, resistí. Ahora, cuando lo pienso, no entiendo cómo pude ser tan obstinada. Casi me avergüenza confesar que no contesté al señor Playmore. Él esperaba mi respuesta. Me molestó su mirada inquisidora. Me levanté y me quedé ante él con la vista clavada en el suelo.

Él también se levantó. Comprendió que la conversación había llegado a su fin.

—¡Bien! ¡Bien! —dijo con un humor amargo—. Supongo que no es razonable esperar que una joven como usted comparta la opinión de un viejo abogado como yo. Permítame recordarle, tan sólo, que nuestra conversación debe quedar como algo estrictamente confidencial por el momento. Y ahora, cambiemos de tema. ¿Hay algo que pueda hacer por usted? ¿Está sola en Edimburgo?

—No. He viajado con un viejo amigo, que me conoce desde la niñez.

—¿Y estarán aquí mañana?

—Creo que sí.

—¿Me haría un favor? ¿Querrá pensar en lo que hemos hablado y venir a verme de nuevo mañana por la mañana?

—Con mucho gusto, señor Playmore, aunque sólo sea para agradecerle su amabilidad.

Llegamos a ese acuerdo y nos separamos. Él suspiró; el hombre alegre suspiró al abrirme la puerta. Las mujeres somos criaturas contradictorias. Mientras salía y me dirigía a la calle, ese suspiro me afectó más que todos sus argumentos, sentí que me sonrojaba por mi terca resistencia ante él.

CAPÍTULO XXXIV

Gleninch

Encontré a Benjamin en el hotel, con un periódico entre las manos y absorto en resolver uno de los jeroglíficos semanales que el director presentaba a los lectores. Mi viejo amigo era un gran aficionado a esos puzzles verbales, y había ganado todo tipo de premios por el ingenio con que hallaba la solución correcta. En esos momentos, mientras estaba ocupado en su diversión favorita, era inútil cualquier tentativa de llamar la atención. Sin embargo, el interés que tenía por conocer el resultado de mi entrevista con el abogado fue superior al despertado por el enigma del periódico. Lo cerró en cuanto entré en la habitación y me preguntó ansioso:

—¿Qué noticias traes, Valeria? ¿Qué noticias traes?

Se lo conté, respetando naturalmente la confianza que el señor Playmore había depositado en mí. De mis labios no salió ni una palabra en relación con la terrible sospecha que el abogado albergaba respecto a Miserrimus Dexter.

—¡Ajá! —dijo Benjamin, complacido—. ¡Así que el abogado opina como yo! ¿Le harás caso, aunque a mí no me lo hayas hecho?

—Tienes que perdonarme —repliqué—. Siento haber llegado a este extremo. Pero por más que lo intento, no puedo seguir los consejos de nadie. Al venir a Edimburgo, tenía el firme propósito de dejarme guiar por el señor Playmore. Nunca habríamos hecho este largo viaje si ése no hubiera sido mi deseo sincero. He intentado, y no sabes hasta qué punto, ser una mujer razonable, dócil; pero hay algo en mí que se rebela. Siento decirte que pienso volver a visitar a Dexter.

Hasta Benjamin perdió la paciencia conmigo esta vez.

—Genio y figura hasta la sepultura —dijo, citando el refrán—. Siempre has sido la niña obstinada que revolucionaba el colegio. ¡Dios mío, tendríamos qué habernos quedado en Londres!

—No —repliqué—. Ahora que hemos viajado hasta Edimburgo, veremos algo, que me interesa, y que nunca habríamos visto si nos hubiésemos quedado en Londres. La casa de campo de mi marido está a pocas millas de aquí. Mañana iremos a Gleninch.

—¿La casa donde envenenaron a la pobre mujer? —preguntó Benjamin con una mirada lánguida—. ¿Te refieres a ese lugar?

—Sí. Quiero ver la habitación en que murió; y también recorrer toda la casa.

Benjamin cruzó las manos en señal de resignación y las dejó caer en su regazo.

—Trato de comprender a la nueva generación —dijo con tristeza el anciano—; pero no lo consigo. Esta nueva generación me supera.

Me senté a escribir al señor Playmore para informarle sobre la visita que planeaba hacer a Gleninch. La casa en la que ocurrió la tragedia que arruinó la vida de mi marido era, para mí, la más interesante de todo el globo terráqueo. La perspectiva de visitar Gleninch había influido mucho (en honor a la verdad) en mi decisión de consultar al abogado de Edimburgo. Le envié la nota al señor Playmore con un mensajero y recibí una respuesta muy amable. Si esperaba hasta la tarde, adelantaría el trabajo del día y nos llevaría en su coche a Gleninch.

La obstinación de Benjamin podía ser tan firme como la mía. Había decidido, como miembro de una generación anterior, no tener nada que ver con Gleninch. No soltó ni una palabra sobre el tema, hasta que el coche del señor Playmore llegó a la puerta de nuestro hotel; pero en ese momento tan oportuno, Benjamin se acordó de un viejo amigo que tenía en Edimburgo.

—¿Te importaría excusarme, Valeria? Mi amigo se llama Saunders y sería una descortesía por mi parte no cenar con él esta noche.

Aparte de mi asociación con el lugar, no había nada en Gleninch digno del interés de un viajero.

El campo era bonito y estaba bien cultivado. Nada más. El parque resultaba demasiado agreste para un inglés, y estaba mal cuidado. El edificio se había construido hacía setenta u ochenta años. Por fuera, carecía de adornos, como si de una fábrica o una prisión se tratara. Por dentro, la tristeza mortal y la soledad opresiva de la vivienda desierta cansaban la vista, y hacían aquel lugar desagradable desde el tejado hasta el sótano.

La casa había estado cerrada desde el juicio. Un matrimonio anciano y solitario tenía las llaves y se encargaba de su cuidado. Cuando el señor Playmore le pidió al marido que abriera las puertas y las contraventanas y que encendiera el fuego de la chimenea oscura y abandonada, el hombre movió la cabeza en silencio, como si desaprobara con tristeza nuestra intrusión. Las chimeneas de la biblioteca y de la galería de los cuadros estaban encendidas para mantener libres de la humedad los tesoros que guardaban. Al principio, no fue nada fácil contemplar las llamas sin imaginarse a los habitantes de la casa yendo a calentarse.

Subimos luego al piso superior, y vi los dormitorios que ya me eran familiares por el informe del juicio. Entré en el pequeño gabinete cuya llave, la que comunicaba con el dormitorio, había desaparecido. En los estantes había muchos libros antiguos. Examiné después la habitación en la que la infeliz dueña de Gleninch había sufrido y muerto. La cama se había mantenido en el mismo lugar; el sofá en el que la enfermera se había procurado momentos de reposo, seguía frente a la cama; el armario indio, donde se encontró el papel con restos de arsénico, todavía guardaba su pequeña colección de curiosidades. Moví la mesa giratoria, en donde Sara Macallan había comido y escrito sus poemas, ¡pobrecilla! Aquel lugar resultaba triste y terrible.

Parecía que el aire denso todavía arrastrara su horrible carga de amargura y desconfianza. Por eso agradecí salir de nuevo —después de echar un vistazo a la habitación que ocupó Eustace— al pasillo de los invitados. Ahí estaba la puerta detrás de la cual Miserrimus Dexter había estado esperando y observando; y el suelo de roble también seguía ahí. Miserrimus Dexter lo había atravesado dando brincos, siguiendo los pasos de la doncella disfrazada con la ropa de su señora. Fuera a donde fuera, me seguían los espectros de los muertos y de los ausentes. Fuera a donde fuera, el horror y la soledad de la casa me advertían con voces silenciosas y terroríficas: «¡Yo guardo el secreto del veneno! ¡Yo oculto el misterio de la muerte!».

Aquella casa me agobiaba tanto que no pude soportarlo más. Deseaba aire fresco y cielo azul. El señor Playmore lo notó y lo entendió.

—¡Vamos! —dijo—. Ya ha sido suficiente. Vayamos a ver los jardines.

En la quietud gris del anochecer, paseamos por los jardines solitarios y nos acercamos a los arbustos, espesos y abandonados. Dando vueltas de un lado para otro fuimos a parar al jardín de la cocina, que tenía una zona cultivada por el matrimonio. El resto no era más que un montón de malas hierbas. En un extremo del jardín, y separado por una valla de madera, se extendía un terreno baldío resguardado por árboles. En un rincón apartado del terreno, algo me llamó la atención; era un basurero. Su gran tamaño y su rara situación despertó por un momento mi curiosidad. Me detuve y contemplé la basura y las cenizas, las piezas rotas de una vajilla y una vieja plancha. Aquí había un sombrero roto; allí, los trozos podridos de unas botas viejas, muchos trapos sucios y una pequeña papelera.

—¿Qué está mirando? —me preguntó el señor Playmore.

—Nada más y nada menos que un basurero —le contesté.

—Supongo que en la pulcra Inglaterra habrían quitado todo esto y lo habrían puesto fuera del alcance de la vista —dijo el abogado—. Eso no importa tanto en Escocia, siempre y cuando el basurero esté apartado de la casa y no llegue el olor. Además, parte de la basura, seleccionada, es útil como abono para el jardín. Aquí, como el lugar está desierto, no se ha retirado la basura. Todo lo que hay en Gleninch, señora Macallan (incluido el basurero) espera las órdenes de su nueva dueña. Puede que un día de estos sea usted la señora del lugar. ¡Quién sabe!

—Habré terminado con Gleninch, señor Playmore, cuando me vaya hoy mismo.

—No esté tan segura de eso —prosiguió mi compañero—. El tiempo siempre nos trae sorpresas.

Dimos la vuelta y regresamos en silencio hasta la verja del parque, donde nos esperaba el carruaje.

Mientras regresábamos a Edimburgo, el señor Playmore dirigió la conversación hacia temas ajenos por completo a nuestra visita a Gleninch. Comprendió que mi mente necesitaba distraerse y él afablemente se ofreció para entretenerme. Lo

consiguió. Cuando llegábamos a la ciudad, sacó el tema de mi regreso a Londres.

—¿Ya ha decidido cuándo se irán de Edimburgo? —preguntó.

—Nos iremos —repliqué— en el tren de mañana por la mañana.

—¿Todavía no ve ninguna razón para cambiar la opinión que expresó ayer? ¿Eso es lo que significa su marcha apresurada?

—Me temo que así es, señor Playmore. Cuando tenga más años, quizás sea más sabia. Mientras tanto, sólo puedo confiar en su benevolencia si continúo andando a ciegas.

Sonrió complacido y me dio unos golpecitos en la mano. Luego cambió de repente y me miró con expresión grave, antes de volver a abrir sus labios.

—Es la última oportunidad que me queda para hablar con usted antes de que se vaya —dijo—. ¿Puedo hablarle con franqueza?

—¡Por supuesto, señor Playmore! Me diga lo que me diga, siempre le agradeceré su amabilidad.

—Tengo poco que decir, señora, y empezaré con unas palabras de advertencia. Ayer me comentó que cuando visitó por última vez a Miserrimus Dexter, fue sola. No vuelva a hacerlo. Vaya con alguien.

—Entonces, ¿cree que corro algún peligro?

—No, en el sentido estricto de la palabra. Pero creo que un amigo puede ayudarla a mantener a raya la audacia de Dexter (es uno de los seres más insolentes que existen). Y, en caso de que mencione algo digno de recordar o que afecte al asunto, un acompañante de confianza puede servir de testigo valioso. De verdad, yo en su lugar llevaría a alguien para que tome notas. Supongo que, por ser abogado, me preocupo demasiado por estas menudencias; pero permítame insistir en este punto: pida a alguien que la acompañe cuando visite nuevamente a Dexter, y prevéngase para cuando en la charla surja la señora Beaully.

—¿Que me prevenga? ¿Qué quiere decir?

—La práctica, mi querida señora Macallan, me ha hecho un gran conocedor de las debilidades de la naturaleza humana. Usted tiende, como es natural, a sentir celos de la señora Beaully, y, en consecuencia, puede que olvide su sentido común cuando Dexter la mencione para desorientarla. ¿Hablo con demasiada franqueza?

—¡En absoluto! Siento que los celos por la señora Beaully me envilecen. Mi vanidad sufre sólo con pensarlo. Pero mi sentido común se rinde ante mis convicciones. Me atrevo a decir que tiene usted razón.

—Me alegra saber que en algo estamos de acuerdo —dijo con su peculiar sentido del humor—. No me cansaré de intentar convencerla con respecto al serio asunto que es motivo de discusión entre usted y yo. Es más, si usted no consigue nada, haré que Dexter me ayude —eso despertó mi curiosidad. De qué manera podía Dexter ayudarle era una cuestión fuera de mi alcance—. Usted se propone repetir a Dexter

todo lo que lady Clarinda le contó sobre la señora Beaully —prosiguió—. Y cree probable que Dexter se quede boquiabierto cuando oiga la historia, al igual que le pasó a usted. Voy a arriesgarme a hacerle una profecía. Afirmando que Dexter la decepcionará. Lejos de quedarse atónito, le dirá enérgicamente que ha sido usted víctima de una tergiversación deliberada de los hechos, inventada y premeditada por la señora Beaully para defender sus intereses culpables. Ahora dígame, si él intenta renovar su sospecha infundada de una mujer inocente, ¿afectará esto a su propia opinión del asunto?

—Desconfiaré por completo de mi propia opinión, señor Playmore.

—Muy bien. Espero que me escriba para darme la razón y antes de que termine esta misma semana. Mantenga en estricto secreto todo lo que le dije ayer sobre Dexter. Ni siquiera mencione mi nombre cuando le vea. Teniendo en cuenta lo que pienso de él, ¡le daría la mano a un verdugo antes que a ese monstruo! ¡Que Dios la bendiga! Adiós.

Éstas fueron sus palabras de despedida a la puerta del hotel. Amable, afable, inteligente, pero ¡qué lleno de prejuicios y qué obstinado en que compartiera su opinión! ¡Y qué opinión! Me estremecí sólo de pensarlo.

CAPÍTULO XXXV

La profecía del señor Playmore

Llegamos a Londres esa noche, entre las ocho y las nueve. Siempre metódico, Benjamin había teleografiado a su ama de llaves desde Edimburgo, para ordenar que nos tuvieran la cena a las diez y que el cochero que estaba a su servicio fuera a buscarnos a la estación.

Cuando nos aproximábamos a la casa, tuvimos que esperar para dejar pasar una calesa tirada por un pony que pasó muy despacio. La conducía un hombre de aspecto tosco que llevaba una pipa en la boca. Si no hubiese sido por el hombre, juraría que el pony no me era del todo desconocido. Pero, tal y como estaban las cosas, no pensé más en ello.

La vieja y respetable ama de llaves de Benjamin abrió la verja del jardín y me asombró al estallar en una serie de exclamaciones de gratitud a la vista de su amo.

—¡Loado sea el Señor! —gritó—. ¡Pensé que nunca volvería!

—¿Algo va mal? —preguntó Benjamin con su tono tranquilo e imperturbable.

El ama de llaves se estremeció y contestó con estas enigmáticas palabras:

—Estoy preocupada, señor, y si las cosas van bien o mal es más de lo que puedo decir. Hace unas horas, vino un desconocido y preguntó... —se detuvo como si estuviera totalmente desconcertada; miró confundida a su amo y, de repente, se dirigió a mí— y preguntó cuándo la esperábamos de regreso hoy, señora. Le dije que mi amo nos había teleografiado y el hombre replicó: «Espere un poco; ahora mismo vuelvo». Volvió en menos de un minuto, trayendo en sus brazos una cosa que me heló la sangre; sí, y que me hizo estremecer desde la punta del pelo hasta los pies. Sé que debería haberlo evitado, pero las piernas no me respondieron y no pude echar al hombre.

Entró sin permiso de nadie, señor; entró con la cosa en sus brazos, directo a su biblioteca. Y ahí está eso desde entonces. Ahí sigue eso ahora. He llamado a la policía, pero no intervendrá. Qué hacer es más de lo que mi pobre cabeza puede pensar. ¡No entre sola, señora! ¡Le daría un susto de muerte!

Insistí en entrar. Gracias al pony, resolví fácilmente el misterio del relato incomprensible del ama de llaves. Cruzando el comedor —donde estaba preparada la cena—, miré a través de la puerta medio abierta de la biblioteca.

Si. ¡Ahí estaba Miserrimus Dexter, ataviado con su chaqueta rosa y dormido en el sillón favorito de Benjamin! Esta vez, nada cubría su enorme deformidad; su extraordinario traje no hacía concesiones al decoro. ¡Ya entendía por qué la pobre ama de llaves se había estremecido de pies a cabeza al hablar de él!

—¡Valeria! —dijo Benjamin, señalando al fenómeno del sillón—. ¿Qué es eso? ¿Un ídolo indio o un hombre?

Ya he dicho que Miserrimus Dexter tenía el oído sensible de un perro. Ahora supe que también tenía el sueño ligero de un perro. A pesar de que Benjamin había apenas susurrado, la voz desconocida despertó a Dexter al instante. Se frotó los ojos y sonrió como sonríe un niño inocente cuando se despierta.

—¿Cómo está usted, Valeria? —dijo—. He tenido un agradable y breve sueño. No sabe lo feliz que me siento al verla de nuevo. ¿Quién es ése?

Se frotó una vez más los ojos y miró a Benjamin sin saber qué hacer en esa situación imprevista. Le presenté al dueño de la casa.

—Disculpe que no me levante, señor —dijo Miserrimus Dexter—. No puedo hacerlo. No tengo piernas. Creo que he estado ocupando su sillón. Si soy un intruso, sea tan amable de colocar un paraguas debajo de mí y dé un golpe. Así caeré sobre las manos, sin ofenderme con usted. Aceptaré que me empuje y que me regañe, pero, por favor, no me destroce el corazón echándome. Esta hermosa mujer a veces es cruel, señor, si le da un arranque. Se fue cuando más necesitaba hablar con ella; se fue y me dejó con mi soledad y con mi incertidumbre. Soy un pobre desgraciado deforme, de buen corazón y (tal vez) de insaciable curiosidad. La curiosidad insaciable —¿alguna vez la ha sentido?— es una calamidad. La soporté hasta que me estalló la cabeza, y entonces mandé llamar a mi jardinero para que me condujera hasta aquí.

El ambiente que desprende su biblioteca me sosiega, y la visión de la señora Valeria es un bálsamo para mi corazón herido. Ella tiene algo que contarme, algo que me muero por oír. Si no está demasiado cansada por el viaje y si le permite usted que me lo cuente, le prometo que me iré en cuanto haya terminado. Estimado señor, es usted el refugio de mi aflicción. Estoy muy afligido. Estrechémonos las manos como buenos cristianos y acépteme en su casa.

Extendió la mano. Sus suaves ojos azules expresaban una súplica lastimosa. Completamente estupefacto por el discurso sorprendente que acababa de escuchar, Benjamin estrechó la mano que se le ofrecía como quien está soñando.

—Espero que esté usted bien —dijo mecánicamente, y luego me miró sin saber qué hacer.

—Sé lo que quiere el señor Dexter —le susurré—. Déjame a mí.

Benjamin le lanzó una última mirada de estupor al objeto, se inclinó ante él con esa educación que nunca le fallaba, y, todavía como si estuviera soñando, se retiró a la habitación contigua.

Una vez a solas, Dexter y yo nos miramos en silencio.

Mi corazón se llenó de compasión, no sé si porque, como todas las mujeres, tengo una gran reserva de indulgencia para con el hombre que confiesa necesitarla, o

porque lamentaba la horrible sospecha que el señor Playmore albergaba respecto a él. El caso es que le compadecí en ese momento como nunca, y que no le llamé la atención, cosa que habría hecho con cualquier otro hombre que se hubiese tomado la libertad de entrar, sin ser invitado, en la casa de Benjamin.

El fue el primero en hablar.

—¡Lady Clarinda ha destruido su confianza en mí! —empezó a decir brutalmente.

—Lady Clarinda no ha hecho nada semejante —repliqué—. No ha intentado influir en mi opinión. Me vi forzada, como le dije, a marcharme de Londres.

Suspiró y cerró los ojos con satisfacción, como si le hubiera librado de un enorme peso.

—Tenga piedad de mí —dijo— y cuénteme algo más. ¡Me he sentido tan triste con su ausencia! —de repente, volvió a abrir los ojos y me miró con sumo interés—. ¿Se siente cansada por el viaje? —prosiguió—. Estoy deseando enterarme de lo que ocurrió en la cena ofrecida por el mayor. ¿Es cruel por mi parte decirle esto, cuando aún no ha descansado del viaje? ¡Sólo una pregunta por esta noche! Y la dejaré descansar hasta mañana. ¿Qué dijo lady Clarinda sobre la señora Beauly? ¿Todo lo que usted quería oír?

—Eso y más —contesté.

—¿El qué? ¿Qué más? —gritó impaciente.

Tenía bien presente en mi pensamiento la profecía del señor Playmore. Había afirmado, de un modo rotundo, que Dexter insistiría en confundirme, y que no mostraría perplejidad cuando le repitiera lo que lady Clarinda me contó de la señora Beauly. Resolví poner a prueba la profecía del abogado en lo concerniente a la perplejidad. No ofrecí a Dexter ni una palabra a modo de prólogo o introducción. Le solté las noticias con tanta brusquedad como pude.

—La persona que usted vio en el pasillo no era la señora Beauly —dije—; era su doncella, vestida con la capa y el sombrero de su señora. La señora Beauly no estaba en la casa; había ido a un baile de máscaras en Edimburgo. Esto es cuanto la doncella le contó a lady Clarinda y esto es lo que lady Clarinda me narró a mí.

Se lo dije todo muy rápido. Y Miserrimus Dexter contradijo por completo la predicción del abogado. Se estremeció y abrió los ojos con asombro:

—¡Repítalo! —gritó—. No lo puedo asimilar en el acto. Estoy aturdido.

Yo quedé más que contenta con este resultado. Había triunfado. Tenía razones para sentirme satisfecha de mí misma. En mi discusión con el señor Playmore, yo había adoptado el lado cristiano y piadoso. Podía compartir la habitación con Miserrimus Dexter y sentir que no estaba compartiendo el mismo aire con un envenenador. ¿No había valido la pena la visita a Edimburgo?

Al repetir mis palabras, según era su deseo, tuve especial cuidado en darle todos

los detalles que hacían coherente y verosímil el relato de lady Clarinda. Lo escuchó con tanta atención que parecía contener la respiración, repitiendo las palabras que más le impresionaban.

—¿Qué más se puede decir? ¿Qué más se puede hacer? —preguntó desesperado—. Tengo que creérmelo. De principio a fin, parece la verdad.

(¿Qué habría opinado el señor Playmore si hubiese oído estas palabras? Le hice la justicia de creer que se habría avergonzado de sí mismo.)

—No hay nada que decir —proseguí—, salvo que la señora Beauly es inocente y que hemos cometido una grave injusticia con ella. ¿No está de acuerdo?

—Por completo —contestó sin vacilar—. La señora Beauly es una mujer inocente. Ahora resulta que la defensa en el juicio actuó con propiedad.

Satisfecho, se cruzó de brazos, como si fuera a dejar el asunto ahí. Yo no compartía su criterio. Para mi sorpresa, ¡yo era la menos razonable de los dos!

Miserrimus Dexter fue más razonable, incluso, de lo que esperaba. No sólo había hecho lo que yo había previsto, es decir, contradecir la predicción del señor Playmore, sino que, además, había ido más lejos. Yo reconocía la inocencia de la señora Beauly, pero hasta ahí llegaba. Si la defensa en el juicio estuvo acertada, ¡ya me podía despedir de la esperanza de demostrar la inocencia de mi marido! Me aferré a esa esperanza, como me aferraba a mi amor y a mi vida.

—Habla sólo por usted —dije—. Mi opinión acerca de la defensa permanece inalterable.

Dexter se sorprendió y frunció las cejas, como si le hubiera decepcionado y desagradado.

—¿Significa eso que está decidida a seguir con el asunto?

—Exactamente.

Estaba manifiestamente enfadado conmigo. Su habitual educación desapareció.

—¡Absurdo! ¡Imposible! —exclamó con desprecio—. Usted misma ha dicho que cometimos una injusticia con una mujer inocente al sospechar de la señora Beauly. ¿Podemos sospechar de alguien más? ¡Qué pregunta tan ridícula! No nos queda otra alternativa que aceptar los hechos tal como son y no remover más el asunto del envenenamiento de Gleninch. Es infantil discutir conclusiones evidentes. Tiene que rendirse.

—Puede enfadarse conmigo si quiere, señor Dexter. Ni su enfado ni sus argumentos me harán renunciar.

Hizo un esfuerzo y se controló. Cuando volvió a hablar fue educado y correcto otra vez.

—Muy bien. Perdóneme un momento si me vuelvo a quedar absorto en mis pensamientos. Quiero abordar algo que aún no he hecho.

—¿De qué se trata, señor Dexter?

—Voy a meterme dentro de la piel de la señora Beaully y a pensar con la mente de la señora Beaully. Déme un minuto. Gracias.

¿Qué quería decir? ¿Qué nueva transformación iba a realizar ante mi vista? ¿Ha existido alguna vez un hombre tan enigmático como éste? Quien le viera ahora, concentrado en sus pensamientos, ¿le reconocería como aquella criatura infantil que se había despertado tan inocentemente y que había asombrado a Benjamin con su sarta de tonterías? Se dice, y es cierto, que el carácter humano posee muchas facetas. Las múltiples facetas de Dexter se sucedían de un modo tan vertiginoso que era imposible controlarlas.

Levantó la cabeza y fijó en mí una mirada interrogante.

—Ya he salido de la piel de la señora Beaully —anunció—. Y he llegado a este resultado: somos dos personas impetuosas y nos hemos precipitado en nuestras conclusiones —se detuvo. No dije nada. ¿Empecé a percibir la sombra de una duda? Esperé y escuché. Dexter prosiguió—. Estoy plenamente satisfecho con la verdad de lady Clarinda; y en consecuencia, veo lo que antes no supe ver. La historia admite dos interpretaciones, una superficial y otra profunda. Rastrearé por debajo de la superficie en atención a sus intereses, Valeria. Afirmo que es posible que la señora Beaully haya sido tan astuta como para adelantarse a la sospecha y buscarse una coartada —me avergüenza confesar que no entendí lo que quería decir con la última palabra: coartada. Como vio que no le seguía, lo explicó de una manera más sencilla—. ¿Fue la doncella algo más que la cómplice pasiva de su señora? —dijo—. ¿Fue ella la mano que utilizó su señora? ¿Iba a dar la primera dosis de veneno a la señora Macallan cuando la vi en el pasillo? ¿Pasó la señora Beaully la noche en Edimburgo para así tener una coartada si la sospecha recaía sobre ella?

La sombra de mi duda se convirtió en duda sustancial cuando oí eso. ¿Le había absuelto antes de tiempo? ¿Quería renovar mi sospecha de la señora Beaully, como había predicho el señor Playmore? Esta vez me vi forzada a contestar. Al hacerlo, empleé inconscientemente las palabras que había pronunciado el abogado en mi primera entrevista con él.

—Eso parece inverosímil, señor Dexter —dije.

Para mi alivio, no hizo el más mínimo intento por defender su nueva teoría.

—Es inverosímil —admitió—. Cuando digo que es posible, aunque no pretenda mucho con ello, lo digo sólo como hipótesis. Deseche la teoría por ridícula. ¿Qué va a hacer ahora? Si la señora Beaully (o su doncella) no envenenó a Sara Macallan, ¿quién lo hizo? Ella es inocente. Eustace es inocente. ¿Hay alguna otra persona sospechosa? ¿La he envenenado yo? —gritó, con los ojos centelleantes y un tono alterado—. ¿Sospecha usted de mí? ¿Sospecha alguien de mí? Yo la amaba, la adoraba. No he sido el mismo hombre desde su muerte. Le contaré un secreto. (No se lo diga a su marido; sería el fin de nuestra amistad.) Me habría casado con ella antes

de que conociera a Eustace, si hubiese aceptado. Cuando los médicos me dijeron que había muerto envenenada, ¡pregúntele al doctor Jerome lo que sufrí! ¡Él puede decírselo! Toda esa horrible noche la pasé en vela, ¡buscando la oportunidad de acercarme a ella! Entré en el dormitorio y me despedí de los restos fríos del ángel al que tanto había amado. Lloré por ella. La besé por primera y última vez. Robé un mechón de su cabello, que ha ido siempre conmigo. Lo beso noche y día. ¡Dios! ¡Su habitación revive ante mí! ¡Su rostro también revive! ¡Mire! ¡Mire!

Sacó un pequeño guardapelo que llevaba colgado de su cuello con una cinta y que escondía en su pecho. Lo arrojó hasta donde estaba sentada y rompió a llorar.

Un hombre, en mi lugar, habría sabido cómo actuar. Siendo sólo una mujer, cedí a un impulso compasivo.

Me levanté y crucé la habitación para consolar a Dexter. Le devolví el guardapelo y puse la mano, sin saber lo que hacía, en el hombro del pobre desdichado.

—Soy incapaz de sospechar de usted, señor Dexter —le dije con suavidad—. Esa idea no me cabe en la cabeza. Le compadezco desde el fondo de mi corazón.

Cogió mi mano entre las suyas y la devoró a besos. Sus labios me quemaron como el fuego. De repente, se inclinó en la silla y me rodeó la cintura con su brazo. En medio del terror y la indignación del momento, luchando inútilmente, grité pidiendo ayuda.

La puerta se abrió y Benjamin apareció en el umbral. Dexter me soltó.

Corrí hacia Benjamin y le impedí que entrara en la habitación. Nunca le había visto enfadado, y eso que le conocía desde niña. En este momento le vi más que enfadado. Estaba pálido. ¡El anciano paciente y tranquilo estaba pálido de ira! Le sujeté con todas mis fuerzas en la puerta.

—¡No puedes ponerle la mano encima a un mutilado! —le grité—. Haz que venga a buscarle su sirviente.

Hice salir de la habitación a Benjamin y cerré con llave la puerta de la biblioteca. El ama de llaves estaba en el comedor. La envié a buscar al conductor de la calesa.

El hombre entró, el mismo hombre tosco que había visto cuando nos aproximábamos a la verja del jardín. Benjamin abrió la puerta de la biblioteca en completo silencio. Tal vez fuera indigno por mi parte, pero no pude resistir la tentación de mirar dentro.

Miserrimus Dexter se había hundido en el sillón. El hombre rudo levantó a su amo con una delicadeza que me sorprendió.

—Escóndeme la cara —oí que le decía Dexter con voz quebrada. El hombre abrió su burda chaqueta de piloto y ocultó debajo la cabeza de su amo, y así salió en silencio, con la criatura deformada junto a su pecho, como una mujer que cobija a su hijo.

CAPÍTULO XXXVI

Ariel

Pasé la noche desvelada.

El ultraje de que había sido objeto me había dolido de por sí. Pero las consecuencias me afectaron mucho más. En la medida en que el logro de lo que más quería dependía de mi relación con Miserrimus Dexter, se había levantado ante mí un obstáculo que me parecía insuperable. Incluso teniendo en cuenta los intereses de mi marido, ¿debía permitir que se me acercara de nuevo el hombre que me había insultado de forma tan grosera? Aunque no me consideraba una mojigata, me desagradaba sobremanera la idea.

Me levanté tarde y me senté en el escritorio tratando de reunir las fuerzas suficientes para escribir al señor Playmore. Fue en vano. Hacia el mediodía (mientras Benjamin estaba fuera), el ama de llaves me anunció la llegada de otra visita para ella desconocida.

—Esta vez es una mujer, señora, o algo parecido —dijo confidencialmente—. Una criatura grande, corpulenta, rara y estúpida, que lleva puesto un sombrero de hombre y en la mano, un bastón también de hombre. Dice que trae una nota para usted y que no se la dará a nadie más. Lo mejor será que no la deje entrar, ¿verdad?

Reconociendo al original del retrato, dejé pasmada al ama de llaves al recibir inmediatamente a la mensajera.

Ariel entró en la habitación con su habitual silencio imperturbable. Sin embargo, noté un cambio en ella que me sorprendió. Sus ojos, normalmente apagados, estaban ahora rojos e inyectados en sangre. En sus mejillas carnosas eran visibles las huellas de las lágrimas (según imaginé). Cruzó la habitación para acercarse a mi silla, con pasos menos decididos de lo que en ella era normal. «¿Puede Ariel, me pregunté, ser mujer que llora? ¿Cabe la posibilidad de que Ariel se dirija a mí con tristeza y con temor?».

—Me han dicho que trae algo para mí —dije—. ¿No quiere sentarse?

Me tendió la carta, sin contestar y sin sentarse. Abrí el sobre. La carta estaba escrita por Miserrimus Dexter. Contenía estas líneas:

Trate de apiadarse de mí, Valeria, si es que aún le queda piedad para un hombre miserable. He expiado con amargura mi locura momentánea. Si usted pudiera verme, se daría cuenta de cuán duro ha sido el castigo. ¡No me abandone, por Dios! Estaba fuera de mí cuando dejé que me controlara el sentimiento que usted me había inspirado. Nunca más volverá a manifestarse. Será un secreto que llevaré a mi

tumba. ¿Puedo esperar que me crea? No. No le pediré que me crea, ni le pediré que confíe en mí en el futuro. Si consiente en verme de nuevo, que sea en presencia de una tercera persona, elegida por usted, para protegerla. Me lo merezco y lo acepto. Esperaré hasta que el tiempo haga desaparecer su disgusto; pero todo lo que ahora le ruego es que me permita tener esperanzas. Dígale a Ariel: «Le perdono, y un día le permitiré que me vea de nuevo». Ella lo recordará por el amor que siente hacia mí. Si la envía de regreso sin mensaje, me enviará al manicomio. Pregúnteselo, si no me cree.

Miserrimus Dexter

Terminé de leer la extraña carta y miré a Ariel. Ella permanecía de pie y con la mirada fija en el suelo; me tendió el bastón que llevaba en la mano.

—Coja el bastón —fueron las primeras palabras que me dirigió.

—¿Para qué? —le pregunté.

Luchó un poco con su mente torpe y espesa y, con gran lentitud, tradujo a palabras sus pensamientos.

—Usted está enfadada con el maestro —dijo—. Desahóguese conmigo. Ahí tiene el bastón. Golpéeme.

—¿Que la golpee? —exclamé.

—Mi espalda es grande —dijo la pobre criatura—. No me quejaré; lo soportaré. ¡Maldita sea, coja el bastón! No le aflija. Azóteme en la espalda. ¡Golpéeme!

Con un movimiento brusco puso el bastón en mi mano. Me dio la espalda y me ofreció sus pobres hombros, aguardando la paliza. Resultaba terrible y conmovedor contemplarla. Se me saltaron las lágrimas. Intenté razonar con ella, con amabilidad y paciencia. Fue inútil. Estaba empeñada en cargar con el castigo de su amo.

—No le aflija —repitió—. Pégueme.

—¿Qué significa que «no le aflija»? —le pregunté.

Trató de explicármelo, pero no consiguió dar con las palabras. Como una salvaje, demostró lo que quería decir por medio de la imitación. Dio unas zancadas hacia la chimenea, se agachó en la alfombra y se fijó en el fuego con una terrible mirada de demente. Luego se golpeó la frente con las manos y empezó a mecerse hacia adelante y hacia atrás, sin dejar de mirar fijamente al fuego.

—¡Así es como se sienta! —dijo en un arranque—. ¡Horas y horas, así se sienta! No se da cuenta de nada. Llora por usted.

La escena que había representado me recordó el informe médico sobre Dexter y la advertencia directa del psiquiatra acerca del peligro que corría en el futuro. Aunque me hubiese resistido, sentí temor de las consecuencias y me estremecí.

—¡No haga eso! —grité. Todavía se mecía imitando al «maestro», y aún miraba fijamente al fuego con las manos en la cabeza—. ¡Le ruego que se ponga de pie! Ya

no estoy enfadada con él. Le perdono.

Se incorporó hasta quedar apoyada en sus manos y en sus rodillas, y esperó mirándome a la cara. En esa postura, más propia de un perro que de un ser humano, repitió su petición habitual, la que solía hacer cuando quería grabar algo en su mente.

—¡Repítalo!

Hice lo que me ordenó, pero no pareció satisfecha.

—Dígalo como pone en la carta —prosiguió—. Dígalo como el maestro me lo dijo.

Repasé la carta y repetí el mensaje del final, palabra por palabra: «Le perdono y un día le permitiré que me vea de nuevo».

Se puso de pie de un salto. Por primera vez, desde que había entrado en la habitación, su rostro apagado empezó a adquirir luz y vida.

—¡Eso es! —gritó—. ¡Escuche a ver si lo digo yo también! ¡Escúcheme para ver si me lo sé de memoria!

Enseñándole, igual que le habría enseñado a un niño, fui fijando lentamente el recado, palabra por palabra, en su cabeza.

—Ahora descanse un poco —le dije—, y déjeme ofrecerle algo de comer y de beber para que se recupere de su largo viaje.

¡Como si le estuviese hablando a una silla! Agarró su bastón, que estaba en el suelo, y soltó un grito ronco de alegría.

—¡Me lo sé de memoria! —gritó—. Esto calmará al maestro. ¡Hurra!

Salió apresurada de la habitación, como un animal salvaje que se escapa de su jaula. Sólo me dio tiempo de verla abrir la verja del jardín y emprender el camino de regreso a un paso que era imposible de alcanzar.

Volví a la sala de estar y me puse a meditar una cuestión que no lograba comprender. ¿Podía un hombre malvado haber inspirado un sentimiento tan fiel como el que había inspirado Dexter en la mujer que se acababa de marchar, o en el tosco jardinero que con tanta delicadeza le había cogido en brazos la noche anterior? ¡Quién sabe! Hasta el peor de los canallas tiene un amigo: una mujer o un perro.

Me senté de nuevo en el escritorio para intentar escribir al señor Playmore.

Cuando recordaba, para anotarlo en la carta, todo lo que me había dicho Miserrimus Dexter, mi memoria hacía hincapié de manera especial en los extraños sentimientos que le llevaron a delatar el secreto de su enamoramiento de la primera esposa de Eustace. Vi otra vez la horrible escena del dormitorio de la muerta: la criatura deforme llorando sobre el cadáver, en la quietud de las horas anteriores al amanecer. Aquel cuadro terrible se me quedó grabado. Me levanté para dar vueltas por la sala e intentar cambiar de pensamientos. No lo conseguí; la escena estaba demasiado arraigada en mi cerebro y no pude alejarla. Yo misma recorrí el pasillo que Dexter había cruzado para despedirse de ella.

¿El pasillo? Me detuve. De repente, mi pensamiento siguió un nuevo rumbo, sin que hubiese intervenido mi voluntad. ¿Con qué relacionaba el pasillo, aparte de con Dexter? ¿Con algo que había visto durante mi visita a Gleninch? No. ¿Con algo que había leído? Cogí el informe del juicio para averiguarlo, y lo abrí en la página que contenía el testimonio de la enfermera. Volví a leerlo sin encontrar nada, hasta que llegué casi al final de su declaración:

Antes de la hora de dormir, subí a preparar la mortaja de la difunta señora. Pero resultó que todas las puertas de la habitación estaban cerradas, y que el doctor Gale se había llevado las llaves. Además, tanto la puerta que comunicaba con el dormitorio del señor Macallan como la que daba al pasillo estaban custodiadas por dos criados, que hacían guardia fuera de la habitación. Todo lo que me dijeron es que a las cuatro de la mañana dejarían de vigilar.

¡Ahí estaba lo que yo relacionaba con el pasillo! ¡Eso era lo que debería haber recordado cuando Miserrimus Dexter me contó su visita al lecho de la muerta!

¿Cómo pudo haber entrado en el cuarto si las puertas estaban cerradas y el doctor Gale se había llevado las llaves? Sólo había una puerta cerrada cuya llave no tenía el doctor Gale; la que comunicaba el estudio con el dormitorio. Esa llave había desaparecido. ¿La habían robado? ¿Era el señor Dexter el ladrón? Pudo haber pasado por entre los hombres que vigilaban mientras estaban dormidos, o haber atravesado el pasillo en el momento en que cesara la vigilancia. Pero, ¿cómo pudo entrar en el cuarto sino a través de la puerta del estudio? ¡Él debía de tener la llave! ¡Y debió de mantenerla oculta desde semanas antes de la muerte de la señora Macallan! La enfermera declaró que, cuando ella llegó a Gleninch, el siete de ese mes, la llave ya faltaba.

¿A qué conclusión apuntaban estas consideraciones y hallazgos? ¿Había puesto Miserrimus Dexter en mis manos la clave, en un momento de agitación violenta? ¿Era la llave desaparecida el eje en torno al cual giraba todo el misterio del envenenamiento de Gleninch?

Volví por tercera vez al escritorio. La única persona en quien confiar y que podía dar respuesta a estas preguntas era el señor Playmore. Le escribí un relato completo y detallado de los últimos sucesos. Le pedí que perdonara y olvidara mi ingratitud ante los consejos que tan amablemente me había dado, y le prometí no actuar ante la situación imprevista que tenía frente a mí sin consultarle antes.

El día era bueno para la época del año. Llevé al correo la carta para el señor Playmore y, así, pude hacer un poco de ejercicio, que me había merecido tras las sorpresas y la actividad de la mañana.

Al regresar a casa, me dijeron que otra visita esperaba verme. Esta vez se trataba

de una visitante cortés que había dado su nombre: mi suegra, la señora Macallan.

CAPÍTULO XXXVII

Junto al lecho

Aun antes de que empezara a hablar, vi en su rostro que traía malas noticias.

—¿Eustace? —dije.

Me contestó con una mirada.

—¡Cuéntemelo enseguida! —grité—. Si hay algo que no soporto es la incertidumbre.

Mi suegra levantó la mano y me enseñó un telegrama que llevaba escondido entre los pliegues de su vestido.

—Confío en tu valor —dijo—. No tengo que prepararte, niña. Lee esto.

Leí el telegrama. Lo enviaba un cirujano de un hospital de campaña. Procedía de un pueblecito del norte de España.

El señor Macallan gravemente herido en una escaramuza por una bala perdida. Hasta ahora fuera de peligro. Cuidados pertinentes. Espere próximo telegrama.

Desvié la cara y soporté lo mejor que pude la punzada de dolor que sentí al leer esas palabras. Sabía lo mucho que le amaba, pero nunca supe cuánto hasta ese momento.

Mi suegra me rodeó con su brazo y me abrazó con ternura. Me conocía lo suficiente para saber que era mejor que no me hablase en ese instante.

Me reanimé y señalé la última frase del telegrama.

—¿Tiene la intención de esperar más noticias? —pregunté.

—¡Ni un día! —contestó—. Voy a ir al Foreign Office a conseguirme un pasaporte. Ahí me pueden dar cartas, consejos y ayuda. ¡Salgo esta noche en tren hacia Calais!

—¿Se va? —le pregunté—. ¿Acaso supone que la dejaré ir sin mí? Consígame un pasaporte a mí también. Esta noche, a las siete, estaré en su casa.

Intentó protestar, ponderando los peligros del viaje. La detuve a las primeras palabras.

—¿Aún no sabe, mamá, lo obstinada que puedo ser? Puede que le hagan esperar en el Foreign Office. ¿Por qué pierde un tiempo precioso aquí?

Cedió con una dulzura que no era corriente en su carácter.

—¿Alguna vez sabrá mi pobre Eustace la mujer que tiene? —fue todo lo que dijo. Me besó y se fue en su carruaje.

Mis recuerdos del viaje son vagos e imperfectos. Cuando intento hacer memoria, la evocación de sucesos más recientes y más interesantes, que tuvieron lugar después de mi regreso a Inglaterra, se interpone y borra mi viaje a España, como si lo cubriera con una sombra que lo aleja. Me acuerdo confusamente de retrasos y de temores que pusieron a prueba nuestra paciencia y nuestro coraje. Me acuerdo de cuando encontramos amigos (gracias a las cartas de recomendación) en la Secretaría de la Embajada y en el Mensajero de la Reina [\[7\]](#), que nos ayudó y protegió en un momento crítico del viaje. Recuerdo también una larga sucesión de hombres en el transcurso de nuestro viaje, todos notables por sus sucias capas y la ropa limpia, por su extremada cortesía con las mujeres y su crueldad bárbara con los caballos. Por último, y lo más importante de todo, veo otra vez, con más claridad que otra cosa, la mísera habitación de una pequeña posada de pueblo, en donde encontramos a nuestro pobre Eustace, postrado entre la vida y la muerte, ajeno a todo lo que pasaba a su alrededor.

El accidente que había puesto en peligro la vida de mi marido no tenía nada de romántico ni de interesante. Eustace se había arriesgado al acercarse demasiado a la escena del conflicto para rescatar a un pobre muchacho que yacía herido en el campo, mortalmente herido como luego se demostró. Una bala de fusil alcanzó también a mi esposo. Sus compañeros del hospital de campaña le llevaron al cuartel jugándose la vida, pues Eustace era muy querido entre ellos. Paciente, amable y valiente; si hubiera gozado de mejor juicio, habría sido el mejor recluta de la compañía.

Tras decirme esto, el cirujano añadió con amabilidad y delicadeza unas palabras de advertencia.

La fiebre, causada por la herida, iba acompañada de delirio, y mi pobre marido, en la medida en que se podían interpretar sus palabras inconexas, sólo pensaba en su esposa. El ayudante médico, por lo que le había oído decir, creía que si Eustace me reconocía (una vez estuviese recuperado) sufriría consecuencias lamentables. Tal y como estaban las cosas en aquel triste momento, podía hacer turnos para acompañarle sin peligro de que me descubriese, tal vez incluso durante semanas. Pero el día en que le declarasen fuera de peligro, si ese día feliz llegaba, debería abandonar mi puesto junto a su lecho y tendría que esperar a que el cirujano me permitiese verle de nuevo.

Mi suegra y yo nos turnábamos día y noche en su habitación.

En sus horas de delirio, horas que se sucedían con regularidad implacable, mi nombre siempre estaba en los labios febriles de mi desgraciado esposo. La terrible idea que le dominaba era la misma que yo había intentado combatir inútilmente en nuestra última conversación: la sentencia del tribunal impedía a todo el mundo, incluida su esposa, creer que era un hombre inocente. Todo lo que veía en su imaginación se inspiraba en esa convicción inalterable. Se imaginaba viviendo conmigo en esas condiciones espantosas. Hiciera lo que hiciera, yo siempre le recordaba la terrible experiencia por la que había pasado. Él representaba su papel y

yo el mío. Me daba una taza de te y yo le decía: «Ayer nos peleamos, Eustace. ¿Está envenenado?». Él me besaba para reconciliarnos y yo me reía y decía: «Ahora aún es de día, querido. ¿Moriré esta noche, a las nueve?». Yo estaba en cama, enferma, y él me daba una medicina. Y yo, con una mirada interrogante le preguntaba: «Estás enamorado de otra mujer. ¿Hay algo en la medicina que no sepa el médico?». Tal era el horrible drama que se representaba en la mente de Eustace. Se lo oí repetir cientos y cientos de veces, casi siempre con las mismas palabras. En ocasiones, sus pensamientos derivaban hacia mi plan desesperado de proclamar su inocencia. Entonces, se reía o lloraba. Otras veces, Eustace inventaba trucos para ponerme obstáculos insalvables en mi investigación. Era especialmente duro conmigo cuando, como medida preventiva, pedía alegremente a las personas que le ayudaban que no vacilaran en ofenderme o en atemorizarme si fuese preciso: «No importa si la encolerizáis; no importa si la hacéis llorar. Todo esto es por su bien, por salvar a la pobre loca del peligro que ni siquiera imagina. No os apiadéis de ella, si os dice que lo hace por mí. ¡Entendedlo! La van a insultar; la van a engañar; va a deshonorarse sin darse ni cuenta. ¡Detenedla! ¡Detenedla!».

Sé que fui débil. Tenía que asumir que mi esposo desvariaba, que sus palabras eran fruto de su delirio en esos momentos. Pero no miento si digo que las horas que pasé junto a la cabecera de su cama fueron horas de tristeza y sufrimiento, cuya inocente causa era él, mi pobre Eustace.

Pasaban las semanas y todavía se debatía entre la vida y la muerte. No guardo notas de entonces, y ahora no puedo asegurar con exactitud la fecha en que se produjo un cambio favorable. Sólo recuerdo que fue hacia el amanecer de una bonita mañana de invierno, cuando nos libramos al fin de la incertidumbre que nos apesadumbraba. El cirujano estaba precisamente a su lado cuando el paciente se despertó; y lo primero que hizo, después de mirar a Eustace, fue indicarme con un gesto que me callara y me mantuviese alejada de su vista. Mi suegra y yo supimos lo que eso significaba, y le dimos gracias a Dios de todo corazón por habernos devuelto al marido y al hijo.

Esa misma noche, a solas, hablamos del futuro por vez primera desde que habíamos salido de casa.

—El cirujano me ha dicho —me confió mi suegra— que Eustace aún está demasiado débil para soportar un sobresalto. Tenemos tiempo para decidir si le decimos o no que debe su vida tanto a tus cuidados como a los míos. ¿Te sientes con fuerzas para abandonarle, Valeria, ahora que Dios nos lo ha devuelto?

—Si se lo preguntara tan sólo a mi corazón —contesté—, nunca le dejaría de nuevo.

—¿A qué más se lo has consultado? —preguntó.

—Si Dios nos da vida —repliqué—, tengo que pensar en la felicidad futura de su

vida y de la mía. Creo que tengo mucho aguante, mamá, pero no podría soportar la tristeza de que me abandonara por segunda vez.

—Te equivocas, Valeria; sí, tienes un concepto equivocado de Eustace si crees posible que te vuelva a abandonar.

—Querida señora Macallan, ¿ha olvidado lo que las dos le hemos oído decir de mí mientras estábamos junto a su lecho?

—Hemos oído los desvaríos de un hombre delirante. No puedes hacerle responsable de lo que dijo estando inconsciente.

—¡Qué duro me resulta —dije— hacer frente a su madre cuando le defiende! ¡Mi querida y mejor amiga! Yo no hago responsable a Eustace de lo que dijo bajo los efectos de la fiebre, pero sí que me doy por advertida. Sus delirantes palabras han sido el eco fiel de lo que me dijo cuando gozaba de salud y fuerza. ¿Qué esperanza tengo de que cuando se recobre albergue pensamientos distintos a los que le atormentaban? Ni la ausencia ni el sufrimiento los han cambiado; tanto en el delirio de la fiebre como cuando estaba en perfecta posesión de sus sentidos mi esposo sostiene la misma terrible duda respecto a mí. Sólo veo un modo de recuperarle. Debo arrancar de raíz el motivo que le llevó a abandonarme. Es inútil que yo crea en su inocencia; eso de nada le sirve. Tengo que demostrar al mundo y a él que es un hombre inocente.

—¡Valeria! ¡Valeria! Estás perdiendo tiempo y palabras. Ya lo has intentado y sabes, tan bien como yo, que lo que quieres es imposible.

No tenía respuesta para eso. Ya no podía decir nada más.

—Supón que vuelves a ver a Dexter, movida por la compasión para con un desdichado y mísero loco que te ha insultado —prosiguió mi suegra—. Sólo puedes volver acompañada por mí o por otra persona de confianza. Le verás el tiempo suficiente para complacerle en sus caprichos y para tranquilizar durante un rato su cerebro alterado. Hecho eso, está hecho todo. Te vas.

Incluso suponiendo que Dexter pudiera ayudarte, ¿cómo lo conseguirás si no le toleras ninguna confianza, ninguna familiaridad?; ¿cómo piensas lograrlo si no le tratas, en resumen, como a un íntimo amigo? Contéstame sinceramente: ¿te rebajarías a esto después de lo que ocurrió en casa de Benjamin?

Yo le había contado mi última conversación con Miserrimus Dexter con la confianza natural que ella me inspiraba como pariente y compañera de viaje, ¡y así es como ella usaba la información! Supongo que no la podía culpar, que tenía motivos que la autorizaban a hablarme así. En cierto modo, yo no tenía más elección que ofenderla o responder. Le respondí. Le hice saber que nunca más permitiría a Miserrimus Dexter que me tratase con familiaridad, como un amigo íntimo y de confianza.

La señora Macallan, implacable, aprovechó la ventaja que tenía sobre mí.

—Muy bien. Si ese recurso ya no te sirve, ¿qué esperanza te queda? ¿Qué vas a hacer?

No podía enfrentarme a esa pregunta en la situación en que ahora me hallaba. No tenía respuesta. No me reconocía a mí misma. Me resigné en silencio, y la señora Macallan asestó el último golpe para completar su victoria.

—Mi pobre Eustace está débil y cansado —dijo—, pero no es un hombre ingrato. ¡Niña mía! Tú le has devuelto bien por mal, has demostrado que le amas fiel y fervorosamente, sufriendo y corriendo peligros por él. ¡Confía en mí y confía en él! No te rechazará. Déjale que vea el rostro querido con el que ha estado soñando, mírale de nuevo con todo tu amor, y será tuyo una vez más, hija mía, ¡tuyo para siempre! —se levantó y acercó sus labios a mi frente. Su voz adquirió un tono tierno que nunca antes había puesto en juego—. ¡Di que sí, Valeria! —susurró— ¡Y te querremos más que nunca!

Mi corazón se inclinaba de su lado. Mi energía estaba agotada. No había llegado ninguna carta del señor Playmore ni para guiarme ni para animarme. Había aguantado tanto y tan en vano; había sufrido e intentado tanto; me había enfrentado a tantos desastres crueles y a tantas decepciones... y él estaba en la habitación, volviendo débilmente a la conciencia y a la vida. ¿Cómo me podía resistir? ¡Todo había terminado! Al decir que sí (si Eustace confirmaba la seguridad que su madre tenía de él) me despediría de mi más querida ambición, de la esperanza más noble de mi vida. Lo sabía y dije que sí.

¡Así que adiós a la gran lucha! ¡Y bienvenida la nueva resignación al fracaso!

Mi suegra y yo dormimos juntas en el único lugar que nos pudieron ofrecer en la pensión, una especie de desván en la parte más alta de la casa. En la noche que siguió a nuestra conversación hizo mucho frío; sentimos la temperatura helada, a pesar de protegernos con los abrigos y toda nuestra ropa de viaje. Mi suegra pudo dormir, pero para mí no hubo descanso. Estaba ansiosa y abatida al pensar en mi cambio de actitud, y aún no sabía cómo me recibiría mi marido; así que no logré dormir.

Supongo que pasé algunas horas absorta en mis pensamientos melancólicos, cuando de repente fui consciente de una extraña y nueva sensación que me alarmó. Me incorporé en la cama, desconcertada y con la respiración contenida. El movimiento despertó a la señora Macallan.

—¿Estás enferma? —me preguntó—. ¿Qué te pasa? —traté de explicárselo lo mejor que pude; pero ella pareció entender antes de que lo hubiera hecho; me abrazó tiernamente y me apretó contra su pecho, susurrando—: Mi pobre niña inocente, ¿es posible que no lo sepas? ¿Tengo que decírtelo?

¿Olvidaré alguna vez la acumulación de sentimientos que despertaron en mí sus susurros, la extraña mezcla de gozo y temor, de alivio y de maravilla, de orgullo y humildad, que me llenó por completo y que me hizo una mujer nueva a partir de ese

momento? ¡Por primera vez lo supe! Si Dios me concedía unos cuantos meses más, iba a conocer el más duradero y sagrado de los gozos humanos: ¡el gozo de ser madre!

No sé cómo transcurrió el resto de la noche. Sólo recuerdo que llegó la mañana y que salí sola a respirar el frío aire invernal en el páramo que se extendía detrás de la posada.

He dicho que me sentía como una mujer nueva. La mañana me encontró revestida con una nueva tenacidad y un nuevo valor. Cuando pensaba en el futuro, ya no tenía que pensar sólo en mi marido. Su buen nombre ya no era únicamente suyo y mío. Pronto sería la herencia más preciosa que le dejaría a su hijo. ¿Y cómo es que hasta ahora yo no me había dado cuenta de esto? Teníamos que limpiar su nombre de la mancha que había adquirido a los ojos de la Ley. Nuestro hijo no podía vivir expuesto a las lenguas malévolas: «Tu padre fue juzgado por el más vil de todos los crímenes y nunca fue completamente absuelto de la acusación».

¿Podría enfrentarme a los gloriosos peligros del parto con esta posibilidad fija en la mente? ¡No! ¡No hasta que hiciera otro esfuerzo y consiguiera desnudar a mi vista la conciencia de Miserrimus Dexter! ¡No hasta que renovara la lucha y descubriera la verdad que reivindicaría al padre y marido!

Volví a la casa, espoleada por mi nuevo valor. Le abrí el corazón a mi amiga y madre, y le expliqué con franqueza el cambio que había experimentado desde la última vez que hablamos de Eustace.

Se sintió más que decepcionada. Casi se ofendió conmigo. Dijo que lo único que queríamos ya lo teníamos. La felicidad que traería un hijo sería un nuevo lazo entre mi marido y yo. Cualquier otra consideración del asunto sería pura fantasía. Si ahora dejaba a Eustace, cometería una locura y un disparate. Lamentaría hasta el fin de mis días haber desaprovechado una oportunidad de oro para salvar mi matrimonio.

Me costó mucho decidirme; me oprimía una dolorosa duda, pero, esta vez, me mantuve firme. El honor del padre y la herencia del hijo eran mis constantes obsesiones. A veces desfallecía y era una pobre loca que se echaba a llorar y se avergonzaba de sí misma después. Pero mi innata obstinación (como dijo la señora Macallan) me sostenía hasta el fin. De vez en cuando echaba un vistazo a Eustace, mientras dormía, y eso me ayudaba. Aunque me producían dolor y tristeza, estas visitas furtivas a mi marido más tarde me infundían fuerzas. No puedo explicar cómo ni por qué (parece tan contradictorio). Sólo puedo contarlo como una experiencia más en ese periodo de preocupaciones.

Le hice una concesión a la señora Macallan. Consentí en esperar dos días antes de regresar a Inglaterra por si cambiaba de idea.

Me vino bien aceptar. Al segundo día, el director del hospital de campaña ordenó ir a la oficina de correos de la población más cercana a recoger las cartas dirigidas a

él o a la gente que estuviera a su cargo. El mensajero regresó con una carta para mí. Pensé que reconocía la letra y tenía razón. ¡Al fin tenía respuesta del señor Playmore!

Si hubiese estado tentada de cambiar de idea, el buen abogado me habría salvado a última hora. El siguiente fragmento contiene lo esencial de su carta, y muestra lo mucho que me ayudó justo cuando más necesitaba palabras amistosas y optimistas.

Déjeme contarle (escribía) lo que he hecho para verificar la conclusión a la que apuntaba su carta.

He buscado, y hallado, a uno de los criados que vigiló en el pasillo la noche en que la primera señora Macallan murió en Gleninch. El hombre recuerda perfectamente que Miserrimus Dexter, en su silla, apareció ante él y su compañero después de que reinara la tranquilidad de la noche en la casa. Dexter les dijo: «Supongo que no hay nada malo en que vaya al gabinete a leer. No puedo dormir después de lo ocurrido, y tengo que relajarme de algún modo». Los hombres no tenían órdenes con respecto a franquear o no el acceso al gabinete. Sabían que la puerta que comunicaba con el dormitorio estaba cerrada con llave y que las llaves de las otras dos puertas las tenía el doctor Gale. Por lo tanto, permitieron que Dexter entrara.

Él cerró la puerta que daba al pasillo, y permaneció un rato allí, en el gabinete, según creyeron los hombres, y en el dormitorio, según creemos nosotros por lo que Dexter contó en su conversación con usted. Pudo entrar en el dormitorio, como usted supone bien, sólo de una manera: teniendo en su poder la llave que faltaba. No he averiguado cuánto tiempo estuvo en la habitación. Tampoco es que eso tenga gran importancia. El criado recuerda que salió del gabinete «tan pálido como un muerto» y que se dirigió a su cuarto sin decir una palabra.

Éstos son los hechos. La conclusión a la que llevan es extremadamente seria. Justifica que confiase en usted en mi oficina de Edimburgo. Recuerde lo que le dije. Nada más.

Y ahora algo que le concierne a usted. Inocentemente ha despertado en Miserrimus Dexter un sentimiento que no intento describir. Ciertamente —yo mismo lo vi— hay algo en su figura y en su movimiento, señora, que recuerda a la primera señora Macallan, y que, evidentemente, ha afectado a la mente enfermiza de Dexter.

Sin insistir más en este asunto, permítame recordarle que, por la influencia que ejerce usted sobre él, se ha visto incapaz de pensar antes de hablar cuando estaba usted delante. No es sólo posible sino muy probable que se traicione aún más si usted le da la ocasión. Se lo confieso —conociendo sus intereses— porque quiero expresarme con claridad en este punto. No tengo la menor duda de que usted ha dado un gran paso hacia su objetivo desde que salió de Edimburgo. Veo en su carta (y en mis pesquisas) la evidencia irrefutable de que Dexter debió de tener una

comunicación secreta con la difunta señora (inocente, claro está, en lo que a ella concernía), no sólo en el momento de su muerte, sino, además y probablemente, semanas antes. No puedo ocultarle la fuerte convicción que tengo de que, si logra usted descubrir la naturaleza de esa comunicación, descubrirá la verdad del caso y demostrará la inocencia de su marido ante el mundo. Mi sinceridad me impide ocultárselo; pero debo añadir que, a pesar de la recompensa que tiene usted a su alcance, arriesgue sólo lo que deba y lo que pueda arriesgar cuando vea de nuevo a Miserrimus Dexter. En este asunto difícil y delicado, no puedo ni quiero asumir la responsabilidad. La decisión final es suya. Únicamente le pido un favor: anúnciame lo que decida hacer en cuanto usted misma lo sepa.

Las dificultades que mi valioso remitente veía no lo eran para mí. Yo no poseía la mentalidad jurídica del señor Playmore. Pasara lo que pasara, yo había tomado la decisión de volver a ver a Miserrimus Dexter antes de haber terminado la lectura de la carta.

El correo para Francia salía al día siguiente. Había un sitio para mí, si lo aprovechaba, bajo la protección del conductor. Sin consultárselo a nadie, precipitada y lanzándome de cabeza como siempre, lo cogí.

CAPÍTULO XXXVIII

El regreso

Si hubiese viajado de vuelta a casa en mi propio coche, nunca habría escrito los capítulos que quedan. Antes de que llevásemos una hora de camino, habría llamado al conductor y le habría pedido que diese la vuelta.

¿Quién puede ser decidido hasta el final? Al hacer esta pregunta hablo de las mujeres, no de los hombres. Yo había sido decidida al contradecir a mi suegra, y al ocupar un lugar en el coche correo francés. Diez minutos después de dejar la posada me falló el valor. Me dije a mí misma: «¡Desdichada! ¡Has abandonado a tu marido!». Horas más tarde, si hubiese podido detener el correo, lo habría hecho. Odiaba al conductor, un hombre muy amable. Odiaba a los caballos españoles que nos llevaban, unos animales alegres que al moverse hacían sonar unos cascabeles. Odiaba el día precioso que lo volvía todo agradable, y el aire vigorizante que me impulsaba a respirar hondo, lo quisiera o no. ¡No ha habido un viaje más triste que el mío hasta la frontera francesa!

Pero un detalle me ayudó a soportar el dolor con resignación: un mechón del pelo de Eustace. Por la mañana, cuando Eustace aún dormía, pude entrar sigilosamente en su habitación, besarle, llorar suavemente junto a él y cortar un mechón de su cabello, sin peligro de que me descubriesen. Aún no sé cómo me decidí a dejarle. Creo que mi suegra me ayudó, sin ninguna intención por su parte. Entró en la habitación con la cabeza erguida y una mirada fría, y me dijo con implacable énfasis:

—Si vas a irte, Valeria, el coche ya está aquí.

Ninguna mujer, por poco corazón que tuviera, querría marcharse en esas circunstancias. Yo sí, y lo hice. Y después lo lamenté. ¡Qué insignificantes somos los seres humanos!

Es célebre la afirmación de que el tiempo cura todas nuestras aflicciones. En mi opinión, se le ha sobrevalorado. La distancia también ejerce un influjo beneficioso, mucho más rápido y (si le ayuda la suerte) mucho más eficaz. Camino de París me vi capaz de adoptar un punto de vista sensato con respecto a mi situación. Reconocí que el recibimiento de mi marido (una vez hubiese pasado la primera sorpresa y la felicidad del reencuentro) no le daría la razón a su madre. Si admitimos que corría un riesgo al volver a ver a Miserrimus Dexter, ¿no me habría precipitado, aunque de otra manera, si hubiese regresado, sin ser llamada, al lado de un marido que había afirmado que nuestra felicidad conyugal era imposible y que nuestro matrimonio estaba condenado al fracaso? Además, ¿quién podía decir que los sucesos futuros no me darían la razón, no sólo a mí sino también a él? Podía oírle decir: «Era inquisitiva,

cuando no tenía que averiguar nada; era obstinada, cuando debía atender a razones; me abandonó, cuando otra mujer se habría quedado a mi lado; pero, al final, lo consiguió. ¡Tenía razón!»

Pasé un día en París y escribí tres cartas: una a Benjamin, para decirle que me esperara al día siguiente por la noche; otra al señor Playmore, comunicándole con tiempo que iba a hacer un último esfuerzo para resolver el misterio de Gleninch, y la tercera a Eustace (sólo unas cuantas líneas), para confesarle que había estado a su lado en el periodo más grave de su enfermedad, explicarle la única razón que tenía para marcharme, y rogarle que cambiase de opinión en lo que a mí se refería, hasta que el tiempo demostrara que le amaba más que nunca.

Esta última carta se la dirigí a mi suegra, dejando a su discreción que eligiera el momento adecuado para dársela a su hijo. De todos modos, le prohibí rotundamente a la señora Macallan que le hablara a Eustace del nuevo lazo que nos unía. Aunque él fue el que me abandonó, no quería que lo supiera de otros labios que no fuesen los míos. ¡No importa el porqué! Hay ciertos asuntos que son sólo míos, y éste es uno de ellos.

Escritas las cartas, había cumplido con mi deber. Estaba libre para jugar mi última baza en el juego turbio, cuyas posibilidades no estaban ni a favor ni en contra.

CAPÍTULO XXXIX

Otra vez Dexter

—¡Declaro ante el cielo, Valeria, que la locura de ese monstruo es infecciosa y que te ha contagiado!

Ésta era la opinión que Benjamin tenía de mí cuando, tras regresar a casa, le comuniqué mi intención de devolver la visita a Dexter.

Decidida a hacerlo, intenté persuadirle con dulzura. Le rogué a mi buen amigo que tuviera un poco de paciencia conmigo.

—Y no olvides lo que te acabo de decir —añadí—. Es muy importante que vea de nuevo a Dexter.

Sólo eché más leña al fuego.

—¿Verle de nuevo? —repitió indignado Benjamin—. ¿Verle, después de que te ofendiera groseramente, bajo mi techo, en esta misma habitación? No puedo estar despierto. Debo de estar dormido y soñando.

Fue un error por mi parte, lo sé. Pero la justa indignación de Benjamin me molestó. No pude evitar escandalizarme ante su sentido de la propiedad y adopté un punto de vista liberal para enfocar el asunto.

—¡Cuidado, Benjamin, cuidado! —dije—. Tenemos que ser benevolentes con un hombre que sufre una deformación física y que lleva una vida de enclaustramiento. Y la indignación no debe llevarnos a dejar de ser razonables. Empiezo a creer que me porté como una remilgada en ese momento. Una mujer digna y enamorada de su marido no puede sentirse seriamente ofendida si un desgraciado inválido comete la grosería de poner el brazo alrededor de su cintura. Un exceso de indignación virtuosa es, a veces, poco valioso.

Además, yo ya le he perdonado y tú tienes que perdonarle también. No hay que temer que vuelva a pasar, si tú estás allí conmigo. Su casa es muy curiosa; estoy segura de que te interesará. Sólo por los cuadros, ya merece la pena el viaje. Le escribiré hoy, y mañana iremos juntos a verle. Tenemos que devolverle la visita, aunque sólo sea por cortesía (si es que no se la debemos a Dexter). Piénsalo, Benjamin, y verás que la benevolencia para con los demás es la máxima virtud de la época en que vivimos. El pobre señor Dexter se merece el beneficio de la moda reinante. ¡Vamos! ¡Adáptate a la época! ¡Abre tu mente a las nuevas ideas!

En vez de aceptar esta educada invitación, Benjamin se enfrentó a la época en que vivimos como un toro embiste un capote.

—¡Las nuevas ideas! ¡Las nuevas ideas! Por supuesto, Valeria, ¡bienvenidas sean las nuevas ideas! La antigua moralidad estaba equivocada; las viejas maneras están

agotadas. Adaptémonos a la época en que vivimos. La esposa en Inglaterra y el esposo en España, casados o no casados, viviendo juntos o sin vivir juntos, todo da igual para las nuevas ideas. Iré contigo, Valeria; seré digno de la generación en que vivo. Cuando hayamos terminado con Dexter, no haremos las cosas a medias. Vayamos y escuchemos las charlas sobre las nuevas ciencias. Oigamos al profesor más reciente, el hombre que ha presenciado la Creación y sabe al dedillo cómo se hizo el mundo y cuánto se tardó en hacerlo. Oigamos luego a otro colega. Que no se nos olvide el moderno Salomón, que nos ha dejado sus proverbios, el filósofo de nuevo cuño que considera el consuelo de la religión como un pasatiempo inofensivo y que, muy amablemente, nos dice que habría sido feliz si aún fuera un niño y pudiera entretenerse con él. ¡Las nuevas ideas! ¡Las nuevas ideas! ¡Qué descubrimientos tan reconfortantes, elevados y hermosos se han hecho con las nuevas ideas! ¡Todos fuimos monos antes que hombres y moléculas antes que monos! ¿Y eso qué importa? ¿Qué le importa a nadie? Estoy de tu parte, Valeria. ¡Estoy listo! Cuanto antes, mejor. ¡Vamos a ver a Dexter!

—Estoy muy contenta de que te muestres de acuerdo conmigo —dije—. Pero no nos precipitemos. Al señor Dexter le irá bien que vayamos mañana a las tres. Escribiré inmediatamente y le diré que nos espere. ¿Adónde vas?

—Voy a liberar mi mente de hipocresías —contestó Benjamin severamente—. Me voy a la biblioteca.

—¿Qué vas a leer?

—Voy a leer *El gato con botas* y *Las habichuelas mágicas*, o cualquier otra cosa que no vaya con la época en que vivimos.

Con ese golpe a las nuevas ideas, Benjamin me dejó.

Despaché la carta y, con cierta angustia, volví al tema de la salud de Miserrimus Dexter. ¿Cómo se habría sentido mientras yo me encontraba fuera de Inglaterra? ¿Podría alguien darme noticias suyas? Preguntar a Benjamin habría sido provocarle un ataque de furia. Mientras yo lo meditaba, el ama de llaves entró en la habitación. Le pregunté si por casualidad había sabido algo, mientras yo me encontraba ausente, de esa persona extraordinaria que tanto la había alarmado la vez anterior.

El ama de llaves movió la cabeza con expresión de desagrado, como si encontrara de mal gusto que le volviese a sacar el tema.

—Aproximadamente una semana después de que usted se fuera, señora —dijo, con una actitud seria y cuidando mucho las palabras que escogía—, *la persona* a la que usted se refiere tuvo la insolencia de mandarle una carta. Siguiendo las órdenes del señor Benjamin, se informó al mensajero que usted había viajado al extranjero y tanto él como su carta fueron despachados.

No mucho después, señora, resultó que vi de nuevo a la persona, cuando me encontraba tomando el té con el ama de llaves de la señora Macallan. Él mismo se

presentó en la casa de la señora Macallan para preguntar por usted. Cómo se las ingenia para sentarse, sin piernas que le puedan equilibrar, está más allá de mi entendimiento, pero eso no importa. Con piernas o sin ellas, el ama de llaves le vio, y dice, como yo digo, que no le olvidará mientras viva. Ella le contó (cuando se recobró del impacto) la enfermedad del señor Macallan y que usted y la señora Macallan habían salido al extranjero para cuidarle. Él se fue, según me contó el ama de llaves, con lágrimas en los ojos y maldiciones y juramentos en los labios, una imagen completamente chocante para ella. Esto es todo lo que se de él, señora, y espero que me disculpe si me atrevo a decirle que el asunto me es (por buenos motivos) extremadamente desagradable.

Hizo una reverencia formal y salió de la habitación.

Ya a solas, me sentí más insegura y ansiosa que nunca al pensar en el experimento que íbamos a realizar al día siguiente. Prescindiendo de las exageraciones del ama de llaves, la descripción de Miserrimus Dexter saliendo de la casa de la señora Macallan, daba a entender que no había soportado bien mi ausencia y que su alterado sistema nervioso estaba todavía muy lejos de hallar el reposo necesario.

La mañana siguiente me trajo la respuesta del señor Playmore a la carta que yo le había enviado desde París. Era una breve misiva que ni aprobaba ni condenaba mi decisión, pero en la que reiteraba su opinión de que lo mejor sería que me acompañara un testigo en mi próxima visita a Dexter. La parte más interesante de la carta estaba al final.

Tiene que estar preparada —escribía el señor Playmore— para ver un empeoramiento en Dexter. Hace pocos días, un amigo mío estuvo con él por cuestión de negocios y se quedó sorprendido del cambio que ha experimentado. Su presencia le afectará con toda seguridad, de un modo u otro. No la puedo orientar al respecto. Será mejor que se deje guiar por las circunstancias. Su propia discreción le dirá si conviene animarle a hablar de la anterior señora Macallan o no. Toda probabilidad de que se traicione (según creo) gira en torno a este asunto: condúzcale hacia él, si puede.

Luego había añadido una posdata:

Pregúntele al señor Benjamin si él estaba cerca de la puerta de la biblioteca cuando el señor Dexter le contó que había entrado en el dormitorio la noche de la muerte de la señora Macallan.

Le formulé esta pregunta a Benjamin cuando nos disponíamos a comer, antes de salir hacia el lejano suburbio en el que vivía Miserrimus Dexter. Mi anciano amigo no

aprobaba en absoluto la excursión que íbamos a hacer. Cuando me contestó, lo hizo con una gravedad y una sequedad poco corrientes en él.

—No suelo escuchar lo que se dice en otra habitación —dijo—. Pero algunas personas hablan en voz tan alta que obligan a que se les oiga. El señor Dexter es una de ellas.

—¿Esto significa que le oíste? —pregunté.

—Ni la puerta ni la pared pudieron amortiguar su tono de voz —prosiguió Benjamin—. Le oí y pensé que era infame.

—Ahora quiero que hagas algo más —me arriesgué a decir—. Me gustaría que tomaras nota de lo que diga el señor Dexter. Tú solías anotar lo que mi padre decía cuando te dictaba cartas. ¿Tienes algún cuaderno pequeño?

Benjamin levantó la mirada del plato y me miró consternado.

—Una cosa es —dijo— escribir lo que te dicta un gran comerciante, que mantiene una amplia correspondencia para ganar miles de libras a través del correo, y otra muy distinta es apuntar los disparates de un monstruo loco y extravagante que debería estar encerrado en una jaula. Tu padre, Valeria, nunca me habría pedido que hiciera algo así.

—Perdóname, Benjamin; no tengo más remedio que hacerlo. ¡Fíjate! Es idea del señor Playmore, no mía. ¡Vamos! Consiente por esta vez, por favor. Hazlo por mí.

Benjamin bajó la mirada a su plato, con una triste resignación que me reveló que yo lo había conseguido.

—He estado ligado a ella toda la vida —murmuró para sí mismo—. Es tarde para dejarla. —Me miró otra vez.— Pensé que me había jubilado, pero parece ser que vuelvo a trabajar. ¿Bien? ¿Qué cometido se espera de mí esta vez?

Justo cuando me hizo esta pregunta, nos anunciaron que el coche nos estaba esperando en la verja. Me levanté, le cogí del brazo y le di un beso de agradecimiento en su mejilla ajada y sonrosada.

—Sólo dos cosas —dije—. Siéntate detrás de la silla del señor Dexter, de manera que él no pueda verte.

—Cuanto menos vea al señor Dexter, mejor —gruñó Benjamin—. ¿Y qué hago cuando esté sentado detrás de él?

—Espera a que yo te haga una seña. Cuando la veas, comienzas a anotar en tu cuaderno lo que el señor Dexter diga. Así hasta que veas otra seña que signifique: «Para».

—¿Bien? —preguntó Benjamin—. ¿Cuál es la seña para empezar y cuál es la seña para terminar?

No estaba preparada para contestar. Le pedí que me ayudara con un gesto. ¡No! Benjamin no tenía que tomar parte activa en el asunto. Él se resignaba a participar como instrumento pasivo y ahí acababa su labor en lo que a él concernía.

Recurrí a mi ingenio, pero no me resultó nada fácil inventar un sistema telegráfico que pusiese sobre aviso a Benjamin sin que Dexter sospechara. Miré al espejo, para ver si hallaba una idea en algo que llevase puesto. La idea me la proporcionaron los pendientes.

—Procuraré sentarme en un sillón —dije—. Cuando veas que apoyo el codo en el sillón y que levanto la mano hasta un pendiente, como si jugase con el, escribe lo que dice y sigue así hasta que... bien, digamos que hasta que me oigas correr el sillón. Con ese ruido, paras. ¿Entendido?

—Entendido.

Salimos hacia la casa de Dexter.

CAPÍTULO XL

¡Justicia al fin!

Esta vez el jardinero nos abrió diligentemente la verja. Había recibido la orden antes de que llegásemos.

—¿La señora Macallan? —preguntó.

—Sí.

—¿Y su amigo?

—Y mi amigo.

—Hagan el favor de pasar. Ya conocen la casa.

Al cruzar el recibidor, me detuve y miré el bastón que Benjamin llevaba en la mano, su favorito.

—El bastón te estorbará —dije—. ¿Por qué no lo dejas aquí?

—Puede serme muy útil ahí arriba —replicó Benjamin bruscamente—. No he olvidado lo que pasó en la biblioteca.

No era momento para discutir. Le guié hacia la escalera. Alcanzábamos el último tramo cuando oímos, estupefactos, un grito procedente de arriba. Parecía un aullido de dolor y se repitió antes de que llegásemos a la antesala circular. Fui la primera en entrar a la sala y en ver al polifacético Miserrimus Dexter con un aspecto muy distinto.

La infortunada Ariel estaba de pie delante de una mesa y frente a un plato de pastelillos. Alrededor de las muñecas tenía atada una cuerda, cuyos extremos sujetaba Miserrimus Dexter, situado a unos pocos centímetros de distancia.

—¡Inténtalo otra vez! —le oí decir cuando me detenía en el umbral—. Coge un pastel.

Ante esa orden, Ariel tendió, sumisa, el brazo hacia el plato. Justo cuando tocaba un pastel con la punta de los dedos, su mano se separaba por un tirón de la cuerda. Aquello era tan cruel y tan diabólicamente violento que me sentí inclinada a arrebatarse el bastón a Benjamin para romperlo en la espalda de Miserrimus Dexter. Esta vez, Ariel sufrió el dolor con silencio espartano. Podía verme desde el lugar en que estaba. Me descubrió. Apretó los dientes, y enrojeció por el esfuerzo que hacía por contenerse. Ni un suspiro se le escapó en mi presencia.

—¡Quítele las cuerdas! —grité indignada—. Suéltela, señor Dexter, o abandonaré su casa.

Al sonido de mi voz, Dexter estalló en un agudo grito de bienvenida. Sus ojos me envolvieron con una mirada de placer salvaje.

—¡Entre! ¡Entre! —exclamó—. Vea a lo que me rebajo con la enloquecedora

incertidumbre de mi espera. Vea cómo mato el tiempo en su ausencia. ¡Entre! ¡Entre! Estoy en uno de mis momentos de mal humor, causado sólo por usted, por mis deseos de verla. Cuando estoy de mal humor, tengo que hacer algo que me divierta. Estoy divirtiéndome con Ariel. ¡Mírela! No ha comido nada en todo el día y aún no se ha movido con la rapidez suficiente para alcanzar un trozo de pastel. No tiene que compadecerla. Ariel no tiene nervios. No le hago daño.

—Ariel no tiene nervios —repitió como un eco la pobre mujer, frunciéndome el ceño por haberme entrometido—. Él no me hace daño.

Oí cómo Benjamin empezaba a mover su bastón detrás de mí.

—¡Quítele las cuerdas! —reiteré con más vehemencia—. ¡Tírelas o saldré inmediatamente de aquí!

Los delicados nervios de Miserrimus Dexter se estremecieron ante mi violencia.

—¡Qué voz más gloriosa! —exclamó, dejando caer las cuerdas—. Coge los pastelillos —añadió, dirigiéndose a Ariel de manera imperativa.

La joven pasó junto a mí con las cuerdas colgando de sus muñecas hinchadas y llevando el plato de los pastelillos. Hizo un gesto desafiante con la cabeza.

—Ariel no tiene nervios —repitió orgullosa—. Él no me hace daño.

—Ya ve —dijo Miserrimus Dexter—, no le he hecho daño, y además, he soltado las cuerdas cuando usted me lo ha ordenado. No empiece siendo dura conmigo, Valeria, tras su larga ausencia.

Hizo una pausa. Benjamin, que estaba silencioso junto a la puerta, le llamó la atención por primera vez.

—¿Quién es ése? —preguntó, acercando su silla con suspicacia—. ¡Ya lo sé! —gritó antes de que le pudiese contestar—. Es el bondadoso caballero que parecía el refugio de los afligidos la última vez que le vi. Desde entonces ha cambiado usted para mal, señor. Ha adoptado una nueva personalidad. Ahora personifica a la justicia Retributiva. Su nuevo protector, Valeria. ¡Ya lo entiendo! —se inclinó ante Benjamin, con gran ironía—. Soy su humilde servidor, señor Justicia Retributiva. Me lo merezco y lo acepto. ¡Entre, señor! Procuraré que su nueva oficina sea de su agrado. Esta dama es la luz de mi vida. ¡Cójame, si puede, faltándole al respeto! —le dio la espalda a Benjamin (que le escuchaba en silencio despectivo) y la silla se acercó a donde yo estaba—. ¡Su mano, luz de mi vida! —murmuró dulcemente—. Su mano, sólo para demostrarme que me ha perdonado —le di la mano—. ¿Una? —susurró suplicante—. ¿Sólo una? —me la besó en el acto, respetuosamente, y la soltó con un suspiro—. ¡Ah, pobre Dexter! —exclamó, compadeciéndose con la sinceridad propia de su egocentrismo—. Un buen corazón echado a perder por la soledad y la deformidad. ¡Triste! ¡Muy triste! ¡Ah, pobre Dexter! —dijo en otro arranque de ironía. Se dio la vuelta hacia Benjamin, con burlesca cortesía—. Hermoso día, señor. Propio de la estación, después de las lluvias incesantes. ¿Le puedo ofrecer un

refrigerio? ¿Por qué no se sienta? La Justicia Retributiva, cuando no es alta, está mejor sentada.

—Y un mono está mejor en una jaula —replicó Benjamin, furioso por la alusión satírica a su corta estatura—. Estoy aguardando, señor, a que se suba al columpio.

La respuesta no produjo el más mínimo efecto en Miserrimus Dexter; le pasó inadvertida. Otra vez había cambiado: ahora se mostraba manso y pensativo. Sus ojos estaban fijos en mí, con atención triste y ensimismada.

Me senté en el sillón más cercano, mirando de reojo a Benjamin, lo que él entendió inmediatamente. Se situó detrás de Dexter, en un ángulo desde el que veía mi sillón. Ariel, devorando los pastelillos en silencio y sentada en un taburete a los pies de su «maestro», miraba a Dexter como un perro fiel contempla a su amo. Se hizo un momentáneo silencio y, por primera vez desde que habíamos entrado en la sala, pude observar detenidamente a Miserrimus Dexter.

No sólo estaba sorprendida, sino también alarmada ante el empeoramiento que había sufrido desde nuestro último encuentro. La carta del señor Playmore no me había preparado para el grave deterioro que ahora advertía.

Su rostro estaba pálido y cansado, y desde la última vez que le había visto, había perdido en robustez y en tamaño. Los ojos habían perdido la suavidad; ahora, inyectados en sangre, miraban de un modo vacío y lastimoso. Sus manos, antes firmes, estaban ahora envejecidas. Las veía temblar sobre la túnica que le cubría. La palidez de su cara (exagerada, tal vez, por la chaqueta de terciopelo negro que llevaba) le daba un aspecto sudoroso y enfermizo. Su hermoso perfil había desaparecido, y las abundantes arrugas en el contorno de los ojos eran más profundas. Hundió la cabeza entre los hombros y se acurrucó en su silla. Parecía que para él hubiesen pasado años, y no meses, mientras yo había estado fuera de Inglaterra. Recordando el informe médico que me dio a leer el señor Playmore, recordando la opinión del médico de que la cordura de Dexter dependía de la salud de sus nervios, sentí que había hecho bien al regresar de España (si es que tenía alguna perspectiva de éxito). Sabiendo lo que sabía, y temiendo lo que temía, creí que su caída en la demencia estaba cercana. Cuando por casualidad nuestras miradas se encontraron, sentí que contemplaba a un hombre condenado a la locura.

Le compadecí.

¡Sí! ¡Sí! Sé que compadecerle era incompatible con el motivo que me había llevado a su casa, e incongruente con la posibilidad de que fuera culpable de la muerte de la primera señora Macallan. Yo sabía que Dexter era un hombre cruel; le creía falso. Pero, incluso así, ¡le compadecía! ¿Hay un fondo común de maldad en todos nosotros? ¿Es la eliminación o el desarrollo de dicha maldad una cuestión de dominio o de tentación? ¿No tenemos en el fondo algo de eso, cuando compadecemos al malvado, cuando acudimos a un juicio criminal, cuando al

despedirnos estrechamos la mano al más vil de los monstruos, que va a ser carne de horca? No soy quién para decirlo. Sólo puedo decir que compadecía a Miserrimus Dexter y que él se dio cuenta.

—Gracias —dijo súbitamente—. Usted entiende que estoy enfermo y lo siente. ¡Mi buena y querida Valeria!

—El nombre de esta dama, señor, es señora Macallan —interrumpió Benjamin, hablando severamente detrás de él—. La próxima vez que se dirija a ella, recuerde, por favor, que usted no tiene nada que ver con su nombre de pila.

La censura de Benjamin pasó, como su réplica anterior, inadvertida. Parecía como si Miserrimus Dexter se hubiera olvidado por completo de que había otra persona en la sala.

—Usted me alegra con su presencia —continuó—. Añada el placer de permitirme oír su voz. Hábleme de usted. Cuénteme lo que ha estado haciendo desde que salió de Inglaterra.

Era necesario para mi objetivo mantener la conversación a flote y ésta era una manera tan buena como cualquier otra. Le conté claramente en qué había empleado el tiempo durante mi ausencia.

—¿Así que todavía quiere a Eustace? —preguntó con amargura.

—Le amo más que nunca.

Levantó las manos y se tapó la cara. Esperó un rato y continuó hablando, de una manera rara y apagada, todavía con el rostro oculto.

—¿Y le deja en España? —dijo—. ¡Y se vuelve sola a Inglaterra! ¿Qué le hizo actuar así?

—¿Qué me hizo venir aquí por primera vez y pedirle que me ayudara, señor Dexter?

Dejó caer las manos y me miró. Vi en sus ojos sorpresa y alarma.

—¿No hay manera —preguntó— de que deje en paz ese triste asunto? ¡Todavía sigue decidida a entrometerse en el misterio de Gleninch!

—Sí, señor Dexter, y aún espero contar con su ayuda.

La vieja desconfianza que recordaba tan bien le oscureció el rostro en cuanto pronuncié esas palabras.

—¿Cómo puedo ayudarla? —preguntó—. ¿Puedo alterar los hechos? —se detuvo; su cara recobró el color, como si hubiese sentido un alivio repentino—. Traté de ayudarla —prosiguió—. Le conté que la ausencia de la señora Beaully fue una estratagema para protegerse de la sospecha. Le conté que el veneno se lo pudo dar la doncella de la señora Beaully. ¿Ha reflexionado y se ha convencido? ¿Ve algo en la idea?

La alusión a la señora Beaully me dio la primera oportunidad para dirigir la conversación hacia ese tema.

—No veo nada en esa idea —contesté—. No veo el motivo. ¿Tenía la doncella alguna razón para ser enemiga de la anterior esposa de Eustace?

—¡Nadie tenía ninguna razón para ser enemigo de la anterior esposa de Eustace! —estalló fuerte y vehementemente—. Era toda bondad, toda amabilidad. Nunca hizo daño a ninguna criatura humana, ni de hecho ni de pensamiento. Era una santa en la tierra. ¡Respete su memoria! ¡Deje que la mártir descanse en su tumba! —cubrió de nuevo su rostro con las manos y se estremeció en el paroxismo de la emoción que yo había despertado.

De repente y con sigilo, Ariel se levantó de su taburete y se me acercó.

—¿Ve mis diez dedos? —susurró enseñándome las manos—. Si inquieta al maestro otra vez, ¡sentirá mis diez dedos en su cuello!

Benjamin se levantó de su asiento: había visto la acción sin oír las palabras. Le indiqué que se quedara en su lugar. Ariel regresó a su taburete y miró al maestro.

—No llore —dijo—. Vamos; aquí están las cuerdas. Diviértase otra vez. ¡Hágame gritar otra vez!

Dexter ni contestó ni se movió.

Ariel inclinó su lenta cabeza para descubrir la manera de llamarle la atención. Lo noté en su ceño fruncido, en sus ojos incoloros que me miraron de un modo vacío. De repente, dio una palmada con alegría. Lo había logrado. Tenía una idea.

—¡Maestro! —gritó—. ¡Maestro! Hace mucho que no me cuenta una historia. Sorprenda a mi cabeza espesa. Póngame la carne de gallina. Vamos. Una buena y larga historia. Con crimen y con sangre.

¿Había dado por casualidad con la sugerencia adecuada? Yo ya conocía la alta estima en que Dexter tenía su «estilo dramático». Sabía que una de sus distracciones favoritas era dejar perpleja a Ariel contándole historias que ella no entendía. ¿Se evadía a la región de los cuentos? ¿O recordaba que mi obstinación todavía le amenazaba con reabrir el caso de la tragedia de Gleninch? ¿Usada su astucia para confundirme con alguna nueva estratagema? Me pareció que, por lo que le conocía, seguiría este último camino. Pero, para mi sorpresa y alarma, me falló la experiencia pasada. ¡Ariel consiguió desviar su mente del asunto que le ocupaba! Dexter volvió a mostrar su rostro, con una amplia sonrisa que se debía al amor propio complacido. ¡Fue lo suficientemente débil como para dejar que Ariel se dirigiese a su vanidad! Lo noté con cierto temor, preguntándome si no había llegado demasiado tarde. Me quedé helada de pies a cabeza.

Miserrimus Dexter habló con Ariel, no conmigo.

—¡Pobrecilla! —dijo, dándole palmadas en la cabeza—. No entiendes ni una sola palabra de mis historias, ¿verdad? Aun así, puedo lograr que se ponga la carne de gallina en tu cuerpo torpe. Aun así, puedo impresionar tu mente anquilosada y hacer que te guste. ¡Pobrecilla! —se reclinó en su silla serenamente y me miró. ¿Le

recordada las palabras que habíamos intercambiado no hacía ni un minuto? ¡No! Me estaba sonriendo como había sonreído a Ariel: con orgullo y satisfacción—. Yo destaco en el estilo dramático, Valeria —dijo—. Y la criatura que está aquí, en el taburete, es la prueba viviente. Cuando le narro uno de mis relatos, es digna de un estudio psicológico. Es realmente divertido ver los esfuerzos desesperados que hace la infeliz boba para entenderme. Le pondré un ejemplo. He estado muy abatido mientras usted se encontraba lejos. Hace semanas que no le he contado historias. Ahora le contaré una. ¡No crea que eso me supone un esfuerzo! Mi inventiva es inagotable. Seguro que le divertirá. Usted es de naturaleza seria, pero seguro que le divertirá. Yo también soy de naturaleza seria y siempre me río de ella.

Ariel aplaudió con sus grandes manos.

—¡Siempre se ríe de mí! —dijo, dirigiéndome una mirada orgullosa de superioridad.

Yo estaba confundida, seriamente perpleja, sin saber qué hacer. La crisis que había provocado en Dexter al hacerle hablar de la anterior señora Macallan me indicó que debía ir con cuidado y esperar otra ocasión mejor para volver al tema. ¿Cómo podía desviar la conversación para llevarle, poco a poco, hacia el descubrimiento de los secretos que me ocultaba? Con esta duda, sólo había una cosa clara: permitirle que contara una historia sería perder unos minutos preciosos. Con el recuerdo reciente de los «diez dedos» de Ariel, decidí, no obstante, cortar a Dexter en la primera oportunidad que se me presentara.

—¡Ya, Valeria! —empezó a decir, con tono altivo—. Escuche. ¡Ya, Ariel! Concentra tu cerebro. Improvisó poesía; improvisó ficción. Empezaremos con la vieja fórmula de los cuentos de hadas. Había una vez...

Estaba esperando la oportunidad de interrumpirle, cuando él mismo lo hizo. Se detuvo con una mirada de desconcierto. Puso su mano en la cabeza y se frotó la frente. Se rió débilmente.

—Necesito animarme —dijo.

¿Estaba ido? No había mostrado señales de demencia hasta que, por desgracia, desperté el recuerdo de la muerte de Gleninch. La debilidad que le había notado, el desconcierto que acababa de ver, ¿eran atribuibles a la influencia de trastornos pasajeros? En otras palabras, ¿no había sido testigo tan sólo de un primer aviso para él y para nosotros? ¿Se recuperaría pronto si éramos pacientes y le dábamos tiempo? Incluso Benjamin se interesaba al fin. Le vi intentando mirar a Dexter desde su rincón. Hasta Ariel estaba sorprendida e inquieta. Ya no me lanzaba miradas siniestras.

Todos esperábamos lo que haría y diría a continuación.

—¡Mi arpa! —gritó—. La música me despertará.

Ariel le trajo el arpa.

—¡Maestro!— dijo perpleja—. ¿Qué le ha pasado?

Él agitó la mano ordenándole silencio.

—Oda a la Inventiva —anunció arrogante, dirigiéndose a mí—. Poesía y música improvisadas por Dexter. ¡Silencio! ¡Atención! Sus dedos pulsaron débilmente las cuerdas del arpa, sin despertar una melodía ni sugerir palabras. Al cabo de un rato, dejó caer la mano; su cabeza se inclinó hacia adelante con suavidad y quedó apoyada en el arpa. Me levanté y me acerqué. ¿Estaba dormido o era un desmayo?

Le toqué el brazo y le llamé por su nombre. Inmediatamente Ariel avanzó hasta situarse entre los dos, mirándome amenazadora. En ese momento Miserrimus Dexter levantó la cabeza. Había oído mi voz. Me miró con una curiosa quietud contemplativa, algo que nunca antes había visto en él.

—Llévate el arpa —le dijo a Ariel con tono lánguido, como si estuviera agotado.

Ariel, por pura estupidez o por patente maldad hacia mí, no estoy segura, comenzó a provocarle.

—¿Por qué, maestro? —preguntó, mirándole fijamente y con el arpa en sus manos—. ¿Qué le ha pasado? ¿Y la historia?

—Nosotros no queremos escuchar la historia —interrumpí—. Tengo que decirle al señor Dexter muchas cosas que aún no le he dicho.

Ariel levantó la mano.

—¡Tendrá que oírla! —dijo y se me acercó.

En ese momento, la voz del Maestro la detuvo.

—¡Guarda el arpa, tonta! —repitió con severidad—. Y espera la historia hasta que yo decida contarla.

Sumisa, Ariel guardó el arpa en su sitio, en un extremo de la sala. Miserrimus Dexter acercó su silla a la mía.

—Sé lo que me despertará —dijo confidencialmente—. El ejercicio. Últimamente no he hecho mucho ejercicio. Espere un poco y verá.

Puso las manos en la silla y empezó a recorrer la sala. Pero había un cambio. Ahora, no exhibía la velocidad furiosa que yo recordaba. Las ruedas de la silla no chirriaban; la silla se movía lentamente. De un lado a otro, Dexter la impulsaba con dolor y fatiga; luego se detuvo: le faltaba la respiración.

Le seguimos. Ariel iba la primera, y Benjamin a mi lado. Dexter, impaciente, les hizo señas para que se quedaran atrás y me acercara yo sola.

—He perdido la práctica —dijo muy débilmente—. No me he sentido con fuerzas para hacer rodar las ruedas y para hacer temblar el suelo mientras usted estaba fuera.

¿Quién no se habría apiadado? ¿Quién habría recordado su grosería en ese momento? Incluso Ariel lo sintió. La oí gemir y lloriquear detrás de mí. El mago que podía despertar la sensibilidad dormida de su naturaleza, la había despertado ahora por su desaire. Su grito fatal volvió a sonar, con un tono triste, quejumbroso.

—¿Qué le pasa, maestro? ¿Se ha olvidado de mí? ¿Y la historia?

—No importa —le susurré a Dexter—. Necesita usted aire fresco. Llame al jardinero y daremos un paseo en su calesa.

Fue inútil. Ariel quería que le prestase atención. Volvió a emitir un grito triste.

—¿Y la historia? ¿Qué pasa con la historia?

Dexter se reanimó.

—¡Desgraciada! ¡Desalmada! —gritó, dando la vuelta a la silla y poniéndose frente a ella—. Ya viene la historia. ¡Puedo contarla! ¡La contaré! ¡Vino! Idiota llorona, tráeme el vino. ¿Por qué no lo pensé antes? ¡El real Borgoña! Eso es lo que necesito, Valeria, para que se encienda y brille mi inventiva. ¡Copas para todos! Honremos al rey de los vinos. ¡El real *Clos Vougeot*!

Ariel abrió un armario y sacó el vino y las copas de cristal veneciano. Dexter se bebió de un trago su copa llena de Borgoña, y nos obligó a beber (o, al menos, a fingir que bebíamos) con él. Hasta Ariel participó esta vez y vació la copa rivalizando con el maestro. Aquel fuerte vino se le subió a la cabeza casi al instante. Empezó a cantar con voz ronca una canción de su propia invención, imitando al señor Dexter. No era más que la repetición, una interminable repetición mecánica y monótona:

—¡Cuéntanos la historia, maestro! ¡Maestro, cuéntanos la historia!

Absorto en el vino, el maestro llenó su copa por segunda vez, en silencio. Benjamin me dijo al oído, mientras nadie nos miraba:

—Sigue mi consejo, Valeria, al menos por una vez; ¡vámonos!

—Un último esfuerzo —le susurré—. ¡Sólo uno!

Ariel seguía, soñolienta, con su canción.

—¡Cuéntanos la historia, maestro! ¡Maestro, cuéntanos la historia!

Miserrimus Dexter apartó la mirada de la copa. El generoso estimulante empezaba a hacerle efecto. Vi que el color asomaba de nuevo a su rostro; vi que sus ojos volvían a brillar con viveza e inteligencia. ¡El Borgoña le había despertado! ¡El buen vino me ofrecía la última oportunidad!

—¡Y ahora la historia! —gritó.

—¡La historia, no! —dije—. Quiero hablarle, señor Dexter. No estoy de humor para historias.

—¡No está de humor! —repitió, con un destello de ironía en su rostro—. Eso es una excusa. ¡Ya sé lo que es! Usted cree que ya no tengo inventiva, y no es lo suficientemente franca como para reconocerlo. Le enseñaré que se equivoca. Le demostraré que Dexter es el de antes. ¡Silencio, Ariel, o saldrás de la habitación! La tengo aquí, Valeria, con escenas y personajes completos —se tocó la frente y me miró con astucia, antes de añadir las palabras siguientes—. Es exactamente lo que le interesa, mi bella amiga. Es la historia de una señora y una doncella. Acérquese al fuego y escúchela.

¿La historia de una señora y una doncella? Si aquello tenía sentido, se refería a la historia de la señora Beaully y su doncella ¡en clave!

El título y la mirada que se le escapó cuando lo anunció hizo revivir la esperanza que prácticamente había muerto en mi interior. Al fin se había reanimado, y volvía a ser dueño de su astucia. Con el pretexto de contarle una historia a Ariel, iba a intentar confundirme por segunda vez. La conclusión era irrefutable. Para usar sus propias palabras: Dexter era el de antes.

Me cogí del brazo de Benjamin mientras regresábamos junto al fuego.

—Todavía me queda una oportunidad —le susurré—. No olvides las señas.

Cada uno se sentó en su sitio. Ariel me lanzó otra mirada amenazadora. Tras vaciar su copa de vino, aún era capaz de estar al acecho por si yo volvía a interrumpir. Naturalmente, procuré que nada de eso sucediera. Tenía tantas ganas como Ariel de escuchar la historia. El tema estaba lleno de trampas para el narrador. En cualquier momento, presa de la excitación, la memoria de Dexter se vería reflejada en las circunstancias de la historia ficticia. En cualquier momento podía traicionarse.

Miró a su alrededor y comenzó.

—Mi querido público, ¿estáis sentados? Mi querido público, ¿estáis preparados? —preguntó alegremente—. Valeria, vuelva su rostro un poco más hacia mí —añadió en un tono suave y tierno—. No le pido demasiado, ¿verdad? Mire a esta humilde criatura que se arrastra. Míreme y permítame buscar la inspiración en sus ojos. Permítame alimentar mi admiración por su figura. ¡Vamos! Conceda una sonrisa compasiva al hombre cuya felicidad usted ha echado a perder. ¡Gracias, luz de mi vida, gracias! —me envió un beso y se situó en la silla. Luego prosiguió—. La historia ¡Al fin la historia! ¿Cómo la estructuro? En forma dramática. ¡El modo más antiguo, más verdadero y más breve de contar una historia!

Primero, el título. Un título corto, atractivo: «La señora y la doncella». Escenario: la tierra del amor, Italia. Tiempo: la edad del amor, el siglo XV. ¡Ajá! Mire a Ariel. No sabe más del siglo XV que el gato de la cocina, pero ya está interesada. ¡Feliz Ariel!

Ariel me miró desafiante, doblemente intoxicada por el vino y por el triunfo.

—No sé más que el gato de la cocina —repitió sonriendo con vanidad—. Yo soy la «feliz Ariel». Y usted, ¿qué es?

Miserrimus Dexter estalló en una estruendosa carcajada.

—¿No se lo dije? —preguntó—. ¿No es divertido? Personajes del drama —prosiguió—. Tres en número; sólo mujeres: Angélica, una noble dama; noble tanto de espíritu como de cuna. Cunegonda, un hermoso diablo en forma de mujer, y Damoride, su infortunada doncella.

Primera escena. Una oscura sala abovedada en un castillo. Hora: la noche. Los búhos ululan en el bosque; las ranas croan en el pantano. ¡Mire a Ariel! Se le pone la

carne de gallina, se estremece. ¡Admirable Ariel!

Mi rival en los favores del maestro me miró desafiante.

—¡Admirable Ariel! —repitió con tono soñoliento.

Miserrimus Dexter hizo una pausa para coger su copa de Borgoña, colocada al alcance de la mano sobre una mesita plegable que tenía en la silla. Le observé detenidamente mientras sorbía el vino. El rostro mantenía su color y todavía había brillo en sus ojos. Dejó la copa y continuó:

—Personajes presentes en la sala abovedada: Cunegonda y Damoride. Habla Cunegonda: «¡Damoride!». «¿Señora?». «¿Quién está enfermo en la habitación de arriba?». «La noble dama Angélica, señora». (Pausa. Cunegonda vuelve hablar). «¡Damoride!». «¿Señora?». «¿Cómo te trata Angélica?». «Señora, la noble dama, dulce y buena con todo aquél que se le acerca, también es dulce y buena conmigo». «¿Le has hecho compañía, Damoride?». «A veces, señora, cuando la enfermera estaba fatigada». «¿Ha tomado de tu mano su medicina?». «Una o dos veces, señora, cuando yo me encontraba allí». «Damoride, toma esta llave y abre ese cofre que está ahí, encima de la mesa». (Damoride obedece). «¿Ves un frasco verde en el cofre?». «Lo veo, señora». «Sácalo». (Damoride obedece). «¿Ves un líquido en el frasco verde? ¿Puedes adivinar qué es?». «No, señora». «¿Te lo digo? (Damoride se inclina respetuosamente), es veneno». (Damoride se sobresalta y retrocede ante el veneno; de buena gana lo habría apartado. Su señora le indica que lo coja. Su señora habla). «Damoride, te he contado uno de mis secretos. ¿Te cuento otro?». (Damoride espera, con temor. Su señora habla). «Odio a la noble Angélica. Su vida se interpone entre la alegría de mi corazón y yo. Tienes su vida en tus manos». (Damoride cae de hinojos; es una persona piadosa; se santigua y luego habla). «Señora, usted me espanta. Señora, ¿qué es lo que escucho?». (Cunegonda se adelanta y se pone frente a ella, la mira con ojos terribles y susurra las siguientes palabras). «Damoride, Angélica debe morir, y nadie puede sospechar de mí. Angélica debe morir por tu mano».

Dexter hizo otra pausa. ¿Para beber un trago de vino? No, para beberse toda la copa.

¿Empezaba a fallarle el estimulante?

Le miré con atención mientras se apoyaba en la silla para reflexionar antes de proseguir. El color de su rostro era más vivo que nunca, pero el brillo de sus ojos empezaba a apagarse. Noté que cada vez hablaba más lentamente a medida que avanzaba el diálogo de la escena. ¿Le costaba un gran esfuerzo hacer funcionar su inventiva? ¿Había llegado el momento en que el vino ya había hecho todo lo que podía por él?

Esperamos. Ariel le observaba con ojos y boca mudos. Benjamin esperaba imperturbablemente la seña: tenía abierto el cuaderno en sus rodillas, tapado con su mano.

Miserrimus Dexter continuó.

—Damoride oye esas terribles palabras. Damoride enlaza las manos, suplicante: «¡Oh, señora, señora! ¿Cómo voy a matar a la noble y querida dama? ¿Qué motivo tengo para hacerle daño?». Cunegonda contesta: «Tienes el motivo de obedecerme». El rostro de Damoride roza el suelo, a los pies de su señora. «¡Señora, no puedo hacerlo! ¡Señora, no me atrevo!». Cunegonda responde: «No corres ningún riesgo: tengo un plan para evitar que nos descubran». Damoride repite: «¡No puedo hacerlo! ¡No me atrevo!». Los ojos de Cunegonda relampaguean de ira. Saca del escondite de su pecho...

Se detuvo a mitad de la frase y puso su mano en la frente, no como quien sufre, sino como quien ha perdido la idea. ¿Y si yo le ayudase a recuperarla? ¿O sería mejor guardar silencio (si es que era capaz)?

Podía ver claramente la intención de su historia. Su propósito, bajo el disfraz de una novela italiana, era destruir mi objeción a sospechar de la doncella de la señora Beaulieu: la mujer no tenía ningún motivo para comprometerse en un asesinato. Si él podía contradecirme, descubriendo un motivo razonable y probable, habría conseguido su propósito. Las preguntas que yo me hacía, y que podían concernirle directamente, se verían desviadas hacia la persona equivocada. La inocente doncella no resistiría un examen estricto y el señor Dexter se escudaría tras ella.

Decidí darle tiempo. Ni una palabra salió de mis labios.

Los minutos se sucedieron, y yo esperé ansiosa; era toda una prueba en un momento crítico. Si él lograba ofrecer un motivo verosímil y hacer que encajara en el propósito de su historia, demostraría que todavía le quedaban reservas en su mente, lo que el ojo clínico del médico escocés no había sabido ver. Pero la cuestión era: ¿lo haría?

¡Lo hizo! No de un modo nuevo; no de un modo convincente; no sin un esfuerzo doloroso evidente. Sin embargo, bien o mal hecho, encontró un motivo para la doncella.

—Cunegonda —prosiguió— saca del escondite de su pecho un papel escrito y lo desdobra. «Mira esto», dice. Damoride mira el papel y se postra a los pies de su señora, llena de horror y desesperación. Cunegonda tiene en su poder un secreto vergonzoso de la vida pasada de su doncella; puede hacerle chantaje: «Elige la alternativa. O te decides a obedecerme o te rindes a la desgracia tuya y de tus padres para siempre».

Damoride se entregaría a la desgracia si sólo la afectara a ella. Pero sus padres son gente honrada y no puede permitir que les salpique la deshonra. Concibe un último recurso; ya no espera ablandar el duro corazón de Cunegonda; ahora su único recurso es poner dificultades. Intenta demostrarle que hay obstáculos insalvables entre ella y el crimen: «¡Señora! ¡Señora! —exclama—. ¿Cómo voy a hacerlo? La

enfermera me puede ver». Cunegonda contesta: «A veces la enfermera duerme; a veces se ausenta». Damoride insiste: «¡Señora! ¡Señora! La puerta está cerrada con llave y la enfermera tiene la llave».

¡La llave! Inmediatamente me vino a la mente la llave desaparecida de Gleninch. ¿Se le había ocurrido lo mismo a Dexter? Se detuvo cuando se le escapó la palabra. ¡Decidí hacer la seña convenida! Apoyé el codo en el brazo del sillón y empecé a jugar con mi pendiente. Benjamin sacó su lápiz y puso el cuaderno de forma que Ariel no pudiese ver lo que hacía si se le ocurría mirarle.

Esperamos hasta que Miserrimus Dexter quiso proseguir con la historia. La pausa fue larga. Volvió a poner la mano en la frente; tenía una mirada opaca. Cuando habló no fue para seguir el relato, sino para hacer una pregunta.

—¿En dónde me he quedado?

Mis esperanzas decayeron tan rápido como habían surgido. De todos modos, me las arreglé para contestar sin mostrar ningún cambio de actitud.

—Se ha quedado —dije— en el momento en que Damoride estaba diciendo a Cunegonda...

—¡Sí! ¡Sí! —interrumpió—. ¿Qué le decía?

—Le decía: «La puerta está cerrada con llave, y la llave está en poder de la enfermera».

En ese instante, Dexter se incorporó en la silla.

—¡No! —contestó vehementemente—. Se equivoca. ¿Llave? ¡Tonterías! Nunca he dicho nada de una llave.

—Creo que sí, señor Dexter.

—¡Nunca! He dicho otra cosa y usted la ha malinterpretado.

Opté por no discutir, temiendo las consecuencias. Esperamos otra vez. Benjamin, cediendo a mi capricho, había apuntado las preguntas y respuestas que acabábamos de intercambiar Dexter y yo. Con gesto mecánico, tenía abierto el cuaderno y preparado el lápiz para seguir copiando. Ariel, todavía somnolienta por efecto del vino mientras oía la voz de Dexter, se sintió inquieta ante el silencio. Atisbó a su alrededor con desasosiego; luego levantó la mirada hacia el maestro.

Ahí estaba él, silencioso, con una mano en la frente, luchando todavía por ordenar sus ideas, tratando de encontrar la luz en la oscuridad de su mente.

—¡Maestro! —gritó Ariel lastimosamente—. ¿Qué pasa con la historia?

Él se sobresaltó, como si le hubieran despertado de un sueño. Movié con impaciencia la cabeza, como queriendo alejar algún pensamiento que le oprimiese.

—¡Paciencia! ¡Paciencia! —dijo—. La historia continúa —se apresuró con desesperación a retomar el hilo perdido, sin saber si era el correcto o no—. Damoride se postró de hinojos. Rompió a llorar. Dijo... —Dexter se paró nuevamente, y su mirada se dirigió al vacío—. ¿Cómo llamé a la otra mujer? —preguntó, no a mí ni a

mis compañeros; se lo preguntaba a sí mismo o al aire.

—La llamó Cunegonda —dije.

Ante el sonido de mi voz, sus ojos se volvieron lentamente hacia mí, pero sin conseguir verme. Apagados y ausentes, fijos e imperturbables, parecían dirigirse a la lejanía. Incluso su voz se alteró cuando Dexter volvió a hablar; adoptó un tono hueco, monótono y débil. Me recordó a mi marido, cuando yo le cuidaba en la época de su delirio y su mente no era capaz de traducir a palabras su pensamiento. ¿Estaba tan próximo el fin?

—La llamé Cunegonda —repitió—. Y a la otra...

Se detuvo de nuevo.

—Y a la otra la llamó Damoride —dije.

Ariel miró a Dexter con desconcierto, y con gesto impaciente, le tiró de la manga de su chaqueta, para llamar su atención.

—¿Es así la historia, maestro? —preguntó.

Él contestó sin mirarla; sus ojos imperturbables todavía estaban fijos en la lejanía.

—Así es la historia —dijo, ausente—. Pero, ¿por qué Cunegonda? ¿Por qué Damoride? ¿Por qué no la señora y la doncella? Es más fácil de recordar, señora y doncella...

Dexter vaciló. Tembló al incorporarse en la silla. Luego pareció animarse.

—¿Qué dijeron la doncella y la señora? —murmuró—. ¿Qué? ¿Qué? —vaciló de nuevo. Después, inesperadamente, pareció comprender algo. ¿Había tenido una nueva idea? ¿Había recuperado una idea perdida? ¡Imposible saberlo! Continuó, súbita y rápidamente, con estas extrañas palabras—: La carta. La doncella... La carta. ¡Dios, mi corazón! Cada palabra es una daga. Una daga en mi corazón. ¡La carta! Horrible, horrible carta.

¿De qué estaba hablando, en nombre de Dios? ¿Qué significaban esas palabras?

¿Estaba recordando inconscientemente hechos fragmentarios y borrosos del pasado de Gleninch, a través de la ilusión de la historia? ¿Era la memoria la última facultad en fallarle? ¿Estábamos vislumbrando la verdad, la terrible verdad, a través de la sombra proyectada por el eclipse de su cerebro? La respiración me fallaba; un horror indecible recorrió todo mi cuerpo.

Benjamin, con el lápiz en la mano, me lanzó una mirada de advertencia. Ariel estaba tranquila y satisfecha.

—Continúe, maestro —fue todo lo que dijo—. ¡Me gusta! ¡Me gusta! Siga con la historia.

Él retomó el relato como un sonámbulo que habla en sueños.

—La doncella le dijo a la señora. No; la señora le dijo a la doncella... La señora dijo: «Enséñale la carta. Debes... debes hacerlo». La doncella contestó: «No, no debo hacerlo. No se la enseñaré». «Tonterías. Déjala que sufra. Podemos salvarla».

«¿Mostrársela? No». «Deja que ocurra lo peor. Enséñala». La señora dijo... —Dexter hizo una pausa y pasó rápidamente la mano por delante de sus ojos, como si quisiera espantar alguna visión confusa o algún enredo—. ¿Qué fue lo último? —dijo—. ¿Señora o doncella? ¿Señora? No. La doncella habla, claro. Alto, enérgica. ¡Sinvergüenza, aléjese de esa mesa!. El Diario está ahí. Número nueve. Caldershaws... Pregunte por Dandie. Ya no tendrá el Diario. Un secreto en su oído... El Diario le colgará. Yo no haré que le cuelguen. ¿Cómo se atreve a tocar mi silla? ¡Yo soy mi silla! ¿Cómo se atreve a tocarme?

¡Las últimas palabras me iluminaron! Las había leído en el informe del juicio, en el testimonio del funcionario de la oficina del fiscal. Miserrimus Dexter se había expresado en esos términos, cuando intentó en vano que ese hombre no requisara los documentos de mi marido y cuando el mismo hombre le empujó la silla hasta sacarle de la habitación. No había duda de lo que pasaba por su mente. ¡El misterio de Gleninch! ¡El vuelo de sus pensamientos se remontaba, cada vez con más debilidad, hacia el misterio de Gleninch!

Ariel le despertó. Ella no le compadecía; insistía en oír la historia completa.

—¿Por qué se para, maestro? ¡Siga! ¡Siga! Cuéntenos qué le dijo la señora a la doncella.

Él se rió sin fuerzas y trató de imitarla.

—¿Qué dijo la señora a la doncella? —repitió. La risa se desvaneció. Siguió hablando, más rápido y más hueco—. La señora dijo a la doncella: «Le hemos salvado. ¿Y la carta? Quémala. No hay fuego en la chimenea. No hay cerillas en la caja. Casa patas arriba. Servidumbre fuera. Rómpela; métela en la papelera y mézclala con el resto. Agita la papelera. Tírala». Desaparecida para siempre. ¡Oh, Sara, Sara, Sara! ¡Desaparecida para siempre!

Ariel aplaudió y le imitó.

—¡Oh, Sara, Sara, Sara! —repitió—. Desaparecida para siempre. ¡Eso es lo mejor, maestro! Díganos: ¿quién era Sara?

Los labios de Miserrimus Dexter se movieron, pero su tono de voz era tan débil que apenas se podía oír. Comenzó de nuevo, con la misma fórmula melancólica.

—La doncella dijo a la señora. No: la señora dijo a la doncella... —se detuvo bruscamente, incorporándose en la silla; se echó ambas manos a la cabeza y estalló en terribles carcajadas—. Ja, ja, ja, ja! ¡Qué divertido! ¿Por qué no se ríen? Divertido, divertido. ¿Ja, ja, ja, ja....

Dexter se derrumbó en la silla. Aquella risa espantosa y estridente se convirtió en un sollozo; luego, una larga y profunda respiración de cansancio. Después, nada más que un rostro vacío y mudo elevado hacia el techo, con mirada ciega y los labios contraídos en una mueca rígida y sin sentido. ¡Locura al fin! La muerte presagiada le había llegado. Era de noche.

Sin embargo, un sentimiento me animaba, una vez pasado el primer susto. Incluso el horror que había contemplado aumentó la piedad que sentía por el desdichado. Me puse de pie impulsivamente. No veía ni pensaba en nada que no fuera la figura indefensa de la silla. Salté de mi asiento para levantarlo, para revivirlo, para hacerle volver en sí (si es que era posible). En cuanto di el primer paso, noté que unas manos me agarraban con fuerza.

—¿Estás loca? —gritó Benjamin, arrastrándome hacia la puerta—. ¡Mira!

Miré en la dirección que señalaba.

Ariel se me había adelantado. Había incorporado en la silla a su maestro y le rodeaba con un brazo. En la mano que tenía libre blandía una maza india, arrancada de una colección de armas orientales que decoraba la pared, sobre la chimenea. ¡Estaba transfigurada! Sus ojos inexpresivos me miraban con la furia de un animal. Sus dientes rechinaban en el frenesí que la poseía.

—¡Usted ha hecho esto! —me gritó, agitando la maza por encima de su cabeza—. ¡Acérquese a él y le sacaré el cerebro! ¡La machacaré hasta que no le quede ni un solo hueso!

Benjamin, arrastrándome con una mano, abrió la puerta con la otra. Le dejé que hiciera conmigo lo que quisiera, porque Ariel me tenía fascinada; sólo podía mirarla a ella. El frenesí le desapareció cuando vio que nos retirábamos. Dejó caer la maza; le echó los brazos a Dexter y recostó la cabeza del maestro sobre su pecho. Sollozaba y lloraba.

—¡Maestro! ¡Maestro! Ya no le molestarán más. Mire otra vez. Ríase de mí, como solía hacer antes. Diga: «Ariel, eres una tonta». ¡Vuelva a ser el de antes!

Benjamin me llevó a la habitación de al lado. Desde allí pude oír un largo, grave y quejumbroso grito de tristeza. La pobre criatura le amaba con la fidelidad de un perro y el fervor de una mujer. Se cerró la puerta. Me encontré en la antesala, llorando de pena y abrazada a mi viejo amigo, tan indefensa y tan inútil como una niña. Benjamin cerró la puerta con llave.

—Es inútil que llores —dijo con serenidad—. Debes dar gracias a Dios por haber salido sana y salva de esa habitación. Ven conmigo.

Sacó la llave de la cerradura y me condujo abajo, al vestíbulo. Tras pensarlo un poco, abrió con decisión la puerta principal de la casa. El jardinero estaba trabajando la tierra tranquilamente.

—Su señor ha enfermado —le dijo Benjamin— y la mujer que está a su servicio ha perdido la razón, si es que alguna vez la ha tenido. ¿Dónde vive el médico más cercano?

El afecto que el jardinero sentía por Dexter era el mismo que el de Ariel, a la manera tosca del hombre. Arrojó la pala profiriendo un juramento.

—¿Que el señor ha enfermado? —preguntó—. Iré a buscar al médico. Le

encontraré antes que usted.

—Dígale al médico que venga con otro hombre —añadió Benjamin—. Puede necesitar ayuda.

El jardinero se dio la vuelta.

—Yo le ayudaré —dijo—. Nadie más.

Nos dejó. Me senté en una de las sillas del vestíbulo, haciendo todo lo posible por serenarme. Benjamin andaba de un lado a otro, meditando profundamente.

—Ambos le aprecian —oí que se decía a sí mismo—. Medio mono, medio hombre y ambos le aprecian. Eso me supera.

El jardinero regresó con el médico, un hombre sereno, sombrío y resuelto. Benjamin se adelantó a su encuentro.

—Tengo la llave —dijo—. ¿Subo con ustedes?

Sin contestar, el médico se llevó aparte a Benjamin, a un rincón de la entrada. Hablaron en voz baja. Al final, el médico dijo:

—Entrégueme la llave. Usted no nos hace falta. Su presencia sólo irritaría más a la joven.

Con estas palabras, llamó con una seña al jardinero. Iban hacia la escalera cuando me atreví a detenerle.

—¿Puedo quedarme aquí, doctor? —pregunté—. Desearía saber en qué acaba esto.

Me miró un momento antes de responder.

—Será mejor que se vaya a casa, señora —respondió—. ¿Sabe el jardinero su dirección?

—Sí, señor.

—Muy bien. A través del jardinero le informaré de cómo acaba esto. Siga mi consejo y váyase a su casa.

Benjamin me cogió del brazo. Miré hacia atrás y vi al médico y al jardinero subiendo juntos la escalera, camino de la habitación cerrada con llave.

—¡No me importa lo que diga el médico! —susurré—. Esperemos en el jardín.

Benjamin no quería ni oír hablar de engañar al médico.

—Tengo la firme intención de llevarte a casa —me dijo.

Le miré sorprendida. Mi viejo amigo, siempre tan sumiso y dócil cuando no había imprevistos, puso de manifiesto toda la reserva latente de energía y decisión que albergaba en su naturaleza, como nunca antes lo había hecho (al menos, por lo que yo le conocía). Me condujo al jardín, donde nos esperaba el coche.

Mientras regresábamos a casa, Benjamin sacó su cuaderno.

—¿Qué haremos, querida, con las tonterías que he escrito aquí? —preguntó.

—¿Lo has anotado todo? —le dije sorprendida.

—Cuando asumo un deber, lo cumplo —contestó—. Nunca me indicaste que lo

dejara; nunca moviste el sillón. He escrito todas y cada una de las palabras. ¿Qué hago? ¿Lo tiro por la ventana?

—¡Dámelo!

—¿Qué vas a hacer con esto?

—Aún no lo sé. Lo consultaré con el señor Playmore.

CAPÍTULO XLI

El nuevo carácter del señor Playmore

Aunque no me encontraba en situación de hacer esfuerzos, en el correo de esa misma noche le envié al señor Playmore una carta en la que le explicaba todo lo sucedido y le pedía toda su ayuda y consejo.

Las notas de Benjamin estaban escritas en taquigrafía, por lo cual no me eran útiles en ese estado. Ante mi petición, hizo dos copias de la transcripción. Adjunté una de ellas a la carta del señor Playmore; la otra estaba a mi lado, en la mesita de noche.

Una y otra vez, durante esa noche que pasé desvelada, leía y releía las últimas palabras que brotaron de los labios de Miserrimus Dexter. ¿Era posible interpretarlas de acuerdo con mi propósito?

Al principio parecían desafiar cualquier interpretación. Después de haber tratado inútilmente de solucionar el problema, hice al final lo que debería haber hecho al principio. Dejé el papel desesperada. ¿Dónde estaban mis perspectivas de éxito y de descubrir la verdad? ¡Las había arrastrado el viento! ¿Había alguna posibilidad, por remota que fuera, de que aquel hombre volviera a la razón? Recordaba demasiado bien lo que había visto como para tener esa esperanza. Las últimas líneas del informe médico que había leído en el despacho del señor Playmore volvieron a mi memoria, en medio del silencio de la noche: «Cuando la catástrofe haya ocurrido, sólo puedo añadir a sus amistades que no esperen (como creo) su curación. Una vez perdida la razón, estará perdida para siempre.» No tardó en llegar la confirmación de ese terrible diagnóstico.

A la mañana siguiente, el jardinero trajo una nota con la información que el médico me había prometido el día anterior. Miserrimus Dexter y Ariel todavía continuaban donde Benjamin y yo les habíamos dejado, en la sala. Estaban bajo la observación de varios especialistas, quienes esperaban la decisión del pariente más cercano de Dexter: un hermano más joven que vivía en el campo y a quien habían enviado un telegrama. Había resultado imposible separar a la fiel Ariel de su amo sin el empleo de la fuerza, medida que se adoptaba sólo en casos de demencia violenta. Tanto el médico como el jardinero (ambos de fortaleza inusual) habían fracasado en su intento de sacar a la pobre muchacha de la habitación. Finalmente, habían optado por dejarla regresar junto a su maestro, y desde ese momento Ariel se había mostrado completamente tranquila y contenta sólo con que le permitieran sentarse a sus pies y mirarle.

Aquello resultaba desolador, pero aún lo era más el informe acerca del estado de

Miserrimus Dexter.

«Mi paciente se encuentra en un estado de absoluta imbecilidad», había escrito el médico; el relato del jardinero las definió como las mejores palabras que podían aplicarse al caso. Dexter no era consciente del afecto de la pobre Ariel; parecía no reconocer su presencia en la sala. Llevaba horas en su silla de ruedas, en un estado de total letargo, y tan sólo mostraba un interés animal en la comida y un disfrute animal en la bebida. Eso era todo.

—Esta mañana —me dijo el jardinero al despedirse—, nos pareció que se despertaba un poco. Miró a su alrededor, haciendo gestos raros con las manos. No supe descifrarlos, ni el médico tampoco. Ella sí lo supo, ¡pobrecilla! Fue por el arpa y se la puso en las manos. ¡Que Dios la bendiga! Fue inútil. Él podía tocar tanto como yo. La hizo sonar con una mueca y farfulló algo. No, nunca volverá a ser el de antes; eso lo ve cualquiera, aunque no sea médico. Come con gusto, como le he dicho, pero eso es todo. Lo mejor que le podría pasar es que Dios se lo llevara. No hay nada más que contar. Le deseo que pase un buen día, señora.

Se marchó con lágrimas en los ojos y me dejó, lo confieso, también con lágrimas.

Una hora después llegaron más noticias que me reanimaron. Recibí un telegrama del señor Playmore con estas gratas palabras: «*Voy a Londres esta noche. Espéreme mañana para desayunar.*»

Al telegrama le siguió la aparición del abogado a la hora del desayuno, tal y como había dispuesto. Sus primeras palabras me alegraron. Para mi infinita sorpresa y alivio, él estaba lejos de compartir mi pesimismo.

—No niego —dijo— que haya serios obstáculos en su camino. Sin embargo, no habría venido aquí antes de atender un negocio en Londres si los apuntes del señor Benjamin no me hubiesen producido una fuerte impresión. Por primera vez, según creo, tiene usted verdaderas perspectivas de éxito, señora. Por primera vez me ofrezco a ayudarla y con razón (aunque bajo ciertas condiciones). Ese infeliz, en el colapso de su inteligencia, ha hecho lo que nunca habría hecho estando en posesión de sus sentidos y de su astucia. Nos ha conducido a vislumbrar la verdad.

—¿Está seguro de que es la verdad? —pregunté.

—Sé que es verdad —contestó— por dos detalles importantes. La idea que usted tenía de él era correcta. La memoria (como usted suponía) era su facultad menos dañada, y fue la última que Dexter perdió al esforzarse en contar esa historia. Creo que era su memoria la que hablaba (inconscientemente) en todo lo que dijo, desde que se refirió a «la carta» hasta el final.

—¿Pero qué significa eso de la carta? —pregunté—. Estoy completamente a oscuras.

—Y yo —contestó francamente—. El mayor obstáculo de los que le he mencionado es precisamente esa carta. Debe de tener alguna relación con la anterior

señora Macallan, o Dexter no habría hablado de ella calificándola como «una daga en su corazón». Él nunca habría asociado el nombre de la difunta con la descripción de una carta rota y tirada a la papelera. Llego a esta conclusión con certeza, pero no puedo ir más allá. No sé mejor que usted quién escribió la carta o cuál era su contenido. Si queremos descubrirlo —probablemente el descubrimiento más importante de todos— tenemos que dirigir nuestra investigación a una distancia de unas tres mil millas. Dicho en lenguaje llano, mi querida señora, tenemos que dirigimos a América.

Tal afirmación, naturalmente, me cogió por sorpresa. Ansiosa, quise enterarme de por qué teníamos que dirigirnos a América.

—Depende de usted —prosiguió—. Cuando oiga lo que tengo que decirle, debe decidir si correrá con los gastos de enviar un hombre a Nueva York o no. Puedo encontrar al hombre adecuado y estimo el coste (incluyendo un telegrama)...

—¡No me importa el coste! —interrumpí, perdiendo la paciencia con el enfoque escocés del caso, que ponía a mi monedero en el primer lugar de importancia—. No me preocupa el gasto. Quiero saber lo que usted ha descubierto.

Playmore sonrió, y se dijo con tono melifluo:

—A ella no le preocupa el gasto. ¡Qué propio de las mujeres!

Yo podría haberle contestado: «Y él pone los gastos por encima de cualquier otra cosa. ¡Qué propio de los escoceses!». Pero tal como estaban las cosas, me sentía demasiado ansiosa como para hacer una broma. Sólo golpeé impacientemente la mesa con los dedos y le apremié:

—¡Cuénteme! ¡Cuénteme!

Sacó la copia del cuaderno de Benjamin que yo le había enviado y destacó éstas de entre todas las palabras: «¿Y la carta? Qué mala. No hay fuego en la chimenea. No hay cerilla en la caja. Casa patas arriba. Servidumbre fuera.»

—¿Usted entiende lo que significa?, pregunté.

—He repasado los hechos —respondió— y comprendo perfectamente lo que quiere decir.

—¿Puede explicármelo?

—Muy fácil. En esas frases incomprensibles, la memoria de Miserrimus Dexter ha revivido correctamente ciertos hechos. Sólo tengo que contárselos a usted y lo entenderá tan bien como yo.

En la época del juicio, una mañana su marido me sorprendió y me inquietó al insistir en despedir a todos los criados de Gleninch. Me encargó que les adelantara una cuarta parte del sueldo, que escribiera buenos informes de todos ellos y que no quedase nadie en la casa al cabo de una hora. El motivo que tenía Eustace para proceder así era el mismo que tuvo hacia usted. «Si alguna vez regreso a Gleninch, decía, no podré mirar a nuestros sirvientes a la cara después de la infamia de haber

sido juzgado por asesinato». ¡Esa era su razón! Nada de lo que le dije hizo cambiar su resolución, pobre hombre. En consecuencia, les despedí a todos.

Al cabo de una hora, abandonaron la casa dejando sin hacer el trabajo del día. Las únicas personas que quedaron al servicio de Gleninch vivían en las afueras del parque, es decir, el guarda, su esposa y la hija de ambos. El último día del juicio, encargué a la hija que limpiara y ordenara las habitaciones lo mejor que pudiera. Era una buena muchacha, pero no tenía experiencia como criada: no le entraba en la cabeza, por ejemplo, que tenía que dejar las chimeneas de las habitaciones preparadas para encenderse o que debía reponer las cajas de cerillas vacías. Esas palabras que dejó escapar Dexter describían, sin duda alguna, el estado de su habitación cuando regresó a Gleninch tras el juicio, para acompañar al acusado y a su madre. Que él rompiera la misteriosa carta en su cuarto y que (careciendo de medios a su alcance para quemarla) tirara los fragmentos a la chimenea vacía o a una papelera es la conclusión más razonable a la que podemos llegar por lo que sabemos. En cualquier caso, no dispondría de mucho tiempo para pensarlo; ese día todo se hizo de prisa. Eustace y su madre, acompañados por Dexter, salieron para Inglaterra esa misma noche en el tren nocturno. Yo mismo cerré la casa y le entregué las llaves al guarda. Se había acordado que él se encargaría del mantenimiento de los salones de la planta baja, y que su esposa y su hija harían lo propio en las habitaciones de arriba.

Al recibir su carta, señora, me dirigí en el acto a Gleninch para hablar con la mujer acerca de las habitaciones, especialmente de la de Dexter. Ella recordaba bien la época en que la casa estuvo cerrada, al asociarla con el periodo en que un ataque de ciática la obligó a guardar cama. Estaba segura de no haber cruzado el umbral de la casa al menos en una semana (si no más) después de que Gleninch quedara a cargo de su marido y su hija. Cualquier cosa, como airear y arreglar las habitaciones, la hizo su hija; por tanto, ella y sólo ella debió tirar la basura de la habitación de Dexter. Puedo afirmar que ahora no queda ni un resto de papel allí. ¿Dónde encontró la muchacha los trozos de la carta? Y ¿qué hizo con ellos? Éstas son las preguntas que (si usted lo aprueba) hemos de dirigir a tres mil millas de distancia, por una sencilla razón: la hija del guarda se casó hace más de un año y el matrimonio se marchó a vivir a Nueva York.

De usted depende decidir lo que se hace. No quiero infundirle falsas esperanzas. ¡No quiero que pierda dinero! Incluso aunque la mujer recuerde lo que hizo con el papel roto, las posibilidades de encontrar un simple trozo, con el paso del tiempo, son remotas. No se precipite en su decisión. Tengo cosas que hacer en la ciudad, así que puede tomarse todo el día para pensarlo bien.

—Envíe al hombre a Nueva York en el próximo barco —dije—. Ésta es mi decisión, señor Playmore, y no necesito hacerle esperar.

Movió la cabeza, censurando mi impetuosidad. En mi anterior conversación con

él no hablamos de dinero. ¡Ahora conocía, por primera vez, el lado puramente escocés del carácter del señor Playmore!

—¡Pero si no sabe ni lo que le costará! —exclamó, escandalizado, y sacando del bolsillo un cuaderno—. Espere hasta que sume el total —dijo—, en moneda inglesa y americana.

—¡No puedo esperar! ¡Necesito hacer ya algún descubrimiento sólido!

No prestó atención a mi interrupción: continuó haciendo sus cálculos imperturbablemente.

—El hombre irá en segunda clase y comprará un billete de ida y vuelta. Muy bien. El billete incluye la comida, y como gracias a Dios, es abstemio, no se gastará el dinero en comprar bebidas alcohólicas a bordo. Una vez esté en Nueva York, irá a una pensión barata, en donde, según mis fidedignas fuentes de información, se alojará al precio de...

Para entonces (con la paciencia completamente agotada) yo ya había sacado mi talonario del cajón de la mesa, había firmado un cheque y se lo había tendido, en blanco, a mi consejero legal.

—Rellénelo con lo que el hombre quiera —dije—. Y, ¡por amor de Dios, volvamos a Dexter!

El señor Playmore se dejó caer en una silla y levantó las manos y la mirada al techo. No me había impresionado en absoluto su solemne confianza en los poderes de la aritmética y del dinero. Insistí enérgicamente en que me proporcionara más información.

—Oiga —le dije, leyendo las notas de Benjamin—. ¿Qué quería decir Dexter con: «Número nueve, Caldershaws. Pregunte por Dandie. Usted no tendrá el Diario. Un secreto en su oído. El diario le colgará»? ¿Cómo llegó a conocer Dexter el contenido del diario de mi marido? ¿Y qué significa «Número nueve, Caldershaws» y todo lo demás? ¿Son datos?

—¡Son datos! —contestó el señor Playmore—. Juntos y revueltos, digamos, pero son datos ciertos. Caldershaws es uno de los distritos de peor reputación de Edimburgo. Uno de mis empleados (que suele trabajar para mí confidencialmente) fue allí, voluntariamente, para preguntar por «Dandie», en el «Número nueve». Era un asunto delicado en todos los sentidos y mi hombre, muy sabiamente, fue con otra persona conocida en ese barrio. El «Número nueve» resultó ser una tienda de alfombras y hierros viejos, y «Dandie» era un sujeto sospechoso que comerciaba, además, con objetos robados. Gracias a la influencia de su compañero y al refuerzo de un billete de banco (que, por cierto, ha de ser restado del presupuesto de gastos americanos), mi empleado consiguió hacerle hablar.

Para no molestarla con detalles innecesarios, el resultado en sustancia fue el siguiente. Unos quince días antes de la muerte de la señora Macallan, «Dandie»

recibió dos modelos en cera de dos llaves que le llevó un nuevo cliente. El misterio que envolvía el asunto despertó la desconfianza de «Dandie». Había observado en secreto al hombre, antes de entregarle las llaves y terminó por descubrir que su cliente era ¡Miserrimus Dexter! ¡Espere un poco! Aún no he terminado. Añádase a esta información el conocimiento incomprensible que Dexter tenía del contenido del diario de su marido, y el resultado es que los modelos en cera que llegaron a la tienda de Caldershaws pertenecían a la llave del diario y a la llave del cajón de la mesa en que estaba guardado.

Tengo mis propias ideas sobre todo esto, si usted me sigue hasta aquí. No importa que se las adelante ahora. Dexter (se lo digo otra vez) es responsable de la muerte de la anterior señora Macallan. ¿En qué medida?; usted está en el buen camino para averiguarlo. Es más, ahora le puedo confirmar lo que antes no me atrevía a decir. Es mi deber para con la justicia y un deber para con su marido arrojar luz sobre este asunto. En cuanto a las dificultades futuras, no creo que la desalienten. Todos los obstáculos cederán ante usted, si los ataca con la triple alianza de paciencia, resolución y economía.

Poniendo énfasis en estas últimas palabras, mi sabio consejero, consciente del paso del tiempo y de los negocios que le esperaban, se levantó para despedirse.

—Un último favor —le pedí mientras me tendía la mano—. ¿Podría usted ver a Miserrimus Dexter antes de regresar a Edimburgo? Por lo que me ha dicho el jardinero, su hermano debe de estar a su lado. Me aliviaría saber algo de él y saberlo a través de usted.

—Es uno de los asuntos que tengo pendientes en Londres —dijo el señor Playmore—. Pero ¡cuidado! Yo no tengo esperanzas de que se recobre. Sólo quiero comprobar que su hermano quiere y es capaz de cuidarle. En lo que a nosotros nos concierne, señora, ese desgraciado ha pronunciado sus últimas palabras.

Abrió la puerta, se detuvo, reflexionó y volvió a mi lado.

—Por lo que respecto al hombre que enviaremos a América —prosiguió—, tengo el propósito de entregarle a usted un breve extracto...

—¡Oh, señor Playmore!

—Un breve presupuesto, señora Macallan, de los gastos estimados de toda la operación. Usted lo considerará, hará alguna observación, tendiendo a la economía, sobre todo lo que le sugiera el presupuesto. Y, si lo aprueba, le quedaré muy agradecido cuando haya rellenado el espacio en blanco del cheque con la cantidad necesaria en cifras y en letras. ¡No, señora! Mi conciencia no puede cargar con un documento tan inseguro y tan peligroso como un cheque en blanco, sería una total desconsideración hacia la prudencia y la economía que supone esta pequeña hoja de papel, y, nada más y nada menos, que una contradicción con los principios que rigen mi vida. No puedo caer en esa contradicción. Buenos días, señora Macallan, buenos

días.

Haciendo una leve reverencia, dejó el cheque sobre la mesa y se marchó. Entre todos los tipos de estupidez humana que a veces saltan a la vista, la menos disculpable es seguramente la de aquél que, hoy en día, aún se pregunta cómo los escoceses han conseguido triunfar en la vida.

CAPÍTULO XLII

Más sorpresas

Esa misma noche recibí el presupuesto de manos de uno de sus empleados.

Era un documento absolutamente peculiar. Se calculaban los gastos en chelines, incluyendo hasta el último penique de manera implacable; en cuanto a las instrucciones que se le habían dado a nuestro desafortunado mensajero con respecto al dinero, se detenían en unas sutilezas tales que le habrían amargado su vida en América. Como me daba pena, me tomé la libertad, al contestar al señor Playmore, de aumentar ligeramente la suma que tenía que constar en el cheque. Tendría que haber conocido mejor a la persona con quien mantenía correspondencia. La respuesta del señor Playmore (informándome que nuestro emisario ya había zarpado) adjuntaba el recibo y ¡toda la cantidad extra!

Unas líneas apresuradas acompañaban al presupuesto; se referían a la visita que había hecho el abogado a Miserrimus Dexter. No había mejoría ni cambios. El hermano había llegado a la casa en compañía del doctor que solía atender al enfermo; pero el médico declinó ofrecer un diagnóstico definitivo del caso hasta que no lo hubiera estudiado detenidamente. Ambos acordaron trasladar a Miserrimus Dexter al hospital psiquiátrico, del que el médico era propietario, en cuanto todo estuviese preparado para su ingreso. La única dificultad que quedaba se refería a la fiel criatura que nunca había abandonado a su amo, noche y día, desde que sucedió la catástrofe. Ariel no tenía amigos ni dinero. El propietario del hospital psiquiátrico no podía ingresarla sin el pago acostumbrado, y el hermano del señor Dexter «lamentaba tener que decir que él no era lo bastante rico como para correr con los gastos». La separación forzosa del único ser humano a quien amaba o el ingreso, en calidad de indigente, en un hospital público era la perspectiva que le esperaba a la desafortunada muchacha, a no ser que alguien interviniese en su favor antes de que terminase la semana.

En esas tristes circunstancias, el buen señor Playmore, pasando de las consideraciones económicas a las humanas, sugirió que podríamos organizar una suscripción privada y se ofreció él mismo para encabezar la lista.

Envié de inmediato una carta al señor Dexter (el hermano) para asumir la responsabilidad en lo concerniente al dinero, mientras se recogía a través de la suscripción, y para estipular que cuando llevasen al hospital a Miserrimus Dexter, le acompañara Ariel. Esto fue concedido de buena gana; pero surgieron serios impedimentos cuando pedí que le permitieran a Ariel cuidar de su amo en el hospital, tal como solía hacer en la casa. Las reglas del establecimiento lo prohibían y la

práctica universal en esos casos también lo prohibía y... De todos modos, a fuerza de perseverar y persuadir, logré una concesión razonable. Durante algunas horas al día, y con cierta restricciones, Ariel tendría el privilegio de cuidar de su amo y de acompañarle, llevándole la silla en sus paseos por el jardín para que tomara el aire. Tengo que añadir, para honra de la humanidad, que la responsabilidad económica que había asumido no llegó a exigir demasiado de mis recursos. La lista de suscriptores progresó rápidamente en manos de Benjamin. Amigos, e incluso desconocidos, abrieron sus corazones y sus bolsillos cuando conocieron la triste historia de Ariel.

El día que siguió a la visita del señor Playmore me trajo noticias de España a través de una carta de mi suegra. Es sencillamente imposible describir lo que sentí al romper el sello y leer las primeras líneas. Dejemos que hable la señora Macallan en esta ocasión. Esto fue lo que escribió:

Prepárate, mi querida Valeria, para una maravillosa sorpresa. Eustace ha sido digno de mi confianza. Cuando regrese a Inglaterra, y si tú le dejas, quiere volver contigo.

Esta decisión, permite que me apresure a asegurártelo, no se debe a mis dotes de persuasión, sino al agradecimiento y al amor de tu marido. Las primeras palabras que me dijo, en cuanto pudo hablar, fueron: «Si vivo para poder volver a Inglaterra y al lado de Valeria, ¿crees que me perdonará?». Tú eres la única, querida, que puedes contestar. Si nos aprecias, contéstanos a vuelta de correo.

Eso fue lo que dijo cuando le comuniqué que tú le cuidaste. Y recuerda, aunque no lo parezca, que está muy débil para hablar y que si habla, lo hace con dificultad. Todavía guardo tu carta. Mi intención es darle a Eustace tiempo para que piense y, si te hablo con franqueza, esperando que mientras tanto no se produzca algún cambio en su decisión.

Han pasado tres días y no ha habido ningún cambio. Sólo tiene una idea: anhela fervientemente el día en que pueda reunirse con su esposa.

Pero hay algo más en relación con Eustace que debes saber y que es mi deber decirte. El tiempo y el sufrimiento le han cambiado en muchos aspectos, Valeria. Sin embargo, no ha variado lo mas mínimo su aversión, casi diría su horror, a tu deseo de investigar las circunstancias que concurrieron en la lamentable muerte de su primera esposa. No me atrevo a darle tu carta: si toco el tema, le irrito y le inquieto. «¿Se ha olvidado ya de esa idea? ¿Me puedes asegurar que ya se ha olvidado de esa idea?». Una y otra vez me hace estas preguntas. Y le he contestado —¿qué otra cosa podía hacer en el estado débil en que se encuentra?— de la manera que más le pueda tranquilizar: «Olvida ya ese asunto. Valeria no tiene más elección que olvidarse de tal idea; los obstáculos que se le presentan son insuperables y la habrán desanimado».

Si lo recuerdas, esto era lo que pensé que sucedería cuando tú y yo hablamos por última vez del penoso asunto y, como no he tenido noticias tuyas, mi opinión no ha cambiado lo más mínimo. Si estoy en lo cierto (como le ruego a Dios), sólo has de confirmármelo en tu respuesta y todo estará solucionado. En caso contrario, es decir, si todavía sigues empeñada en tu inútil proyecto, prepárate para enfrentarte a las consecuencias. Si pones a prueba los prejuicios de Eustace, perderás la gratitud de tu esposo, su arrepentimiento y su amor, y, según creo, no le verás nunca más.

Me expreso de forma tan terminante en tu propio interés, querida. Cuando me contestes, escribe unas pocas líneas a Eustace y envíalas junto a la carta.

En cuanto a la fecha de nuestra salida, me es todavía imposible ofrecerte información concreta. Eustace se recupera muy lentamente, y el médico aún no le permite levantarse de la cama. Cuando podamos viajar, lo haremos por etapas. Transcurrirán al menos unas seis semanas, como poco, antes de que podamos estar de nuevo en la vieja y querida Inglaterra.

Con todo mi afecto

Catherine Macallan

Dejé la carta e hice cuanto pude (aunque sin éxito al principio) por serenarme. Para comprender la situación en que me encontraba, sólo se necesita recordar una circunstancia. El mensajero que llevaba a cabo nuestra investigación estaba, en ese momento, cruzando el Atlántico camino de Nueva York.

¿Qué se podía hacer?

Vacilé. Por chocante que pueda parecer, vacilé. Pero no debía precipitarme en la decisión. Tenía todo el día por delante.

Salí a dar un paseo solitario y medité el asunto. Regresé a casa y le di más vueltas junto a la lumbre. Ofender y rechazar a mi amado cuando él volvía a mi lado por su propia voluntad, era algo que ninguna mujer en mi situación habría hecho. Aun así, por otra parte, ¿cómo podía, en nombre de Dios, abandonar mi plan en el mismo momento en que el sabio y prudente señor Playmore veía más posibilidades de éxito e incluso se había ofrecido para ayudarme? Ante estas dos opciones crueles, ¿qué extremo podía elegir?

Considera, lector, tus propias flaquezas y sé indulgente con las mías. Di la espalda a esas dos opciones. Dos diablos agradables, la Mentira y el Disimulo, me tendieron la mano suavemente: «No te comprometas de ninguna manera, querida — me decían persuasivamente—. Escribe lo justo para tranquilizar a tu suegra y complacer a tu marido. Tienes tiempo por delante. Espera y verás que el Tiempo es tu amigo y que te sacará del apuro».

¡Infame consejo! Aun así, lo seguí. ¡Yo, que había sido educada en el bien y que debía ser sincera! Quien lea esta vergonzosa confesión habría sido sincero, estoy segura. Tú, lector, no estás incluido entre los «miserables pecadores» de los que se habla en el Libro de Plegarias.

¡Bien! ¡Bien! Seré virtuosa y contaré la verdad. Al escribir a mi suegra, le comuniqué que había sido necesario trasladar a Miserrimus Dexter a un hospital psiquiátrico y dejé que ella sacara sus propias conclusiones, sin darle una sola palabra de información adicional. Del mismo modo, le conté a mi marido una parte de la verdad y nada más. Le dije que le perdonaba con todo mi corazón y ¡lo hice! Le dije que sólo tenía que venir a mí y que le recibiría con los brazos abiertos y ¡así lo haría! En cuanto al resto, he de decir como Hamlet: «El resto es silencio».

Una vez despachadas mis indignas cartas, me sentí inquieta y supe que necesitaba un cambio. Teníamos que esperar, como mínimo, unos ocho o nueve días para recibir algún telegrama de Nueva York. Me despedí por una temporada de mi querido y admirable Benjamin y me fui a mi viejo hogar del norte, la vicaría de mi tío el vicario Starkweather. Mi viaje a España para cuidar de Eustace me había llevado a firmar la paz con mis parientes; nos habíamos carteadado y les había prometido que sería su invitada en cuanto pudiera salir de Londres.

Pasé una temporada tranquila y (considerándolo todo) feliz en los viejos parajes. Visité de nuevo la orilla del río, donde Eustace y yo nos conocimos. Anduve otra vez por la hierba y paseé junto a los arbustos, nuestros lugares favoritos en donde tantas veces habíamos hablado de nuestras preocupaciones para olvidarlas con un beso. ¡De qué manera tan triste y tan rara nos habíamos separado! ¡Qué inseguro era todavía nuestro futuro!

Los recuerdos me enternecían el corazón y elevaban mi ánimo. Me reproché con amargura no haberle contado todo a Eustace de forma sincera. ¿Por qué había vacilado en sacrificar por él todas mis esperanzas y mis intereses en la investigación? Él no había vacilado, pobrecillo: su primer pensamiento había sido para su esposa.

Llevaba cinco días con mis tíos cuando recibí noticias del señor Playmore. Su carta me decepcionó indescriptiblemente. Un telegrama de nuestro mensajero nos comunicó que la hija del guardián y su marido habían salido de Nueva York y aún ignoraba su paradero.

No había nada que hacer salvo esperar pacientemente mejores noticias. Permanecí en el norte, siguiendo el consejo del señor Playmore, porque estaba relativamente cerca de Edimburgo en el caso de que tuviera que consultarle algo en persona. Pasaron tres semanas más de espera hasta que recibí la segunda carta. Esta vez era imposible definir las noticias como buenas o malas. Eran sencillamente desconcertantes. Al mismo señor Playmore le dejaron perplejo. Éstas eran las últimas palabras, breves debido a la economía, que nos trajo el telegrama de nuestro agente

en América: *Busquen en el basurero de Gleninch.*

CAPÍTULO XLIII

¡Al fin!

La carta del señor Playmore y el extraordinario telegrama del agente no tenían nada que ver con el optimismo que el abogado había mostrado en casa de Benjamin.

Si el telegrama tiene algún sentido —escribía—, significa que los trozos de la carta fueron a parar al cubo de la criada (junto al polvo, la ceniza y el resto de la basura de la habitación), y luego todo eso se tiró al basurero de Gleninch. A partir de entonces, los residuos acumulados de las limpiezas periódicas de la casa, durante un tiempo aproximado de tres años, —incluyendo, naturalmente, la ceniza de las chimeneas, encendidas la mayor parte del año en la biblioteca y la galería de los cuadros— habrán sido arrojados al basurero, dejando cada vez más enterrados los preciosos fragmentos de la carta. Aun teniendo la posibilidad de encontrarlos, ¿qué esperanza podemos albergar, con el tiempo que ha transcurrido, de recuperarlos en buen estado de conservación? Le estaría muy agradecido si me diese su opinión a vuelta de correo. Si le fuera posible hablar personalmente conmigo en Edimburgo, ahorraríamos tiempo, lo que es de gran importancia en este momento. La casa del doctor Starkweather no está lejos. Piénselo.

Lo medité seriamente. La principal cuestión que debía resolver era la relativa a Eustace.

La salida de España de mi marido y mi suegra había sufrido tantos retrasos por órdenes del cirujano que, por lo que me había dicho la señora Macallan hacía tres o cuatro días, debían de estar a la altura de Burdeos. Contando con un intermedio para descansar en dicha ciudad y teniendo en cuenta la lentitud con que viajaban, podía esperar que llegasen a Inglaterra poco antes de que el agente mandara más noticias de América al señor Playmore. En esta situación, no podría reunirme con el abogado en Edimburgo después de recibir a mi marido en Londres. Lo mejor sería contarle sinceramente al letrado que ya no era dueña de mis movimientos y que me enviase su próxima carta a casa de Benjamin.

Mientras escribía a mi abogado, tengo que añadir algo con respecto al basurero y a la carta rota.

Poco antes de que mi padre muriera, viajamos juntos a Italia, y en un museo de Nápoles vi numerosos restos de una época muy antigua que habían sido descubiertos en las ruinas de Pompeya. Para animar al señor Playmore, le recordé que la erupción que destruyó la ciudad salvó, durante más de mil seiscientos años, objetos tan

percederos como la paja que envolvía una vajilla, las pinturas murales de una casa, las ropas que llevaban los habitantes, y (lo más llamativo de todo para nuestro caso) un trozo de pergamino cubierto de ceniza volcánica. Si tales hallazgos habían aparecido en buen estado tras permanecer mil seiscientos años enterrados bajo una gran capa de rocas y de ceniza, podríamos esperar que algo se salvase, si sólo habían pasado tres o cuatro años, bajo una pequeña capa de polvo y de ceniza. Dando por supuesto que se pudiesen recuperar los fragmentos (lo que era dudoso), estaba convencida de que la escritura permanecería legible, aunque descolorida. La acumulación de basura que lamentaba el señor Playmore era el medio que habría mantenido la carta a salvo de la lluvia y de la humedad. Con estas sugerencias modestas acabé la carta. ¡Gracias a mi viaje al Continente pude enseñarle algo a mi abogado!

Transcurrió otro día sin que recibiera noticias de los viajeros, y empecé a sentirme inquieta. Esa noche hice los preparativos para el viaje de regreso a casa. Decidí salir para Londres a la mañana siguiente, a no ser que la señora Macallan me comunicara algún cambio de última hora.

El correo del día siguiente decidió el curso de los acontecimientos. Me trajo una carta de mi suegra, que añadía una fecha memorable a las de mi calendario privado.

Eustace y su madre habían llegado a París, pero allí tuvo lugar un grave contratiempo. La fatiga del viaje y la excitación ante nuestro encuentro habían resultado fatales para mi esposo. Había aguantado, aunque con gran dificultad, hasta París; pero ahora tenía que guardar cama de nuevo por haber experimentado una recaída. Esta vez los médicos no temían por su vida, siempre y cuando hiciera reposo absoluto durante un tiempo prolongado.

En tus manos está, Valeria —escribía la señora Macallan— fortalecer y reconfortar a Eustace en su nueva calamidad. No supongas que te culpo por abandonarle en España en el momento en que el cirujano le declaró fuera de peligro. «Fui yo quien la abandonó, me dijo la primera vez que sacamos este tema, y mi esposa tiene todo el derecho de esperar que sea yo el que regrese a su lado». Éstas fueron sus palabras, querida, y ha obrado de acuerdo con ellas. Indefenso en la cama, pide que des por cumplida su voluntad y que te reúnas con él en París. Creo que te conozco bien, niña mía, y sé que lo harás. Sin embargo, antes de cerrar el sobre, quisiera añadir unas palabras de advertencia. Evita cualquier alusión no sólo al juicio (lo harás espontáneamente), sino también a la casa de Gleninch. Podrás comprender lo que siente, en el estado actual de depresión nerviosa que sufre, cuando te diga que nunca me habría atrevido a pedirte que vinieses aquí si tu carta no me hubiese informado de que han terminado tus visitas a Dexter. ¿Podrás creer que es tan vívido su horror al pasado que me ha pedido el consentimiento para

vender Gleninch?

Así se expresaba la madre de Eustace, pero no debía de estar muy segura de su poder de persuasión, porque adjuntaba, en una hoja aparte, dos líneas a lápiz, ¡tan suaves y borrosas!, escritas por mi pobre amado: «*Estoy tan débil que no puedo seguir viajando, Valeria. ¿Vendrás tú y me perdonarás?*». Había más letras, pero ilegibles. Esas dos líneas le dejaron exhausto.

Sé que no digo mucho en mi favor, pero si confieso mis errores también hablaré de mis aciertos. Decidí en ese instante olvidar todo lo relacionado con la carta rota. Si Eustace me preguntaba algo, quería contestarle con sinceridad: «Me he sacrificado por tu tranquilidad. Lo he dejado todo por mi marido».

Al tomar esta decisión todavía tenía muy presente el motivo que me llevó de España a Inglaterra: descubrir que iba a ser madre. La única diferencia radicaba en que ahora lo que más importaba era la tranquilidad de mi marido. Pero yo aún tenía esperanzas respecto a mi investigación, pues confiaba en que Eustace, al saber que iba a ser padre, sintiera que era su deber proclamar su inocencia, un deber que le debía a su hijo.

Esa misma mañana escribí al señor Playmore una vez más, contándole mi situación y retirándome definitivamente de la investigación del misterio que estaba escondido en el basurero de Gleninch.

CAPÍTULO XLIV

Nuestra nueva luna de miel

No tengo que ocultar ni negar que al volver a Londres me sentía muy desanimada.

Abandonar el plan más querido cuando había sufrido tanto por llevarlo a la práctica, y cuando (según las apariencias) estaba tan cerca de conseguir lo que tanto esperaba, suponía una dura prueba para la fortaleza de una mujer y para su sentido del deber. Pero, aun así, no me arrepentía de haberle escrito al señor Playmore, aunque se me ofreciera la oportunidad de rectificar. «Ya está hecho y bien hecho, me dije. Me conformaré en cuanto le dé el primer beso a mi marido.»

Había pensado llegar a Londres a tiempo para coger el tren nocturno a París. Pero el tren en que viajaba desde el norte había sufrido dos retrasos y no me quedaba más remedio que pasar la noche en casa de Benjamin y posponer la salida hasta la mañana siguiente.

Me fue imposible avisar a mi amigo del cambio de planes, y, en consecuencia, mi llegada le sorprendió. Le hallé solo en la biblioteca iluminada por lámparas y velas, absorto en unos trozos de papel repartidos en la mesa.

—¿Qué demonios haces, Benjamin? —pregunté.

Benjamin se sonrojó, iba a decir que como un adolescente. Pero, en la época en que vivimos, los adolescentes ya no se sonrojan.

—¡Oh, nada, nada! —dijo confundido—. Nada que valga la pena.

Recogió con la mano todos los trocitos de papel de la mesa; aquello me pareció sospechoso y le detuve.

—¡Has tenido noticias del señor Playmore! —le dije—. Dime la verdad, Benjamin, ¿sí o no?

Benjamin se sonrojó aún más y contestó:

—Sí.

—¿Dónde está la carta?

—No puedo mostrártela, Valeria.

Esta respuesta (¿tengo que decirlo?) hizo crecer mi resolución de leerla. La mejor manera de convencer a Benjamin para que me la diera era hablarle del sacrificio que acababa de hacer por expreso deseo de mi marido. Al final le dije:

—Ya no poseo voz ni voto en este asunto. El señor Playmore tiene la libertad de elegir si quiere seguir o dejar el proyecto. Ésta es la última oportunidad que me queda de descubrir lo que piensa hacer. ¿No me merezco tu consideración? ¿No tengo derecho a leer la carta?

Cuando oyó lo sucedido, Benjamin estaba tan sorprendido y tan contento que no

pudo resistirse a mi súplica. Me dio la carta. El señor Playmore le escribía confidencialmente, dirigiéndose a Benjamin en su calidad de comerciante. En su larga carrera en el mundo de los negocios, posiblemente se habría encontrado con casos en que los documentos se habían traspapelado y roto, bien por accidente o adrede. Si no fuera éste el caso, le agradecía que le mencionase alguna autoridad de Londres que le pudiese aconsejar sobre el asunto. Para dar sentido a esta extraña petición, el señor Playmore se refirió a las notas que había tomado Benjamin en casa de Miserrimus Dexter y le comunicó la gran importancia que tenían esas «tonterías» inconexas que él había apuntado a pesar de sus protestas. La carta terminaba recomendándole que mantuviese en secreto la correspondencia entre ambos, pues si yo me enteraba podía crearme falsas esperanzas.

Ahora entendía el tono del mensaje que me había enviado mi valioso consejero. Su interés en encontrar la carta mencionada por Dexter era tan poderoso que, por prudencia, me lo ocultaba por si luego resultaba un fracaso. El señor Playmore, por lo tanto, no iba a abandonar la investigación ni a retirarse del caso. Miré con interés creciente los fragmentos de papel que Benjamin tenía encima de la mesa.

—¿Ya se ha descubierto algo en Gleninch? —pregunté.

—No —respondió Benjamin—. Estaba haciendo un experimento con un papel antes de escribir al señor Playmore.

—¿Así que tú has roto el papel?

—Sí. Y para hacer aún más difícil la reconstrucción, he mezclado los trozos en una papelera. A mi edad, querida niña, es una distracción infantil...

Se calló, avergonzado de sí mismo.

—Bien —continué—, ¿y has logrado ya encajar las piezas?

—No es nada fácil, Valeria. Pero estoy empezando a conseguirlo. Es el mismo principio que el de los puzzles, a los que de niño era muy aficionado. Si consigues dar con las esquinas y la parte central, el resto del puzzle estará hecho más tarde o más temprano. Por favor, querida, no se lo digas a nadie. Podrían pensar que ya chocheo.

Quien pensase eso no conocía a Benjamin como yo. Recordé lo mucho que disfrutaba solucionando las adivinanzas de los periódicos y pude entender perfectamente la afición que en él había despertado el nuevo puzzle.

—Es casi tan interesante como resolver los enigmas del periódico, ¿verdad? —le dije maliciosamente.

—¡Enigmas! —repitió Benjamin con desprecio—. Esto es mejor que cualquier enigma. ¡Pensar que, después de todo, las tonterías de mi cuaderno tienen un significado! He recibido la carta del señor Playmore esta mañana y, casi me da vergüenza decírtelo, desde entonces he estado haciendo una prueba tras otra. No me vas a reñir, ¿verdad?

Le contesté con un fuerte abrazo. Ahora que Benjamin había dejado a un lado su rigidez moral y se había contagiado de mi entusiasmo, ¡le quería más que nunca!

Sin embargo, no me sentía completamente feliz, aunque lo fingiese. A pesar de mi decisión de abandonar el proyecto, me dolió tener que mantenerme al margen de la investigación en ese momento. Mi único consuelo era pensar en Eustace, y mi único alivio y fuente de valor era concentrarme en la mejoría que había experimentado mi perspectiva familiar. Ahí, por lo menos, no debía temer ningún desastre y, sinceramente, podía pensar que en eso había obtenido un triunfo. Mi esposo regresaba a mi lado por su propia y libre voluntad. No se había rendido ante el duro peso de la evidencia, sino que había cedido a la influencia más noble de su amor y de su gratitud. Y yo volvía a acogerle de todo corazón, no porque mi descubrimiento no le dejara más opción que vivir conmigo, sino porque yo creía en la buena voluntad de Eustace; le amaba y confiaba en él sin reservas. ¡Valía la pena el sacrificio para llegar a este resultado! Ésta era la verdad. Pero, incluso así, estaba desanimada. ¡Bien! El remedio lo tenía al alcance de un corto viaje. Cuanto antes estuviese con Eustace, mejor.

A la mañana siguiente, muy temprano, salí de Londres en dirección a París. Benjamin me acompañó a la terminal del tren.

—Escribiré a Edimburgo antes de que salga el correo de hoy —dijo, poco antes de que el tren se pusiera en marcha—. Creo que podré localizar al hombre que puede ayudar al señor Playmore, si es que él decide continuar la investigación. ¿Quieres que le dé algún recado, Valeria?

—No, ya no tengo nada que ver, Benjamin, ni nada más que decir.

—¿Te escribo para contarte cómo acaba, si el señor Playmore hace el experimento en Gleninch?

Contesté tal como me sentía, con amargura.

—Sí —dije—. Escribe y cuéntame si el experimento fracasa.

Mi viejo amigo sonrió. Me conocía mejor que yo misma.

—¡Está bien! —dijo resignado—. Tengo la dirección de tu agencia bancaria en París. Habrás de ir allí para sacar dinero, querida; puede que encuentres una carta esperándote en la oficina cuando menos lo esperes. Hazme saber cómo sigue tu marido. ¡Adiós y que Dios te bendiga!

Esa misma noche me reunía con Eustace.

Estaba demasiado débil, pobrecillo, como para levantar la cabeza de la almohada. Me arrodillé a su lado y le besé. Sus ojos lánguidos y cansados se llenaron de vida cuando mis labios rozaron los suyos.

—Tengo que vivir —musitó—, por ti.

Mi suegra, con delicadeza, nos había dejado a solas. Cuando él dijo estas

palabras, no pude resistir la tentación de comunicarle la esperanza que iba a nacer en nuestra vida.

—Tienes que vivir ahora, Eustace —dije—, por alguien más, aparte de mí.

Me miró interrogante.

—¿Te refieres a mi madre?

Apoyé la cabeza en su pecho y le hablé en un susurro.

—Me refiero a tu hijo.

¡En ese momento obtuve la recompensa por todo lo que había sufrido! Me olvidé del señor Playmore; me olvidé de Gleninch. Nuestro nuevo viaje de novios comienza, en mi memoria, a partir de ese día.

El tiempo transcurría tranquila y lentamente en la casa en que vivíamos, donde permanecíamos ajenos al bullicio y al tumulto de la vida diaria parisina. Aunque muy despacio, Eustace iba recuperando las fuerzas. Los médicos le dejaron en mis manos con unas palabras de precaución. «Usted es su médico, dijeron. Cuanto más feliz sea, antes se curará». La rutina tranquila de mi nueva vida no me cansaba en absoluto. Yo también necesitaba reposo y nada me interesaba o atraía fuera de la habitación de mi marido.

Una vez y sólo una se nubló la placidez de nuestra vida con una alusión al pasado. Algo que se me escapó sin querer le recordó a Eustace la última conversación que mantuvimos en casa del mayor Fitz-David. Con delicadeza se refirió a lo que yo le dije sobre el veredicto y me hizo entender que, con una sola palabra de mis labios que confirmara lo que su madre le había dicho, le tranquilizaría en el acto y para siempre.

La respuesta no era difícil ni delicada. Le dije sinceramente que sus deseos eran ley para mí. Pero me temo que, por ser mujer, no me pude contentar dejándola así. Pensé que Eustace tenía un deber para conmigo: ceder en algo, para tranquilizarme también a mí. Como siempre me ocurre, al pensamiento le siguieron las palabras.

—Eustace —le pregunté—, ¿estás totalmente curado de esa duda cruel que te llevó un día a abandonarme?

Su contestación (como luego él mismo me contó) me hizo sonrojar de placer.

—Valeria, si te hubiese conocido tan bien como ahora, nunca te habría dejado.

Así desaparecieron las últimas sombras de desconfianza de nuestras vidas.

Empezaba a borrarse de mi memoria el recuerdo de la confusión y de los problemas de los días pasados en Londres. Nos amábamos otra vez; estábamos absortos el uno en el otro; casi podíamos imaginar que nuestro matrimonio se había celebrado uno o dos días antes. Sin embargo, me faltaba un último triunfo sobre mí misma para que mi felicidad fuese completa. En secreto, en los peligrosos momentos en que me quedaba sola, seguía deseando saber si habían encontrado o no la carta rota. ¡Qué criaturas tan complicadas somos! Teniendo todo lo que una mujer querría para ser feliz, yo estaba dispuesta a poner en peligro esa felicidad por negarme a

ignorar lo que ocurría en Gleninch. Bendecí el día en que mi monedero vacío me ofreció la excusa para ir al banco y recoger, así, las cartas que me esperasen.

Pedí el dinero sin prestar atención, preguntándome si Benjamin me habría escrito. Mis ojos recorrieron los mostradores de la oficina en busca de alguna carta. No vi nada. No obstante, un hombre salió de un despacho: un hombre considerablemente feo, pero que para mí resultó atractivo, por la sencilla razón de que llevaba una carta en la mano, y dijo:

—Es para usted, señora.

Un vistazo a la dirección me mostró la letra de Benjamin. ¿Habían intentado encontrar la carta? ¿Habían fracasado? Alguien me entregó el dinero y, cortésmente, me acompañó hasta el coche alquilado que me esperaba en la puerta. No recuerdo nada con claridad, excepto que leí las noticias de Benjamin yendo a casa. Sus primeras palabras me contaban que el basurero había sido examinado y que ¡habían hallado los trozos de la carta!

CAPÍTULO XLV

El basurero revuelto

Experimenté una sensación de vértigo, y me vi forzada a esperar para calmarme antes de seguir leyendo.

Al releer la carta, una de las últimas frases me sorprendió y me provocó un escalofrío.

Le pedí al conductor que detuviera el coche al principio de la calle en que se encontraba nuestra casa y que me llevara al parque más bonito de París, el famoso Bois de Boulogne. Mi propósito era ganar tiempo para leer toda la carta y para decidir si mi deber era ocultarla antes de llegar a casa.

Con esta preocupación, pues, leí el relato que el buen Benjamin había escrito con todo detalle. Metódico y meticuloso, comenzaba con el informe de nuestro agente en América.

Nuestro hombre había localizado a la hija del guarda y a su marido en una pequeña ciudad de un estado del oeste. La carta de presentación del señor Playmore le aseguró el recibimiento cordial del matrimonio y la paciencia con que escucharon el motivo que le había llevado a cruzar el Atlántico.

Las primeras preguntas del emisario no obtuvieron resultados demasiado estimulantes. La mujer estaba confusa y sorprendida, y pareció que le costaba recordar lo que a nosotros nos podría ser útil. Afortunadamente, su marido demostró ser un hombre más despierto. Llevó aparte al enviado y le dijo: «Yo entiendo a mi esposa mejor que usted. Dígame exactamente qué es lo que quiere saber y deje que sea yo el que descubra lo que recuerda y lo que ha olvidado».

El emisario aceptó encantado esta sensata sugerencia, y esperó los acontecimientos durante un día y una noche.

A la mañana siguiente, muy temprano, el marido le dijo: «Hable ahora con mi esposa y ya verá cómo tiene algo que contarle. ¡Pero fíjese! No se ría de ella si le cuenta cosas que no vengán al caso. Le da vergüenza hasta delante de mí. Cree que los hombres estamos por encima de esas cuestiones. Escuche tranquilamente y déjela hablar. Así lo conseguirá».

Nuestro hombre siguió las instrucciones y lo consiguió del siguiente modo:

La mujer recordaba perfectamente que le mandaron limpiar y ordenar los dormitorios después de que todos los habitantes se hubieran ido de Gleninch. Su madre estaba mal de la cadera en esa época y no pudo ir con ella para ayudarla, cosa que la contrarió, porque no le hacía demasiada gracia ir sola a la casa grande después de lo sucedido.

Cuando se dirigía al trabajo, se encontró a dos niños de los aldeanos de la zona jugando en el parque. El señor Macallan siempre fue muy bondadoso con sus arrendatarios y nunca se opuso a que los pequeños corriesen por sus tierras. Los dos niños la siguieron hasta la casa. Ella les dejó entrar. No le gustaba el lugar, como ya se ha dicho, y pensó que los niños le harían compañía en aquellas habitaciones solitarias.

Comenzó su trabajo en el pasillo de los invitados, dejando para el final el dormitorio del otro pasillo en el que había muerto la señora.

Había muy poco que hacer en las dos primeras habitaciones. Tras barrer el suelo y limpiar las chimeneas, sólo llenó hasta la mitad el cubo que llevaba consigo. Los niños la siguieron y, dada la situación, resultaron una compañía muy buena en aquel lugar desierto.

El tercer dormitorio (es decir, el que había sido ocupado por Miserrimus Dexter) estaba en peor estado y requería una limpieza más a fondo. Allí la chica se había olvidado de los niños, dedicándose por completo a la tarea. Limpió la alfombra y barrió la ceniza y el hollín de la chimenea depositándolos en el cubo. Pero en un momento dado, tuvo que prestar atención a los niños al oír que uno de ellos lloraba. Echó un vistazo a su alrededor y no los descubrió. Los sollozos la guiaron en la dirección correcta, y localizó a los pequeños debajo de una mesa en un rincón de la habitación. El menor de los dos se había metido en una papelera. El mayor había encontrado un bote viejo de pegamento, con su pincel en el tapón, y estaba embadurnando la cara del pequeño con los restos que quedaban en el bote. La natural resistencia por parte de la criatura terminó con la papelera volcada y el llanto consiguiente del pequeño.

La joven aplicó enseguida el remedio a la situación: le quitó el bote al chico mayor y le dio un buen cachete. Puso de pie al menor, y luego mandó a ambos «al rincón», para que se estuvieran quietos. Hecho esto, barrió los trozos de papel que se habían caído al suelo y los tiró a la papelera, junto al pegamento; fue a buscar el cubo y en él vació la papelera. Después pasó a la cuarta y última habitación del pasillo, donde terminó el trabajo de aquel día.

Éste fue el resultado de los recuerdos que tenía la mujer sobre las cuestiones domésticas de Gleninch. La conclusión a la que llegó el señor Playmore, a partir de los hechos aquí narrados, fue que cabía la posibilidad de recuperar la carta. Tirados encima de la ceniza que había en el cubo de la criada y cubiertos después por la basura de la cuarta habitación, los fragmentos se vieron protegidos, tanto por arriba como por abajo, cuando fueron a parar al basurero.

Las semanas y los meses siguientes resultaron ser otros factores de protección, porque se añadieron nuevos residuos. En el estado de abandono en que se encontraba la tierra, nadie fue a buscar abono al basurero, de modo que allí seguía, intacto desde

la época en que la familia había abandonado Gleninch hasta el día de hoy. ¡Y allí tenían que estar los trozos de la carta, escondidos en algún lugar!

Tales eran las conclusiones del abogado, y había escrito inmediatamente a Benjamin para comunicárselas. Y, entretanto, ¿qué había estado haciendo Benjamin?

Después de poner a prueba su habilidad para la reconstrucción de su propia correspondencia, la perspectiva de intentarlo con la misteriosa carta había resultado una tentación irresistible para él.

Empiezo a creer, querida, que este asunto tuyo me ha hechizado, escribía. Tengo la desgracia de ser un hombre caprichoso. Dispongo de tiempo y de dinero. Y, al final, resulta que aquí estoy, en Gleninch, comprometido (con el permiso del buen señor Playmore) ¡en el examen del basurero!

A continuación de esas líneas tan particulares venía la descripción que Benjamin hacía de su primera visión de Gleninch.

Pero me la salté sin contemplaciones. Mi recuerdo era tan vívido que no necesitaba que me estimularan la memoria. Veía otra vez, a la luz del crepúsculo, el feo montículo que de modo tan singular me había llamado la atención. Oía de nuevo las palabras con que el señor Playmore me había explicado la costumbre de amontonar la basura, común en las casas de campo escocesas. ¿Qué habían estado haciendo Benjamin y el señor Playmore? ¿Qué habían encontrado? Para mí, ahí residía el verdadero interés de la carta, y, ansiosa, busqué esa parte en la página siguiente.

Habían actuado con método, naturalmente, con un ojo puesto en las libras, los chelines y los peniques, y el otro en el objeto que perseguían. En Benjamin, el abogado había encontrado lo que no halló en mí: una mente comprensiva, consciente del valor de «un presupuesto de gastos» y poseedor de la más rentable de las virtudes humanas, la del ahorro.

En sólo una semana, habían empleado a unos hombres para que buscaran entre los escombros y la ceniza; habían alquilado unos toldos para proteger del viento y de las inclemencias del tiempo el revuelto basurero; después habían contratado los servicios de un joven (conocido de Benjamin) que trabajaba en un laboratorio dirigido por un profesor de química, y que había destacado por su hábil tratamiento del papel en un reciente caso de falsificación planteado por una célebre compañía de Londres. Armados de esta manera, comenzaron el trabajo. Benjamin y el joven químico vivían en Gleninch y hacían turnos para supervisar el proceso.

Durante los tres primeros días, la pala y el cedazo no aportaron nada importante. No obstante, el asunto estaba en manos de dos hombres tranquilos y resueltos. Se negaron a desanimarse. Continuaron.

Al cuarto día aparecieron los primeros trozos de papel.

Tras ser sometidos a examen, resultaron ser parte del catálogo de un tendero. Sin desmoralizarse, Benjamin y el joven químico perseveraron. Al final del día se hallaron nuevos fragmentos. Esta vez tenían algo escrito. Consultaron acerca de la letra con señor Playmore (que se unía a ellos cada noche tras finalizar su jornada como abogado). La examinó detenidamente y afirmó que aquellas frases interrumpidas habían sido escritas, sin ningún género de duda, ¡por la primera esposa de Eustace Macallan!

Este hallazgo elevó el entusiasmo de los investigadores a un grado febril.

A partir de ese momento, palas y cedazos fueron utensilios prohibidos. Por desagradable que fuese la tarea, sólo se usarían las manos en el examen del basurero. Era de primordial necesidad colocar los trozos de papel (en cartones preparados con ese fin) siguiendo el orden en que se iban encontrando. Llegó la noche; se despidió a los ayudantes, pero Benjamin y sus dos colegas siguieron trabajando a la luz de una lámpara. Los fragmentos habían aparecido por docenas, no de uno en uno, o de dos en dos. La búsqueda avanzó a este ritmo hasta que ya no aparecieron más. ¿Se habían recuperado todos? ¿O se reanudaría la búsqueda? Se retiraron con cuidado las siguientes capas de basura y así llegaron al gran descubrimiento del día. ¡Allí (boca abajo) estaba el bote de pegamento del que había hablado la hija del guardián! Y, todavía mejor, ¡debajo había más trozos de papel escrito, todos pegados entre sí por las últimas gotas que se habían derramado del bote!

El escenario se trasladó al interior de la casa. Cuando se reunieron los investigadores, se encontraron ante la mesa grande de la biblioteca de Gleninch.

La experiencia que Benjamin había adquirido con los puzzles de su infancia fue de gran utilidad para sus compañeros. Los fragmentos pegados entre sí por accidente encajarían, muy probablemente, unos con otros, y serían —en cualquier caso— los más fáciles de reconstruir, de manera que servirían de punto de partida.

La delicada labor de separar las piezas y de mantenerlas en el orden en el que se habían pegado fue asignada a los dedos experimentados del químico. Pero las dificultades de la tarea no terminaban ahí. La escritura (como ocurre en casi todas las cartas) ocupaba ambas caras del papel, y sólo se podría reconstruir completa si cada trozo se separaba en dos hojas y se dejaba una cara en blanco, sobre la que se pudiera extender un poco de goma para unir los fragmentos en su forma original.

Para el señor Playmore y Benjamin, la perspectiva de reconstruir la carta, con estos inconvenientes, era poco menos que imposible. Su hábil colega pronto les demostró lo equivocados que estaban.

Dirigió su atención al papel en el que se había escrito la carta, que era de excelente calidad y de doble grosor, similar al papel con el cual había trabajado en el caso de falsificación. Por tanto, al joven le resultó relativamente fácil (ayudado por

los instrumentos que se había traído de Londres) separar en dos láminas cada trozo de papel, de tal manera que la reconstrucción del texto podía comenzar aquella misma noche.

Tras esta explicación, se aplicó a su trabajo. Mientras Benjamin y el abogado estudiaban larga y detenidamente los primeros fragmentos dispersos de la carta, e intentaban distribuirlos, el químico dividió en dos hojas la mayor parte de los trozos que se le habían confiado, y reunió correctamente unas cinco o seis frases de la carta sobre un cartón preparado específicamente a tal efecto.

Todos contemplaron ansiosos la escritura reconstruida hasta ese momento. La reconstrucción estaba bien hecha: tenía completo sentido. Ese primer resultado les compensó de todo el esfuerzo realizado. Se identificaba con claridad la persona a quien la anterior señora Eustace había dirigido la carta; esa persona era mi marido.

Y, si resultaba fidedigno el testimonio circunstancial, esa misma carta debía ser la que Miserrimus Dexter había ocultado en el juicio y que luego destruyó rompiéndola en pedazos. Éstos eran todos los descubrimientos hechos hasta el momento en que Benjamin me escribía. Había estado a punto de enviar su carta antes, pero el señor Playmore le sugirió que esperase unos días por si surgían más noticias. «A ella le debemos estos resultados, había dicho el abogado. Si no hubiese sido por su resolución y su influencia sobre Miserrimus Dexter, nunca habríamos descubierto lo que el basurero escondía; no habríamos conseguido más que vislumbrar la verdad. Tiene el derecho de recibir la información más completa. Hagámoslo así».

Acordaron guardar la carta tres días más. Ese periodo se había resumido con prisas en la carta, y concluía en unos términos que me alarmaron indeciblemente.

El químico progresa a pasos agigantados (escribía Benjamin), y yo he conseguido reunir una parte con cierto sentido. La comparación de lo que él ha logrado con lo que yo he obtenido nos ha llevado a unas conclusiones sorprendentes. A no ser que el señor Playmore y yo estemos completamente equivocados (¡y ruego a Dios que así sea!), es de vital importancia que mantengas en absoluto secreto la tarea de la reconstrucción de la carta. La revelación que ofrece el contenido que por ahora ha salido a la luz es tan espantosa y desgarradora, que no me siento capaz de escribirte una palabra hasta que me vea forzado a hacerlo. Te ruego que me perdones por inquietarte con esta noticia; pero tarde o temprano deberemos hablarte de este asunto y creemos que es mejor ir preparándote por lo que pueda pasar.

A esto le seguía una postdata del señor Playmore:

Posdata: Le ruego que mantenga la estricta reserva que le indica el señor Benjamin. Y téngalo en cuenta, además, como advertencia mía. Si conseguimos

reconstruir la carta entera, a la última persona a quien se le debería permitir verla (en mi opinión) es su marido.

Leí esas estremecedoras palabras y me pregunté que podía hacer yo. Tal como estaba la situación, la tranquilidad de mi marido, por decirlo así, estaba en mis manos. Era mi deber para con él, tener en cuenta la carta de Benjamin y la postdata del señor Playmore. Al mismo tiempo, era mi deber confesarle a Eustace que mantenía correspondencia con Gleninch, pero habiendo recibido más noticias antes de hablarle.

Así razonaba conmigo misma. Y, hasta hoy, no estoy segura de si pensaba bien o mal.

CAPÍTULO XLVI

La crisis, aplazada

—¡Cuidado, Valeria! —me dijo la señora Macallan—. No te pregunto nada, sólo te prevengo en tu propio interés. Eustace ha notado lo que yo he notado; tu marido, querida, ha percibido un cambio en ti. ¡Ten cuidado!

Así me habló mi suegra, al final del día, cuando estuvimos a solas. Yo había hecho todo lo posible por ocultar el efecto que me habían producido las terribles y extrañas noticias de Gleninch. Pero, ¿quién, que hubiese leído lo que yo había leído y sentido lo que yo sentía, habría mantenido la serenidad? Aun habiendo sido la persona más hipócrita del mundo, incluso así, no creo que hubiera podido guardar el secreto sin revelarlo en el rostro, teniendo en la mente la carta de Benjamin.

Tras prevenirme, la señora Macallan no añadió nada más. Me atrevo a decir que tenía razón; pero me resultaba muy difícil, sin una palabra de consejo o de comprensión, decidir por mí misma cuál era mi deber para con mi marido. Darle a conocer el relato de Benjamin, en el estado de salud en que se encontraba y teniendo en cuenta la advertencia que mi viejo amigo me dirigía, era algo impensable. Al mismo tiempo, era igualmente imposible, sobre todo después de haber percibido un cambio en mí, mantenerle a oscuras. Lo medité durante toda la noche. Cuando amaneció, decidí recurrir a la confianza que mi marido tenía en mí. Fui directa al asunto, en estos términos:

—Eustace, tu madre me dijo ayer que has notado un cambio en mí desde que regresé del paseo. ¿Es eso cierto?

—Sí, Valeria —me contestó, en un tono más apagado del habitual y sin mirarme.

—Ahora no tenemos secretos entre nosotros —continué—. Es mi deber decirte, y lo cumplo, que recibí en el banco una carta de Inglaterra que me ha inquietado y alarmado. ¿Me dejas que sea yo quien elija la ocasión para hablarte de su contenido? ¿Crearás, amor mío, que estoy cumpliendo con mis deberes de esposa al pedirte este favor?

Hice una pausa. Eustace no respondió: me di cuenta de que estaba manteniendo una enconada lucha interior. ¿Había ido demasiado lejos? ¿Había sobrevalorado la influencia que yo ejercía en él? Mi corazón latía a gran velocidad, la voz se me quebraba; pero reuní las fuerzas suficientes para darle la mano y hacer un último intento.

—¡Eustace! —dije—. ¿No me conoces ya lo bastante como para confiar en mí?

Se volvió hacia mí por primera vez, y la última huella de duda que asomaba en sus ojos se desvaneció cuando se encontraron con los míos.

—¿Me prometes que, tarde o temprano, me contarás toda la verdad? —dijo.

—¡Con todo mi corazón!

—Confío en ti, Valeria.

El brillo de sus ojos me confirmó que mi esposo sentía lo que decía. Sellamos nuestro pacto con un beso. Pido perdón por mencionar estos detalles, pero estoy escribiendo, si amablemente se recuerda, sobre nuestro nuevo viaje de novios.

En el correo de ese día salió mi carta dirigida a Benjamin, en la que le exponía lo que había hecho, rogándole que, si él y el señor Playmore aprobaban mi conducta, me mantuvieran informada de los descubrimientos futuros que tuviesen lugar en Gleninch.

Tras un intervalo, que me pareció interminable, de diez días o más, recibí la segunda carta de mi viejo amigo, con otra postdata del señor Playmore.

Estamos haciendo progresos en la reconstrucción de la carta, escribía Benjamin. Uno de nuestros últimos descubrimientos es de gran importancia para tu marido. Hemos reconstruido unas frases que afirman, con la mayor claridad, que el arsénico que le proporcionó Eustace fue comprado a petición de su esposa y que ella lo tenía en su poder en Gleninch. Recuerda que esto lo escribe su primera esposa y que ella misma lo firma, como hemos comprobado. Desafortunadamente, me veo obligado a añadir que la advertencia que te hicimos en la última carta, es decir, que no le comunicarás nada a tu marido, sigue en pie y más que nunca. Cuanto más sabemos de la carta, más inclinados estamos (si sólo tuviésemos en cuenta los sentimientos) a tirarla otra vez al basurero, por respeto a la memoria de la desgraciada que la escribió. Dejaré estas líneas fuera del sobre durante un día o dos. Si hay más noticias para entonces, te las contará el señor Playmore.

A continuación venía la postdata del señor Playmore, fechada tres días más tarde.

El final de la carta de la anterior señora Macallan a su esposo —escribía el abogado— ha resultado ser la primera parte, lo cual ha sido un éxito fortuito. Con la excepción de alguna laguna dispersa, los últimos párrafos han sido perfectamente reconstruidos. No dispongo de tiempo ni de humor para escribirle detalladamente sobre este triste asunto. Dentro de dos semanas, como muy tarde, le enviaremos, según espero, una copia completa de la carta, desde la primera hasta la última línea. Mientras tanto, es mi deber decirle que hay un aspecto positivo en este deplorable y sorprendente documento: tanto desde el punto de vista legal como moral, reivindica absolutamente la inocencia de su esposo y puede usarse con este fin, si el respeto a la memoria de la difunta le permite exponerla públicamente ante el tribunal. Entiéndame, no pueden volver a juzgarle por el mismo delito, por ciertas razones

técnicas que no le voy a explicar ahora para no importunarla. Sin embargo, si los hechos que rodearon el juicio criminal pueden darse en un caso civil (y, en este caso, sí pueden), el asunto puede llegar a constituir una nueva investigación legal, y se puede conseguir el veredicto de un segundo tribunal que reivindique a su marido. Tenga en cuenta esta información por ahora, y mantenga la postura que tan sensatamente ha adoptado con respecto a Eustace hasta que pueda usted leer la carta reconstruida. Cuando la haya leído, señora, creo que no se atreverá usted a dejársela a su marido por consideración hacia él. Otra cuestión, que ya discutiremos cuando nos veamos, es cómo podremos mantenerle ignorante de nuestro descubrimiento. Hasta que llegue ese día, sólo me queda repetirle mi consejo: espere a que le lleguen noticias de Gleninch.

Esperé. No importa ni lo que sufrí ni lo que Eustace pensara de mí. Nada importa, salvo los hechos.

Antes de que se cumpliera el plazo de las dos semanas, se completó la tarea de restaurar la carta. Salvo algunos fragmentos que se dieron por perdidos definitivamente y cuyo sentido había sido deducido de acuerdo con la intención de la remitente, toda la carta encajaba. La copia prometida me llegó a París.

Pero antes de dar a conocer el contenido de esa espantosa carta, es preciso recordar brevemente las circunstancias en que Eustace Macallan se casó con su primera esposa: la pobre mujer se enamoró de él sin ser correspondida; cuando él lo supo, se alejó de ella e hizo cuanto pudo por evitarla. Pero la dama se presentó en su residencia de Londres sin previo aviso. Eustace hizo de nuevo cuanto pudo por salvar la reputación de la joven; fracasó, sin ser culpable, y acabó casándose con ella apresuradamente para silenciar el escándalo que, de otro modo, habría arruinado la vida de la joven para el resto de sus días. Es preciso tener presente todo esto (afirmado en declaración bajo juramento por testigos respetables), y no olvidar tampoco que —a pesar de lo que escribió Eustace sobre su esposa en su diario, de manera alocada y censurable— él demostró haber hecho cuanto estaba en sus manos para ocultarle la aversión que la pobre le inspiraba, y que él fue siempre —según opinaban los que mejor le podían juzgar— un marido cortés y considerado, ya que no podía ser nada más.

Ahora ya puede leerse la carta; pero tal y como requiere ser leída, a la luz de la enseñanza de Cristo: «No juzgues y no serás juzgado».

CAPÍTULO XLVII

La confesión de la esposa

Gleninch, 19 de octubre

Esposo mío:

Debo comunicarte algo muy doloroso sobre uno de tus mejores amigos. Nunca me has dado pie para hacerte confidencias. Si me dejaras acercarme a ti, como las esposas se acercan a sus maridos, te lo habría dicho en persona y no a través de una carta. No sé cómo reaccionarías ante lo que tengo que decirte si lo pronunciara mi boca. Así que he decidido escribirte. El hombre contra el que te prevengo es un invitado de esta casa: Miserrimus Dexter. No hay en la tierra criatura más falsa ni más malvada. ¡No eches a un lado esta carta! He esperado a tener pruebas convincentes para decírtelo. Ya las tengo.

Tal vez recuerdes que me atreví a expresar mi desaprobación cuando me comunicaste que le habías invitado. Si me hubieras dado tiempo para explicarme, habría tenido el valor de darte una buena razón para avalar la aversión que me inspira tu amigo. Pero no esperaste. Me acusaste, precipitada e injustamente, de estar predispuesta contra esa criatura miserable por su deformidad. Ningún sentimiento distinto de la compasión ante las personas deformes me ha cabido en la cabeza; realmente, casi me inspiran simpatía, siendo yo misma lo más cercano a un ser deforme: una mujer fea.

Me opuse a que Dexter fuese tu invitado porque tiempo atrás me había pedido que fuera su esposa, y porque yo tenía motivos para pensar que todavía me miraba (después de mi matrimonio) con un amor culpable y horrible. ¿No era mi deber, como buena esposa, oponerme a que fuera tu invitado en Gleninch? ¿No era tu deber, como buen esposo, animarme a que te lo contara?

¡Bien! el señor Dexter ha sido tu invitado durante semanas y se ha atrevido a hablarme otra vez de su amor. Me ha insultado y te ha insultado declarando que él me adora y que tú me odias. Me ha prometido, como amante, una vida de pura felicidad en un país extranjero; y me ha profetizado una vida de tristeza insoportable en mi hogar, con mi marido.

¿Por qué no me quejé ante ti para que echaras de nuestra casa a este monstruo de una vez y para siempre?

¿Estás seguro de que me habrías creído si me hubiera quejado y si tu amigo del alma hubiese negado su intención de insultarme? Una vez te oí decir (cuando no te dabas cuenta de que yo podía escucharte) que las mujeres más vanidosas eran siempre las más feas. Me habrías acusado de ser vanidosa. ¿Quién sabe?

Pero no deseo defenderme con esa excusa. Soy una criatura desdichada y celosa, siempre dudosa de tu amor, siempre temerosa de que otra mujer me sustituya en tu corazón. Miserrimus Dexter ha jugado con mis debilidades. Ha afirmado que me puede demostrar (si se lo permito) que me aborreces en lo más profundo de tu corazón; que evitas acariciarme; que maldices la hora en que la locura te llevó a hacerme tu esposa.

Dos días y dos noches he luchado contra la tentación de pedirle que me mostrara sus pruebas. Era una tentación terrible para una mujer que está lejos de sentirse segura de la sinceridad de tu afecto. Acabó por debilitar mi resistencia. Perversamente le oculté el disgusto que el desgraciado me inspiraba; perversamente le di la ocasión de que se explicara; perversamente consentí que este enemigo, tuyo y mío, contara en mí. ¿Por qué? Porque te quería a ti y solamente a ti, y porque la proposición de Miserrimus Dexter, en el fondo, era el eco de la duda que me roía por dentro.

¡Perdóname, Eustace! Éste es mi primer pecado contra ti. Será el último.

No ocultaré nada; escribiré una confesión completa de lo que le dije y de lo que él me dijo. Seguramente te enfurecerás cuando sepas lo que he hecho, pero, al menos, te servirá de advertencia en su preciso momento: verás a tu falso amigo a la luz verdadera.

Empecé por preguntar a Dexter: «¿Cómo puede demostrarme que mi marido me odia en secreto?»

Él contestó: «Se lo puedo demostrar de su puño y letra. Lo verá en su Diario».

Yo le repliqué: «El Diario tiene un cierre, y el cajón en que lo guarda está bajo llave. ¿Cómo puede abrir el Diario y el cajón?»

Dexter respondió: «Puedo llegar a ambos sin el menor riesgo de que me descubra su marido. Todo lo que tiene que hacer usted es darme la oportunidad de verla en privado. A cambio, me comprometo a llevarle el diario a su habitación».

Le pregunté de nuevo: «¿Cómo puedo darle esa oportunidad? ¿Qué quiere decir?»

Señaló la llave de la puerta que comunicaba mi habitación con el pequeño estudio, y dijo: «Con mi deformidad no me resultará fácil visitarla aquí sin ser visto. Tenga que elegir el momento y la manera de verla en secreto. Déjeme llevarme la llave, dejando la puerta cerrada. Cuando se descubra su falta, usted sólo tendrá que decir que la puerta está cerrada y que no se moleste en buscar la llave; así no habrá confusión en la casa y yo estaré en posesión del medio de comunicación sin que nadie sospeche. ¿Lo hará?».

Lo he hecho.

¡Sí! Me he convertido en cómplice de ese miserable de dos caras. Me he rebajado y te he ultrajado concertando una cita para curiosear en tu diario. Sé que mi

conducta ha sido vil; no tengo disculpa. Sólo puedo repetir que te amo y que, a mi pesar, creo que tú no. Miserrimus Dexter me ofrece la oportunidad de terminar con mis dudas mostrándome tus pensamientos más secretos de tu puño y letra.

Va a venir a verme con esa intención en las próximas dos horas, mientras tú estás fuera. Fingiré que no estoy satisfecha con un solo vistazo a tu diario y concertaré otra cita con él para que me lo traiga de nuevo mañana a la misma hora. Antes de ese momento, tú recibirás estas líneas de manos de la enfermera. Sal de tu habitación después de leerlas; pero regresa en secreto y abre el cajón en el que guardas tu diario: comprobarás que no está ahí. Acércate sigilosamente al gabinete, y cuando Miserrimus Dexter salga de mi habitación, hallarás el diario en las manos de tu amigo.

Nota del señor Playmore: Las mayores dificultades en la reconstrucción estuvieron en esta primera parte de la carta.

En el cuarto párrafo, contando desde el principio, nos hemos visto forzados a añadir palabras en nada menos que tres huecos. En los párrafos noveno, décimo y decimoséptimo fue necesario seguir el mismo procedimiento, en mayor o menor grado. En todos los casos, nos hemos esforzado al máximo por suplir las deficiencias de acuerdo con lo que parecía ser el propósito de la remitente, como se desprendía de los restantes trozos del manuscrito.

20 de octubre

Ya he leído tu diario.

Al fin sé lo que piensas de mí. He leído lo que Miserrimus Dexter me prometió: la confesión de la repugnancia que te inspiro escrita de tu puño y letra.

No recibirás lo que te escribí ayer ni en la hora ni de la manera que había pensado. Larga es esta carta, pero después de leer tu diario todavía tengo que añadir algunas palabras. Cuando haya cerrado y sellado el sobre y lo haya dirigido a ti, lo guardaré debajo de mi almohada. Allí lo encontrarán cuando yo descanse en la tumba. Sólo entonces, Eustace, cuando ya sea tarde, te entregarán mi carta.

Sí, ya he vivido bastante. Sí, quiero morir.

Lo he sacrificado todo por mi amor hacia ti, salvo mi vida. Ahora que sé que mi amor no es correspondido, mi último sacrificio es fácil. Mi muerte te dará la libertad para que te cases con la señora Beaulieu.

No sabes lo mucho que me costó controlar el odio que siento por ella e invitarla a que nos visitara. Nunca lo habría hecho si no te quisiera tanto y si no temiera irritarte con mis celos. ¿Y cómo me has recompensado? ¡Deja que conteste tu Diario!: «La he abrazado con ternura esta mañana y espero, pobrecilla, que no descubriera el esfuerzo que me ha costado».

Bien, ya lo he descubierto. Sé que en lo más íntimo piensas que tu vida conmigo es «un purgatorio». Sé que por compasión has disimulado el «sentimiento de rechazo

que te invade cuando te ves obligado a soportar mis caricias». No soy más que un obstáculo, un obstáculo «completamente repugnante» entre tú y esa mujer a la que amas de tal modo que «adoras la tierra que pisa». ¡Bien, pues así sea! Ya no me interpondré más en tu camino. No es sacrificio ni mérito por mi parte. La vida me es insoportable ahora que sé que el hombre al que amo con toda mi alma y mi corazón me rechaza en secreto cada vez que le acaricio.

Tengo al alcance el medio que me proporcionará la muerte.

El arsénico que en dos ocasiones te pedí que me compraras está en mi maletín de aseo. Te engañé usando falsos pretextos para que me lo compraras. La verdadera razón para probarlo era ver si podía mejorar mi feo cutis, no por vanidad: sólo para mejorar mi aspecto y hacerme más agradable a tus ojos. Con este propósito he tomado un poco; pero me queda todavía mucho y me puedo matar con él. Al final, el veneno me será útil. Tal vez no haya servido para mejorar mi cutis, pero no fallará para librarte de tu fea esposa.

No permitas que me examinen después de morir. Muestra esta carta al médico que me atiende; le revelará que me he suicidado y evitará que sospechen de una persona inocente. No quiero que acusen o condenen a nadie. Quitaré la etiqueta farmacéutica y vaciaré con cuidado el frasco que contiene el veneno, para que nadie sufra por mi culpa.

Tengo que esperar y descansar un poco. Luego volveré a coger la carta. Ya es demasiado extensa, pero éstas son mis palabras de despedida. Seguramente explicaré mi última conversación contigo.

21 de octubre. Las dos de la mañana

Te eché de la habitación ayer, cuando entraste para preguntarme cómo había pasado la noche. Y cuando saliste, hablé mal de ti a la enfermera que me cuida, Eustace. Perdóname. Estoy fuera de mí. Ya sabes porqué.

Las tres y media

Esposo mío: ¡He dado el paso decisivo que te libraré de la esposa que odias! He tomado el veneno, todo lo que quedaba en el paquete, el primero que he encontrado. Si esto no me mata, tengo más en el frasco.

Las cinco y diez

Acabas de salir, después de haberme dado el sedante. Mi valor flaquea cuando te veo. Pensé: «Si me mira cariñosamente, le confesaré lo que he hecho y le dejaré que me salve la vida». Pero no me has mirado ni una sola vez. Sólo te has fijado en la medicina. Te he dejado marchar sin decirte ni una palabra.

Las cinco y media

Empiezo a sentir el efecto del veneno. La enfermera está dormida al pie de mi cama. No le pediré ayuda. No la despertaré. Moriré.

Las nueve y media

La agonía era insoportable, y he tenido que despertar a la enfermera. He visto al médico.

Nadie sospecha nada. Es raro, pero el dolor me ha desaparecido. ¿Habré tomado poco veneno? Tengo que abrir el frasco que contiene una cantidad mayor. Afortunadamente no estás cerca de mí. Mi decisión de morir, o mejor, mi aversión a la vida permanece inalterable. Para asegurarme el valor, le he prohibido a la enfermera que te avise. Acaba de bajar a desayunar, cumpliendo mis órdenes. Puedo sacar el veneno de mi maletín.

Las diez menos diez

Después de que la enfermera saliera, he tenido que esconder el frasco cuando tú has entrado de nuevo en mi habitación.

Tuve otro momento de flaqueza al verte, y decidí darme otra oportunidad para vivir; es decir, decidí ofrecerte la última ocasión para tratarme con cariño: te pedí que me trajeras una taza de té. Si al hacerme este pequeño favor me hubieras animado con una palabra o una mirada cariñosa, yo hubiera optado por no tomar la segunda dosis de veneno.

Cumpliste mi deseo, pero no fuiste cariñoso. Me diste la taza de té, Eustace, como quien le da de beber a un perro, y luego te extrañaste —supongo que con tu mente puesta en la señora Beaully— de que se me cayera la taza al devolvértela. No lo pude evitar; mi mano temblaba. En mi lugar, la tuya también habría temblado teniendo el arsénico bajo las sábanas. Antes de salir me deseaste que el té me sentara bien y ¡Dios, ni siquiera mientras decías eso fuiste capaz de mirarme! Mirabas los trocitos rotos de la taza.

En cuanto saliste de la habitación, tomé el veneno: esta vez, doble dosis.

Tengo que hacer una petición, mientras pienso en ello.

Después de quitar la etiqueta del frasco y después de guardarlo ya limpio en mi maletín, se me ocurrió que no había tenido la misma precaución (a primera hora de la mañana) con el papel del paquete vacío que tenía el nombre del otro farmacéutico. Lo había dejado encima de la colcha, entre otros papeles sueltos. La malhumorada enfermera se quejó del desorden, los rompió todos y los puso en algún lugar. Espero que el farmacéutico no sufra por mi descuido. No dejes, por favor, que le acusen.

Dexter. Algo me hace recordar a Miserrimus Dexter. Ha guardado tu diario en el cajón y me ha presionado para que le dé una respuesta a sus proposiciones. ¿Es que no tiene conciencia este falso desgraciado? Si la tiene, sufrirá cuando mi muerte le responda.

La enfermera ha entrado otra vez en mi cuarto. La he echado. Le he dicho que deseo estar sola.

¿Cuánto tiempo ha pasado? No encuentro mi reloj. ¿Me estaré paralizando? Aún no siento ningún dolor agudo.

En cualquier momento aparecerá el dolor de nuevo. Todavía he de cerrar la carta y dirigirla a ti. Y, además, debo ahorrar fuerzas para esconderla debajo de la almohada, con el fin de que nadie la encuentre hasta después de mi muerte.

Adiós, querido. Ojalá hubiese sido una mujer bella. No pude ser una mujer más enamorada de ti. Incluso ahora temo contemplar tu rostro tan querido. Incluso ahora, si me permitiese el lujo de mirarte, no sé si bajo tu encanto te confesaría lo que he hecho antes de que sea demasiado tarde para salvarme.

Pero no estás aquí. ¡Es mejor así! ¡Es mejor así!

¡Adiós, una vez más! Te deseo la felicidad que conmigo no has tenido. Te amo, Eustace. Te perdono. Cuando no tengas nada en que pensar, piensa un poco, con el mayor cariño posible, en tu pobre y fea

Sara Macallan

Nota del señor Playmore:

Son tan escasas las palabras y las frases perdidas que hemos tenido que suplir en la parte final de la carta que no es preciso comentarlas. Los fragmentos que encontramos pegados entre sí y que constituyen la parte de la carta que primero se reconstruyó empiezan a partir de: «Hablé mal de ti, Eustace» y terminan con la frase inacabada: «Si al hacerme este pequeño favor me animases con una palabra o una mirada cariñosa, decidiría no tomar...». Con el método ya comentado, la tarea de hacer encajar la parte central de la carta (fecha el 20 de octubre) con el final fue sencilla en comparación con las dificultades casi insuperables que encontramos para reconstruir los trozos revueltos en las páginas precedentes.

CAPÍTULO XLVIII

¿Qué más podía hacer?

Tan pronto como me sequé los ojos y me serené, después de leer la dolorosa y terrible despedida de la esposa, mi primer pensamiento fue para Eustace, y mi mayor interés, desde ese momento, fue evitar que leyera lo que yo había leído.

¡Sí! Yo había llegado a este final. Había dedicado mi vida a conseguir un objetivo, y ya lo había alcanzado. Ahí estaba, frente a mí, sobre la mesa, la prueba victoriosa de la inocencia de mi marido y, por consideración hacia él y hacia la memoria de su esposa, ¡mi única esperanza era que no la viese nunca!

Repasé las extrañas circunstancias en las que se había descubierto la carta. Todo se debía a mí, había dicho el abogado. Sin embargo, yo había actuado, por así decirlo, a ciegas. El incidente más trivial podría haber alterado el curso de los acontecimientos. Había tratado de interrumpir a Ariel una y otra vez cuando le suplicaba al maestro que «le contara una historia». Si Ariel no se hubiese salido con la suya, a pesar de mi oposición, la memoria de Miserrimus Dexter nunca habría revivido la tragedia de Gleninch. Y si yo hubiera movido mi sillón, como seña que indicase a Benjamin que dejase de tomar notas, nunca tendríamos apuntadas las palabras inconexas que nos llevaron al descubrimiento de la verdad.

Repasando los hechos con este estado de ánimo, la mera visión de la carta me horrorizaba y me hacía enfermar. Maldije el día en que se desenterraron los fragmentos y se sacaron de su sucia tumba. Justo ahora, cuando Eustace recuperaba la salud y las fuerzas, cuando estábamos unidos y felices de nuevo, un mes o dos antes de convertirnos en padres, además de esposos, el terrible documento del sufrimiento y del pecado se interponía entre nosotros como un espíritu vengador. Ahí estaba, en la mesa, ante mí, amenazando la tranquilidad de mi marido; mejor dicho, si él la leía en el estado crítico de su recuperación, ¡amenazaba incluso su vida!

El reloj de la repisa de la chimenea dio las campanadas. Era la hora en que Eustace venía a visitarme. Podía llegar en cualquier momento; podía ver la carta; podía arrancármela de las manos. Llena de terror y odio, cogí las perversas hojas y las arrojé al fuego. Fue una suerte que me hubiesen enviado una copia. Creo que si se hubiera tratado del original, lo habría quemado igualmente en ese momento.

Apenas se había consumido entre las llamas el último trocito, cuando se abrió la puerta y entró Eustace. Su mirada se dirigió al fuego. Todavía flotaba en el fondo de la lumbre alguna pavesa. Eustace estaba presente cuando me habían traído la carta a la hora del desayuno. ¿Sospechaba lo que había hecho? No dijo nada. Permanecía de pie, mirando el fuego. Luego se acercó adonde yo estaba y fijó su mirada en mí.

Supongo que me vio muy pálida, porque me preguntó si me sentía mal.

Estaba decidida a no engañarle ni siquiera en cosas de poca importancia.

—Estoy un poco nerviosa, Eustace —contesté—. Eso es todo.

Me miró de nuevo, como esperando que añadiera algo más; pero yo permanecí en silencio. Entonces él sacó una carta del bolsillo de su americana y la dejó encima de la mesa, frente a mí, justo donde había estado la confesión que acababa de destruir!

—Yo también he recibido una carta esta mañana —dijo mi esposo—. Y yo, Valeria, no tengo secretos para ti.

Entendí el reproche que expresaban sus palabras, pero no traté de contestarle.

—¿Quieres que la lea? —fue todo lo que dije, señalando el sobre que estaba encima de la mesa.

—Ya te he dicho que no tengo secretos para ti —repitió—. El sobre está abierto. Mira lo que contiene.

Saqué no una carta, sino un párrafo impreso, recortado de un periódico escocés.

—Léelo —dijo Eustace. Leí lo siguiente:

EXTRAÑOS SUCESOS EN GLENINCH. Parece ser que un misterio tiene lugar en la casa de campo del señor Macallan. Se están realizando excavaciones secretas —si nuestros lectores nos perdonan la alusión desagradable— en el basurero. ¿Justo ahí entre todos los lugares del mundo!

Seguramente ya se ha descubierto algo, pero nadie sabe qué. Lo cierto es que desde hace semanas, dos desconocidos llegados de Londres (bajo la supervisión de nuestro respetable conciudadano el señor Playmore) han estado trabajando día y noche en la biblioteca de Gleninch, encerrados bajo llave. ¿Se revelará alguna vez el secreto? ¿Arrojará alguna luz sobre aquel suceso misterioso y sorprendente, que nuestros lectores aún recordarán, de la historia pasada de Gleninch? Tal vez el señor Macallan pueda responder a estas preguntas cuando regrese. Entretanto, estamos a la espera de acontecimientos.

Dejé el recorte sobre la mesa, experimentando unos sentimientos nada cristianos con respecto a las personas que lo habían escrito. Algún periodista ávido de noticias había estado husmeando por las tierras de Gleninch, y algún entrometido de los alrededores, con toda probabilidad, había enviado el recorte a Eustace. Completamente desconcertada, esperé a que mi marido dijera algo. No duró mucho mi intriga. Eustace me interrogó en el acto.

—¿Sabes de qué se trata, Valeria?

Fui sincera: le confesé que lo sabía. Esperó un momento, por si yo le fuera a decir algo más. Pero me refugié en lo único que me quedaba: el silencio.

—¿Ya no voy a saber más de lo que sé? —prosiguió Eustace tras la pausa—. ¿No

me vas a explicar lo que está ocurriendo en mi propia casa?

Es de observación común que la gente piensa con rapidez en situaciones límite. Sólo había una salida al apuro en que me habían colocado las últimas palabras de mi marido. Supongo que el instinto me enseñó esa salida, y la aproveché.

—Has prometido confiar en mí —dije. Admitió que así era—. Tengo que pedirte por ti, Eustace, que confíes en mí un poco más. Si me das algo más de tiempo, te ofreceré una explicación convincente.

Su rostro se ensombreció.

—¿Cuánto tiempo tendré que esperar? —preguntó.

Vi que había llegado el momento de utilizar una forma de persuasión más convincente que las palabras.

—¡Bésame antes de que te lo explique! —exclamé.

Él vaciló (¡qué propio de un marido!) y yo insistí (¡qué propio de una mujer!). No le quedó más elección que ceder. Después de besarme (no con mucha pasión), insistió una vez más en saber cuánto tendría que esperar.

—Me gustaría que aguardaras —contesté— hasta que haya nacido nuestro hijo.

La condición le sorprendió. Le cogí una mano suavemente y le miré con dulzura. Me devolvió la mirada (afectuosa, esta vez, lo cual me complació).

—Dime que aceptas —le susurré.

Aceptó.

Así que volví a aplazar el día de la verdad. Y así gané tiempo para consultar con Benjamin y el señor Playmore.

Mientras Eustace permaneció conmigo en la habitación, fui capaz de hablar con él sosegadamente. Pero cuando me dejó sola de nuevo, meditar sobre lo que había ocurrido entre nosotros y recordar el modo tan cariñoso en que había cedido a mi petición me hizo pensar con tristeza en esas otras mujeres (algunas de ellas, mejores esposas que yo) cuyos maridos, en circunstancias semejantes, les habrían hablado con dureza e incluso se habrían comportado con crueldad. El contraste entre su suerte y la mía me impresionó. ¿Qué había hecho yo para merecer la felicidad? ¿Qué habían hecho ellas, pobrecillas, para merecer su desgracia? Me atrevo a decir que estaba sobreexcitada después de leer la terrible confesión de la primera esposa de Eustace. Al final acabé echándome a llorar, ¡a pesar de que todo había salido bien!

CAPÍTULO XLIX

Pasado y futuro

Ahora escribo de memoria, sin la ayuda de notas o diarios; por eso no puedo determinar con exactitud el tiempo que residimos en el extranjero. Pero con toda seguridad transcurrieron varios meses. Aun bastante después de que Eustace se sintiera con fuerzas para viajar a Londres, los médicos insistieron en retenerle en París. Aún tenía dañado uno de sus pulmones y los doctores que le atendían, viendo que le sentaba bien el clima seco de Francia, le aconsejaron que no se apresurase a respirar el aire húmedo de su país.

Así que aún estábamos en París cuando recibí noticias de Gleninch.

Pero en esta ocasión no fue a través de una carta. Para mi sorpresa y alegría, Benjamin se presentó una mañana en el salón de nuestro hogar francés. Estaba tan elegante con su traje y tan ansioso (al estar mi marido presente) de decirnos que el motivo que le había traído a París era pasar unas vacaciones, que me hizo sospechar en el acto que había cruzado el Canal con una doble personalidad; digamos que como turista en viaje de placer cuando estaban presentes terceras personas, y como embajador del señor Playmore cuando nos quedábamos solos.

Más tarde me las ingení para vernos a solas y pronto pude comprobar que no estaba equivocada. Benjamin había venido a París, por expreso deseo del señor Playmore, para hablar del futuro y para informarme del pasado. Se presentó con sus credenciales: una nota del abogado.

Hay unos cuantos aspectos del misterio de Gleninch, escribía el señor Playmore, que la carta reconstruida no aclara. He hecho cuanto me ha sido posible, con la ayuda de Benjamin, para encontrar una explicación adecuada a estas cuestiones debatibles, y finalmente he decidido enfocar el asunto, para ser conciso, en forma de preguntas y respuestas. ¿Me acepta como intérprete, después de los errores que cometí cuando hablamos en Edimburgo?

Admito que los hechos han demostrado que me equivoqué por completo al tratar de prevenirla con respecto a una nueva visita a casa de Dexter y que erré en parte al sospechar que Dexter era directa, y no indirectamente, responsable de la muerte de la primera señora Macallan. Se lo confieso con franqueza y dejo que sea usted quien le diga a Benjamin si cree que merece la pena examinar mi nuevo catecismo o no.

Pensé que decididamente valía la pena examinar su «nuevo catecismo». Si el lector no comparte mi opinión y quiere librarse cuanto antes de mi relato y de mi

persona, ¡puede pasar al siguiente capítulo!

Benjamin sacó la hoja con el conjunto de preguntas y respuestas, y yo le rogué que me las leyera.

Preguntas que sugiere la carta descubierta en Gleninch. Primer grupo: Preguntas relativas al diario. Primera pregunta: Al tener acceso al diario íntimo del señor Macallan, ¿poseía Miserrimus Dexter un conocimiento previo de su contenido?

Respuesta: Es poco probable que conociera previamente su contenido. Seguramente tuvo ocasión de observar con cuánto cuidado guardaba el señor Macallan su diario y, a partir de ahí, debió de deducir que sus páginas encerraban la existencia de secretos familiares peligrosos. Cuando mandó hacer las copias de las llaves, tramó servirse de esos secretos en su propio interés.

Segunda pregunta: ¿A qué motivo atribuimos la oposición que Miserrimus Dexter mostró a que los funcionarios judiciales requisaran el diario del señor Macallan junto con otros documentos?

Respuesta: Para responder a esta pregunta, primero tenemos que hacer justicia al mismo Dexter. A pesar de su conducta infame, este hombre no era un completo desalmado. Son hechos innegables en este caso que él odiaba al señor Macallan en secreto, como su rival en el afecto de la mujer que amaba, y que hizo cuanto pudo por inducir a la desafortunada mujer a que abandonara al marido. De otra parte, es justo reconocer que era incapaz de permitir que por su culpa juzgasen por asesinato al amigo que confiaba en él y que era inocente, sin esforzarse en salvarle.

Como es natural, nunca se le ocurrió al señor Macallan (siendo inocente de la muerte de su esposa) destruir su propio diario y sus cartas, ante el temor de que se pudieran usar en su contra. Hasta que la pronta y secreta actuación del fiscal le cogió por sorpresa, la idea de ser acusado del asesinato de su esposa nunca se le había pasado por la cabeza. Sin embargo, Dexter debió de enfocar el asunto desde otro punto de vista. En sus últimas palabras inconexas (pronunciadas poco antes de perder la razón) se refiere al diario en estos términos: «El diario le colgará. Yo no haré que le cuelguen». Si él hubiese encontrado la oportunidad de llegar al diario a tiempo, o si no se le hubiesen adelantado los funcionarios no existe la menor duda de que Dexter lo habría destruido, previendo las consecuencias de su lectura ante el tribunal. Tan fuertes debieron de ser estas consideraciones, que incluso opuso resistencia a que los funcionarios ejecutaran su deber. La angustia con que mandó buscar al señor Playmore para que interviniera fue atestiguada por este caballero y (puede que no esté fuera de lugar añadirlo) era una angustia sincera, indiscutible.

Preguntas del segundo grupo: relativas a la confesión de la esposa. Primera pregunta: ¿Porqué no destruyó Dexter la carta cuando la descubrió bajo la almohada de la difunta?

Respuesta: Los mismos motivos que le llevaron a oponerse a que se requisara el diario y a testificar en el juicio en favor del acusado, le indujeron a guardar la carta hasta que se hiciera público el veredicto. Repasando una vez más sus últimas palabras (tal como Benjamin las anotó), podemos deducir que si el veredicto hubiese sido «Culpable», Dexter no habría vacilado en salvar al marido inocente entregando la confesión de la esposa. En toda maldad hay grados, y Miserrimus Dexter era lo bastante malvado como para ocultar la carta, que hería su vanidad al describirle como un ser repugnante y despreciable, pero no habría sido tan vil como para permitir deliberadamente que un inocente pereciera en el patíbulo. Fue capaz de exponer a su odiado rival a la infamia y a la tortura de ser acusado públicamente del crimen; pero, en caso de un veredicto adverso contra Eustace, Dexter no habría cometido la crueldad de dejar que le ahorcaran.

Piense en lo que debió sufrir, malvado como era, al leer la confesión de Sara por primera vez. Dexter había contado con destruir el amor que aquella esposa sentía por su marido. ¿Y a dónde le habían conducido sus cálculos? ¡Había llevado a la mujer que amaba al último y más terrible refugio: la muerte por suicidio! Sopesese estas consideraciones y comprenderá que aún le quedase alguna virtud a este hombre como fruto de su remordimiento.

Segunda pregunta: ¿Qué motivó la conducta de Miserrimus Dexter, cuando la señora Valeria Macallan le comunicó que se proponía reabrir la investigación acerca del envenenamiento de Gleninch?

Respuesta: Con toda probabilidad, su propio sentimiento de culpabilidad le sugirió a Dexter que pudo ser visto la mañana en que entró a escondidas en el dormitorio de la difunta. Al estar acostumbrado a escuchar detrás de las puertas y a mirar por las cerraduras, no tenía escrúpulos en creer que otras personas podían hacer lo mismo. Pensó que Valeria Macallan podría averiguar quién era la persona que le había estado observando y enterarse de lo que esa persona había descubierto, a no ser que él la desviara en su investigación desde el principio. Los celos de Valeria Macallan la habían llevado a sospechar de la señora Beauly, y Dexter aprovechó la ocasión propicia, animado, además, por su propia hostilidad hacia esa dama. Dexter consideraba a la señora Beauly como la enemiga que destruyó la paz en el hogar de Sara, la señora de la casa; él amaba a la señora y, en consecuencia, odiaba a su enemiga. Ocultar su secreto culpable y acusar a la señora Beauly, ¡he ahí el doble motivo de la conducta adoptada por Miserrimus Dexter en relación con

la segunda señora Macallan!

Benjamin dejó las notas y se quitó las gafas.

—Hemos creído que no son necesarias más explicaciones —dijo—. ¿Crees que queda todavía algún punto por aclarar?

Reflexioné. Que yo recordase, no había nada de importancia sin explicar. Pero quedaba un pequeño asunto (sugerido por la reciente alusión a la señora Beaully) que yo deseaba (si era posible) esclarecer del todo.

—¿Alguna vez habéis hablado el señor Playmore y tú del afecto de mi marido hacia la señora Beaully? —pregunté—. ¿Te ha contado alguna vez el señor Playmore por qué Eustace no se casó con ella después del juicio?

—Yo mismo le hice esta pregunta al señor Playmore —respondió Benjamin—. Y la contestó al instante. Siendo el abogado y el amigo más íntimo de tu marido, Eustace le consultó después del juicio, y antes de escribir a la señora Beaully. Él me repitió la esencia de la carta, ante mis ruegos. ¿Te gustaría oír lo que recuerdo de ella?

Le confesé que deseaba oírle. Lo que escuché de labios de Benjamin coincidía con lo que me había contado Miserrimus Dexter, narrado en el decimotercer capítulo de mi relato. La señora Beaully había sido testigo de la degradación pública de mi marido, y eso le bastó a Eustace para no casarse con ella. Rompió con ella por la misma razón que se había separado de mí. La vida con una mujer que supiese que había sido juzgado por asesinato era algo a lo que Eustace era incapaz de enfrentarse. Las dos versiones coincidían con todo detalle.

Una vez apaciguada mi curiosidad celosa, Benjamin dejó las cuestiones del pasado y pasó al tema más crítico y más interesante del futuro. Sus primeras preguntas se refirieron a Eustace; quiso saber si mi marido sospechaba de los sucesos que habían tenido lugar en Gleninch. Le conté lo que había ocurrido y cómo me las había ingeniado para aplazar la revelación inevitable de la verdad. El rostro de mi viejo amigo se serenó mientras me escuchaba.

—Es una buena noticia para el señor Playmore —dijo—. Nuestro excelente amigo, el abogado, siente mucho que nuestros hallazgos te puedan comprometer ante tu marido. De una parte, desea fervientemente ahorrarle a Eustace el disgusto que sentiría si leyera la confesión de su primera esposa; de otra, no podemos, en justicia para con el hijo que nacerá de su matrimonio, ocultar el documento que limpia la memoria de su padre de la calumnia que le supuso el veredicto escocés.

Le escuchaba con atención porque, al hablar del futuro, Benjamin estaba tocando el tema que más me preocupaba en ese momento.

—¿Cómo propone el señor Playmore que me enfrente a esta dificultad? —pregunté.

—Sólo de una manera —replicó Benjamin—. Propone que selles el manuscrito original de la carta y que añadas un enunciado claro de las circunstancias en que fue descubierta, avalado por su firma y la mía, como testigos de los hechos. Hecho esto, deja en tus manos que se lo confíes en su momento a tu marido. Entonces será Eustace quien tendrá que decidir si abre el sobre o si lo deja sellado, como herencia para sus hijos, y dependerá de su discreción que lo hagan público o no, cuando tengan la edad suficiente para pensar por sí mismos. ¿Aceptas, querida? ¿O prefieres que el señor Playmore vea a tu marido y actúe en tu lugar en este asunto?

Decidí, sin vacilar, asumir la responsabilidad. En lo que se refería a la decisión de Eustace, consideré que mi influencia era superior a la del señor Playmore. Mi elección mereció la total aprobación de Benjamin; y resolvió escribir enseguida a Edimburgo para aliviar la inquietud del abogado con el correo de ese día.

Sólo me quedaba pendiente de decidir el regreso a Inglaterra; pero en esa cuestión, los médicos eran la autoridad. Decidí consultarles en su próxima visita a Eustace.

—¿Tienes algo más que decirme? —preguntó Benjamin, mientras sacaba el papel de cartas.

Pensé en Miserrimus Dexter y en Ariel, y le pregunté si tenía alguna noticia reciente de ellos. Mi viejo amigo suspiró y me advirtió que había sacado un tema doloroso.

—Lo mejor que le puede ocurrir a ese desdichado es probable que ocurra —dijo—. El único cambio que ha sufrido es la amenaza de una parálisis. Quizás te llegue la noticia de su muerte antes de que hayas regresado a Inglaterra.

—¿Y Ariel?

—Como siempre —contestó Benjamin—. Completamente feliz, siempre y cuando esté con su «maestro». Todo lo que sé, pobrecilla, es que no ve en Dexter a un ser mortal. Se ríe ante la idea de su muerte y espera, pacientemente, a que él la reconozca.

Las noticias de Benjamin me entristecieron y me hicieron guardar silencio. Le dejé escribir la carta.

CAPÍTULO L

El final de la historia

Diez días después regresamos a Inglaterra, en compañía de Benjamin.

La casa de la señora Macallan en Londres nos brindó un espacio amplio donde instalarnos de momento, y aceptamos encantados su proposición cuando mi suegra nos invitó a que permaneciéramos con ella hasta que naciera nuestro hijo y tuviésemos trazados nuestros planes para el futuro.

Las tristes noticias del hospital psiquiátrico (para las que Benjamin me había preparado en París) me llegaron al poco tiempo de volver a Inglaterra. Lentamente, Miserrimus Dexter se fue liberando de las amarguras de la vida; pocas horas antes de que expirara, recuperó la conciencia y reconoció a Ariel, que estaba junto a su lecho. Pronunció débilmente su nombre, la miró y preguntó por mí. Pensaron llamarme, pero era demasiado tarde. Antes de que el mensajero saliese, Dexter dijo, recobrando su vanidad: «¡Silencio todos! Mi cerebro está cansado; voy a dormir». Cerró los ojos con sueño y nunca más se despertó. ¡Así le llegó el fin, sin dolor ni pesar! ¡Así corrió hacia su destino, como en un sueño, este ser extraño y polifacético, con su culpa y su miseria, con sus destellos de poesía y humor, con su alegría, su crueldad y su vanidad!

¡Pobre Ariel! Había vivido para el maestro. ¿Qué podía hacer ahora que el maestro se había ido? Podría morir por él.

Le permitieron asistir al funeral de Miserrimus Dexter, creyendo que la ceremonia la convencería de su muerte. Pero su reacción no respondió a lo previsto. Ella insistía en negar que Dexter la hubiese abandonado. Se vieron obligados a separarla por la fuerza cuando bajaron el ataúd a la fosa, y sólo con los mismos medios la pudieron sacar del cementerio cuando acabó el entierro. A partir de entonces, su vida alternó, durante semanas, entre delirios e intervalos de sopor.

En el baile anual del hospital, cuando la estricta supervisión de los pacientes se relaja un poco, cundió la alarma, poco antes de medianoche: Ariel se había escapado. La enfermera de turno la había dejado dormida y había cedido a la tentación de bajar a ver el baile. Cuando la mujer regresó a su puesto, Ariel había desaparecido. La presencia de extraños y la confusión del festival le ofrecieron la posibilidad de escapar que antes no se le había presentado. Esa noche la búsqueda fracasó.

La mañana siguiente trajo consigo la terrible y conmovedora noticia. Ariel se había dirigido al cementerio, y hacia el amanecer la encontraron muerta, a causa del frío, sobre la tumba de Miserrimus Dexter. Fiel hasta el final, Ariel había seguido al maestro. Fiel hasta el final, Ariel había muerto sobre la tumba del maestro.

Escritas estas últimas palabras, paso a un tema menos doloroso. Los sucesos me habían alejado del mayor Fitz-David, después de la cena en que tuvo lugar mi memorable encuentro con lady Clarinda. Desde entonces, poco o nada supe del mayor y me avergüenza decir que me había olvidado de él casi por completo, cuando la sorprendente llegada a casa de mi suegra de una invitación de boda dirigida a mí me hizo recordar al moderno don Juan. Al fin el mayor sentaba la cabeza. Y, lo que era aún más maravilloso, el mayor había elegido como dueña legal de su vida a la «futura diva de la canción», la joven emperifollada de la estridente voz.

A su debido tiempo le visitamos para felicitarle. Realmente nos alegramos mucho por el mayor Fitz-David.

La vida matrimonial había cambiado tanto a mi alegre y galante admirador del pasado que apenas le reconocí. El hombre había perdido todas sus pretensiones de aparentar menos edad; se había convertido, inevitable e indisimuladamente, en un anciano. De pie junto a la silla en la que su joven e imperiosa esposa estaba entronizada, él la miraba sumiso antes de dirigirme dos palabras, como si esperase su permiso para abrir los labios y hablar. Y cada vez que ella le interrumpía, que eran muchas y sin ceremonia, él se sometía con una docilidad senil y una admiración a un tiempo absurda y chocante de contemplar.

—¿No es bella? —me dijo (¡al alcance del oído de su esposa!)—. ¡Qué figura y qué voz! ¿Recuerda su voz? ¡Es una pérdida, mi querida señora, una pérdida irreparable para el mundo de la ópera! ¿Sabe? Cuando pienso en lo que esta valiosa criatura podría haber hecho, me pregunto si realmente tenía el derecho de casarme con ella. ¡Por mi honor que me siento como si hubiese cometido un fraude al público!

En cuanto al objeto de esa curiosa mezcla de admiración y lamentación, estaba encantada de recibirme como una vieja amiga. Mientras Eustace hablaba con el mayor, la esposa me llevó aparte, fuera del alcance de sus oídos, y me explicó sus motivos para casarse, con un candor completamente desvergonzado.

—¡Ya ve que formamos una gran familia bastante imprevista! —susurró en mi oído la descarada joven—. Está muy bien que hable de mí como una «diva de la canción» y todo eso; pero ¡Dios nos libre!, ya he tenido bastante ópera y he aprendido mucho de mi maestro de música, lo justo para saber lo que cuesta ser una buena cantante. Yo no tengo la paciencia de esas extranjeras: un montón de descaradas jezabeles. Las odio. ¡No, no! Entre usted y yo, me era mucho más fácil ganar dinero casándome con el anciano caballero. Aquí estoy yo, y aquí está toda mi familia con la vida asegurada y sin nada que hacer salvo gastar dinero. Quiero a mi familia; soy una buena hija y una buena hermana. ¡Lo soy!

Mire cómo voy vestida; mire los muebles: no he jugado mal mis cartas, ¿verdad? Es una gran ventaja casarse con un anciano: le puedes manejar con el dedo meñique.

¿Feliz? ¡Oh, sí! Soy muy feliz y espero que usted también lo sea. ¿Dónde viven ahora? Pronto le haré una visita y le contaré chismorreos. Usted siempre me ha caído bien y (ahora que estoy a su altura) quiero que seamos amigas.

Le di una respuesta breve y cortés, decidiendo para mis adentros que cuando aquella joven me visitara, no pasaría de la puerta de la casa. No me importa reconocer que me disgustaba profundamente. Cuando una mujer se vende a un hombre, el negocio es vil e infame, porque se burla de la Iglesia y de la Ley.

Mientras evoco los recuerdos, sentada en mi escritorio, el cuadro del mayor y de su esposa se desvanece de mi memoria y, lentamente, va apareciendo la última escena de mi historia.

El lugar es mi dormitorio. Las personas somos mi hijo y yo. Él ya tiene tres semanas y duerme profundamente al lado de su madre. Mi querido tío, el reverendo Starkweather, viene a Londres para bautizarle; la señora Macallan será la madrina, y los padrinos serán Benjamin y el señor Playmore. Me pregunto si el bautizo será más feliz que mi boda.

El médico acaba de marcharse, perplejo conmigo. Me ha encontrado descansando como siempre (últimamente) en mi sillón; pero en esta ocasión, ha percibido síntomas de agotamiento, que, dadas las circunstancias, le parecen incomprensibles. Haciendo uso de su autoridad me ha enviado de nuevo a la cama.

Lo cierto es que no le he hecho confidencias al médico, pero hay dos causas a las que achacar este agotamiento que tanto le ha sorprendido y sus nombres son: Ansiedad e Intriga.

Un día reuní por fin el coraje suficiente para cumplir la promesa que le había hecho a mi esposo en París. Hasta ahora Eustace sabe que se ha descubierto la confesión de su esposa; sabe (por la autoridad del señor Playmore) que la carta, si él así lo quiere, puede ser un medio de reivindicación pública de su inocencia ante la Ley; y, lo último y más importante de todo, sabe que la confesión es ahora un secreto sellado por consideración a su paz y su tranquilidad, y por respeto a la memoria de la desdichada que fue una vez su esposa.

Estas explicaciones necesarias se las comuniqué a mi marido, no de palabra (porque cuando llegó el momento no me atreví a hablarle de su primera esposa), sino a través del enunciado de las circunstancias, sacado en su mayor parte de las cartas de Benjamin y del señor Playmore que recibí en París. Ahora él dispone de tiempo para leer todo lo que le había escrito y para meditarlo en la soledad de su estudio. Estoy esperando con la carta fatal en la mano, y mi suegra aguarda en la habitación de al lado, para oír de los propios labios de Eustace si decide romper el sello o no.

Los minutos pasan y aún no escuchamos sus pasos en la escalera. Mi duda en cuanto a su decisión me afecta más a medida que espero; y tener en las manos la carta, en el estado presente de mis nervios, me oprime y me subleva. No me atrevo a

tocarla ni a mirarla. La muevo incesantemente, de un lugar a otro de la cama, y aun así no me la quito de la cabeza. Al fin se me ocurre una idea rara. Levanto una mano del bebé y pongo la carta debajo de ella. Así relaciono el terrible documento de miseria y pecado con algo inocente y bonito que lo purifica y lo redime.

Pasan los minutos; el reloj de la repisa de la chimenea anuncia que ha transcurrido media hora larga. ¡Al fin le oigo! Llama suavemente y abre la puerta.

Está muy pálido. Creo notar huellas de lágrimas en sus mejillas. Pero ninguna otra señal de agitación se le escapa cuando se sienta a mi lado. Veo que, por atención a mí, ha esperado hasta poder controlarse.

Coge mi mano y la besa con ternura.

—¡Valeria! —dice—. Deja que una vez más te pida perdón por lo que dije y lo que hice en el pasado. Puede que no entienda otras cosas, pero esto sí: se ha encontrado la prueba de mi inocencia, y se la debo enteramente al valor y al amor de mi esposa.

Espero un poco, para disfrutar del placer de oírle hablar, para deleitarme con el amor y la gratitud que humedecen sus ojos cuando me miran. Después, me decido y hago la pregunta trascendental de la que depende nuestro futuro.

—¿Quieres ver la carta, Eustace?

En vez de contestar directamente, me hace otra pregunta.

—¿La tienes aquí?

—Sí.

—¿Sellada?

—Sellada.

Aguarda unos instantes, pensando lo que va a decir a continuación.

—Déjame que me asegure de que sé exactamente lo que tengo que decidir —dice—. Supongamos que insisto en leer la carta...

Ahí le interrumpo. Sé que mi deber es contenerme, pero no puedo cumplirlo.

—¡Cariño, no hables de leer la carta! Te lo ruego, por favor, ahórrate...

Levanta la mano para pedirme silencio.

—No estoy pensando en mí mismo —dice—. Estoy pensando en mi esposa muerta. Si me niego a la reivindicación pública de mi inocencia en lo que me queda de vida, si dejo el sello intacto, ¿crees, como el señor Playmore, que obraré de manera compasiva y respetuosa hacia la memoria de mi esposa?

—¡Oh, Eustace! ¡Sin duda alguna!

—¿Compensaré el dolor y el sufrimiento que sin querer le haya podido causar estando en vida?

—¡Sí! ¡Sí!

—Y, Valeria, ¿te complaceré?

—¡Cariño, me harás inmensamente feliz!

—¿Dónde está la carta?

—En la mano de tu hijo, Eustace.

Se dirige al otro lado de la cama y acerca a sus labios la manita sonrosada del bebé. Espera así un rato, en triste y secreta meditación. Veo a su madre abrir suavemente la puerta y observarle como yo le observo. Al cabo de un momento, la intriga concluye. Dando un gran suspiro, Eustace vuelve a dejar la mano del niño sobre la carta sellada, como si con ese gesto quisiera decir «¡Lo dejo en tus manos!»

¡Y así termina todo! No como pensé que acabaría. ¿Qué sabemos de nuestra propia vida? ¿Qué sabemos de las satisfacciones de nuestros deseos más queridos? Sólo Dios lo sabe, y eso es lo mejor.

¿Tengo que guardar el papel? Sí. Nada me queda ya por escribir o por leer. Excepto esto: una postdata. Espero que tú, amable lector, seas indulgente con las locuras y los errores de la vida de mi esposo. Sé injusto conmigo, si quieres, pero piensa bien de Eustace. Hazlo por mí.

NOTAS

[1] Come per me sereno, «Qué bello día amanece para mí», aria de la citada ópera de Bellini. Al final del tercer acto, la heroína camina en sueños, y ese hecho se convierte en una prueba de su virtud y su fidelidad. *(N. del T.)*

[2] Anuario en el que se recogían los hechos más notables sucedidos cada año. *(N. del T.)*

[3] La Cruz Roja fue fundada en 1859 por el suizo Henri Dunant con una misión humanitaria: atender a los enfermos y los heridos de guerra. La contienda a la que se hace referencia es la guerra carlista que estalló en 1873. *(N. del T.)*

[4] Figura legendaria que supuestamente erraba eternamente por la tierra como castigo por haber blasfemado. Se convirtió en una figura literaria para representar el destierro en general. Es también el título de una novela de Eugene Sue publicada en 1845. *(N. del T.)*

[5] Según la leyenda, el holandés errante, capitán de un barco fantasma, había sido condenado a vagar eternamente por los mares como castigo a sus blasfemias. Su aparición era para los marinos presagio de naufragios. Basándose en esa leyenda, Wagner compuso su ópera del mismo título en 1843. *(N. del T.)*

[6] Prometeo encadenado, poema épico del gran poeta inglés P. B. Shelley, basado en el mito griego de Prometeo. Dexter se refiere al acto IV, versos 319-324. *(N. del T.)*

[7] Oficial del Ministerio de Asuntos Exteriores, cuya misión era llevar mensajes confidenciales a una embajada. *(N. del T.)*